

Franz Borkenau

El reñidero español

Prólogo de Gerald Brenan



El reñidero español recoge los diarios de viaje de un joven austriaco que recorre los diferentes escenarios de un país inmerso en plena guerra civil. La educación política de su autor, así como su excelente capacidad de observación se trasladan al texto y dotan a su testimonio de una objetividad y agudeza infrecuentes en obras similares. No en vano, su publicación, exactamente un año después del estallido de la guerra civil, impresionó de manera inmediata a todos aquellos a quienes no había cegado la propaganda de uno u otro bando.



Franz Borkenau

El reñidero español

Relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española

ePub r1.2
dROW 20.02.2020

Título original: *The Spanish Cockpit*
Franz Borkenau, 1937 (1ª edición en castellano, 1971)

Editor digital: dR0W
ePub base r2.1



Índice de contenido

[Cubierta](#)
[El reñidero español](#)
[Prefacio del autor](#)
[Prefacio a la edición norteamericana](#)
[Glosario del autor](#)
[Antecedentes históricos](#)
[La vieja monarquía](#)
[El periodo de la Restauración](#)
[La dictadura de Primo](#)
[La segunda República](#)
[Diario revolucionario](#)
[1936](#)
[5 de agosto, 6 de la tarde en el tren de Port-Bou a Barcelona](#)
[Barcelona](#)
[11 de la noche](#)
[6 de agosto](#)
[7 de agosto](#)
[8 de agosto](#)
[9 de agosto](#)
[10 de agosto](#)
[11 de agosto](#)
[Cataluña y el frente de Aragón](#)
[12 de agosto](#)
[13 de agosto](#)
[14 de agosto](#)
[15 de agosto](#)
[16 de agosto](#)
[17 de agosto](#)
[18, 19 y 20 de agosto](#)
[21 de agosto](#)
[Dos días en Valencia](#)
[22 de agosto](#)
[24 de agosto. En el tren de Valencia a Madrid](#)
[Madrid](#)
[25 de agosto](#)
[26 de agosto](#)
[27 de agosto](#)
[28 de agosto](#)
[29 y 30 de agosto](#)
[Los frentes del sur y occidental](#)
[31 de agosto](#)

[1 de septiembre](#)
[2 de septiembre](#)
[3 de septiembre](#)
[4 de septiembre](#)
[5 de septiembre](#)
[6 de septiembre](#)
[7 de septiembre](#)
[Madrid](#)
[8-11 de septiembre](#)
[12 de septiembre](#)
[13 y 14 de septiembre](#)
[15 de septiembre](#)
[El segundo viaje](#)
[Otra vez Barcelona](#)
[Valencia: el gobierno central](#)
[Málaga](#)
[Batalla aérea](#)
[Crisis](#)
[En la cárcel. El régimen policiaco](#)
[Al dejar España](#)
[La batalla de Guadalajara](#)
[Conclusiones](#)
[Sobre el autor](#)
[Notas](#)

Prefacio del autor

Este libro ha sido escrito con un doble propósito. Intenta, en primer lugar, dar una idea de los cambios políticos ocurridos dentro del campo del gobierno republicano español. De estos cambios, que han tenido lugar tanto entre las masas como entre las capas dirigentes, se ha dicho relativamente poco en la ya voluminosa literatura concerniente a la guerra civil española y los diarios no han añadido mucho más. La atención se ha concentrado casi exclusivamente en las operaciones militares. Sin embargo, la guerra civil española no es una guerra en el sentido corriente de la palabra. Ambos ejércitos son, numéricamente hablando, débiles en extremo; su material técnico es limitado y su mando carece de verdadera experiencia militar. La victoria dependerá en gran medida de los cambios políticos que tengan lugar tras las líneas de combate y también de la situación internacional. Esta no será discutida en este libro. Su tema principal es la historia de la izquierda española, de sus diversos matices, sus características específicas, sus antagonismos, logros y fracasos.

Aunque la presente situación internacional esté fuera de su alcance, esto no significa que este estudio contemple los asuntos españoles desde puntos de vista puramente peninsulares. Su segundo objetivo consiste en describir las características específicas del conflicto español, en contraste con conflictos ocurridos en otros países. Todos los partidos españoles, aun aquellos que, como los anarquistas, apenas puede considerarse que tengan equivalentes extranjeros, se reclaman como especímenes españoles de movimientos internacionales. En la mayoría de los casos esta pretensión es, en mi opinión, enteramente injusta y en aquellos (como comunismo y trotskismo) en que se encuentra justificada significa que el movimiento ha fracasado en su empeño de echar amplias raíces en el suelo español. Comencé mi estudio a partir de la equivocación, muy corriente, de ver en la revolución española un incidente más en la lucha entre izquierdas y derechas, socialismo y fascismo, en el sentido europeo de la palabra; mis observaciones directas me han convencido de que esto no es así y desde entonces he intentado descubrir bajo las apariencias externas, las cuales la presentan como una lucha política cuya forma es común a toda Europa, las verdaderas fuerzas motoras que, en realidad, se diferencian enormemente de los moldes convencionales europeos, a pesar de ser estos los utilizados generalmente para describirlas.

Creo que ninguno de los partidos envueltos en la lucha, ya sea este de izquierda o de derecha, quedará complacido con mi descripción, puesto que los critica a todos, no en el sentido de juzgar sus razones (¿quién sería capaz de brindar la medida absoluta y objetiva con que formar tales juicios?) sino porque todos ellos sufren, en mi opinión, de un profundo antagonismo entre sus fines, tal como estos son proclamados oficialmente, y la verdadera tendencia de su evolución; además porque ninguno tiene,

creo, posibilidades de triunfar. Naturalmente que desde el punto de vista militar habrá al final un vencedor y un vencido. Pero me temo que si lo vemos desde un punto de vista político, todos serán derrotados y ninguno volverá victorioso del campo de batalla. Y a nadie le gusta oírse decir que fallará probablemente en el alcance de sus objetivos. Existe, sin embargo, un actor más importante que las facciones en lucha y es el *pueblo* español mismo, a quien no se puede identificar con ninguno de los grupos que actualmente lo desgarran en pedazos. Es posible que sea este actor principal de la contienda quien salga de ella incommovible. Solo el *pueblo* español, a diferencia de sus facciones, partidos, periódicos y en último lugar, pero de extrema importancia, sus aliados y enemigos internacionales, es incapaz hoy de expresarse.

Pero el sociólogo, el estudioso de cuestiones políticas y el historiador, no deben preocuparse mucho de si disgustan o no a los partidos. Existe un hecho muy simple y es que un partido que ha logrado echar raíces en la vida política de su país, no puede ser nunca enteramente inservible; refleja, invariablemente, alguna necesidad o fin real de alguna capa de la sociedad y esto le da su valor. Pero precisamente por ser un partido, solo puede tener parte de la razón, solo puede reflejar ciertos aspectos de la vida social y política, con exclusión de otros. «La verdad, dijo Hegel, se encuentra en la realidad solo como un todo». Los partidos reflejan, por definición, solo *aspectos* de la realidad. Se ha puesto *à la mode*, en estas últimas décadas, el que los partidos políticos hagan suya alguna teoría acerca de la esencia de la vida y las leyes de desarrollo de la humanidad y demuestren después que solo ellos representan esta esencia y cumplen plenamente esta ley; los fascistas y los socialistas de todos los matices han desarrollado este hábito. Pero el sociólogo debe descartar estas pretensiones *a limine*. Si no es capaz, al menos en parte, de ir más allá de las limitaciones que le imponen los puntos de vista de los partidos y hacer un esfuerzo por ver el todo en su plena complejidad, allí donde los partidos no pueden ver más que una parte, lo mejor que puede hacer es abandonar su trabajo y aceptar otro como organizador profesional o periodista de partido. Estas son ocupaciones necesarias, aunque diferentes de la búsqueda científica. El científico social se encuentra en una posición que le permite tener las mismas pretensiones que un administrador: si todos los partidos se resienten ante su parcialidad, es posible que esto sea por haber sido justo hacia todos ellos. He hecho lo posible, a lo largo de las páginas que siguen, por lograr esto; a pesar de ser consciente de lo difícil que es librarse de pasiones políticas cuando se emprende un estudio científico, de las cuales sería imposible librarse en la vida diaria.

El material principal de este libro surge gracias a dos viajes a la España republicana. Intenté visitar también el campo franquista, pero no lo logré. Es una nueva costumbre, que crece junto con el desarrollo gradual de los estados «totalitarios», el prohibir la entrada no solo a los adversarios declarados, sino también a todos aquellos observadores de cuya absoluta fidelidad no se está seguro de

antemano. Esta actitud provocó el fin prematuro de mis trabajos dentro del campo gubernamental; abortó el esfuerzo de estudiar, desde dentro, el campo franquista.

Debo expresar mi gratitud a muchas personas, tanto españolas como extranjeras, humildes y situadas en altos cargos, que me han ayudado en la realización de mi tarea. Entre ellos, debo destacar con especial gratitud a *Miss Rebecca West* y al Dr. Audrey Richards, por haberme ayudado a entrar en España en mi primero y segundo viaje, respectivamente. Estoy profundamente endeudado con los amigos que salvaron parte de este manuscrito (y de paso, ayudaron también a rescatarme) de manos de una policía demasiado curiosa. Docenas de dirigentes de partido, miembros de comités, administradores, oficiales y comisarios políticos, merecen mi reconocimiento por haber brindado información acerca de sus actividades respectivas, soportando a veces verdaderos interrogatorios en medio de un torbellino de problemas. Todo lo que he podido averiguar y descubrir lo debo a ellos. Expreso mi especial gratitud al señor Jaime J. Miravittles en Barcelona, al señor A. Arias, entonces en Madrid, y al señor Hidalgo Rubio en Valencia, por haberme brindado la oportunidad de viajar a través de casi todas las regiones de la España republicana. Quiero dar las gracias, finalmente, al chófer y al escolta del auto que me condujo por Andalucía (ignoro sus nombres), los cuales arriesgaron sus vidas entrando en medio del bombardeo al *pueblo* de Cerro Muriano con el fin de salvarme, a pesar de no haberles pedido nunca que lo hicieran. Es otro ejemplo sorprendente de la simple e increíble capacidad de hospitalidad desinteresada que muchos observadores extranjeros han encontrado en España.

París, 9 de abril de 1937.

Prefacio a la edición norteamericana

Cuando *El reñidero español* fue publicado, exactamente un año después del estallido de la guerra civil, impresionó de manera inmediata a todos aquellos a quienes no había cegado la propaganda de uno u otro bando. El informe que rendía de la situación política era algo para lo que muy pocas personas estaban preparadas. Supimos que los comunistas no estaban desempeñando su papel histórico de líderes del proletariado, sino aliándose por el contrario con los comerciantes y los campesinos acomodados y haciendo lo posible por amortiguar los impulsos revolucionarios de los trabajadores agrícolas y manuales. Se nos dijo que la razón principal de esto era el hecho de que las verdaderas fuerzas revolucionarias españolas eran los anarcosindicalistas y se nos informó por primera vez de manera comprensible sobre esta organización enorme y deshilvanada, la cual había parecido hasta entonces misteriosa e incomprensible, ya que carecía de equivalente en cualquier otro país. Los comentarios del autor acerca de lo que vio eran brillantemente agudos y penetrantes y su deseo de llegar a la verdad tan evidente, que nadie podía poner en duda la absoluta confianza que merecía su relato del desarrollo de la situación.

Tras todo libro importante hay una larga historia de estudio y preparación y Franz Borkenau no constituyó una excepción. Su padre había ocupado una alta posición como juez y profesor en el Imperio austriaco y Franz fue educado en la fe católica, aunque era de ascendencia judía. Se unió al Partido Comunista alemán y aquí su inteligencia le valió llegar a ocupar un puesto en la Komintern, donde trabajó por espacio de varios años hasta desilusionarse, tanto con el comunismo como con el marxismo, objetándoles principalmente su falta de realismo y su pedantería. Decidió entonces hacerse sociólogo y después de un curso de estudios se dirigió a Panamá donde permaneció, según creo, durante seis meses. Acababa de volver de Europa cuando estalló la guerra civil española y vio en ella su oportunidad.

El reñidero español es un clásico en su género, ya que Borkenau es la única persona que ha escrito acerca de la guerra civil poseedora a la vez de una mente de primer orden y de una completa educación política. Sabía qué preguntas hacer, visitaba el frente y la retaguardia y era un excelente observador. Ninguno de los libros que tratan acerca de esta guerra es más perspicaz o más verídico. Y sin embargo Borkenau, a quien llegamos a conocer y querer, no era, como él creía, un liberal democrático, sino una especie de romántico nietzscheano que solo llegaba a la verdad después de una lucha consigo mismo. Esto lo incapacitaba para comprender el carácter inglés (le parecía débil e incoloro) pero le ayudaba a comprender y admirar profundamente a los españoles. Por esta razón *El reñidero español* es, no solamente

un modelo de lo que debe ser todo estudio de una revolución, sino también uno de los mejores libros jamás publicados acerca de España. Franz Borkenau murió en 1957.

GERALD BRENAN

Glosario del autor

Nombre de algunas instituciones españolas.

Falange Española: organización fascista que imita a los fascistas italianos. Hasta el momento de su ejecución, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, era su líder. El general Franco no es miembro de ella.

Acción Popular: partido del clero católico no «carlista» y sus adherentes; líder: Gil Robles; disuelto ahora a petición del general Franco.

Partido Tradicionalista: los «carlistas», partidarios de la línea más joven de la casa real de Borbón y de una monarquía absoluta al estilo del siglo XVII. Su plaza fuerte es Navarra; su lema: «Cristo Rey y la Virgen María».

Renovación Española: partido del exrey Alfonso, el cual ha perdido toda importancia práctica desde el comienzo de la guerra civil.

CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas: organización de frente único que agrupa a todos los partidos derechistas y que, dirigida por Gil Robles, ganó las elecciones de 1933 y perdió las de 1936.

Partido Radical: grupo originalmente anticatalanista y republicano, organizado en Barcelona bajo la dirección de Lerroux, de quien muchos españoles sospechaban que actuaba a las órdenes de la policía; se extendió después sobre la mayor parte de España, asumió el gobierno después de las elecciones de 1933 y organizó una coalición con la católica Acción Popular en 1934, lo cual dio la señal para el alzamiento de Asturias.

Unión Republicana: pequeña fracción izquierdista del partido de Lerroux, dirigida por Martínez Barrio, hoy presidente de las Cortes; el grupo representa actualmente el ala extrema derecha del «Frente Popular».

Lliga Catalana: partido de los industriales catalanes, dirigido por Francisco Cambó, regionalista, pero ansiosa de lograr la unidad española y fuertemente monárquica; este partido se coloca hoy del lado de Franco.

Esquerra Catalana: fundada originalmente por el coronel Maciá y dirigida ahora por Companys, presidente de la Generalitat catalana; republicana, fuertemente autonomista y antisocialista.

Izquierda Republicana: partido dirigente de 1931 a 1933 y de nuevo desde febrero hasta julio de 1936, bajo la dirección de Azaña, presidente de la República; republicano, centralista y antisocialista.

UGT, Unión General de Trabajadores: central sindical socialista que corresponde a la británica TUC, afiliada colectivamente al Partido Socialista, cuya fuerza principal deriva de la UGT. Los comunistas pertenecen también a la UGT. Presidente: Largo Caballero.

CNT, Confederación Nacional del Trabajo: central sindical anarcosindicalista; las personalidades principales de la CNT deben ser a la vez miembros de la

FAI, Federación Anarquista Ibérica: organización política de los anarquistas.

POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista: grupo revolucionario socialista, principalmente catalán; el ala izquierda tiene influencia trotskista; sus líderes son Joaquín Maurín (ejecutado en el campo franquista)^[1] y Andrés Nin.

Cortes: parlamento nacional, el cual consiste en una cámara única de miembros electos.

Generalitat de Catalunya: gobierno regional catalán, instituido por decretos de 1932 y 1936, con un presidente, un primer ministro y un gabinete propios, responsable ante un cuerpo representativo regional y provisto de atributos especiales definidos por la ley.

Ayuntamiento: palabra española que designa a la municipalidad.

Alcalde: no electo, sino nombrado por el gobierno^[2].

Seguridad, Cuerpo de seguridad: la policía secreta.

Guardia civil: cuerpo especial de policía que data del siglo XIX, de la década del cuarenta; organizado principalmente según características militares; el nombre ha sido cambiado recientemente a «Guardia Nacional Republicana».

Asaltos^[3]: las unidades de choque, segundo cuerpo de policía paramilitar, organizado durante el primer año de la República.

Mozos de escuadra: cuerpo especial de policía de la Generalitat.

Junta: organización tradicional de los comités revolucionarios, integradas por primera vez durante la guerra nacional contra Napoleón en 1808 y reorganizadas repetidas veces desde entonces.

Reforma Agraria: departamento del Ministerio de Agricultura a quien se confía el parcelamiento de las grandes fincas de acuerdo a la ley de reforma agraria, aprobada en 1932 y restaurada en 1936.

Antecedentes históricos

LA VIEJA MONARQUÍA

«La Pasionaria», diputada comunista, ha insistido en la relación existente entre la situación actual de España y los hechos heroicos acaecidos en 1808, durante la sublevación popular contra Napoleón. Esta aldeana vasca, mujer de un obrero y, de hecho, la Juana de Arco de la revolución española, ha sido en esto más enfática que cualquiera de los otros líderes, más politizados, del movimiento. En realidad, el presente movimiento está profundamente enraizado en la historia española; sus antecedentes pueden ser localizados muy atrás, en el siglo XVIII, antes de cualquier acción revolucionaria propiamente dicha. Hay que retroceder así en el tiempo para poder comprender lo que sucede actualmente.

España, después de haber sido el principal poder de Europa a todo lo largo del siglo XVI y a comienzos del XVII, después de haber producido un arte y una literatura brillantes durante la primera mitad del siglo XVII, decayó rápidamente. A comienzos del siglo XVIII, durante la Guerra de sucesión española, fue víctima de los intereses en pugna de franceses por un lado y británicos y austriacos por otro. A partir de esta coyuntura, el «pueblo» español surgió en el escenario histórico por primera vez desde la Edad Media, planteándose como un ente bien diferenciado de la nobleza y el alto clero. Hasta entonces, España tenía reputación de país profundamente aristocrático. La mayoría de la aristocracia y el alto clero apoyaban en su lucha por el trono al pretendiente austriaco, el archiduque Carlos. Pero fue derrotado. El bajo clero y las masas sostenían al rey francés, Felipe V de Borbón y fue este quien triunfó. Solo Cataluña, tradicionalmente opuesta a Castilla y en rebeldía silenciosa desde los tiempos de Richelieu, se pasó al bando opuesto. En 1714, Barcelona fue tomada y saqueada por los castellanos, después de una defensa heroica. Dos hechos fundamentales de la historia moderna española surgieron en esta ocasión por primera vez y con claridad: la profunda brecha que separaba a las clases altas y al pueblo, y el mayor poder que detentaba este último en momentos de gran crisis nacional; así como el antagonismo de Cataluña y Castilla, factor esencial dentro de la política española. El resultado era tanto más sorprendente cuando se observaba el contexto internacional dentro del cual esto tenía lugar. Las armas de la coalición habían salido victoriosas de todas las batallas contra las fuerzas de Luis XIV, con la única excepción de España. Es más, de los ejércitos que se oponían a Gran Bretaña y Austria, los más débiles eran sin duda aquellos que operaban en España. Aún en su estado de decadencia y desintegración, esta había demostrado ser más fuerte que Inglaterra y Austria juntas. Su tremendo poder de resistencia, debido exclusivamente

al fanático entusiasmo de las clases bajas, contrastaba extrañamente con la incapacidad del Estado español de llevar adelante cualquier acción positiva.

Los dirigentes de la época apenas prestaron atención a este hecho. Una vez terminada la guerra nacional, el Estado español continuó su decadencia, envolviendo en ella a sus grupos dirigentes, la aristocracia, el episcopado, y las pequeñas capas intelectuales de la alta burguesía. Batallas palaciegas eran emprendidas y perdidas. Las reformas, incluyendo la expulsión de los jesuitas, eran introducidas a imitación de Francia y sus efectos fueron sin duda muy superficiales. Goya, el glorioso pintor, remedaba las inofensivas escenas pastoriles de Boucher y Fragonard. Pero cuando otra gran catástrofe nacional hizo irrupción, Goya, el pastor rococó, pintó las archifanáticas e increíblemente patéticas escenas de ejecución que aparecen en sus grandes cuadros del Prado. La Edad de la Ilustración, en España, fue simplemente la ilusión de unos pocos hombres de buena voluntad. Nunca una realidad.

Con la Revolución francesa y Napoleón, el mundo «burgués» moderno entra en España. Pero el pueblo español no quiere imitar los logros de su gran vecino. Los principios de la «Ilustración» y la administración moderna son impuestos al país contra su voluntad por los franceses, que destruyen las instituciones básicas, amadas por el pueblo. España reacciona con una tremenda sublevación popular.

Primero los franceses forzaron a los españoles a firmar una alianza; luego se apoderaron de la flota española y la llevaron a su destrucción en Trafalgar; finalmente ocuparon el país (con el pretexto de una marcha contra Portugal, ocupada por los británicos) y desarmaron y desorganizaron el ejército español. Todas las clases los ayudaron en esta tarea de desintegración. Una sección de la clase alta, los «afrancesados», dio la bienvenida a los franceses como portadores de la Edad de la Ilustración. Otra sección, más amplia, los odiaba pero no se atrevía a resistir. Fue finalmente la turba misma quien derribó el trono. Exasperada ante la intolerancia demostrada frente a la creciente tiranía francesa, se rebelaron y en el famoso motín de Aranjuez forzaron al rey, Carlos IV, a abdicar. Su omnipotente primer ministro Godoy se vio obligado a renunciar. El heredero al trono, Fernando VII, no fue reconocido por Napoleón; se ordenó a padre e hijo que se presentaran en Bayonne y plantearan allí su queja al Emperador. Al llegar fueron arrestados. España no tenía rey. Murat ocupó Madrid esperando ganar para sí la corona española. Para afianzar este propósito, obligó a los últimos miembros de la familia real a que partieran hacia Francia.

Entonces los españoles se rebelaron de verdad. La turba de Madrid, ayudada solo por tres jóvenes oficiales de artillería (que pagaron con sus vidas su patriotismo), se alzó en una inesperada insurrección, contraviniendo las órdenes expresas de la junta que representaba al rey durante su ausencia. El alzamiento de Madrid, acaecido el 2 de mayo de 1808, fue reprimido con una terrible masacre. Poco después José

Bonaparte, hermano de Napoleón, era proclamado rey. Todo parecía haber terminado. En realidad, solo acababa de comenzar. La sublevación popular, ahogada en Madrid, se extendía a toda España. Ya en julio alcanzaba logros espectaculares. El general francés Dupont, que marchaba contra Cádiz, fue detenido en su camino a Andalucía, forzado a retirarse y finalmente rodeado y obligado a capitular por los campesinos en Bailén. El general español Castaños se proclamó a sí mismo héroe del día. Basta sin embargo una mirada al campo de batalla, ancha llanura abierta sembrada de olivos, para convencerse de cuál fue la verdadera situación. Resultaba imposible, en un lugar como este, rodear a los franceses con un pequeño ejército. Solo el alzamiento de los pueblos podía cerrar y cerró el camino. Madrid fue reconquistado por fuerzas semiorganizadas en nombre del exilado rey Fernando. De hecho, nunca existió un verdadero gobierno central, ya que tanto la primera como la segunda junta obstruyeron el movimiento cada vez que les fue posible. Este era una acción popular, dirigida por las juntas locales. Había infligido a los franceses su primera derrota en muchos años. Provocó un giro en la historia mundial. Napoleón mismo avanzó sobre España y reconquistó Madrid. Pero después de su partida, la revuelta continuó. Los británicos intervinieron. Encontraron en los soldados españoles unos aliados particularmente mediocres y Wellington, después de una única experiencia, se sintió lleno de horror ante la incompetencia de los soldados españoles y rehusó volver a cooperar jamás con ellos. El factor decisivo siguió siendo la rebeldía popular, con sus métodos guerrilleros y sus hechos heroicos, algunos tan extraordinarios como la defensa de Gerona o la defensa de Zaragoza por Palafox.

La situación de 1707 se repetía en 1808. El populacho triunfaba en su empeño de lanzar una guerra nacional desesperada, en contra de la voluntad de las clases altas. Esta aguda ruptura entre las masas y las clases altas es el efecto realmente decisivo de las guerras nacionales de 1808 a 1814. En las clases altas: decadencia, corrupción, incapacidad política y completa falta de poder creativo. En las bajas: fanatismo, capacidad de autosacrificio, espontaneidad de acción, pero acción en un sentido estrecho, local, prejuiciado, sin capacidad constructiva en amplia escala. Tal era la estructura de España a comienzos del siglo XIX y así ha permanecido hasta hoy. El contenido de los antagonismos políticos ha cambiado, pero la división entre las dos clases ha permanecido y se ha ampliado. Es el factor característico de España cuando se la compara con otros países que se consideran a sí mismos más progresistas. Para decirlo en una frase: en Gran Bretaña, en América, en Francia y en Alemania, todo movimiento popular ha tenido su origen en las clases altas y solo después ha calado en las masas. En España, durante estos últimos siglos, ningún movimiento de las clases altas ha logrado penetrar profundamente en las masas. Es el país donde la existencia del «pueblo» como entidad bien diferenciada y opuesta a la aristocracia, la burguesía, la intelectualidad y en las últimas décadas, el clero, es más evidente. El que existan tan grandes diferencias entre el pueblo y los grupos dirigentes, el que la iniciativa pase a las clases bajas de la sociedad, es siempre síntoma de profunda

decadencia y desintegración en el cuadro de una vieja civilización. El socialismo de los países más «modernos» ha aceptado en su conjunto los puntos de vista industriales y «progresistas» de la burguesía. En España las masas se rebelaron y básicamente continúan rebelándose contra toda forma de progreso o europeización y a la vez toman el mando, en más de una crisis nacional, de la nación en su conjunto. Este hecho por sí solo muestra las profundas diferencias existentes entre los problemas españoles y europeos. Hace de España un país anticonstructivo en el sentido europeo de la palabra y más de un observador demasiado seguro de sí mismo ha vuelto de la actual guerra civil lleno de horror ante la crueldad irracional y la masacre sin sentido, olvidando que nuestros fines no son sus fines, nuestros valores no son sus valores. España dejó de participar constructivamente en la civilización occidental a finales del siglo xvii. A partir del tronco de la civilización occidental, es la rama que primero se ha marchitado, después de un periodo maravilloso de florecimiento. Bajo el repetido impacto de los países que continúan progresando, ha entrado en un periodo de desintegración que está lejos de haber terminado. Pero en el curso de este lento proceso, las fuerzas espontáneas y primitivas de las clases más bajas (de las cuales se habla tanto y con tan poco realismo en el occidente progresista) han sido liberadas y han comenzado a actuar, con increíble fuerza, obedeciendo a una reacción fundamental, característica de todo pueblo atrasado contra sus vecinos más progresistas; las masas españolas odiaban y odian esta civilización moderna que les es impuesta y luchan contra ella con la furia que solo los españoles son capaces de desplegar en tales ocasiones.

Desde entonces la historia española ha continuado desenvolviéndose, por así decirlo, a dos niveles. En el nivel superior encontramos conservadurismo, liberalismo, socialismo, toda clase de ideas europeas importadas, un sube y baja de tendencias superficiales, de victorias y derrotas superficiales cuyo resultado es la desintegración de las clases superiores, del Estado y de la administración. Debajo están las verdaderas masas, miserables, oprimidas, viviendo una vida que dista mucho de corresponder a las grandes tendencias históricas del mundo pero capaces de aparecer súbitamente, sorprendentemente, en los días en que las fuerzas que representan esas tendencias intentan perturbar su existencia tradicional. En España el éxito o la derrota dependen siempre, y así ha sido por más de un siglo, de la capacidad de todo movimiento político o social de atraer a su campo estas fuerzas profundas; si fracasan en este empeño, terminan por convertirse en un escándalo hueco.

A lo largo del siglo xix y especialmente durante el siglo xx, el capitalismo extranjero moderno ha penetrado lentamente en el país, ayudado por una cierta participación de vascos y catalanes (estos últimos orgullosos de ser los únicos «europeos» de España) y muy poca de los españoles propiamente dichos. Los movimientos nacidos de las masas han tenido que adaptarse, lenta y parcialmente, al

nuevo modo de vida que les ha sido impuesto por sus vecinos más poderosos. La historia de este proceso de adaptación es la historia de la transformación de los movimientos de masas. Pero no hay razones para creer que esta adaptación llegue a ser completa. La resistencia es sin duda muy profunda y el republicanismo, el socialismo y el anarquismo españoles, al igual que el «carlismo» (esa forma particular de la reacción española), son otros tantos empeños de adaptar el capitalismo moderno a las ideas españolas, así como de adaptar España a las condiciones de vida contemporáneas.

Las capas más altas, europeizadas, superficiales, reaparecieron políticamente en 1812, después de un eclipse de cuatro años. No fue casualidad el que esto tuviera lugar precisamente en el momento en que decaía el movimiento de masas. Pasados cuatro años de horrores nunca vistos en otra guerra, fuese esta civil o internacional, el campesino español estaba cansado y daba signos de abandonar la causa que le hacía luchar contra los franceses. En este momento y para dar al movimiento nuevo impulso fueron convocadas las Cortes de Cádiz. Comenzaron la reforma del país siguiendo líneas europeas. Una extraña paradoja salió a la luz. Las bases europeas, sobre las cuales el país se reorganizaba, eran las de la Revolución francesa; precisamente aquellas contra las cuales el pueblo de las ciudades y el campesinado se había alzado en 1808. Pero el movimiento popular, al haber sido enteramente negativo, no había brindado sugerencias sobre las que se pudiese edificar la reconstrucción política del país. Buscaba un solo objetivo, expulsar a los franceses. Los demás fines habían sido solo pedidos prestados a Europa. Los conservadores, los llamados «serviles», se desacreditaron a causa de su inactividad en el momento crítico. La Asamblea cayó en manos de los liberales, que legislaron a placer. Muchas de las estipulaciones de la legislación de Cádiz, tales como la división administrativa del país y los impuestos sobre la tierra, subsisten aún actualmente. Otras, como el gobierno parlamentario, fueron barridas muy pronto. Los dos problemas básicos, la cuestión agraria y la posición de la Iglesia, no fueron enfrentados seriamente. La eficiencia del sistema de Cádiz, visto en su conjunto, nunca quedó demostrada. En 1814 cayó José Bonaparte y Fernando VII volvió proclamado rey. Anuló inmediatamente la constitución de Cádiz y persiguió a todos aquellos que habían participado en su creación.

Los cincuenta años que siguieron abarcan un periodo de continuas guerras civiles, descritas casi siempre como una lucha entre conservadores y liberales. Era en realidad una batalla por el poder entre la Iglesia, de un lado, y la nueva fuerza social aparecida en el curso de la guerra antinapoleónica: el ejército. Desde el comienzo de esta lucha, la Iglesia comenzó a actuar como una fuerza unida, cuya única tarea consistía en recuperar el poder ejercido en épocas prenapoleónicas. Cierta número de sacerdotes liberales había participado en los trabajos reformistas de las Cortes de Cádiz. Pero muy pronto no quedó en España catolicismo liberal. Por otra parte, el

ejército estaba dividido contra sí mismo. De modo general y durante la primera mitad del siglo XIX, sus tendencias fueron predominantemente liberales; pero perdió algunos de sus principales líderes, entre ellos el general Narváez, pasados a la causa conservadora. En consecuencia, el «liberalismo» español ha tenido poco en común con las convicciones que en Europa llevan el mismo nombre. En España es simple sinónimo de anticlericalismo. No hace falta seguir aquí en detalle los interminables altibajos de la lucha entre «liberales» y «conservadores». Pero deben ser dichas algunas palabras acerca de la evolución de las dos instituciones principales, la Iglesia y el Ejército. Son ellas dos quienes, en este momento, juegan el papel principal en el alzamiento de Franco.

Al igual que en el viejo Imperio romano, así en la España del siglo XIX el poder de la Iglesia aumentaba al mismo tiempo que decaían la administración y el Estado en su conjunto. Reyes fanáticamente católicos, como Felipe II, habían sabido mantener a la Iglesia bajo control. Pero cuando a comienzos del siglo XVIII, y de nuevo a comienzos del XIX, el Estado desapareció, la Iglesia permaneció como la única fuerza alrededor de la cual las masas podían reagruparse. De esta situación derivó su enorme autoridad. A lo largo de todo el siglo XIX su poder sobre las masas fue, al menos en apariencia, absoluto. El control que ejercía sobre ellas era mucho más completo que su control sobre el Estado. El Estado (fuera esto lo que fuera en la España del siglo XIX) debía limitar el poder de la Iglesia para lograr sobrevivir. En 1837 el primer ministro Mendizábal descargó un audaz golpe contra ella; confiscó todas sus propiedades inmuebles y las puso en venta, siguiendo el ejemplo dado por la Revolución francesa. La medida fue llevada a cabo y destruyó el poder de la rebelión «carlista». (Los carlistas, como es bien sabido, son los partidarios del pretendiente Carlos, tío de la reina Isabel, hija de Fernando VII, y de sus herederos; tienen su plaza fuerte en Navarra, provincia donde las condiciones medievales continúan casi sin alteración y desde allí han lanzado, en dos ocasiones, insurrecciones contra la dinastía legítima. Su lema, característico, era «Cristo rey y la Virgen María». Actualmente los batallones carlistas se cuentan entre las mejores fuerzas militares de Franco). Desde entonces, la Iglesia no ha vuelto a recuperar sus bienes raíces. La historia de que la Iglesia es el mayor propietario de tierras en España es un mito. Solo ha podido recuperar una parte de sus bienes *inmuebles*. Como compensación, la Iglesia y las diversas órdenes acumularon una enorme cantidad de propiedades *muebles*. La Iglesia es, actualmente, no el más grande terrateniente sino el mayor capitalista español, particularmente los jesuitas españoles. Esto explica en parte los recursos financieros del alzamiento franquista. Es un elemento de suprema importancia en la historia de la separación de la Iglesia y de las masas. Estas nunca se hubiesen alejado de una Iglesia afincada en sus tierras; fueron fácilmente inclinadas a abandonarla cuando supieron que era ella el accionista más rico del país.

La acción de Mendizábal fue solo el comienzo; una y otra vez el Estado ha intentado limitar el poder de la Iglesia, la última durante el gobierno del hombre fuerte de los primeros tiempos del rey Alfonso XIII, el primer ministro Canalejas. La Iglesia católica degeneró en esta lucha por el poder. Se desinteresó cada vez más de sus deberes pastorales, de su pueblo y se envolvió más y más en una lucha por privilegios, principalmente económicos. Un clero bajo, inmoral e ignorante, cuya actuación era principalmente servir de hombres de mano a la Guardia civil; un episcopado altivo y mundano; en eso consistía el clero medio español. Para lograr comprender su posición social no se debe tener en cuenta el catolicismo moderno tal como subsiste en Alemania, Francia, Inglaterra u otros países. Se debe trazar más bien un paralelo con la Iglesia medieval tardía en sus periodos de más profunda decadencia, antes de la Contrarreforma, por ejemplo. La mayor parte de los trabajos del Concilio de Trento han sido deshechos, si no de palabra al menos de hecho, en la España del siglo XIX. Como consecuencia, la Iglesia ha perdido su control sobre las masas. Al comienzo fue este un proceso silencioso. Mientras las masas continuaban viviendo de acuerdo a viejos métodos, nada parecía cambiar. Pero cuando durante el siglo XX el impacto de las condiciones de vida contemporáneas se hizo cada vez más fuerte sobre las masas, cuando el analfabetismo disminuyó, se plantearon nuevos problemas, tales como la condición de los asalariados, que eran muy urgentes, y la Iglesia no tenía nada, absolutamente nada, con qué resolverlos. Pocos contrastes existen en nuestros tiempos tan agudamente delineados como el que separa al catolicismo alemán, cuya influencia se debe al interés genuino, sincero y capaz que se ha tomado por los problemas sociales del mundo actual, a sus poderosas organizaciones de asistencia, a sus cooperativas y (antes de Hitler) a sus sindicatos, y la Iglesia española que ha tratado, ocasionalmente, de imitar todo esto, pero con el único fin de crear una maquinaria electoral más capaz de ayudar a los conservadores. El resultado fue que estos esfuerzos, en España, fueron llevados a cabo solo durante los últimos años de la monarquía, en momentos en que la situación de la Iglesia era ya crítica. Y las masas se negaron a participar en acciones que, evidentemente, no eran motivadas por un genuino interés en sus necesidades, sino por el deseo de supervivencia de los poderes establecidos. El profundo éxito del catolicismo en países donde este ha tenido poco o ningún poder político desde que comenzó a tomar interés activo en los problemas de la vida contemporánea y su fracaso total en España, lugar donde ejercía, en cambio, un enorme poder político, muestra que a nadie debe culparse de este fracaso excepto a la propia jerarquía católica española. A comienzos del siglo XIX, su influencia era todopoderosa cuando se trataba de la salvación del alma de los españoles. Hacia 1930 había perdido toda autoridad real, excepto en aquellos distritos en los que el clero había permanecido cercano a las masas: Navarra y las Vascongadas. Uno de ellos apoya hoy a Franco, el otro a la república. Ambos son fervientemente católicos. En Navarra el clero, que ha continuado viviendo junto con el pueblo la vida atrasada de una comunidad primitiva

y feudal, no tenía necesidad alguna de adaptarse a las condiciones modernas. En el país vasco, actualmente el más fuerte centro industrial de España, el clero católico se mantuvo cerca de las masas desde el principio de sus luchas, en la defensa tradicional del idioma vasco y contra la centralización castellana. Desde su fundación, la iglesia vasca creó un movimiento genuino de cooperativas y sindicatos y realizó un verdadero trabajo de asistencia social. Como resultado, el clero vasco ha conservado la fidelidad de su rebaño por encima de todas las convulsiones políticas, hasta tal punto que el socialismo, el comunismo y el anarquismo nunca han logrado controlar firmemente el centro de la industria metalúrgica española, Bilbao. Es una clara indicación de lo que el catolicismo español hubiese podido ser de mantenerse a la altura de su tarea, o aun al nivel de los más simples deberes del oficio pastoral.

Las masas españolas han abandonado a su Iglesia, no porque hayan perdido el fervor religioso tradicional de su raza, sino porque esa misma Iglesia española lo ha perdido. El deseo fanático de fe, sin el cual el alma española parece incapaz de vivir, se ha encontrado a sí mismo por otros caminos, principalmente a través del anarquismo. La Iglesia española, por su parte, se ha convertido más que nada en un pretexto de acción política en manos de oficiales sin profundas creencias; esto resulta cierto en, por lo menos, la mayoría de los casos. Ha continuado, sin embargo, con su codicia de riquezas y poder, y en ciertos conflictos surgidos entre Franco y los carlistas se ve aparecer ya la sombra de futuras luchas entre la Iglesia y la dictadura militar. Esto no implica, desde luego, que la Iglesia española haya ligado su destino al destino del carlismo. Ni se contradice, como se verá en el diario que sigue, con la supervivencia de gran cantidad de catolicismo instintivo y tradicional entre las masas. Pero estas creencias instintivas son canalizadas más hacia las imágenes y otros objetos religiosos, que a la persona de los sacerdotes. La Iglesia, la última fuerza de la vieja España aún en pie después de las guerras napoleónicas, está ahora en estado de desintegración. Esto quiere decir, inevitablemente, un enorme aumento del poder del Ejército.

Este, por otra parte, no nos presenta un rostro más moderno. Cuenta en sus filas con numerosos aristócratas, sin ser esencialmente aristocrático. No solo es en el Ejército insurgente donde se encuentran pocos líderes aristocráticos. A todo lo largo del siglo XIX, el gran porcentaje de los pocos generales que accedieron al poder político venía de las clases bajas. Prim, el más fuerte de los «caudillos» (jefes militares de las facciones políticas), apenas sabía leer.

El funcionamiento político del ejército español no es un fenómeno peculiar a España. La preponderancia del ejército y la lucha abierta entre los diferentes generales por el dominio del Estado, es un rasgo común a otras civilizaciones decadentes que han dado lugar, en el pasado, a gobiernos fuertes que más tarde se convirtieron en presa de aventureros. Generales en lucha dominaron a la Roma antigua en la etapa de su decadencia; dominan hoy a China en su momento de

desintegración. Durante más de un siglo, la gran mayoría de las viejas colonias portuguesas o españolas del nuevo mundo han sido sus juguetes. Han presidido la transformación de Turquía. Y han sido, durante un siglo, amos de Portugal y, hasta épocas recientes, los verdaderos dirigentes de España. Sus pretensiones de ser los verdaderos portadores del espíritu de la nación y los más hábiles supervisores de su bienestar, son completamente infundadas. Su dominio es fácil de explicar. Ningún ejército concibe la idea de derribar del poder a un régimen bien establecido, una administración funcional o una jerarquía social reconocida por la mayoría. Sabe que entonces, a pesar de su superioridad numérica, tendrá que enfrentarse a toda la nación, unida contra él. Pero cuando la administración deja de cumplir sus tareas, cuando el régimen se desintegra, cuando nadie es capaz de ganar el reconocimiento general como autoridad establecida, entonces el ejército se convierte en jefe supremo. Es en ese momento cuando se siente capaz de gobernar al país, ya que ha mantenido más o menos intactas las fuentes mecánicas y materiales del poder, tal como este estuvo constituido en días mejores, mientras los hilos más finos del gobierno civil o la obediencia espontánea están ya en estado de descomposición. Es un hecho significativo en la historia de la civilización, comúnmente observable, que la organización militar de una sociedad elevada es uno de sus aspectos más fácilmente copiados por vecinos más atrasados. Turquía y Rusia poseían ambas ejércitos relativamente modernos desde un punto de vista occidental, sin ser por eso países occidentales en sus demás aspectos. Igualmente, la organización militar es uno de los elementos que permanecen intactos durante más largo tiempo en épocas de decadencia. Esto está dicho en un sentido relativo. Es notorio que los soldados chinos no son capaces de enfrentarse a tropas europeas; pero han demostrado ser lo suficientemente fuertes como para subyugar a las demás fuerzas políticas dentro de su propio país. Tanto los alemanes o los italianos que luchan del lado de Franco, como los consejeros extranjeros de diversas nacionalidades que respaldan al gobierno de Valencia, se quejan de la incompetencia, la falta de entrenamiento y a veces, hasta de la falta del más elemental coraje, que caracterizan al oficial español. Pero este mismo oficial, durante más de un siglo, no se ha visto obligado a probar su habilidad luchando con tropas extranjeras, sino peleando contra sus colegas españoles o la población civil. Demostró estar en esto a la altura de su puesto. ¡En 1921, sin embargo, hasta los moros le resultaron un adversario difícil!

El Ejército se convirtió, además de la Iglesia, en el otro poder decisivo del Estado durante las guerras napoleónicas. Aprovechó así un momento en que toda otra autoridad estaba en suspenso. Continuó siéndolo después de estas guerras puesto que las demás autoridades, la corona, la administración, la aristocracia, fueron restauradas formalmente pero nadie era capaz ya de restaurar su prestigio. La única fuerza que había conservado su viejo prestigio era la Iglesia y de este conflicto resultó un liberalismo superficial dentro del Ejército. Un rasgo característico de este liberalismo era que se dirigía contra la gran mayoría de la población. Los carlistas lanzaron sus

insurrecciones con pocos soldados profesionales, pero contando con un amplio apoyo popular y un brillante grupo de líderes guerrilleros a los que las masas eran, como en el caso de Cabrera, completamente fieles. Los liberales no gozaron nunca de este amplio apoyo popular en ninguno de sus *pronunciamientos*. Es más, el ejército español exhibió otro rasgo característico más de toda dictadura militar. Allí donde existe un pretendiente militar, existen siempre varios. Una vez que se lanza la llamada a la mera fuerza de las armas, siempre entra en la lid algún general que cree tener tanto derecho a mandar como su feliz colega. Y tiene lugar, como consecuencia, una guerra entre pretendientes militares. Para caracterizarse aún más, esta *fronde* militar,alzada contra los líderes liberales del ejército, no se unió al movimiento popular de los carlistas. Se manifestaba adoptando la forma de un grupo moderado que se enfrentaba a los liberales. Así se brindaba a la Iglesia católica la posibilidad de tener en sus manos dos triunfos con los que jugar: los carlistas y los generales moderados. La historia de España desde 1814 hasta 1868, es la historia del interminable y estéril juego alternado de estas fuerzas.

Mientras tanto, la textura social del país cambiaba lentamente. El capital extranjero introducía los ferrocarriles. Cataluña, durante y después de los años cuarenta, reorganizó su industria textil sobre bases modernas. La exportación de ciertos cultivos se incrementó. Varios vascos crearon bancos con capital español. Estas nuevas fuerzas modernas que surgían, de carácter europeo, trabajaban en favor del liberalismo. Hicieron inclinarse la balanza a su favor. La vida disoluta de la reina Isabel jugó un papel en esta dislocación de la vieja estabilidad. Mostraba preferencia hacia sus favoritos, colocándolos por encima de los principales generales del ejército, los cuales, en un momento crítico, unieron sus fuerzas contra ella. En 1868 todas las fuerzas de la izquierda se unieron y derribaron el trono. El general Prim, líder del ejército revolucionario, se hizo dueño de Madrid.

La situación demostró pronto ser catastrófica para todos aquellos envueltos en ella. La apariencia formal de un orden establecido se desvaneció y resultó imposible organizar otro en su lugar. El Ejército estaba muy lejos de desear una república. Pero los generales solo lograron ponerse de acuerdo acerca del nuevo candidato para el trono al cabo de tres años. Llamaron finalmente a un príncipe italiano, pero cuando este llegó, se vio sumergido inmediatamente por intrigas y conspiraciones. El día mismo de su desembarco, el general Prim fue asesinado por un revolucionario. Esto era sintomático. Un nuevo elemento, una capa realmente revolucionaria, había hecho su entrada en la política española como resultado de las luchas entre los generales. Después de un reinado de menos de dos años, el príncipe italiano se sentía completamente asqueado de este torbellino. Abandonó el país y lo dejó sin monarca. Se proclamó una república, no porque alguno de los diversos grupos políticos (con excepción de una pequeña capa de «progresistas») la deseara, sino porque no

quedaba otra alternativa. Se la conoce oficialmente como «primera República» y, al igual que el príncipe, duró menos de dos años.

Con la proclamación de la República, el caos barrió el país. En el norte, los carlistas aprovecharon la oportunidad para alzarse. Pero, aún más importante, en el sur, en Andalucía y la provincia de Murcia, los anarquistas se rebelaron. Era su primera aparición en la historia española y tuvo efectos inmediatos y de largo alcance.

El así llamado campesino andaluz que, en realidad, ha sido un siervo desde finales de la dominación romana, amarrado al Estado, sufrió quizás no menos en el siglo XVIII que en el XIX, pero se alzó en rebeldía en el siglo XIX, mientras en el XVIII había sufrido en silencio. Y quizás tampoco esto sea totalmente cierto. La rebelión de los siervos andaluces durante el siglo XVI adoptó la forma de un extenso e indomable bandidaje, que envolvía a los elementos más activos del campesinado y era visto por las masas, no como un acto criminal, sino por el contrario como una profesión envidiable, honrosa y hasta digna de admiración. Algo de esta tradición de bandidaje ha permanecido para siempre en el movimiento revolucionario español, no en el sentido que se da a esta palabra en la Europa moderna, sino el que se le daba en la tradición de Robin Hood. El eslabón entre el viejo y el nuevo espíritu debe encontrarse en Bakunin, fundador del anarquismo, ensalzador del bandido revolucionario como vengador del oprimido y más sincero guardián del espíritu de rebeldía. Debe insistirse en esta interpretación, pues el importante problema del *lumpemproletariat* español no podría ser comprendido de otro modo. Es cierto que un número importante de estos elementos del lumpemproletariado se ha unido al movimiento anarquista y forma parte de sus temibles organizaciones terroristas. Estos elementos no están en España cubiertos de oprobio, como sería el caso en países civilizados al sentido occidental, al igual que un bandido revolucionario no se cubre de oprobio en China y no se cubría en la Rusia zarista. Desde el punto de vista del campesino primitivo, hay una profunda diferencia entre el hombre que rompe la solidaridad de la comunidad campesina, llevando a cabo actos criminales y el que, buscando defender sus derechos contra los ricos y los poderosos a través del bandidismo y el asesinato, ayuda la causa común de los oprimidos. En el primer caso, el ladrón o asesino que ha matado o robado a un campesino, sería entregado a la policía sin vacilación o capturado a corto plazo por aquellos sobre quienes hubiese perpetrado el daño. En el otro caso, el bandido sería protegido por los pobres a lo largo y a lo ancho de todo su distrito. Esto fue así, al menos hasta el siglo XIX. Desde entonces, el bandidismo casi ha desaparecido pero otras formas de violencia, de carácter más urbano, tales como el asesinato y las expropiaciones, han tomado su lugar. El campesino y el obrero medio españoles no han desarrollado ese respeto por las vidas y propiedades de los enemigos, característico de los Estados policíacos occidentales. Esta mentalidad se hizo sentir hasta en las milicias de 1936. Los

mismos hombres que, sin pensarlo dos veces, hubiesen fusilado al que robase a su camarada un par de botas, no veían daño alguno en saquear sin piedad las casas de los fascistas y ponían pocas objeciones (conocí más de un caso) si los milicianos guardaban en sus bolsillos el dinero encontrado en ellas. Pero no debemos culpar de esto solo a los pobres. También la guardia civil mostraba poco respeto por la propiedad o la vida de sus enemigos, los cuales eran en realidad aquellos hombres extremadamente pobres cuyo delito era la falta de respeto a los derechos de propiedad establecidos.

Valdría la pena investigar por qué, en un momento dado, el bandidaje al estilo Robin Hood se transformó en alzamientos de los pueblos contra sus amos. El cambio data de la década del cuarenta y está relacionado, probablemente, por una parte con el deterioro de las condiciones de trabajo y la expropiación de las propiedades comunales por la aristocracia, cuando esta observó cómo el consumo nacional se transformaba en productos de exportación y por otra con la creación, en esa misma década, de la guardia civil. La guardia civil es elemento de suma importancia dentro de la política española; quizás sea el logro administrativo más importante de España durante el siglo XIX. Se la reclutaba a partir de criterios de selección sumamente estrictos y se la mantenía sistemáticamente aparte de la población en los distritos donde prestaba servicios. (Los guardias nunca sirven en sus distritos, en los cuales les está también prohibido casarse y viven invariablemente en cuarteles). Fue así como el Estado, incapaz de contar con el Ejército, se aseguró al menos una fuerza de confianza que permanecía íntegra e invariablemente al servicio de sus superiores. Resultó, al mismo tiempo, una eficaz fuerza policiaca. Pero como consecuencia de todo esto, estaba separada de la población, era odiada de las masas y a su vez, odiaba a estas siguiendo una reacción natural; y no existe abismo más profundo, ni hay guerra posible más mortífera y constante, que aquella llevada a cabo incesantemente, día a día, entre la aldea, especialmente la aldea andaluza, y la guardia civil. De todos modos, esta puso fin al bandidaje. Y como consecuencia de ello, las acciones del Estado se vieron en alza.

Estas sublevaciones de los hambrientos siervos andaluces, continuadas desde la década del cuarenta, llegaron a su clímax durante la completa parálisis sufrida por el poder del Estado en 1873. Fue este un asunto extremadamente serio, ya que en aquel instante el movimiento campesino, hasta entonces solo local, disperso, espontáneo e instintivo, entró en contacto con la «Primera Internacional» y particularmente con los anarquistas, miembros de ella. Esto provocó que el movimiento campesino se uniese al incipiente movimiento del proletariado urbano, convirtiéndose todo ello en una sola rebelión popular. Era la tercera revuelta de la totalidad del pueblo español. Pero mientras en 1707 y 1808 este se había alzado contra las clases altas en defensa de la Iglesia y de la dinastía nacional, en esta ocasión se alzó de nuevo contra las clases altas pero en defensa de sus propios intereses inmediatos. Esto surgía como resultado

de la cada vez mayor desintegración de las clases altas y el Estado durante las pasadas cinco décadas. De este alzamiento data una nueva era en la historia española. Es importante comprender sus implicaciones.

Joaquín Maurín, líder y principal teórico de los trotskistas españoles, ejecutado por un escuadrón franquista^[4], lanzó la teoría (repetida desde entonces sin visión crítica por gentes que no tienen nada en común con el trotskismo) de que el predominio del anarquismo en España refleja simplemente la preponderancia del miserable siervo andaluz frente al moderno obrero catalán. A pesar de no estar esta idea enteramente desprovista de bases reales, resulta una grosera exageración. En realidad, el anarquismo había echado bases en Barcelona antes de lograr tocar a los analfabetos siervos andaluces. El movimiento de la clase obrera, primero en su forma cooperativa, luego semipolítica y finalmente como movimiento sindical data, en Barcelona, de los años cuarenta. Había progresado a pesar de la violenta oposición de las autoridades, sin desarrollar teorías propias muy claras, pero cuando durante los años sesenta entró en contacto con la recién fundada Internacional y su facción anarquista, aceptó inmediatamente la fe de Bakunin con pasión y entusiasmo. El nuevo evangelio (pues esto era literalmente, sirviendo de sustituto directo a la vieja fe católica del pueblo) alcanzó Andalucía solo a través de la común participación en los alzamientos populares a principios de la década del setenta. Desde entonces el anarquismo español ha echado dos raíces, una campesina y andaluza, la otra proletaria y catalana. No hay razón para dar a una más importancia que a la otra. El rasgo característico de la situación política española y del movimiento obrero español en particular, descansa precisamente en la cercana unión de estos dos elementos, tan profundamente diferentes en muchos otros aspectos.

Marxistas de diversos matices, todos disgustados ante la preponderancia de los anarquistas dentro del movimiento obrero español, han brindado diversas explicaciones al hecho de que el anarquismo haya existido en España como movimiento de masas desde la primera República, por lo menos treinta años antes de que comenzase el movimiento socialista de masas, y fuese aún preponderante, a pesar de los innumerables esfuerzos por suprimirlo, a comienzos de la guerra civil de 1936. Todas estas explicaciones son a la vez depreciaciones. Casi todos los observadores extranjeros son particularmente injustos hacia los anarquistas. Los marxistas de cualquier categoría parten casi siempre de prejuicios firmemente establecidos y la mayoría de ellos no intenta siquiera entrar en contacto con los anarquistas prefiriendo creer, sin el menor esfuerzo crítico, todo lo que sus adversarios españoles les dicen de ellos. Los observadores no socialistas están naturalmente prejuiciados contra esta sección, la más cruel y despiadada del movimiento revolucionario. La explicación que sigue no intenta ser una «defensa» planteada en contra de estas interpretaciones. El sociólogo no tiene que acusar o defender; debemos repetir esto hasta el cansancio. Debe comprender. El anarquismo ha demostrado ser incapaz de atacar los problemas

decisivos de la situación española, por razones que pronto serán discutidas; esto es un hecho. (El socialismo, por su parte, fue no menos incapaz de enfrentarse a ellas; esto es también un hecho). Además, una correcta comprensión de los acontecimientos españoles depende en gran medida de una comprensión correcta del anarquismo.

No creo que sea necesario ir a buscar muy lejos las explicaciones; el propio anarquismo dice lo que es con gran claridad. Ha explicado plenamente sus convicciones a lo largo de todos sus debates con los marxistas. El punto destacado de estos debates es que Bakunin aceptaba la fe atea de los marxistas, pero no su interpretación materialista de la historia. ¿Cuáles son las implicaciones? Marx se planteaba la revolución social y el socialismo como resultado inevitable del progreso económico del capitalismo. Como consecuencia de esto, se identificaba de lleno con el «capitalismo progresista» y todas sus implicaciones, incluyendo el parlamentarismo y la acción política dentro del cuadro del capitalismo. Bakunin, por su parte, veía la revolución social y el socialismo como resultado de la acción revolucionaria del pueblo, provocada por la convicción moral ante la inmoralidad, el horror, la inaceptabilidad de la vida humana dentro del mundo capitalista. El uno esperaba el desarrollo industrial y la acción democrática (sin excluir métodos revolucionarios) como medios para apresurar la hora de la revolución social. El otro veía al socialismo como posible en cualquier momento, a condición de que existiesen suficiente convicción y decisión revolucionarias. Pero esta convicción y esta decisión, de acuerdo con las ideas de Bakunin, no podían ser simplemente puestas a la disposición de las masas por un pequeño grupo de revolucionarios profesionales; debían nacer del espíritu revolucionario del pueblo mismo. Un grupo estrechamente unido de revolucionarios, dispuestos al sacrificio, sería siempre necesario para impulsar el movimiento pero no tendría en cambio valor alguno en ausencia de un pueblo revolucionario.

¿Por qué esta teoría atraía a los españoles? Primero que nada, porque en su núcleo se encontraba la idea del espíritu revolucionario espontáneo de las masas populares. Este espíritu no se descubría en las naciones progresistas donde el proletariado, según Bakunin, se había vuelto suave, decente y sumiso, admirador además de las bendiciones del capitalismo moderno; en estos países la revolución se había marchitado hasta convertirse en mero principio político. Había abandonado los corazones del pueblo para ir a instalarse en sus cerebros. La contemplación de los sindicatos ingleses provocaba en Bakunin solo un encogimiento de hombros. Pero, demostrando una aguda apreciación de las realidades psicológicas, desconfiaba también del movimiento alemán, a pesar de los tempranos éxitos de este en los campos electoral y organizativo; los alemanes eran, para él, esclavos por naturaleza. Los conoció en 1848 y su instinto revolucionario no se sintió impresionado. Según Bakunin, eran revolucionarias de corazón e instinto, por encima de todas las demás, aquellas naciones que no admiraban las bendiciones de la civilización; que no

amaban el progreso material; aquellas en que las masas no estaban aún imbuidas de respeto religioso ante la propiedad individual burguesa; eran revolucionarios aquellos países donde el pueblo sostenía la libertad como un valor más alto que la riqueza, países aún no invadidos por el espíritu capitalista; destacaba entre estos a su propio pueblo, los rusos y, en grado aún más alto, a los españoles. ¿Cómo hubiese sido entonces posible que los campesinos y obreros españoles rechazaran las enseñanzas de un hombre, que veía en la mentalidad específica de las clases bajas españolas el modelo a seguir por el movimiento obrero mundial?

No quiero decir con esto que Bakunin haya ganado para su causa a los revolucionarios españoles apelando a instintos nacionalistas a pesar de que, sin duda, ningún otro extranjero ha hablado jamás con más amor acerca del español. Muchas de sus ideas sobre España contienen alguna verdad esencial y es ahí donde debe encontrarse el punto de contacto. (A propósito: en esta cuestión, cuya importancia es fundamental, Bakunin tenía, como lo ha demostrado la experiencia histórica, completa razón frente a las teorías de Marx. La revolución no llegó a Inglaterra o Alemania y sí a Rusia y España). La rebelión de las masas españolas no era una lucha por mejores condiciones dentro de un sistema capitalista progresista que ellas admirasen; era una batalla contra las primeras avanzadas del capitalismo mismo, al cual odiaban. El movimiento popular español no se preocupa de derrotar al capitalismo en un futuro, como resultado de haber llegado este a su máximo desarrollo, sino lucha contra su existencia misma en cualquier etapa de su posible progreso dentro de la nación española. Sean cuales fueren las concesiones hechas en décadas posteriores a la incómoda realidad del creciente desarrollo industrial, el trabajador español no se ha sometido nunca al destino de ser obrero industrial, de la manera desenvuelta en que lo han hecho sus colegas británicos o alemanes. Por esto la concepción materialista de la historia, basada en la creencia en el progreso, no tiene para él ningún significado, ya que es poco progresista. Era así como un mecánico de Barcelona podía crear causa común con un campesino andaluz. La mentalidad norteamericana, elogiosa de la exigencia como virtud, no ha sido todavía introducida en España. (Aún en 1936, pude oír a un joven socialista elogiar como la más alta cualidad del obrero castellano la de que este «puede vivir con casi nada»). La lucha contra la opresión, la mentalidad bandidesca que hace abandonar la aldea para así alcanzar la libertad, es todavía más fuerte que la mentalidad sindicalista, dispuesta a aceptar duros meses de huelga a cambio de ciertas mejoras materiales. Como consecuencia de esto, la violencia no es ni esquivada ni rechazada como proposición por las masas españolas. Y en cambio, la mentalidad sindical pacífica resulta sospechosa. En una palabra, el movimiento obrero español descansa en una mentalidad dirigida contra la introducción del capitalismo y no contra su continuación indefinida. Y es esto, en mi opinión, lo que explica la preponderancia lograda por el anarquismo en España.

Por consiguiente, «libertad» es el elemento central de la ideología anarquista. Su «libertarismo» (esta palabra monstruosa surge de los propios anarquistas) ha sido atribuido a veces al «individualismo» como rasgo del carácter nacional español y otras a una mal comprendida exageración del liberalismo. En cuanto toca a esto último, no debe jugarse con las palabras. La ideología liberal es algo profundamente en contacto con lo específico burgués y más concretamente con la ideología puritana, situada a mundos de distancia del anarquismo. En cuanto a lo primero, no existe, al menos en el sentido que quiere dársele cuando se intenta explicar con ello el anarquismo. No son los españoles simples individualistas; tienen, por el contrario, un sentido muy sólido de la cooperación y las jerarquías; tampoco debe afirmarse que los anarquistas nieguen la acción colectiva cuando esta es una de las columnas de su programa. Esta preeminencia de la libertad dentro del programa anarquista se explica simplemente por el hecho de que en este movimiento, al cual interesan relativamente poco los logros materiales, la tiranía es la objeción principal planteada al moderno sistema industrial, igual que fue la principal objeción alzada contra la servidumbre de la gleba.

De este tipo específico de anticapitalismo que toma cuerpo en el anarquismo deriva, además, el rasgo más comúnmente destacado por los observadores imparciales, su extraña actitud frente a la moral y la ley. No existe la menor duda de que los anarquistas cuentan en sus filas con no pocos elementos criminales, ni de que estos elementos son vistos con poco horror. Más sorprendente aún, el anarquismo muestra a todo observador el enigma de hombres evidentemente movidos por el más alto idealismo, dispuestos a sacrificar por su causa no solamente la vida sino también la felicidad, al lado de elementos que ni están controlados ni muestran forma alguna de autocontrol. Para decir lo mismo de otro modo: podemos estar seguros de que ningún otro grupo del movimiento obrero europeo se plantea más seriamente las cuestiones morales ni se esfuerza, de modo más sincero y genuino, por poner las acciones a la par de las convicciones; y sin embargo este movimiento cuenta en sus filas con un mayor porcentaje de criminales que cualquiera de los otros partidos políticos. Es significativo que los anarquistas hayan rehusado sistemáticamente el pago regular a sus líderes, habiéndolos forzado a vivir, sea gracias al trabajo manual, sea a través de la ayuda amistosa brindada por sus camaradas; este movimiento tampoco ha rechazado, o al menos no rechazaba, las expropiaciones. Pero aquí comenzamos a vislumbrar la solución del enigma. El anarquismo es un movimiento religioso, esto dicho en un sentido profundamente diferente de aquel que sirve para calificar acertadamente a los movimientos obreros de los países progresistas. El anarquismo no cree en la creación de un mundo nuevo a través de una mejora en las condiciones materiales de las clases bajas, sino en el surgimiento de este mundo nuevo gracias a la resurrección moral de aquellas clases aún no contaminadas por un espíritu avariento y codicioso. Al mismo tiempo, el anarquismo está lejos de tener una actitud tranquila y pacífica; ha integrado su mentalidad todas las viejas

tradiciones bandidescas, heredadas de anteriores generaciones y cree enfáticamente en la violencia; no solo en el conflicto organizado, sino también en la fuerza como medio cotidiano de ajustar las cuentas que oponen a los hombres simples y sus amos. Resultado del carácter peculiar del anticapitalismo anarquista es su creencia enfática en la acción directa lo que casi siempre, aunque no en todas las ocasiones, significa acción violenta.

Dos anécdotas pueden ilustrar el contraste entre el anarquismo y el socialismo europeos. Hace algunos años, me encontraba conversando con un comunista británico, alto dirigente de su partido; elogiaba la actitud del trabajador inglés, intolerante frente a cualquier tipo de violencia. Los marinos extranjeros, en algunas ocasiones, intentaban sembrar la violencia dentro de sus filas; eran invariablemente rechazados por los trabajadores portuarios británicos, según afirmó mi interlocutor. Acepté esto como una característica encantadora, pero me aventuré a preguntar si la consideraba enteramente compatible con el empuje hacia la revolución violenta, de la cual su partido se había jurado defensor. Afirmó estar convencido de ello, siempre que se tratase de «la lucha organizada». Creo que se equivocaba. Años más tarde, uno de mis amigos se encontraba sentado en un café de Toulouse junto a un grupo de trabajadores españoles, cuando llegaron las primeras noticias de la revuelta en Asturias. Los españoles manifestaron su entusiasmo ante el hecho y comenzaron a explicarlo a algunos colegas franceses: «Veis, en eso consisten las diferencias entre nosotros. Vosotros descendéis de artesanos burgueses; nuestros antecesores eran bandidos». Relacionaban este hecho con la capacidad de los españoles de alzarse en revuelta armada contra las autoridades establecidas. No sé si estos obreros concretos eran o no anarquistas. Pero toda la diferencia entre los movimientos obreros europeo y español y toda la explicación del anarquismo radica en la antítesis entre estas dos anécdotas.

«Mentalidad atrasada, llamada a ser liquidada inevitablemente a medida que el capitalismo se desarrolle en España», dirán tanto un marxista como un liberal; ambos creen en el progreso industrial. Pero la mayoría del pueblo bajo español no se preocupa de que los europeos vean como retrógrados sus puntos de vista. Sienten, aunque quizás no lo sepan, que estos no se deben al estado atrasado de las fábricas en las cuales trabajan (explicación favorita, entre los marxistas, del anarquismo), sino que este es solo un elemento más en la resistencia de toda la nación a la etapa industrial de la civilización occidental. España se separó del progreso de la civilización occidental a finales del siglo xvii y el pueblo español siente un rechazo simple, profundo e instintivo hacia lo realizado desde entonces. Este rechazo se hace sentir en la antipatía al trabajo dentro de empresas modernas, la aversión a cualquier forma nueva de aplicación del trabajo intensivo y la incapacidad de manejar maquinarias modernas, sean estas técnicas, administrativas, militares o de cualquier otra clase; se hace sentir en la rígida resistencia de la administración, de la

aristocracia y la burguesía, terratenientes y hasta de la mayoría de los industriales y de los trabajadores, ante la innovación; se hace sentir en el conservadurismo aristocrático, en el carlismo, en el anarquismo, y de hecho, en la mayor parte de los movimientos políticos españoles. Y creer en una predeterminada victoria del capitalismo, sería completamente infundado. La resistencia de España contra la vida moderna está profundamente enraizada. Los poderes del capitalismo en expansión o, en otras palabras, de la versión industrial moderna de la civilización occidental, son dudosos y probablemente estén limitados. El resultado de la lucha no está decidido de antemano. Una y otra vez a lo largo de nuestra investigación nos enfrentaremos con el problema y reconoceremos lo dudoso de sus resultados. Este es el problema central de España.

El anarquismo es solamente el aspecto particular que este adopta cuando llega a las capas bajas de la población. Si no hubiese intrusión capitalista, no existiría anarquismo. Si el espíritu del capitalismo hubiese calado en la nación, el anarquismo estaría enfrentándose a su fin. Corresponde a la resistencia de las clases bajas españolas contra la intrusión capitalista. Esta resistencia, que en muchos países es solo ocasional e instintiva y se muestra vacía de impulso organizativo, ha logrado crear en España un poderoso movimiento. Esto por sí solo no es más que una indicación de que el resultado final de este esfuerzo por modernizar España es realmente muy poco predecible.

Solo queda un hecho por explicar. En general, tanto Cataluña como el país vasco han sido menos reacios a la europeización que el resto de España. ¿Por qué entonces el movimiento obrero catalán está completamente impregnado de anarquismo? Creo que la respuesta debe descubrirse estudiando las condiciones políticas específicas de la región catalana. Cataluña, durante su secular lucha contra la dominación castellana, desarrolló un odio profundo contra la única autoridad existente: el Estado español. La autoridad de la burguesía catalana creció lentamente a partir de mediados del siglo XIX y no llegó a tener nunca suficiente fuerza como para encontrar arraigo en las masas. Es por esto por lo que las clases bajas de Cataluña han vivido durante siglos en el seno del antiautoritarismo. Su espíritu específico, agudamente revolucionario, y la bien desarrollada preferencia del obrero catalán por medios de acción violentos más que legales, reflejan simplemente la lucha de siglos de la región catalana contra la policía y la administración españolas. La burguesía catalana tampoco es autoritaria, por la misma razón. Y es característico el que esta región haya evolucionado de 1870 a 1900 o sea, durante una sola generación, de una mayoría carlista a otra anarquista. Todo tipo de oposición violenta contra el Estado ha sido bienvenido por la población.

Pero debemos volver a 1873. El gobierno republicano se encontraba atrapado entre el alzamiento carlista del norte y el alzamiento anarquista del sur. Decidió liquidar primero la revolución social y ajustar más tarde la cuestión carlista. Si lo hubiese hecho al revés, la España de 1873 se hubiese convertido en lo que resultó ser

la de 1874. Decidiendo como lo hizo, zanjó el destino de la República. Ante la amenaza de una revolución social, el Ejército enterró inmediatamente sus superficiales antagonismos con la Iglesia. Ambos se unieron y después de ahogar Andalucía en sangre y lágrimas proclamaron, en el *pronunciamiento* de Murcia a principios de 1874, la monarquía, continuando la vieja dinastía y nombrando rey a Alfonso XII. Esto provocó algunas luchas con los carlistas. Pero el problema principal había quedado resuelto y la insurrección carlista terminó en una honrosa rendición. Había comenzado lo que se conoce oficialmente con el nombre de era de la Restauración.

EL PERIODO DE LA RESTAURACIÓN

Durante veintiocho años, a todo lo largo del reino de Alfonso XII y durante la minoría de Alfonso XII, o sea desde 1874 hasta 1902, España vivió una época de calma. Bajo la amenaza proveniente de los bajos fondos de la sociedad, las clases dirigentes, Iglesia, aristocracia y Ejército, las cuales tenían como centro de unión una corona cuyo portador era un hombre decente, se unieron en la defensa del orden de cosas existente. Por lo tanto, no más *pronunciamientos*. Los generales ya no luchaban solos entre sí; estaban también las masas, las cuales debían ser mantenidas en estado de sometimiento. La expresión política de esta unión fue el absoluto dominio del partido «conservador» bajo la hábil dirección de Cánovas. Unía a los viejos moderados con muchos de los viejos carlistas y la mayoría de los antiguos liberales. Los republicanos de 1873, pequeño grupo sin verdadero respaldo social en sector alguno de la población, se habían dividido en dos secciones. Una de ellas, la dirigida por Sagasta, se llamó primero liberal, para luego arrepentirse y convertirse en monárquica, obteniendo de paso carteras ministeriales gracias a la buena voluntad de los conservadores. La otra sección, dirigida por Castelar, pretendía permanecer fiel a los principios republicanos y no participó nunca en la administración oficial, pero cuidó de no intentar jamás poner en práctica su programa republicano. La unión de todas las clases activas (los pobres habían vuelto a la oscuridad) hizo de esta una época pacífica; como consecuencia, las empresas modernas, tanto comerciales como industriales, tuvieron la posibilidad de evolucionar. Los extranjeros, los vascos y los catalanes aprovecharon la oportunidad. Y fue así como la paz misma contribuyó a crear las condiciones que provocaron su ruptura, al dar nacimiento a nuevas fuerzas sociales.

Estas nuevas fuerzas, contrastando con las que habían ocupado el escenario desde 1808, eran genuinamente europeas y trabajaban por la modernización del país en un sentido occidental. La primera de ellas fue la burguesía catalana. Había jugado un papel, primero vacilante y luego fracasado, durante la revolución. Pero logró algo

durante los años de caos: la creación de lo que más tarde fue bautizado «Fomento del Trabajo Nacional», unión catalana de propietarios industriales. Preservó este logro con cuidado y éxito a través de los años de la Restauración en el poder del Ejército y la Iglesia. Tuvo el buen juicio de no utilizarlo en sus comienzos para provocar una política regionalista. La burguesía catalana se mostró, durante la Restauración, como un elemento más entre aquellos defensores de la paz y el orden. A cambio de este importante servicio, consiguió una tremenda recompensa: España convirtió su libre cambio en tarifas protectoras, abarcando estas el trigo y las materias textiles. Era un compromiso entre las demandas de la burguesía catalana y los terratenientes castellanos y andaluces. El principal resultado político fue que la gran burguesía catalana no se puso nunca sin reservas del lado del nacionalismo catalán. Sin embargo, su posición en los años noventa era tal como para hacer parecer la causa de la burguesía industrial como algo particularmente catalán. Fuera de Cataluña casi no existía industria. Hacia finales de siglo, los propietarios de las industrias textiles catalanas se sintieron lo suficientemente fuertes como para reclamar su parte en el gobierno del país. El «Fomento» comenzó a tomar activo interés en cuestiones políticas y pronto surgió la Lliga Catalana, partido de la gran burguesía de Cataluña. Reclamaba la autonomía regional, no la independencia de Cataluña, y cooperaba continuamente con los principales partidos castellanos. Como representante de esta política y líder de toda la burguesía española, surgió Francisco Cambó quien, desde principios del presente siglo, fue alzándose hasta lograr la posición de principal estadista de España. Era presidente del Fomento y de la Lliga y además presidente de la CHADE (Compañía Hispano-Americana de Electricidad), la más importante compañía financiera española. Fue, con cierta frecuencia, ministro del gabinete. Pero a pesar de haber sido designado repetidas veces para el cargo de primer ministro, nunca lo obtuvo ya que al ser catalán, resultaba inaceptable para los castellanos. La mala fortuna de la burguesía española ha consistido en que su sección más fuerte pertenece a una región fronteriza y no al centro del país. No existe otro factor que contribuya tanto como este a la debilidad de la burguesía española; aquí yace la trágica importancia del problema catalán. ¿Pero qué es todo esto sino otro aspecto del carácter anticapitalista de toda España? La única región cuyas clases dirigentes estuvieron completamente a favor de la europeización del país, ha sido siempre un distrito lejano y sospechoso.

Tras Cataluña, la costa norte fue atraída al movimiento de modernización. A partir de comienzos de siglo, nuevos partidos surgieron en el norte, esta vez genuinamente europeos, no reclamándose injustamente filiaciones europeas como habían hecho los viejos liberales. Entre ellos estaban los «reformistas» de Melquiades Álvarez, representantes de la burguesía de Bilbao y otros centros industriales del norte; su programa difería del de la Lliga Catalana más o menos como los centristas difieren de los regionalistas. Los socialistas aparecieron un poco antes, dirigidos por Pablo Iglesias, y con ellos una organización sindical pacifista de tipo europeo, la UGT

(Unión General de Trabajadores). No es un azar el que la plaza fuerte de los socialistas haya sido también el norte, principalmente Asturias, es decir una región fácilmente permeable a las influencias europeas. Los socialistas eran no solo pacíficos, sino tímidos. Servían de perfecto contraste a los anarquistas. Y esto era muy natural. Los socialistas y la UGT no estaban en contra sino a favor del desarrollo capitalista. ¿Y qué otra cosa sino tímido podía ser un proletariado como el español, débil, inculto, inexperto y pobre, a no ser que fuese despiadado y violento? La UGT controló a casi todos los mineros españoles. Los socialistas limitaron principalmente sus campañas a la importante tarea de denunciar las elecciones, las cuales habían estado siempre desvergonzadamente «preparadas» por la administración y los dirigentes locales, los «caciques». Intentaron hacer de ellas algo genuino para así preparar la base de la acción parlamentaria.

Su principal apoyo en esta tarea lo constituyeron los «reformistas» y la Lliga, ya que ambos veían en la quiebra del poder político de los sacerdotes, los jefes de la guardia civil y los grandes terratenientes, la condición previa a su propia dominación del Estado. Pronto surgió otro aliado, el rejuvenecido partido republicano, el cual echó a un lado líderes del tipo de Castelar y, bajo la influencia de los francmasones y del Ateneo y la dirección de Francisco Giner de los Ríos, comenzó a convertirse en una fuerza de lucha. Estaba respaldado principalmente por una sección de la intelectualidad madrileña, ansiosa de rejuvenecer al decadente país de acuerdo con líneas europeas. Este nuevo conglomerado, renacimiento del republicanismo, se relaciona estrechamente con el renacimiento de la literatura española a principios de siglo, encarnado en personalidades como Unamuno, Blasco Ibáñez, Joaquín Costa y muchos otros.

Pero la burguesía podía ser comprada con reformas económicas, los socialistas eran tímidos y pacíficos y los jóvenes escritores republicanos no representaban una fuerza digna de ser temida. Si las masas no hubiesen intervenido por segunda vez, la coalición de fuerzas progresistas no hubiese llegado a nada. 1902 marca un renacimiento del movimiento de masas que ya no volverá a detenerse. En 1873, las masas se habían revelado como consecuencia de la desintegración del viejo régimen. Cuando este se reorganizó fueron fácilmente dominadas. Con el crecimiento de la industria moderna, la información y la educación, obtuvieron una fuerza propia; y fueron capaces de usar el creciente movimiento con fines de reforma.

El viejo régimen, acostumbrado a mandar a través de jefes locales, el sacerdote, la guardia civil y la ayuda ocasional de los abogados, conocía solo un método con que enfrentarse a los problemas serios: los cartuchos. Naturalmente, la falta de habilidad para realizar algo constructivo que aliviase las quejas de las masas, la incapacidad de ganarse a la burguesía, la ineptitud, finalmente, de proveer a las más urgentes necesidades nacionales, acabaron por hacer inadecuado el uso de los cartuchos como manera de cumplir las tareas con que se enfrentaba el gobierno. Esto se hizo evidente

después de la derrota de España por Estados Unidos en la guerra de 1898 y la consiguiente pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. El régimen comenzó a deshacerse lentamente y su gradual pérdida de poder fue solo interrumpida o marcada por sanguinarias matanzas perpetradas por los militares.

Una serie de huelgas generales y revueltas, cada una de ellas invariablemente en más amplia escala que su predecesora, sacudieron al país. Una huelga general tuvo lugar en Barcelona en 1902; otra en 1906; otra, en escala mucho mayor, en 1909. La administración había quedado completamente desacreditada; no había sido capaz de vencer a las tribus del Rif, en Marruecos. Se vio obligada a utilizar el servicio militar obligatorio, ya que la fuerza del ejército de paz no estaba a la altura de sus tareas en Marruecos. ¿Fue idea de los políticos castellanos el sacrificar más bien catalanes que castellanos en la sangrienta guerra de Marruecos o fue simple inadvertencia de una descuidada administración? El caso fue que solo reservistas catalanes fueron llamados a servir. Toda Cataluña se alzó. El reclutamiento debió ser abandonado, pero entonces la revuelta fue ahogada en sangre. Francisco Ferrer, educador anarquista que casi nada tenía que ver con el movimiento, pero era odiado por el clero cuyo monopolio escolar atacaba, fue ejecutado en la fortaleza de Barcelona, Montjuich. Un grito surgió de toda Europa y se brindó un mártir al movimiento de masas. La costumbre de quemar iglesias, seguida en anteriores alzamientos de manera solamente ocasional, se convirtió en rasgo habitual de todo alzamiento popular en Cataluña, después de la ejecución de Ferrer.

El viejo régimen se sentía debilitado. Se hacía cada vez más difícil controlar a los constituyentes urbanos durante las elecciones. Bajo la presión de la creciente fuerza del movimiento de masas, los viejos partidos comenzaron a desintegrarse y fraccionarse. Los nuevos partidos solicitaban reformas, cada vez con mayor insistencia. Después de la derrota en las Indias occidentales, los asesinatos se convirtieron en rasgo político normal. Cánovas fue asesinado y el rey escapó milagrosamente. Se hicieron esfuerzos por introducir reformas. Canalejas, personalidad similar y contemporánea del ruso Stolipin, decidido enemigo de la democracia pero amigo de la modernización del país, tomó el mando; pero fue paralizado por la resistencia de la Iglesia y asesinado por un anarquista. El régimen se vio obligado a usar métodos desesperados. Con el fin de asustar a la burguesía catalana y forzarla a la sumisión, la policía cooperaba con pandillas de *pistoleros* quienes, más o menos, se llamaban a sí mismos revolucionarios; la policía misma dirigía y protegía una campaña de asesinatos cuyas víctimas eran dirigentes de la industria catalana o de la Lliga. Al mismo tiempo, el régimen trató de crear un dique, a la vez contra el catalanismo y el anarquismo, fomentando el desarrollo del partido «radical» de Alejandro Lerroux. Lerroux actuaba como un desenfrenado revolucionario republicano, pero limitó sus primeras actividades a Barcelona y allí se opuso violentamente al movimiento nacionalista catalán, el cual, precisamente en

aquel momento, era el verdadero peligro para el régimen. Desde entonces ha sido siempre visto con sospecha por la gran mayoría de la opinión pública española, ya que se cree haya cooperado, durante su periodo «revolucionario», con la policía española. En una época se le llamó «rey del Paralelo» (arteria principal de los distritos pobres de Barcelona), pero después de comenzada la guerra su influencia quedó truncada por la creciente ola de anarquismo. Fue así como la intrusión de la vida económica moderna en el seno de una sociedad incapaz de digerirla se convirtió, a todo lo largo del camino, en factor adicional de desintegración.

La guerra hizo de esta desintegración un hecho obvio, precisamente por dar fuerte impulso al desarrollo económico del país. Siendo neutral, España obtenía espléndidas ganancias con la guerra. Nunca antes los negocios habían prosperado tanto. Como consecuencia de esto, tanto la burguesía como los trabajadores se hicieron más apremiantes en sus demandas. El régimen cometió además el terrible error de simpatizar con los alemanes y ayudarlos tanto como le fue posible, debido al natural sentimiento de camaradería que un poder conservador siente por otro. Los aliados, en consecuencia, veían con buenos ojos el crecimiento de los movimientos de oposición en España. Este conflicto latente estalló y llegó a su clímax a través de una crisis en el Ejército. Algunos de los oficiales habían maltratado a un caricaturista que había desplegado su agudeza a expensas de los militares. El ministro de la Guerra intentó aplicar medidas disciplinarias ordinarias contra los perpetradores de este acto de violencia. Se enfrentó a la resistencia de un cuerpo no reconocido oficialmente, las «Juntas de Defensa». Era este una especie de sindicato clandestino de oficiales, existente desde hacía tiempo ante las barbas del alto mando del Ejército o con la connivencia de este y que actuaba ahora en defensa de un colega merecedor de ser entregado a la justicia. Se hizo de pronto aparente que el Ejército, comprometido por la Restauración, se había subordinado a las autoridades civiles solo superficialmente; que podía actuar concertada y directamente en contra del ministerio; que la administración no poseía una maquinaria ejecutiva en la que pudiese confiar. El problema del Ejército, aparentemente resuelto durante un cuarto de siglo de engañoso progreso, surgió de nuevo revistiendo su viejo aspecto, sin diferencia alguna. Las «juntas» fueron disueltas formalmente. Pero consiguieron lo que querían; primero, la renuncia del ministro de la Guerra, luego una gran crisis ministerial y finalmente un nuevo gabinete acorde con sus deseos. Esto sucedía a principios de 1917. Desde entonces, las organizaciones secretas del cuerpo de oficiales han continuado existiendo bajo nombres diferentes hasta que, adoptando la forma de una secreta «Unión Militar», prepararon el alzamiento de 1936.

La insolencia de las «Juntas de Defensa» en 1917 fue demasiado para los partidos políticos. Surgió un grito en el país pidiendo reformas totales, subordinación del Ejército a la administración civil, introducción del gobierno parlamentario y asamblea constituyente. El gobierno se negó a convocar una asamblea constituyente, la cual

podía significar el comienzo de una nueva revolución. Más de setenta miembros del parlamento, la mayoría de ellos representantes de la burguesía catalana, se reunieron sin embargo en Barcelona bajo la apariencia de una parcial *constituante* y fueron saludados con entusiasmo por las municipalidades de las grandes ciudades españolas. Un mes más tarde las cosas alcanzaban su culminación. Las masas se alzaron en la primera huelga general nacional española. Duró tres días y fue guiada, no en común pero siguiendo las mismas líneas, por socialistas y anarquistas, con el objeto de proclamar una República. Pero la burguesía no se movió, asustada ante la posibilidad de una revolución social. Más de un cambio debía aún ocurrir antes de que se constituyera un frente unido de la baja clase media y los trabajadores, lo suficientemente fuerte como para derribar la monarquía. Por el momento, el movimiento revolucionario había alcanzado y sobrepasado su punto culminante. La huelga de 1917, al igual que sus predecesoras, fue ahogada en sangre. Los problemas que no habían encontrado solución por vías revolucionarias llevaban hacia una solución a través de la dictadura contrarrevolucionaria.

Pero si los resultados prácticos inmediatos del movimiento de 1917 fueron nulos, su efecto sobre la mentalidad de las masas y sus organizaciones fue inmenso. En primer lugar, 1917 había atraído definitivamente a la mayoría del país dentro de la órbita de un movimiento revolucionario. El proceso de desintegración de las viejas jerarquías, de devaluación de los viejos valores autoritarios, era casi completo. El pueblo español que, excepto durante los alzamientos de Andalucía, había permanecido completamente apartado de la primera República, intervino esta vez. No podía seguir siendo mantenido dentro del cuadro del viejo régimen. Un nuevo régimen: fascista, republicano o socialista, debía sobrevenir. En segundo lugar, los partidos políticos habían cambiado profundamente de carácter durante la crisis y los años que siguieron inmediatamente a esta. Los republicanos habían luchado y tenían intenciones de luchar de nuevo. Los socialistas habían vencido en parte su vieja timidez al cooperar con los republicanos, más activos y decididos. Pero la más profunda de las transformaciones tuvo lugar en las filas de los nacionalistas catalanes y de los anarquistas.

La inactividad de la Lliga durante el movimiento de 1917 hizo de ella una fuerza definitivamente progubernamental. Cambó comenzó pronto su carrera como ministro de Hacienda. Pero la Lliga perdió también su fuerza entre las masas catalanas. Se la vio como agente de Madrid y fue tratada en consecuencia. Entró en un estado de aguda descomposición; durante años tuvo lugar un pulular de grupos catalanes nacionalistas, todos más avanzados que la Lliga, algunos solicitando nada menos que una república catalana independiente. Cataluña, durante la década siguiente a 1917, volvió a un estado de caos político. De este caos surgió lentamente la Esquerra Catalana, bajo la dirección del coronel Maciá. Venció a Cambó y a Lerroux y procedió a organizar el conjunto de la clase media baja catalana. Una pequeña capa

de industriales catalanes derechistas permaneció fiel a Cambó y la Lliga, la cual se había vuelto cada vez más procastellana, más clerical y más odiada por la intelectualidad barcelonesa. Todo el proletariado cayó en cambio bajo el influjo de los anarquistas. El campo, por el momento, permanecía inactivo. Durante la dictadura de Primo de Rivera, de 1923 en adelante, Maciá intentó más de un *coup de main* en Cataluña. No triunfó al principio, pero fue adquiriendo gradualmente el prestigio que iba a hacer de él el líder de la nación catalana. En estos antagonismos entre la Lliga y la Esquerra y en el éxito final de esta última, quedó probado que una región industrial como Cataluña, con todos sus mercados en España, no podía a la vez ser regionalista y darse el lujo de dejarse guiar por su burguesía. El dilema se resolvió a favor del nacionalismo catalán y en contra de los intereses del desarrollo económico de la región. Fue así como la burguesía española fue batida también en su plaza fuerte y con ella la causa de la modernización de España.

Por otra parte, el anarquismo se desarrollaba en dirección casi opuesta. Gracias a sus repetidas derrotas, los anarquistas comprendieron que en los distritos industriales de España debían, en cierta medida, adaptarse a las condiciones de vida de un proletariado industrial moderno. De este proceso de adaptación emergió el anarquismo tal como lo conocemos hoy, ya no simplemente la vieja liga bakuninista que clamaba por la destrucción del pecador mundo capitalista, ni tampoco otro movimiento obrero más, trabajando dentro de las condiciones creadas por la vida moderna y aceptando estas. Las convicciones básicas de Bakunin han sobrevivido siempre en el corazón del anarquismo español y durante la guerra civil de 1936-1937 han impulsado actos como la quema masiva de iglesias y la destrucción de los títulos de propiedad sobre la tierra, el rechazo a la disciplina militar y la creación de una milicia de tipo Robin Hood (en los primeros días), los esfuerzos de «abolir el Estado» (también en los primeros días) y por último, aunque no menos importante, ese despiadado terrorismo anarquista que debía intentar e intentó barrer todo lo corrupto de la faz de la tierra. (Dentro de este contexto, lo «corrupto» incluye a todos los miembros de los partidos de derecha, todos los grandes propietarios terratenientes, todos los sacerdotes y algunos otros). Pero además de la fe persistente, original y específica, surgieron nuevas tendencias movidas, principalmente, por dos líderes de fuerte personalidad y aguda comprensión de la vida política: Salvador Seguí y Ángel Pestaña. Seguí, hombre cuya devoción a una idea no conocía límites, fue asesinado en 1923 en la prisión, sin juicio ni investigación. Pestaña, hombre menos desinteresado, echó a perder una espléndida carrera política yendo demasiado pronto y demasiado lejos por el camino de su adaptación al movimiento obrero europeo. Se alejó completamente de sus originales convicciones anarquistas y a principios de los años treinta trató de convertir al movimiento en un partido que participase en las elecciones. Produjo una ruptura menor pero finalmente quedó aislado y hoy no es sino un insignificante satélite de los republicanos. Pero durante las primeras décadas del siglo estos dos hombres, con ayuda de otros, hicieron del anarquismo una fuerza

capaz de actuar dentro del cuadro de la sociedad industrial moderna. Después del fracaso de la insurrección y la huelga general de 1909, crearon la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores), haciendo de esta un centro sindical anarquista opuesto a la socialista UGT. Las huelgas, con fines tanto políticos como económicos, habían sido conocidas ya por el movimiento aunque solo como rasgo ocasional, sumado a otras actividades más importantes: insurrecciones y asesinatos. A partir de este momento, las huelgas económicas se convirtieron en rasgo habitual de la política anarquista y contribuyeron considerablemente a hacer de ciertos grupos del proletariado barcelonés, los obreros mejor pagados de España. Pero a pesar de esto, la CNT no fue nunca un sindicato ordinario en el sentido europeo de la palabra. No solo porque la fe anarquista se mantuvo siempre viva entre sus miembros, sino también a causa de sus métodos especiales. La CNT, en contraste con la UGT, rechazaba toda especie de seguridad social; ni siquiera mantenía fondos sociales; confiaba, durante una huelga, en la solidaridad de aquellas secciones del movimiento no implicadas en ella o en la simpatía del público en general. Como consecuencia, las huelgas debían ser cortas y para ser cortas, debían ser violentas. Lo fueron. Barcelona nunca conoció el tipo pacífico de acción huelguista acostumbrado en Europa. Siempre sus huelgas se vieron acompañadas de lanzamientos de bombas o motines a la puerta de las fábricas o cosas como las que sucedieron durante la última huelga tranviaria de Barcelona, durante la cual los huelguistas incendiaron los tranvías y los lanzaron calle abajo envueltos en llamas; ¡y así ganaron la huelga! La CNT, además, rechazaba todo tipo de acuerdo con los patronos. Las huelgas, de acuerdo a su concepción del sindicalismo, debían llevar a la aplicación *de facto*, por parte de los patronos, de mejores salarios y horarios de trabajo más reducidos pero sin ninguna obligación de parte de los obreros de mantener este compromiso por algún tiempo. El estado de guerra entre patronos y asalariados debía ser continuo. Estas ideas fueron más o menos adaptadas de las enseñanzas del fundador francés del «sindicalismo», Georges Sorel, el cual, cosa sorprendente, nunca en su vida comprendió que sus teorías habían sido puestas en práctica en España. Con la creación de la CNT, con el rechazo de la destrucción absolutamente negativa, con la aceptación de una organización sindical y su disciplina, el anarquismo español se transformó en «anarcosindicalismo». Lo más curioso es que continuó existiendo exitosamente en estas condiciones. Otros movimientos obreros, como por ejemplo el de Noruega, han vivido los mismos esfuerzos de crear un movimiento gremial basado en ideas sindicalistas; pero invariablemente, después de un tiempo, los sindicatos se han convertido a la típica mentalidad gremial, haciendo arreglos con los patronos, manteniendo fondos de huelga y ayuda social y siguiendo métodos de acción completamente pacíficos. Solo España es la excepción. La CNT española es quizás el único movimiento sindical a gran escala genuinamente revolucionario del mundo. Está orgulloso de serlo, con razón o sin ella. De todas maneras, nunca podría haber tenido éxito si el proletariado español hubiese sufrido el proceso de «aburguesamiento», característico al

proletariado industrial de todo el mundo. Pero el mundo español no es burgués y el proletariado español, en consecuencia, tampoco podía serlo.

El año 1919 marcó, como resultado de las experiencias obtenidas en la huelga general de 1917, un nuevo paso adelante en el camino de la adaptación a modernas condiciones industriales; la creación de los *sindicatos únicos*. Estos eran simples sindicatos industriales, a diferencia de los viejos gremios artesanales; el contraste entre la nueva y la vieja organización de la CNT, corresponde exactamente a la lucha que se libra actualmente en Estados Unidos de Norteamérica entre la Federación Norteamericana del Trabajo (*American Federation of Labour*) dirigida por Green y el Comité de Organización Industrial (*Committee of Industrial Organization*) dirigido por Lewis. La cuestión de España era sin embargo más complicada, ya que el federalismo, el derecho de la más pequeña unidad posible a decidir sus propios destinos, es una de las panaceas del anarquismo. Y ahora surgía la posibilidad de crear sindicatos monstruo conducidos con disciplina de hierro. Pero de nuevo los innovadores lograron imponerse y su influencia convirtió al movimiento en algo bien diferente de la UGT, reformista y pacifista. Los *sindicatos únicos*, al contrario de esta, se convirtieron en el terror de la burguesía española. Continuaron empleando los medios violentos tradicionales del movimiento anarquista combinando, por ejemplo, huelgas y asesinatos; pero, siendo más fuertes que los viejos gremios artesanales, lo hicieron más eficazmente. Barcelona conoció durante años un torbellino de asesinatos y venganzas, los cuales tuvieron lugar con la bendición de la policía secreta la cual, de acuerdo con los intereses de la administración, cerró los ojos tanto ante los asesinatos de burgueses como ante los de líderes anarquistas. La campaña terrorista unió, del lado de los revolucionarios, a hombres de corazón puro como Durruti y Ascaso con *pistoleros* profesionales; esta asociación ha seguido siendo uno de los puntos más débiles del anarquismo, aunque sea natural dentro del cuadro de la fe bakuninista. *En fin de compte* la CNT se convirtió, a través de todas estas luchas, en una organización que resultaba ser contrincante más que difícil para la administración española.

El programa político del anarquismo también evolucionó durante este mismo periodo. La absoluta condena de Bakunin al Estado como tal, había sido siempre más una manera demagógica de hablar que convicción política seria. Su importancia práctica descansaba en el rechazo enfático a cualquier participación dentro de la vida parlamentaria la cual, decían él y sus seguidores, llevaría inevitablemente al «aburguesamiento» del político. A pesar de esto, Bakunin dio la bienvenida a la comuna de París de 1871 la cual, en fin de cuentas, no fue más que una organización central del Estado, y los anarquistas españoles siguieron este ejemplo de París en 1873, creando comunas en Murcia, Alcoy y Cartagena desde las cuales, durante meses, se hizo resistencia a las tropas regulares. Pero todas estas opiniones sobre el Estado, cambiantes e inciertas, se unieron gracias al impulso de la revolución rusa de

1917. En su primera etapa soviética, cuando la dictadura del Partido Comunista sobre los soviets no era todavía aparente, cuando los demás partidos socialistas no habían sido liquidados mediante el terror, cuando todavía no había sido creada la GPU, los anarquistas españoles saludaron con una entusiasta bienvenida la revolución bolchevique y aceptaron como suyo el programa de los soviets. Vigilaron la evolución de la revolución rusa, el antagonismo entre los soviets y la dictadura del partido y finalmente se unieron a los anarquistas rusos, a Majno y los marinos de Kronstadt bajo este programa común: soviets sin partidos políticos, soviets sin comunistas. La tradición soviética misma está muy cerca del sentimiento popular español. Tiene su equivalente en la tradición nacional de las «juntas» o «comités» revolucionarios locales, alzados en España a cada emergencia revolucionaria. Esta red de «comités» surgió en todo el país en julio de 1936 y los anarquistas intentaron transformarlo en el poder político rector de España. La FAI (Federación Anarquista Ibérica) fue fundada finalmente en 1925, después de la muerte de Seguí, en el momento en que Pestaña mostraba tendencias a cooperar con el dictador Primo de Rivera; se creó como sostén contra posibles tendencias «reformistas» dentro del movimiento y a fin de mantenerlo lo más cerca posible de su fe rebelde original. Desde entonces, solo miembros de la FAI pueden ocupar posiciones de confianza dentro de la CNT. La FAI misma refleja con exactitud el extraño fenómeno particular al anarcosindicalismo español. Concebida con el fin de agrupar a todos aquellos elementos no solo sindicados a la CNT, sino también anarquistas convencidos y activos, une así en sus filas por una parte a la élite del movimiento anarquista, la guardia activa que ha sufrido innumerables luchas, prisiones, emigraciones, sentencias de muerte y que es sin duda uno de los elementos más idealistas existentes en el mundo actual, y por otra, a elementos dudosos que otros grupos vacilarían, no solo ante la posibilidad de aceptarlos en puestos de responsabilidad, sino pura y simplemente en calidad de miembros. Pero esta es la esencia del anarquismo español. Es una concepción moral y política separada por siglos del escenario contemporáneo europeo y todas las transformaciones del anarquismo, sobrevenidas a lo largo de esta última generación recién descrita, solo han provocado una adaptación superficial al *milieu* de la fábrica moderna, sin transformar el viejo espíritu rebelde popular de campesinos exasperados ante sus opresores. De hecho, la fábrica moderna es recibida solo superficialmente dentro de la comunidad española. Los motores están allí presentes, pero la mentalidad que los ha creado es ajena a la del español medio, como también lo es el orden político y social que las acompaña. Es precisamente a causa de la superficialidad de su adaptación a la industria moderna por lo que el anarquismo ha permanecido cerca del corazón del pueblo español y resulta la más clara expresión de la actitud de las clases bajas en la presente coyuntura histórica. Mientras existieron solo adversarios españoles contra quienes luchar, ya fuese compitiendo por el apoyo de las masas o peleando contra el Ejército, la Guardia civil o la administración, el anarquismo se mostró invencible. Pero estaba condenado a desmoronarse tan pronto

como entrara en contacto con aviones, tanques y cañones manejados por europeos y no por españoles.

Pero debemos volver por un momento a las consecuencias inmediatas de la crisis de 1917. El proceso de adaptación en el cual todos los grupos se habían empeñado después de la derrota, iba a hacer mucho más difícil para el gobierno un triunfo al siguiente asalto. Pero este no sobrevendría de inmediato. Antes de su llegada, todos los adversarios del gobierno atravesaron una etapa de debilidad. Es durante este periodo cuando la personalidad del rey Alfonso XIII jugó un papel importante. Ansioso de poder personal, recibió con agrado la desintegración, la cual le brindaba la oportunidad de dividir y regir. Lo hizo astutamente, desacreditando una tras otra las coaliciones parlamentarias; jugando con sus gabinetes; adulando al Ejército como única fuerza real del país. Estaba bien adentrado en el camino de un régimen personal cuando, en 1921, una catástrofe intervino. El rey había apoyado a uno de los generales con mando en Marruecos que había emprendido una campaña en contra de las órdenes expresas del mando central. Pero había subestimado a los moros. Ya estos no eran, como en 1909, grupos aislados de tribus del Rif; se encontraban ahora bajo el mando unificado de Abd-el-Krim, líder de cualidades verdaderamente extraordinarias. Abd-el-Krim tomó ventaja y sorprendió al general. Este, por consejo del rey, había actuado con mucha osadía y poca circunspección y sufrió una total derrota. En pocas horas, el ejército español perdió su honra, diez mil hombres, un enorme cuerpo de tren y todas sus conquistas de década y media. El clamor en España fue abrumador. Se encontraba implicada la responsabilidad personal del rey. Había instado al general Silvestre a pasar por alto las órdenes de sus superiores.

Desde este momento, la vida política de España se convirtió en una trama de intrigas, en cuyas redes los partidos políticos, incluyendo importantes secciones de los conservadores, trataron de unirse para pedir cuentas al rey y al régimen, mientras aquel trataba de dividirlos en su intento por escapar. Lo ayudó en esto la crisis agraria que invadió España a causa de las mejoras introducidas en otros países en los cultivos del vino, la naranja y las aceitunas. Bajo la presión de esta crisis, la *entente* entre propietarios textiles y grandes terratenientes, los cuales se ayudaban mutuamente en la obtención de tarifas protectoras, se hizo pedazos. Los grandes terratenientes intentaron hacer uso de su supremacía política para conseguir acuerdos comerciales favorables, a expensas de los industriales. La *entente* entre conservadores, liberales, Lliga y reformistas, unidos en contra del rey, fracasó. Cuando se organizó un comité con el fin de investigar el desastre marroquí, y en el momento en que este completaba la preparación de un informe a las Cortes, el rey se las arregló para hacer inoperante el sistema parlamentario. Con su agudeza habitual, se retiró, dejando el escenario al dictador militar que él mismo había seleccionado. Primo de Rivera ocupó el cargo y disolvió el Parlamento sin un solo amago de resistencia.

LA DICTADURA DE PRIMO

Era obvio que las cosas no podían continuar como hasta entonces. Bastaba la herida aún supurante de Marruecos. El esfuerzo revolucionario de regenerar la nación, había fracasado en 1917; el método constitucional había fracasado entre 1917 y 1923. Las cosas no estaban todavía maduras como para el surgimiento de nuevas fuerzas revolucionarias. Era por lo tanto evidente que la dictadura era la única salida a la crisis. El Ejército había fracasado en el cumplimiento de su principal deber, al no ser capaz de defender los territorios de la corona española, la administración se había hundido hasta el punto de cooperar con pistoleros profesionales en contra de ciudadanos decentes, los partidos políticos habían perdido todo prestigio envueltos en un mar de intrigas sórdidas e inútiles. Todos dieron la bienvenida a la dictadura. Hasta dentro de las filas de la CNT tuvieron lugar algunas primeras vacilaciones lo cual provocó, como reacción, la creación de la FAI. Primo de Rivera comenzó sus funciones de dictador bajo los más favorables auspicios que jamás hayan saludado a una dictadura. Su programa se contenía en dos frases: destruir los viejos partidos políticos y reorganizar el Estado a través de la modernización del país. En los seis años de su dictadura hizo todo lo que pudo por lograr la segunda de estas tareas, dado lo que razonablemente podía esperarse. Los elementos de la vida europea moderna que subsisten en la España de hoy datan en su mayoría de tiempos de Primo, aunque los republicanos estén poco dispuestos a admitirlo. Dondequiera exista una carretera espléndida (y hay muchas) o un albergue moderno en un pequeño pueblo, una escollera nueva en algún puerto importante, un cuartel moderno o una prisión nueva, en nueve de cada diez casos su construcción será debida a la administración de Primo. La dictadura fue capaz de asegurarse en el extranjero los préstamos necesarios para esta obra de construcción. Disfrutó al principio del apoyo entusiasta de la burguesía industrial. (Cambó había sido parte fundamental del plan, preparando el *coup d'état*). Tampoco el dictador dejaba de comprender la necesidad de dar al proletariado urbano algo más que prisiones y balazos en el intento de ganar su cooperación. Por primera vez en la historia española se llevó a cabo un esfuerzo constructivo por resolver «el problema social». Se introdujo el convenio colectivo obligatorio con el fin de asegurar salarios aceptables a los trabajadores. La UGT se sintió más que contenta ante este inesperado regalo; fue reconocida como asociada a los convenios colectivos y mientras todos los demás partidos eran perseguidos, los socialistas eran tolerados. Después de la muerte de Iglesias, Caballero se convirtió en su líder y no teniendo nada de revolucionario, entró a prestar servicios en el Ministerio de Trabajo. En 1925 quedó resuelto el problema marroquí. Abd-el-Krim fue derrotado (en colaboración con los franceses) y se llevó a cabo un plan de construcción de carreteras a través de las montañas y el campo totalmente pacificado. De modo general, fue el esfuerzo más grande jamás realizado por hacer de España un

país moderno, comparable solo al esfuerzo similar llevado a cabo por Kemal Atatürk en Turquía.

Todos se sentían aliviados por el momento. Pero pronto fue precisamente el carácter moderno del régimen lo que comenzó a causar una violenta oposición y provocó la caída de Primo. La dictadura, a pesar de ser fuerte y por regla general benévola, era incapaz de doblegar la intrínseca repulsión del español contra la versión moderna de la civilización occidental. Y Primo estaba lejos de tener a su disposición el poder de dirigentes como Kemal o Mussolini, que lo ayudase a vencer la resistencia de la fuerzas retrógradas del país.

¿Fue fascista el régimen de Primo? ¿Tenía, o era capaz de reunir, el poder totalitario característico del fascismo? ¡De ninguna manera! Antes que nada, Primo no dirigía ningún movimiento fascista, ni un amplio y entusiasta partido, compuesto por todas las clases sociales, marchaba tras él. Desde el primero al último momento de su estancia en el poder, fue tolerado pasivamente por una población que, después de todo, era capaz de apreciar un buen gobierno pero no veía razón alguna para ayudarlo. El régimen de Primo, además, se alzaba en contra no solo del profundo espíritu español de apatía con que es confrontado allí todo esfuerzo constructivo; llevaba también en su seno elementos absolutamente incompatibles con la posibilidad de lograr apoyo de las masas. Una dictadura progresista como la suya debía confiar, en primer lugar, en la burguesía y la intelectualidad progresista. Pero Primo se veía obligado a unirse a sus dos enemigos naturales, la Iglesia y el Ejército. Él mismo era una criatura nacida del Ejército, había llevado a cabo su *coup d'état* gracias al apoyo del Ejército y no podía existir sin este; peor aún, nunca había actuado como su jefe reconocido ni como lo hubiese hecho un general cubierto de gloria y autoridad. Había sido simple comandante de la guarnición de Barcelona y su *coup d'état* le había valido el *placet* de los otros generales, no sin algunas dudas de parte de estos. Desde el punto de vista del Ejército, ocupaba simplemente la posición de innumerables predecesores que habían llevado a cabo con anterioridad exitosos *pronunciamientos* armados. En estas condiciones se había ganado el apoyo de sus colegas militares. Podía perderlo y lo perdió cuando esas condiciones cambiaron. Nunca fue lo suficientemente fuerte como para doblegar al Ejército. Tuvieron lugar insubordinaciones y se formaron, dentro de las filas altas y bajas del Ejército, grupos políticos secretos que perseguían fines seccionales. Este viejo cáncer del cuerpo político español siguió siendo incontenible bajo Primo, como lo había sido antes y lo sería después. Esto lo obligaba a halagar al Ejército. Pero no podía, a la vez, halagar al Ejército y a la burguesía. Si quería mantener el apoyo del primero debía ofender a la segunda. Podía confiar el Ministerio de Hacienda a un joven extremadamente dotado de la burguesía española, Calvo Sotelo; podía hinchar los negocios con subsidios; nada de esto daba resultado. Su obligación era minar la posición política de la burguesía y esta tenía razón al no renunciar a su poder y ponerse así en manos de

un general como los otros. La cuestión catalana planteó claramente el problema. El Ejército era fieramente procastellano, anticatalán y centralizante. (Muy pocos oficiales eran catalanes). La dictadura era más recia que cualquier régimen previo. Como consecuencia de esto, el regionalismo catalán era perseguido con más fiereza que nunca. Se llegó hasta prohibir los cantos y danzas nacionales catalanes; la enseñanza del catalán estaba estrictamente prohibida; la Universidad de Barcelona fue arruinada. Pero el regionalismo catalán era el único programa político posible de la Lliga, y esta era el grupo más fuerte de la burguesía española. Sin él, no podía soñar con el apoyo de las masas. Este dilema hizo enfriar el sostén que Cambó y sus seguidores daban a Primo. Atrapada entre sus intereses industriales, comunes a los intereses políticos de la dictadura, diametralmente opuestos a los del Ejército, la Lliga titubeó, dudó y rompió finalmente con el régimen, pero solo después de haber perdido el poco crédito que le quedaba entre las masas catalanas. El resultado principal del régimen de Primo resultó ser el desarraigo político de la más fuerte sección de la burguesía española, a pesar de haberla apadrinado industrialmente. Y esta política industrial se enfrentó además a los celos de los castellanos y naturalmente del Ejército, provocados por cualquier ayuda brindada a Cataluña.

Pero se planteaban problemas más graves en relación con la intelectualidad progresista. Esta fue llevada en Cataluña a una actitud de oposición furiosa, resultado del acoso perpetrado contra todo aquello que fuese catalán; solo la Esquerra se benefició de esta política. Las cosas no andaban mejor en Madrid, puesto que la dictadura se veía obligada a confiar en la ayuda de la Iglesia, enemiga mortal de la intelectualidad progresista. Tenía que insistir, al menos temporalmente, en el conformismo. Cualquier libertad dada a la libre discusión hubiese significado la resurrección de los viejos partidos políticos, y con ello, la caída de la dictadura. Pero para un régimen basado en el Ejército, el apoyo a la corona y el escamoteo de la revolución, era imposible imponer un conformismo ideológico en contra de la Iglesia; debía imponerlo siguiendo las normas de esta. En otras palabras, las universidades debían ser amordazadas. El Ateneo fue cerrado por primera vez en su existencia. Los principales intelectuales se alzaron con furia contra el gobierno, muchos de ellos prefiriendo el exilio voluntario a la vida en España. Unamuno comenzó desde París su incontenible campaña contra el dictador.

Una vez abierta la brecha, esta se amplió por sí sola. La administración se vio forzada a emplear los viejos métodos, ilegales y poco garantizados, de la persecución policiaca. Los refugiados hicieron públicos estos métodos; una organización cada vez más eficiente distribuyó sus folletos dentro del país; creció la indignación entre las clases educadas. Ante la inseguridad en el apoyo firme de la burguesía y demasiado débil para gobernar en abierta oposición a ella, el gobierno intentó ganársela a través de concesiones; pero estas concesiones se estrellaron contra las promesas dadas a los sindicatos. Pasado algún tiempo, la situación era tan confusa que el gobierno despertó

la desconfianza de los patronos a la vez que veía crecer, en el seno de la UGT, la oposición a toda forma de colaboración con él. Siguiendo su plan de reformas modernas y con el fin de contrapesar las fuerzas de los conservadores (los cuales se sentían disgustados con el régimen por haber este destruido su maquinaria política), el gobierno realizó un intento de reforma agraria. Los grandes terratenientes no tenían ningún deseo de sacrificar así fuese la más mínima parte de sus riquezas. Comenzaron una *fronde* contra el gobierno, haciendo pleno uso de sus importantes contactos personales, tanto con la Iglesia como con el Ejército. El Ejército mismo comenzó a ser poco digno de confianza. Esto fue el principio del fin. Sánchez Guerra, líder de los conservadores, uno de los que había escogido el exilio voluntario, desembarcó en Valencia e intentó un *coup de main*. Fue arrestado, llevado ante un consejo de guerra... y declarado absuelto. El gobierno se vio obligado a reconocer que el Ejército estaba en contra suya y renunció. El fin de Primo, gobernante que se inició como sincero rejuvenecedor del país, fue poco diferente del de muchos otros *caudillos* que por el Ejército se habían alzado y por él habían perecido.

Una comparación con Italia y Turquía, las cuales resolvieron el problema que Primo se mostró incapaz de solucionar, arrojará alguna luz sobre las razones de este fracaso. Mussolini triunfó en Italia porque tras él marchaba un movimiento de masas y una sección de la burguesía y de la intelectualidad progresista, lo suficientemente fuertes como para permitirle echar a un lado las fuerzas de la vieja aristocracia terrateniente, el Ejército y la Iglesia. Kemal tuvo éxito en Turquía porque el Ejército no tenía contrincante y una vez emprendida la vía de la reconstrucción bajo lemas de puro patriotismo, podía seguirse adelante sin encontrar resistencia seria. En España, Primo fue atrapado por las fuerzas en lucha del Ejército y la Iglesia de un lado y la burguesía y los intelectuales del otro. En España, como en Italia, un programa de reconstrucción debía ser llevado a cabo contra la Iglesia y el Ejército, pero no se contaba con las fuerzas que Mussolini tenía a su disposición. En una palabra, Primo trató de crear un nuevo orden de cosas utilizando las fuerzas inmutables del viejo orden y, lógicamente, fracasó. Las fuerzas más poderosas, Ejército e Iglesia, junto con la aristocracia, no se mostraron deseosas de reconocer al Estado. Las fuerzas cuyo propósito era europeizar al país, la burguesía y parte de los intelectuales, eran demasiado débiles como para llevar adelante esa tarea. Como consecuencia, esta fracasó en su cumplimiento. El país fue llevado de nuevo a los tradicionales modos de vida y, como esto no podía durar, avanzó hacia la revolución.

El resultado principal del régimen de Primo fue la ruina de la burguesía española. Durante los dos últimos años de dictadura la moneda había sido depreciada, el presupuesto estaba desequilibrado, el nivel de producción comenzó a fallar; la crisis económica mundial se encargó de lo demás. Golpeó a España más severamente que a cualquier otro país. Peor aún, la estructura política de la burguesía había sido

destrozada, al igual que lo habían sido los viejos partidos políticos de la aristocracia. La recompensa de esta política fue «el pacto de San Sebastián».

En el otoño de 1930, los líderes socialistas se reunieron con grupos republicanos y de la izquierda catalana, notablemente la Esquerra, en San Sebastián y allí acordaron un plan de acción revolucionaria. Se presentía que el rey, profundamente desacreditado por su objetable política parlamentaria, por el desastre de Marruecos, por la caída de la dictadura que él mismo había apadrinado, no encontraría a nadie dispuesto a defenderlo. De ahí que el siguiente alzamiento revolucionario llevase directamente a la creación de una república democrática y parlamentaria. Los líderes de la UGT prometieron poner a sus sindicatos bajo las órdenes de comités conjuntos de todos los partidos revolucionarios, caso de que se necesitase llevar adelante una huelga general. Los otros partidos garantizaban a su vez las demandas de la UGT de legislación social y secularización del Estado. Los catalanes obtuvieron la promesa de autonomía regional.

A partir de este momento el empuje republicano no encontró resistencia real. Nadie estaba dispuesto a continuar la defensa de la monarquía. Sánchez Guerra, líder de los conservadores aristocráticos, mostró gran cuidado de no tomar posición en la lucha. La moral militar había decaído profundamente. La disciplina fue aún lo suficientemente fuerte como para dominar una pequeña sublevación republicana en diciembre de 1930. Pero no existían salidas políticas. El único camino que quedaba a la monarquía era el retorno a métodos constitucionales, pero los partidos de izquierda rehusaban participar en la elección de nuevas Cortes bajo la monarquía. A manera de compromiso fueron organizadas las últimas elecciones presididas por el gobierno monárquico, elecciones municipales en las cuales la izquierda aceptó colaborar. Tuvieron lugar el 12 de abril de 1931.

Los votos demostraron una serie de hechos de primordial importancia para el futuro. El movimiento revolucionario apenas había alcanzado al campo; el campesino no había sido tocado por él; lo que quería decir, después de todo, que no tenía raíces profundas en la totalidad de España. El campo seguía obedeciendo a los *caciques* y a los aristócratas y voto monárquico. Pero por otra parte, tanto la administración como la burguesía habían perdido su control sobre el campesinado. Excepto en dos o tres casos, todas las capitales de provincia votaron por la lista conjunta presentada por la coalición de aquellos partidos firmantes del pacto de San Sebastián. La monarquía se había sentido optimista; el resultado llegó como un terrible golpe. Los votos de Barcelona fueron decisivos. Casi todos habían esperado allí un éxito de la Lliga; la Esquerra obtuvo una abrumadora mayoría. Pocas horas más tarde, Maciá proclamaba la República catalana independiente. La única ayuda posible para el rey estaba en manos de los militares. Pero los generales no veían razón alguna en defender a Alfonso, a quien habían aprendido a odiar. Muchos de ellos, Franco, Goded, Cabanellas, la mayoría de los líderes de la revuelta de 1936, participaban más o

menos en el complot republicano, presintiendo la debilidad de la monarquía y husmeando espléndidas posibilidades de un reino del sable en la naciente república. Después de las elecciones el general Sanjurjo, comandante de la guardia civil, fue a comunicar al rey que ningún guardia civil dispararía contra el pueblo. Nadie quedaba para defender al monarca. Este lanzó una patética proclamación anunciando su renuncia como modo de evitar al país la guerra civil; en realidad, ya no era hombre capaz de evitar al país nada; no le hubiese sido posible encontrar una sola unidad dispuesta a defenderlo. El comité republicano tomó el poder automáticamente y sin derramamiento de sangre, el 14 de abril de 1931; Azaña, jefe de los republicanos, se convirtió en primer ministro; los socialistas se unieron al gobierno, en el cual se contaban varios catalanes. Pocos meses más tarde, al celebrarse las elecciones para unas Cortes Constituyentes, los partidos del pacto de San Sebastián triunfaron por una abrumadora mayoría.

LA SEGUNDA REPÚBLICA

El nuevo régimen era intrínsecamente débil. Tenía en su contra a la derecha, la aristocracia y la burguesía. A la izquierda, la CNT, la más fuerte organización de las clases bajas, que esperaba su oportunidad de impulsar la revolución social. Estaba respaldado solamente por los intelectuales radicales y las secciones más débiles y moderadas del movimiento obrero. Había triunfado, no basándose en sus propias fuerzas, como los grandes movimientos revolucionarios de Gran Bretaña, Francia o Rusia, ni tampoco venciendo las pruebas de una insurrección y logrando su victoria en las barricadas, sino simplemente gracias al completo aislamiento de las fuerzas del viejo orden, al completo desmembramiento de todo eslabón que uniese la administración con la monarquía. Tanto el ejército como los funcionarios públicos y quizás también, tras algunas dudas, la Iglesia y la aristocracia, hubiesen tolerado la república si esta se hubiese limitado a cambiar la forma de gobierno. Desafortunadamente, era imposible dejar las cosas como estaban. La República había nacido de una crisis profunda y condiciones intolerables. Algo debía hacerse para vencer la desintegración de la vida económica y la administración pública. Además, los intelectuales radicales estaban llenos de ideales y las masas hacían presión.

Desde su nacimiento, la República se vio desgarrada entre tendencias opuestas. Los enredos que durante la primera República habían convertido a los progresistas en hazmerreír de todos se repitieron dentro del partido republicano durante la segunda. Debía llevarse a cabo un completo rejuvenecimiento del país pero, por Dios, esto no debía convertirse en un profundo sobresalto. Intelectuales como el señor Ortega y Gasset lanzaron impresionantes discursos en las Cortes y acusaron a la humanidad y al destino de que estos discursos produjesen poco efecto. Al mismo tiempo el

problema básico de España, la cuestión agraria, era enfrentado con inexcusable timidez. Esto perdió a los republicanos en 1931, de la misma manera que los había liquidado en 1873.

Los republicanos no eran socialistas, tampoco lo eran aquellos que se llamaban «socialistas»; estos se sintieron por el momento, bajo la dirección de Caballero, plenamente satisfechos con la república democrática y las reformas sociales. Y mucho podría discutirse en el afán de demostrar que su actitud era inteligente. Pero si bien debía existir una república democrática, para establecerse esta debía liquidar la independencia y las aspiraciones de poder de la Iglesia y el Ejército y esto solo podía obtenerse quebrando el poder de la aristocracia terrateniente y consiguiéndose la lealtad sincera del campesinado, todavía no comprometido. Abolición *de facto* de la servidumbre, división de los *latifundia* de sur y centro, legislación que asegurase condiciones humanas de tenencia de sus tierras a los arrendatarios de norte y este y drástica disminución de las rentas sobre la tierra, podrían haber constituido un programa mínimo que diese a la República un sólido respaldo en el campo. La burguesía, a pesar de no ser afectada de modo inmediato con estas medidas, se uniría probablemente a la aristocracia en el empeño de combatirlas, temiendo que la expropiación se extendiese a la propiedad industrial. Pero si el gobierno era fuerte, no tenía por qué permitir tal extensión; y lo sería cuando tuviese el respaldo del numeroso campesinado a quien una reforma agraria convirtiese en propietario individual. Los republicanos hubiesen sido capaces de poner en práctica la reforma agraria, aprovechando la urgencia de los primeros tiempos, sin encontrar mucha resistencia. Una vez puesta en efecto, esta habría sido la sólida base de una república democrática de tendencias alejadas del socialismo, como había sucedido ya en Francia. Más tarde la burguesía, segura de sus propiedades, podría haber sido convencida de colaborar. Por otra parte, el gobierno se vería irremisiblemente atrapado entre la Escala de la CNT y la Caribdis del Ejército a no ser que lograra un respaldo sólido, obtenido mediante una reforma agraria completa la cual, a su vez, traería consigo la europeización definitiva del país. Se encontraba ante otra oportunidad más de adaptar España a la civilización occidental moderna, tan admirada por los principales intelectuales españoles. De nuevo perdió esta oportunidad.

En lugar de poner la reforma agraria ante todo, el gobierno se vio envuelto inmediatamente en problemas con la Iglesia por motivos religiosos. La creación de un Estado secular era la idea favorita de los intelectuales radicales y a la vez un modo fácil de escapar por el momento a los urgentes problemas de la economía y la administración. Además, la CNT se desencadenaba en los pueblos y quemaba iglesias. El gobierno introdujo una legislación que separaba la Iglesia del Estado. Cuando muchos meses después, la cuestión eclesiástica provocó una crisis gubernamental, una división dentro del campo republicano y un intento de

sublevación armada en Navarra, el gobierno decidió al fin volverse hacia las cuestiones agrarias, pero ya para entonces la reacción se había recobrado. Ahora el problema agrario, que pudiera haber sido resuelto pacíficamente en abril o mayo, podría ser solucionado solo a sangre y hierro. Los funcionarios, profundamente implicados en los intereses de los grandes terratenientes, sabotearon la reforma y el único camino que quedó para hacerla efectiva fue un llamado a los campesinos para que estos hicieran valer sus demandas con sus propias manos; lo cual hubiese significado revolución social. Los republicanos estaban lejos de desear semejante cosa. Al igual que en 1873, pero esta vez con más violencia, la República había hecho despertar a las masas campesinas las cuales, sin invitación expresa del gobierno, intentaron apresurar la solución de sus problemas rebelándose contra la guardia civil y los terratenientes. Todo el país se cubrió de una ola de sublevaciones campesinas. A estas se unieron, de modo inquietante, alzamientos proletarios en las grandes ciudades españolas. Los trabajadores también habían esperado que la República introdujese un nuevo régimen más ventajoso para ellos y al comprender que nada se conseguiría sin luchar, intentaron tomar el asunto en sus manos. Bajo la dirección de la CNT, España se enfrentó a alzamientos combinados de campesinos y obreros. Poco tardó el gobierno en decidir cuál era el mejor modo de enfrentarse a ellos; llamó en su ayuda a la guardia civil y el Ejército y se puso así a merced de estos. Las cosas habían alcanzado el mismo punto que en 1874, con la diferencia de que ahora los movimientos de izquierda eran mucho más fuertes y la aristocracia y la Iglesia mucho más débiles.

Los republicanos, unidos a los socialistas, llevaron estos problemas a su punto culminante, exasperando a las fuerzas del viejo orden justo en el momento en que se veían obligados a aceptar su protección. Las habían enfurecido al llevar adelante su legislación eclesiástica. No pudieron evitar el conceder a Cataluña autonomía regional (como había sido prometido en San Sebastián), aunque para ello sostuviesen infinidad de discusiones, pero esto exasperó de nuevo al Ejército, a la guardia civil, a los funcionarios, a la aristocracia, a la Iglesia y en general, a todos los partidarios del viejo orden. Superlativamente insensibles a cuáles debían ser las tácticas apropiadas, comenzaron a reaccionar contra esta irritación cuando eran más débiles, introduciendo una reforma del Ejército y la administración estatal. Era indudablemente cierto que los abusos dentro de ambos clamaban al cielo; que había tres veces más oficiales o funcionarios de los necesarios; que tanto la administración como el Ejército eran incapaces de estar a la altura de los más elementales requerimientos de eficacia; resultaba extraña, sin embargo, una política que aprobaba decretos retirando y destituyendo miles y miles de oficiales y funcionarios públicos, en el preciso momento en que la República dependía de ellos para su defensa frente a los alzamientos de trabajadores y campesinos. En el verano de 1932, el general Sanjurjo, que había garantizado el comienzo pacífico de la República, se alzó contra esta en Sevilla. La insurrección fracasó, principalmente por falta de preparación seria,

pero el gobierno no fue lo suficientemente fuerte como para obtener que Sanjurjo fuese condenado con severidad. Al mismo tiempo, los oportunistas esperaban su hora. Lerroux, como es lógico, había recibido con entusiasmo la República en los primeros días de 1931. Cuando la marea cambió, se pasó a la oposición, llevando consigo a sus «radicales». La derecha hizo un serio esfuerzo de reorganización. Bajo la dirección de Gil Robles se fundó Acción Popular, partido que intentaba imitar al Partido Católico Alemán y buscaba unir en su seno no solamente al clero, al Ejército, los caciques, la aristocracia y la burguesía sino, en la medida en que ello fuese posible, también a las masas católicas. Robles unió su nuevo partido a otros grupos de derechas, formando un bloque electoral único, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y ganó así triunfalmente las elecciones celebradas en el otoño de 1933. La época de dominación de las izquierdas había terminado. La derecha no tenía que recurrir a un *coup d'état* para tomar el poder. Lo ganaba respaldada por la legalidad de las urnas.

Esta elección mostró la debilidad intrínseca de las fuerzas republicanas. Su éxito de 1931 se había debido principalmente a la sorpresa y la falta de resistencia de la derecha. Ya para 1933, las masas campesinas se sentían descorazonadas ante la legislación agraria del gobierno y las masacres de la guardia. El campo, que durante la etapa inmediata a la proclamación de la República había despertado políticamente y se había lanzado con todas sus fuerzas hacia la izquierda, había vuelto a caer en la apatía y de nuevo obedecía los dictados de caciques locales, los cuales ordenaron votar por la CEDA. En las ciudades, la República había decepcionado al proletariado. El lema de la CNT, abstención, fue el más ampliamente apoyado. Gracias al abstencionismo anarquista, la Lliga triunfó sobre la Esquerra inclusive en Barcelona. La gran mayoría de pequeños propietarios de las ciudades, junto a un número considerable de funcionarios públicos e intelectuales, que habían votado por Lerroux en 1931 cuando este representaba a la izquierda, votaron por él ahora como representante de la derecha. La introducción del voto femenino fue el golpe final. Este voto fue, en conjunto, casi completamente analfabeto y estaba más bajo la tutela de los sacerdotes que el voto masculino. Fue la completa debacle de una posición esencialmente artificial y accidental. La República española parecía liquidada. Después de la dictadura, las fuerzas de la izquierda habían intentado reorganizar el país y se habían mostrado tristemente incapaces de hacerlo.

Pero la alternativa impuesta ahora por las elecciones se mostró igualmente inútil. Era realmente la peor posible, ya que Gil Robles y su CEDA, en contraste con Primo de Rivera, no intentaron reformar al país y, a la vez, mostrar el debido respeto por las fuerzas del pasado; representaban, simplemente, la unión de todas aquellas fuerzas cuyo fin era el mantenimiento del viejo orden de cosas, sin cambios ni reformas. Los discursos modernizantes estaban destinados solo a los oídos de los votantes. Las fuerzas que respaldaban a Gil Robles eran las que habían regido España antes de

Primo y, más aún, antes de 1917; después de liberarse del desagradable aguijón de la dictadura progresista primero y la izquierda progresista después, saludaron la vuelta de los viejos grupos, la vieja corrupción, las viejas ineficiencia e inmovilidad. La política de esta coalición de derechas consistió simplemente en la abolición de todo lo hecho por la izquierda, sin ir más allá. Fue abolida la separación de la Iglesia y el Estado. También las leyes de reforma administrativa. Se dio marcha atrás a la ley de reducción del cuerpo de oficiales del Ejército, se aumentaron a este los efectivos y se le hizo prácticamente independiente de cualquier otra fuerza. La reforma agraria, que nunca había sido efectiva, aun bajo la forma en extremo moderada de su aprobación en 1932, fue revisada de tal modo que se la hizo totalmente ilusoria. Quedaba la cuestión de la autonomía catalana y esta, a pesar del éxito de la Lliga, tenía tal respaldo en la región que resultaba en principio inatacable.

Las nuevas Cortes comenzaron sus trabajos bajo la dirección única de Lerroux y su partido radical, el cual contaba con la CEDA solo como apoyo. Se sabía que un gobierno abiertamente católico podría provocar un estallido y la reacción quería fortalecer sus posiciones antes de enfrentarse a este. Gil Robles era más hábil que Azaña en el sentido de saber cuándo hacer qué. En septiembre de 1934, se sintió lo suficientemente fuerte como para unirse al gobierno, tomando para sí la cartera de ministro de la Guerra. Fue la señal que marcó la abolición total de todos los logros de la República; los partidos republicanos intentaron resistir. Se alzaron en octubre de 1934. Pero fracasaron. Fue la famosa revuelta de Asturias, que tan amplio significado tuvo en la historia posterior de España. Para explicarla, debemos retroceder algunos meses y estudiar los cambios acaecidos dentro de la izquierda española a raíz de su fracaso al mando del país.

Dentro de las filas republicanas, estos cambios se limitaron a la alianza final del señor Lerroux y su partido radical con Gil Robles (Lerroux se ha declarado ya partidario de Franco) y a una pequeña división dentro del partido radical, que situó al señor Martínez Barrio (hoy presidente de las Cortes^[5]) y su Unión Republicana dentro del campo de la izquierda. Pero los cambios acaecidos dentro de las filas obreras fueron más profundos y tuvieron mayor significado.

Desde sus inicios, la CNT había contemplado a la UGT como competidor extremadamente poco grato y como peligro para la pureza revolucionaria del movimiento obrero, considerando la división de este como amenaza para su poder. La clase trabajadora de Barcelona estaba con los anarquistas, mientras los mineros y algunos de los obreros industriales de la costa norte, Asturias y Bilbao, apoyaban a la UGT. Esta era más fuerte que la CNT en Madrid, mientras la CNT dominaba, más o menos, los movimientos obreros del este y de Andalucía, así como el de Barcelona. Las fuerzas no estaban igualmente divididas (la CNT era probablemente algo más fuerte), pero la UGT tenía suficiente fuerza como para que una acción unida del proletariado español en todo el país dependiese de su consentimiento. Y este nunca se

obtenía. Como es natural en países atrasados con proletariado atrasado, no existía término medio entre la violencia y la timidez. El reformismo extremo de la UGT era tan aborrecible a la CNT como lo eran para los miembros de la UGT lo que estos llamaban «métodos criminales anarquistas». La brecha entre las dos ramas del movimiento obrero había crecido enormemente desde 1926, una vez que Caballero se convirtió en funcionario de la dictadura de Primo e intentó utilizar los privilegios legales otorgados por este a la UGT para acosar a los anarquistas aun dentro de las fábricas con todo tipo de presión, directa o indirecta. Las cosas fueron un poco mejor, desde el punto de vista de la unidad de la clase obrera, durante el periodo situado entre la caída de Primo y la proclamación de la República. Tan pronto como esta se proclamó, todo se puso peor que nunca. Ahora los socialistas defendían y hasta ordenaban el uso de la guardia civil contra los huelguistas y los campesinos sublevados, dirigidos en su gran mayoría por los anarquistas: estos hicieron entonces responsables a los socialistas de los derramamientos de sangre que tuvieron lugar durante la represión de los movimientos de masas de 1931 y 1932. El resultado fue que todo contacto entre socialistas y anarquista había cesado completamente cuando aquellos perdieron el poder en las elecciones de 1933. Los anarquistas, sin buscar el apoyo socialista, se alzaron en una insurrección armada contra el recién formado gobierno de Lerroux en diciembre de 1933. Fueron vencidos fácilmente y se retiraron de la escena política, asqueados de todos los partidos, desde Gil Robles hasta Largo Caballero y más firmes que nunca en su fe antipolítica en la «acción directa». Mientras tanto, un gran viraje hacia la izquierda tuvo lugar en las filas socialistas, las cuales comprendieron que Gil Robles estaba solamente esperando su momento y que, tan pronto tomase el poder, trataría de destruirlos completamente, fuese usando la ley o la violencia. Influidos por el doble fracaso de Primo y luego de Azaña y la República; por el profundo descontento reinante en las filas del movimiento y los desastrosos resultados de la rendición de los socialistas alemanes en marzo de 1933, los cuales se veían ahora enfrentados con la violencia contra la cual habían rehusado luchar; y finalmente, aunque no menos importante, estimulados por el ejemplo (aunque algo menos desastroso) del alzamiento socialista en Austria en febrero de 1934, Largo Caballero cambió de pronto de idea y decidió que, después de todo, quizás tuviese algún sentido la idea marxista de la revolución. Obtuvo el apoyo apasionado de los miembros de base al renunciar, formal y enfáticamente, a la vieja política de alianza con los partidos «burgueses» de izquierda; llevó a los socialistas por el camino de la preparación para la violencia, como modo de resistir al inminente ataque de la derecha. El cambio de política del partido no se llevó a efecto sin que ocurrieran serios desacuerdos entre sus líderes, complicando esto la agria enemistad entre Largo Caballero y su segundo en el mando, Indalecio Prieto. Pero finalmente, el cambio se efectuó y ni siquiera Prieto se opuso a este de modo absoluto. Esto resultaba característico de la verdadera situación española.

El giro de los socialistas españoles hacia actitudes más revolucionarias ha sido comparado a movimientos similares ocurridos en otros países, especialmente Austria. Creo que es, en realidad, único. En la Austria de febrero de 1934, solo luchó un grupo de unos cientos, o cuando más, unos miles de *Schutzbuendler*, es decir, miembros del cuerpo militar defensivo de los socialistas, al ser estos completamente incapaces de atraer a las masas del proletariado austriaco, no ya a la lucha armada, ni siquiera a la huelga general. En España, una vez lanzado el lema de resistencia armada, este encontró eco, no solo de palabra sino de corazón, en la gran mayoría de la clase obrera; los alzó, llevándolos a una respuesta práctica. Esta diferencia no puede atribuirse a una mejor posición económica de los trabajadores españoles. Por el contrario, las minas españolas de hierro y cobre, plaza fuerte del socialismo español, habían sido golpeadas por la crisis mundial de modo mucho más fuerte que la propia Viena. Tampoco la diferencia se debe a una mejor preparación. Quien conoce España, sabe que «buena preparación» es un término contradictorio si se utiliza junto a la palabra «España»; los austriacos estaban más que preparados para un alzamiento, mientras que los españoles apenas lo estaban. Tampoco la amenaza al movimiento obrero español era mayor de la que pesaba sobre alemanes o austriacos; al contrario, el inminente régimen de Gil Robles era para los socialistas algo bastante más tolerable que la llegada de Hitler. Queda una diferencia: los españoles contemplaron el destino de los movimientos alemán y austriaco. Esto, sin duda, influyó a sus líderes; pero sería exagerar la amplitud de perspectivas internacionales del minero medio español, creer que los ejemplos extranjeros apresuraron la apasionada respuesta de las filas ante el cambio de política de sus dirigentes.

El giro aparentemente repentino del socialismo español, convertido de un reformismo extremo a una política de agresividad armada, refleja esa mentalidad nacional peculiar que, de manera ligeramente diferente, puede verse también en su anarquismo. El uso de las armas es tradicional dentro de la política española; un código civil utilizado de manera legal y pacífica no ha entrado jamás en la conciencia del pueblo español. Esto ha sido menos aparente en el movimiento socialista que en el anarquista, en parte porque se había constituido con elementos menos violentos; en parte porque los intelectuales y los secretarios sindicales jugaban un rol más importante dentro del partido socialista; en parte porque este extendía su dominio sobre distritos que, por razones geográficas, eran más permeables a la influencia europea. A pesar de todo esto, al llegar la hora decisiva, el trabajador español socialista estaba tan dispuesto a empuñar las armas como su colega anarquista; hacía esto sin importarle que tanto el primer gobierno Lerroux como más tarde el gobierno de coalición Lerroux-Gil Robles poseyeran una clara y bien establecida mayoría en las Cortes; unas Cortes que no habían surgido gracias a manejos electorales, ya que las elecciones que habían llevado la derecha al poder habían tenido lugar durante el gobierno de la izquierda. Pero básicamente, los socialistas tenían una visión tan poco legalista como los anarquistas y habían vencido su timidez gracias a su súbita y

abrumadora alza de la década anterior, exasperándose ante la pérdida de un poder tan espléndidamente conquistado y, durante un tiempo, tan felizmente mantenido.

Los socialistas intentaron unir a todas las fuerzas de la izquierda con propósitos insurreccionales. Fracasaron en este empeño. Azaña y los republicanos rehusaron categóricamente. Los anarquistas, amargados por la anterior política socialista y por sus propios fracasos, habían caído en un estrecho sectarismo. El único grupo importante dispuesto a sumarse fue la Esquerra catalana que ahora, después de la muerte de Maciá, se encontraba bajo la dirección de Companys. También el reducido Partido Comunista, que hasta entonces había más o menos cooperado con los anarquistas, apoyó el esfuerzo socialista.

Poco después de coaligarse Gil Robles con el gobierno, los socialistas lanzaron la revuelta, en los primeros días de octubre de 1934. Su esfuerzo estuvo condenado a la derrota desde las primeras horas, ya que en Madrid y Barcelona terminó en un lamentable fracaso. El movimiento obrero había estado en Madrid bajo la dirección de Largo Caballero y la UGT madrileña intentó sin duda hacer el máximo esfuerzo; pero Madrid no ha sido nunca un centro obrero: es la ciudad de los intelectuales radicales. Y cuando los republicanos se negaron a apoyar al movimiento, este fue liquidado inmediatamente. En Barcelona la Esquerra catalana, poco preocupada de la legalidad del gobierno de Madrid mientras este fuese enemigo de Cataluña (como lo era, en realidad), se alzó. Pero los anarquistas retuvieron a sus fuerzas obreras; explicaron más tarde sus razones: decían tener motivos para creer que la Esquerra los eliminaría inmediatamente después de haber vencido a los castellanos. Al no contar con el apoyo anarquista, la revuelta se desmoronó casi sin resistencia. Companys fue arrestado y sentenciado a muerte, conmutándose luego esta sentencia por la de cadena perpetua; la autonomía regional catalana fue abolida. En los otros centros del país, allí donde los elementos de las clases altas eran principalmente republicanos y los elementos obreros anarquistas, no tuvo lugar siquiera un amago de alzamiento; tampoco lo hubo en Bilbao, en las Vascongadas, lugar este donde los regionalistas católicos vascos esperaban aún obtener de los partidos de derecha la autonomía regional.

Quedaba Asturias, reino de la UGT, y allí se alzó esta en una revuelta más heroica que cualquiera de las llevadas a cabo por la clase obrera desde los días de la comuna de París. Fue tan grande el poder de la rebelión, que no solo los comunistas sino también los anarquistas locales se unieron a ella. Los líderes de la región, desconocidos fuera de sus distritos, se alzaron de pronto a posiciones de importancia nacional, entre ellos Dolores Ibarruri, llamada La Pasionaria. Durante quince días la provincia resistió al gobierno, organizándose una especie de sistema soviético. El gobierno de Gil Robles fue incapaz de reunir tropas españolas leales y eficientes y logró finalmente vencer la sublevación con ayuda de los moros, de legionarios extranjeros y gracias al bombardeo aéreo. El Partido Socialista fue derrotado. Pero su

espléndida resistencia en el centro de su poder convirtió esta derrota en semillero de futuras victorias. Desde el punto de vista militar, el gobierno de Gil Robles había triunfado. La visión de este era demasiado estrecha como para permitirle descubrir que los sucesos de Asturias habían dado a sus adversarios una tradición en la que se combinaban el orgullo que siente un ejército ante sus pasadas hazañas militares y el de una Iglesia ante sus mártires religiosos. Además, unas pocas atrocidades de los rojos fueron vengadas con un mar de atrocidades de la reacción. Y como sus agentes enviados al lugar eran principalmente moros y legionarios extranjeros, el gobierno «nacionalista» alzó contra sí la furia, no solo social sino también nacional, de las clases bajas. Finalmente, mientras unos treinta mil prisioneros eran mantenidos en la cárcel, dieciocho meses después de la revuelta y sin esperanza alguna de liberación, el espíritu de la rebelión de Asturias se mantenía vivo entre todos los pobres y agobiados de España.

El gobierno derechista, en su afán de vencer la tradición asturiana, hubiese debido sustituir esta por algo bien fuerte y constructivo. Creyó, en cambio, que el asunto había quedado zanjado y no hizo nada, excepto deshacer mecánicamente la legislación de los primeros dos años de república, persiguiendo además y encarcelando a sus partidarios. Los últimos años habían sido época de vacas flacas para las clases superiores; sería bueno volver a las gordas. La coalición Lerroux-Gil Robles trató a las Cortes como si estas fueran el títere de la pandilla gobernante; el grupo «radical» de Lerroux en mayor medida aún que los católicos de Gil Robles. De cualquier manera, la corrupción fue mayor que durante la etapa de la izquierda (lo cual quiere decir mucho) y estalló a través de nauseabundos escándalos públicos. Como es costumbre entre los gobiernos españoles, la coalición de las derechas era a la vez débil y estaba demasiado segura de sí. Cuando una crisis menor dentro del gobierno les forzó a consultar las urnas, se enfrentaron al electorado esgrimiendo más amenazas que argumentos.

Cambios considerables habían tenido lugar en el otro campo. Asturias había transformado a los socialistas en algo muy diferente a lo que habían sido hasta entonces. La revuelta armada y la subsiguiente persecución, completaron el proceso iniciado con la renuncia formal a cualquier participación dentro del gobierno. Los políticos de carrera, estos parásitos de todo partido parlamentario español, habían abandonado a los socialistas, los cuales no tenían ya espléndidos trabajos que ofrecerles. No solo esto. La unión de las fuerzas de izquierda, inalcanzable antes de Asturias, se logró cada vez con mayor solidez después de la rebelión. Los republicanos, que se habían negado a cooperar con ella, aceptaron, naturalmente, participar en la lucha electoral contra las derechas. Pero fueron todavía más lejos y llegaron a identificarse de tal manera con la política socialista de los últimos dos años, que se presentaron a las elecciones unidos a estos dentro de la misma lista electoral; esta alianza entre socialistas y republicanos constituyó el llamado «Frente

Popular». Se sobrentendió que los partidos y grupos individuales comprometidos en esta alianza se verían libres de obligaciones mutuas una vez terminadas las elecciones. Los comunistas se unieron también al Frente. Era este su segundo paso hacia la derecha, consecuente con el giro general derechista de la Internacional Comunista desde mediados de 1934. Primero habían dejado de cooperar con los anarquistas para cooperar con los socialistas y ahora, en abierto desafío a sus propios principios, aceptaban hasta la unión con los republicanos. Si se tenían en cuenta sus puntos de vista, resultaba una política inteligente. Pero eran aún demasiado insignificantes como para que sus movimientos tuviesen importancia; el Frente Popular hubiese sido capaz de triunfar sin ellos; y sus pretensiones de «fundadores» del Frente Popular son completamente infundadas.

Tuvo lugar otro cambio de mayor significado. Los anarquistas, aunque de mala gana, abandonaron su actitud sectaria; anunciaron que nada había cambiado; en realidad, un gran cambio había tenido lugar. El éxito de las derechas en 1933 se había debido principalmente a su abstencionismo electoral. Ahora, ante la presión de la tradición de Asturias y la creciente demanda de las masas por una acción unida, comprendiendo además que sus propios camaradas encarcelados solo podrían ser liberados después de un triunfo de las izquierdas, consintieron renunciar a su lema de abstención electoral y, sin por eso lanzar candidatos parlamentarios, llamaron a sus seguidores a votar por el Frente Popular.

La lid entre derechas e izquierdas, que parecía reñida en Madrid, resultó ser una aplastante victoria de la izquierda. Madrid ha sido tradicionalmente, desde principios de siglo, una ciudad republicana y votó católica solo en 1933, en el momento de mayor decadencia de la izquierda. La victoria de los socialistas en Asturias fue resultado inevitable de la rebelión. Pero el éxito del Frente en dos de las cuatro provincias gallegas, región completamente reaccionaria, vino como una gran sorpresa. Las Vascongadas votaron, naturalmente, por los regionalistas vascos, lo que entonces pareció una victoria de la derecha pero pronto demostró ser un triunfo de la izquierda. La derecha, durante sus dos años de gobierno, había perdido precisamente aquellas regiones donde previamente tenía, no solo el poder administrativo de controlar las elecciones, sino además un real arraigo popular. Pero lo que decidió la total victoria de la izquierda fue el abandono del abstencionismo anarquista. Dio la mayoría a las izquierdas en toda Cataluña, una provincia aragonesa, todas las provincias valencianas y la mayor parte de la región andaluza. La derecha mantuvo su dominio solamente en aquellos distritos en donde las elecciones podían ser «fabricadas» por la administración y los caciques: Extremadura, Castilla la Vieja, La Mancha y las zonas de Andalucía en que la influencia anarquista aún no había penetrado, principalmente la provincia de Jaén. Algunos de estos distritos mostraron más tarde, durante la furiosa resistencia de sus campesinos contra Franco, el valor real de sus resultados electorales.

El 16 de febrero de 1936, día de las elecciones, tuvo lugar otra vez un cambio decisivo, tanto para la derecha y la izquierda, como para la totalidad de España. La derecha, que se había mostrado tan miserablemente incapaz de logros después de su éxito de 1933, trató ahora de reorganizarse seriamente. No aceptó ni un solo momento el veredicto de las elecciones, como tampoco lo habían hecho los socialistas cuando las urnas habían decidido contra ellos en 1933. Consideraron las posibilidades de un *coup de main*, pero luego decidieron esperar, ya que la revuelta debía ser precedida de una reconstrucción de la derecha. Como consecuencia, Gil Robles fue retirado de la dirección de la CEDA; tomó el mando Calvo Sotelo, antiguo ministro de finanzas de Primo, el cual definió como su base política el unir y consolidar a todos los elementos derechistas bajo su mando único. Logró en esto un considerable éxito. El Ejército preparó inmediatamente un alzamiento y negoció la ayuda extranjera. En el campo político el joven grupo fascista Falange Española, dirigido por el hijo de Primo, comenzó a sublevarse; prometía un rejuvenecimiento de las derechas, acusando a Gil Robles y su partido de haber fracasado y resultado solo un débil eco del partido conservador del *ancien régime*.

La izquierda tomó de nuevo el poder. Pero ya no era la misma. Muchos de los elementos unidos a ella en 1931, entre ellos intelectuales de fama mundial como Unamuno u Ortega y Gasset, se habían o bien retirado de la política o pasado al campo derechista. El partido republicano se había reducido y los socialistas se negaron a integrar el gobierno. Esto provocó algunas discusiones entre el ala derecha del partido, dirigida por Prieto, y el ala izquierda, dirigida por Largo Caballero (Prieto, junto con dos de sus lugartenientes, era respaldado por la organización asturiana, mientras Caballero lo era por Madrid), pero finalmente la recién nacida ortodoxia marxista de Largo Caballero salió victoriosa. Los republicanos se vieron obligados a asumir solos el poder, con Azaña como presidente y Casares Quiroga como primer ministro. Para ellos, la obra de la revolución había sido llevada a cabo y lograda, gracias a las leyes de 1931 y 1932 relativas al estado secular, la autonomía regional catalana y las reformas administrativa y militar. Volvieron inmediatamente a aplicar estas leyes. Pero esta vez no se salieron tan fácilmente con la suya. En 1931, solo los anarquistas se habían alzado contra este programa limitado; los socialistas habían colaborado con la represión gubernamental. Desde entonces, no solamente los anarquistas sino también los socialistas, habían luchado con las armas en la mano. El gobierno tenía que hacer algo que satisficiera el hervor de las masas. Pero intentó solamente llevar adelante de nuevo la tardía política de 1931, sin cambio alguno; otra vez se frenó la reforma agraria, de nuevo comenzó la guardia civil con sus ejecuciones de campesinos alzados. La diferencia era que ahora la resistencia popular era mucho más fuerte, los sentimientos más amargos, las demandas más perentorias. En ciertos distritos, los aldeanos comenzaron a tomar la ley en sus manos y dividir entre ellos las grandes fincas de los aristócratas.

Es difícil predecir qué hubiera podido suceder si el movimiento hubiese continuado sin encontrar obstáculo alguno. Pero múltiples evidencias sugieren que nada de particular importancia hubiese tenido lugar. Los republicanos no habían cambiado: muchas palabras, pocos hechos. Casares Quiroga tenía reputación de «hombre fuerte» y en julio demostró ser extremadamente débil. Había tomado en sus manos, junto con la jefatura del gobierno, la cartera de ministro de la Guerra, con el fin de purgar al Ejército de todos sus oficiales incompetentes o subversivos. Negó que existiese una amenaza aguda de sublevación militar (quizás sin profunda convicción) y no hizo nada, entre febrero y julio, por prevenir este creciente peligro. En febrero, el general Franco preparó casi públicamente un *coup d'état* contra el nuevo gobierno y fue enviado como comandante a las Canarias. Los republicanos no deseaban llevar adelante una reforma agraria completa y eran incapaces de introducir reformas profundas en el Ejército o la administración. Los socialistas, a pesar de ser más radicales, no eran por ello ahora más activos. Se habían recogido en una actitud de abstención «de principio», respaldando al gobierno con sus votos pero rehusando compartir sus responsabilidades. Declinarían además, seguramente, dirigir un movimiento de masas contra los republicanos y probablemente se mostrarían incapaces de empujar al gobierno hacia adelante, fuese desde dentro o desde fuera. Las inquietas masas no podían esperar entonces más apoyo que el de los anarquistas o, en otras palabras, el encontrado en 1931. Los anarquistas eran sin duda menos sectarios que en 1931, pero evidentemente (y los eventos acaecidos desde julio han demostrado esto ampliamente) no hasta el grado de intentar incluir a los socialistas en un movimiento revolucionario de masas de cualquier tipo. Estos serían algo más violentos que en 1931 pero acabarían probablemente fracasando, a causa de la falta de dirección adecuada y del aislamiento local y regional.

En febrero de 1936, como en octubre de 1934, como en abril de 1931, las masas se habían unido en contra de algo: el viejo régimen, al que odiaban por ser una tiranía. Pero tanto entonces como ahora faltaban los elementos de una política constructiva, los cuales solo habían existido parcialmente durante la época de Primo. La República había fracasado en su intento de europeizar al país. Había marcado un paso atrás en relación con el nivel alcanzado por Primo en esta dirección. Tanto la derecha como la izquierda habían cooperado en esta regresión. No existían razones para creer que las cosas hubiesen cambiado profundamente en el curso de los dos últimos años.

Pero nada de esto fue puesto a prueba. La lucha política, llevada adelante con terrible encarnizamiento, evolucionó hasta convertirse en una cadena de asesinatos. Como represalias contra el asesinato de un oficial de policía republicano, un grupo de choque de la policía asesinó a Calvo Sotelo, pretendido líder del movimiento insurreccional de la derecha. Esto apresuró las cosas. Los generales temieron que, si el gobierno seguía tratándolos con guantes de seda, elementos incontrolables de las

masas populares no les permitirían vivir el tiempo suficiente como para alzarse contra la República. Decidieron sublevarse inmediatamente, aunque el cambio de fecha desajustó todos sus preparativos. Se alzaron en los días 17 y 18 de julio, convencidos del éxito inmediato.

Recibieron una enorme sorpresa. La izquierda, mientras gobernó sin adversarios, se fue desintegrando rápidamente. Pero una vez que su gobierno, en el que trabajadores, campesinos y gente de pueblo en general había puesto sus esperanzas, fue atacado por las fuerzas armadas, el pueblo se alzó como nunca lo había hecho desde 1707 y 1808. El grupo gobernante se desintegró inmediatamente, cayendo Casares Quiroga. Tomó el poder Martínez Barrio y se vio enseguida ante la alternativa de armar a los trabajadores o rendirse a los generales. Él y su ministro de la Gobernación, Sánchez Román, rehusaron resueltamente entregar las armas a los sindicatos, lo cual significaba de manera implícita una rendición a Franco. Pero los socialistas, incapaces de dar un solo paso constructivo durante los pasados cinco meses, demostraron de nuevo que sabían luchar. Amenazando con una inmediata insurrección callejera, forzaron a Martínez Barrio a renunciar. Un republicano prácticamente desconocido, Giral, asumió el poder como tercer primer ministro del día 19 de julio. Era un cargo poco importante en aquel momento. La UGT consiguió armas en Madrid y con ellas el proletariado se convirtió en el único poder real. Fue ayudado enormemente por la actitud de los militares. El general Fanjul, comandante de Madrid, estaba envuelto en la conspiración militar pero lo pensó dos veces y decidió esperar a ver cómo las cosas se desenvolvían en otros lugares. La consecuencia de su doble juego fue dar a los trabajadores las pocas horas que estos necesitaban para armarse. Hicieron buen uso de su tiempo y lograron rodear, atacar y tomar los cuarteles militares. El general Fanjul fue capturado y, unas semanas más tarde, ejecutado después de una sentencia de muerte pronunciada por un tribunal revolucionario.

Los militares de Barcelona, dirigidos por el muy capaz general Goded, brindaron una mejor demostración; pero en esta ciudad salvajemente izquierdista encontraron una firme resistencia. Los aislados catalanes de 1934 habían, en su mayor parte, huido. En 1936, unidos a la CNT, lucharon heroicamente. La guardia civil, que en el resto de España se pasó a los insurgentes cada vez que encontró oportunidad de hacerlo, se mantuvo firme en Barcelona. También las dos formaciones policíacas republicanas, los guardias de asalto y los mozos de escuadra, así como la fuerza aérea. Las formaciones de policía dieron a los inadiestrados trabajadores un respaldo y una dirección competentes; los dos grupos, unidos durante los días de lucha callejera, aplastaron la revuelta, capturaron a Goded (quien, más tarde, fue fusilado al igual que Fanjul) y conquistaron la ciudad. El poder real cayó inmediatamente en manos de la CNT. Pocos días después, media España había sido reconquistada a los insurgentes. Ni anarquistas ni socialistas tomaron en sus manos el gobierno. Solo

ellos, sin embargo, representaban el verdadero poder en sus respectivas plazas fuertes y lo ejercieron a través de los comités de defensa, creados durante los días de lucha de calles.

El alzamiento de los generales logró aquello que ni socialistas ni anarquistas hubiesen sido capaces de lograr: en media España y en seis de las siete principales ciudades españolas, llevó el poder a manos del proletariado revolucionario. Se planteaban los siguientes problemas: ¿Podrían conservarlo? ¿Cómo lo utilizarían? ¿Serían más capaces que sus predecesores de descubrir una solución constructiva a los problemas que habían torturado a España durante un siglo?

Diario revolucionario

1936

El siguiente diario contiene la transcripción, relativamente legible, de anotaciones básicas hechas en alemán durante mi primer viaje a la España revolucionaria y garabateadas hasta llenar varias libretas. El método de presentar directamente una transcripción de las notas originales, interviniendo solamente las inevitables adaptaciones para la publicación, no ha sido dictado por consideraciones estéticas, sino todo lo contrario. Desde el punto de vista del atractivo literario, la transformación de mis notas en relato continuado de mi recorrido hasta convertirlas en una especie de libro de viajes, hubiese sido seguramente preferible. Existía solamente un argumento a favor del método adoptado aquí, pero este era decisivo: en un tema tan prestado a controversias como la guerra civil española, cualquier presentación que se aparte de los hechos tal y como estos fueron observados, por ligeramente que sea, abriría la puerta a dudas. La forma de diario que transmitiese mis observaciones cotidianas, fue la que ofreció más posibilidades de mantenerse cerca de los hechos reales. Es por esta razón por lo que nada ha sido hecho con el fin de suavizar las contradicciones. Cuando he observado hechos contrastantes, los he presentado tal como los vi.

En este diario han sido excluidas de la publicación aquellas de entre mis notas originales cuyo carácter era puramente personal; incidentes insignificantes que solo cansarían al lector; e información confidencial que no tenía derecho a publicar; ocasionalmente, y para evitar una verbosidad innecesaria, he condensado repeticiones idénticas de observaciones idénticas en una sola exposición.

Errores puramente factuales, corregidos más tarde gracias a una información adecuada, no han sido, naturalmente, reproducidos. Pero las generalizaciones equivocadas no han sido eliminadas. Hay buen número de ellas en este diario. He tenido el cuidado de distinguirlas claramente, cada vez que aparecen, de la descripción de los hechos. Son bien diferentes de mis propias conclusiones finales acerca del actual problema español, las cuales están contenidas en parte en el relato de mi segundo viaje, en parte en los capítulos que abren y cierran el libro. Por eso las generalizaciones contenidas en este diario son a veces contradictorias. Representan simplemente las impresiones que el autor sacó de la situación en un momento dado. En sí mismas, estas impresiones son solo interesantes para el autor. Pero decidí no desecharlas, de todos modos. En primer lugar, dan una idea mejor del punto de vista con que se reunió el material aquí contenido. Nadie, ante un hecho como la guerra civil española, se dedicaría simplemente a coleccionar hechos sin conjeturar acerca

del probable curso de los acontecimientos, de los puntos fuertes y débiles de los partidos en lucha u otras cuestiones similares. Pero el observador, al formarse opiniones, se coloca inevitablemente de parte de alguien, por distanciado que esté. Eliminar las notas donde estas opiniones están contenidas, sería pretender una objetividad que nadie puede alcanzar y desviar al lector, en lugar de brindarle la oportunidad de juzgar por sí mismo. Este último fin queda mejor servido separando claramente la presentación de hechos de la presentación de las opiniones del autor.

Pero hay algo más. Como ya se ha destacado, las impresiones del autor y, creo, las impresiones de cualquier observador, han ido cambiando con el curso de los acontecimientos, ya que estos se han desarrollado gradualmente y han mostrado solo poco a poco las verdaderas fuerzas impulsoras que se encuentran tras ellos. Estas impresiones cambiantes, en consecuencia, reflejan esperanzas, ilusiones y desencantos producidos por la emersión, día a día, de los acontecimientos mismos. Una revolución no podrá jamás ser comprendida a través de la descripción escueta de los hechos por sí solos; y esto con más razón que cualquier otra situación social: la mitad de su significado yace en el ambiente y atmósfera generales dentro de los cuales se mueve. Esta atmósfera, a no ser que logre ser reproducida gracias al poder creativo de un artista (lo cual, desafortunadamente, implica la subjetividad de un artista), puede ser comunicada de mejor manera utilizando para ello las impresiones, esperanzas, errores y desencantos creados en un observador favorablemente dispuesto. Iría tan lejos como para afirmar que el crecimiento, la transformación y la decadencia de estas ilusiones, forman por sí solos la mitad de la historia misma de la revolución.

5 de agosto, 6 de la tarde en el tren de Port-Bou a Barcelona

A pesar de los muchos rumores que circulan afirmando lo contrario el tren francés, como de costumbre, atravesó la frontera y llegó hasta Port-Bou. Allí las cosas, lejos de ser desagradables como todos habían predicho, se desarrollaron tan pacíficamente que resultaba inclusive ridículo.

Había conocido, en el tren de Toulouse, un inglés que iba a España como delegado de una organización socialista británica. No sabía español, así que me ofrecí para servirle de intérprete y decidimos viajar juntos. Fuimos recibidos en la estación de Port-Bou, no por una guardia armada apuntando nuestros pechos con sus bayonetas (como casi me había sentido dispuesto a esperar después de todos los tontos rumores de Londres y París), sino por un mozo, que ofreció cargar nuestros equipajes con la cortesía y la pereza acostumbradas en cualquier mozo español de

tiempos de paz. Tuvimos que esperar varias horas, lo cual tampoco me resultó una nueva experiencia, dados mis conocimientos del país en épocas normales, y en el salón donde esperábamos, vimos sentadas docenas de campesinas, conversando pacíficamente y sin mencionar siquiera la revolución. Se encontraban los acostumbrados guardias armados, más unos cuantos trabajadores armados; jóvenes en traje de paisano. Uno de ellos conversaba con nosotros cuando fue llamado, no para llevar a cabo ninguna función específicamente revolucionaria, sino para buscar qué beber a un bebé que lloraba.

A pesar de todo, algunos signos denunciaban lo crítico de los acontecimientos y los conflictos, tanto políticos como sociales. Gracias a mis viajes previos a Cataluña sabía que los catalanes, aunque casi siempre concedores del «español» corriente (que es, en realidad, el dialecto de Castilla) y capaces de hablarlo bastante bien, odian sin embargo hacerlo. Si un extranjero se dirige a ellos en español, tienen la costumbre de replicar en francés (o más bien, en lo que ellos creen sea francés) o peor aún, con una maldición en catalán que ningún extranjero es capaz de comprender. Así había sido durante el gobierno de Primo. Ahora, toda pregunta en español recibe invariablemente una respuesta en español y después de preguntar repetidas veces a diferentes personas en la estación a qué se debe que ahora no rechacen el castellano, la respuesta, invariablemente, es que ahora no existen razones para odiarlo ya que la República, en 1931, otorgó sus derechos a Cataluña.

Otro cambio más importante data solo de días recientes. Cuando fueron examinados nuestros pasaportes, nos enfrentamos a una curiosa distribución del poder administrativo, resultado práctico de la guerra civil. La policía de Barcelona, como ya nos habían dicho del lado francés de la frontera, había dado orden a los guardias fronterizos de Port-Bou de no admitir a ningún extranjero, ni siquiera si este traía sus visados regularizados. Conocía a los empleados civiles que controlaban los pasaportes en Port-Bou a causa de mis viajes previos; habían estado en sus puestos durante muchos años, primero a las órdenes del Ministerio de Gobernación madrileño y ahora, desde el 19 de julio de 1936, a las órdenes del gobierno regional catalán, la «Generalitat». Ya que, después de la derrota de los militares españoles en las calles de Barcelona, el poder ejecutivo del gobierno de Madrid sobre Cataluña había desaparecido y todos los poderes administrativos del gobierno central de Madrid, incluido el control de la frontera española, habían pasado automáticamente a manos del gobierno regional catalán. Pero el cambio no se detenía ahí. Tampoco la «Generalitat» catalana tenía el poder de hacer cumplir sus órdenes. Mi compañero inglés había obtenido sus documentos como delegado de una organización socialista y yo llevaba una carta de recomendación de un conocido socialista español. Cuando los oficiales del puesto de control nos dijeron su imposibilidad de admitirnos, mostramos estas credenciales, obteniendo como resultado el que declarasen nuestro

caso como ajeno a su competencia. Debíamos dirigirnos al «comité», el cual parecía guardar para sí el verdadero poder de decisión en casos de carácter político.

Había en realidad dos comités en Port-Bou, uno para el control de la estación de ferrocarril, otro para el pueblo. El primero estaba compuesto por representantes de los obreros ferroviarios, pertenecientes tanto a la CNT (anarquista), como a la UGT (socialista), y repartidos en número igual; el segundo estaba compuesto por un representante de cada uno de los partidos progubernamentales que existían en el pueblo. Esta composición de los comités, sobre la base de absoluta paridad entre partidos implicados, derivaba de un decreto de la Generalitat catalana, idéntico en contenido a otro del gobierno de Madrid. Había sido obedecido religiosamente; como consecuencia, la composición de los comités no daba indicación alguna en cuanto al equilibrio local de poder de los diferentes partidos políticos.

Nos dirigimos hacia las oficinas del comité del pueblo, el cual tenía su sede en el edificio del *ayuntamiento* desde donde cumplía con sus funciones, codo con codo, junto a los viejos oficiales municipales y la antigua policía local. Afuera flotaba una enorme bandera roja con la hoz y el martillo. La atmósfera en el interior no era mucho más agitada. De nuevo unas cuantas aldeanas, esperando algo tranquilamente. Mucha conversación, poca excitación. Después de cinco minutos, fuimos llevados ante el presidente del comité (evidentemente, un trabajador), presentamos nuestras credenciales, obtuvimos su permiso para el pase de frontera y, provistos de este, volvimos a la estación de policía en la cual estos, con sus amargados rostros, acuñaron nuestros pasaportes. El comité había sido más fuerte que ellos. Nos adentramos entonces en el país de la revolución, en uno de los trenes más pacíficos en que jamás haya montado, equipado con vagones de primera clase y coches comedor, arrancando y viajando según el horario establecido. Unos cuantos milicianos y guardias armados iban en el tren y otros tantos patrullaban las estaciones. El campo parecía pacífico, la mayoría de las fábricas se veía en actividad.

De todos modos, en el tren tenía lugar gran abundancia de conversación política, bastante excitada. Los guardias, naturalmente, eran muy reservados. Era difícil la posición a que los había llevado la lucha, poniéndolos del lado de los trabajadores armados y en contra de los militares. Pregunté a uno de ellos cómo era posible que la guardia civil hubiese tomado partido por la izquierda y obtuve la respuesta característica:

—Teníamos órdenes, sabe usted, y nosotros los guardias no somos gente política.

Los paisanos estaban más dispuestos a conversar. Había cuatro en nuestro compartimento, ansiosos de narrar a los extranjeros los días de lucha y la situación actual. Uno de ellos era secretario de la Esquerra; otro, socialista activo. Sus puntos

de vista, sin embargo, eran apenas diferentes. Parecían preocupados solamente por una cosa, el peligro anarquista. «¡Elementos criminales, saqueadores e incendiarios!».

Era obvio que su intención no era dulcificar el aspecto exterior de las cosas para consumo de un extranjero. Afirmaron que pronto tendría lugar un choque armado entre anarquistas y Generalitat (en otras palabras, la Esquerra nacionalista). Y esto sería peligroso, ya que los anarquistas eran fuertes. De acuerdo a nuestros compañeros, algo así como el cincuenta por ciento de los obreros ferroviarios estaba tras ellos. (Me pregunté si era posible que el cincuenta por ciento de los trabajadores de los ferrocarriles fuesen criminales). Parecieron preocupados al hablar del porvenir. Sus ojos brillaron, por el contrario, al hacerlo del 19 de julio y la gloria de su victoria sobre los generales. ¿Qué produjo tan rápido éxito?, preguntamos. En parte el hecho de que el general Goded hubiese sido capturado en uno de los momentos iniciales de la revuelta y consentido ordenar a sus tropas la rendición, utilizando para ello el inalámbrico. Pero un gran porcentaje de estas tropas había, simplemente, abandonado armas y cuarteles sin esperar orden alguna, tan pronto como comprendió que sus oficiales no estaban siguiendo órdenes del gobierno, sino en rebeldía contra él. De todas maneras, esta defección de las tropas, fuese espontánea o siguiendo órdenes del general Goded, parecía haber sido el factor principal en la derrota de la insurrección.

BARCELONA

11 de la noche

Otra llegada pacífica. No hay taxis y en su lugar uno de los viejos coches de alquiler tirados por caballos nos lleva a la ciudad. Poca gente en el Paseo de Colón. Y entonces, al doblar la esquina de Las Ramblas (la arteria principal de Barcelona) surgió una tremenda sorpresa: ante nuestros ojos, como un relámpago, se desplegó la revolución. Era algo abrumador. Como si hubiésemos desembarcado en un continente diferente a cualquiera de los que nos hubiese sido dado ver con anterioridad.

La primera impresión: trabajadores armados con su fusil al hombro, vestidos con trajes de paisano. Quizás el treinta por ciento de los hombres que se encuentran en Las Ramblas lleva fusil, a pesar de no haber ni policía ni militares de uniforme. Armas, armas y más armas. Muy pocos, entre estos proletarios armados, usa los nuevos uniformes de la milicia, de un bello azul oscuro. Están sentados en los bancos o pasean por Las Ramblas llevando los fusiles sobre el hombro derecho y, a menudo, una muchacha del brazo izquierdo. Salen en grupos a patrullar distritos de las afueras. Permanecen de guardia junto a la entrada de los hoteles, los edificios administrativos

y las grandes tiendas. Se acuclillan junto a las pocas barricadas aún en pie, en su mayor parte construidas con piedras y sacos de arena (la mayor parte de las barricadas habían sido ya retiradas y el destruido pavimento, rápidamente restaurado). Conducen a toda velocidad innumerables automóviles modernos, los cuales han expropiado y cubierto, utilizando para ello pintura blanca, con las iniciales de sus organizaciones respectivas: CNT-FAI, UGT, PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), POUM (trotskistas) o de todas las iniciales desplegadas a la vez, a fin de demostrar su lealtad hacia el movimiento en general. Algunos de estos autos llevaban simplemente las letras UHP (¡Uníos, hermanos proletarios!), lema glorificado por la rebelión asturiana de 1934. El hecho de que todos estos hombres armados paseasen, anduviesen o condujesen llevando puestos sus trajes diarios de civil ayudaba a subrayar, de modo más impresionante todavía, el despliegue de poder de los trabajadores. Los anarquistas, identificables gracias a las divisas e insignias rojinegras, componían de modo evidente la abrumadora mayoría. ¡Y ninguna «burguesía»! ¡No más jóvenes bien vestidas, ni señoritos a la moda en Las Ramblas! ¡Solo trabajadores y trabajadoras; ni siquiera sombreros! La Generalitat había, por la radio, aconsejado al pueblo no usarlos, pues podría parecer «burgués» y causar mala impresión. Las Ramblas no tienen por eso menos colorido que antes, ya que puede verse la infinita variedad de azul, rojo y negro de las insignias de los partidos, las corbatas, los extravagantes uniformes de la milicia. ¡Pero qué contraste con los lindos colores brillantes de las adineradas jóvenes catalanas de antes!

La cantidad de expropiaciones llevadas a cabo en los pocos días transcurridos desde el 19 de julio es casi increíble. Los mayores hoteles, con solo una o dos excepciones, han sido todos expropiados por organizaciones obreras (y no quemados, como muchos periódicos han contado). También la mayoría de las grandes tiendas. Muchos de los Bancos están cerrados y los otros llevan inscripciones declarándolos bajo control de la Generalitat. Prácticamente todos los propietarios industriales, según se nos dijo, habían o bien huido o sido asesinados y sus fábricas habían sido tomadas por los trabajadores. Por todas partes, grandes cartelones colocados en las fachadas de impresionantes edificios proclaman el hecho de la expropiación, explicando que o la administración está ahora en manos de la CNT, o que una organización en particular se ha apropiado del edificio para su trabajo de organización.

En muchos aspectos, sin embargo, la vida estaba mucho menos perturbada de lo que yo esperaba después de leer los informes periodísticos en el extranjero. Los tranvías y los autobuses marchaban, la luz y el agua funcionaban. A la puerta del Hotel Continental montaba la guardia un anarquista; gran número de milicianos habían sido hospedados en los cuartos. Nuestro cochero, con gesto nostálgico, explicó que esto, evidentemente, había dejado de ser un hotel para convertirse en cuartel de milicias, pero el administrador y los guardas anarquistas replicaron inmediatamente que no todos los cuartos estaban ocupados por milicianos y que

podíamos quedarnos allí, a precios algo reducidos. Así lo hicimos y fuimos bien atendidos en cuanto a comida y servicio se refiere.

Todas las iglesias habían sido quemadas con excepción de la catedral y sus inapreciables tesoros artísticos, salvada gracias a la intervención de la Generalitat. Las paredes de las iglesias están todavía en pie, pero el interior ha sido siempre completamente destruido. Algunas humean aún. En la esquina de Las Ramblas y el Paseo de Colón, el edificio de la línea Cosulich (la compañía de vapores italiana) está en ruinas; se nos dice que francotiradores italianos se parapetaron allí y el edificio fue asaltado e incendiado por los trabajadores. Pero a excepción de las iglesias y de este único edificio, no ha habido otros casos de incendio premeditado.

Estas fueron las primeras impresiones. Salí de nuevo después de una apresurada cena, a pesar de las advertencias en las que se me aseguraba que las calles no serían seguras después del oscurecer. Esto no se confirmó. La vida, como de costumbre en Barcelona, era aún más bulliciosa después de las nueve de la noche. Lo cierto fue que el alboroto se calmó antes de lo acostumbrado en épocas de paz y las calles se vaciaron bastante antes de la medianoche.

Pero ahora, al salir, las calles estaban llenas de grupos excitados compuestos de jóvenes armados y de no pocas mujeres, armadas también; estas últimas se comportaban con una despreocupación poco habitual en las españolas cuando se muestran en público (antes de la revuelta, hubiese sido inconcebible, para una española, presentarse en pantalones como hacen ahora, invariablemente, las milicianas), pero con decencia. Había numerosos grupos reunidos, sobre todo, ante los edificios modernos, ahora expropiados y convertidos en oficinas centrales de los diferentes partidos. El enorme Hotel Colón dominaba la espléndida plaza de Cataluña y había sido tomado por el PSUC. Los anarquistas, con la vista siempre puesta en los contrastes sorprendentes, habían expropiado las oficinas del Fomento del Trabajo Nacional, situadas en la lujosa Vía Layetana. Los trotskistas se habían establecido en el Hotel Falcón, en Las Ramblas. Un enorme grupo de autos y motocicletas, incluyendo uno o dos coches blindados, estaba ante la puerta de sus recién adquiridas oficinas y un grupo de jóvenes armados daba vueltas por los alrededores, sosteniendo una excitada y ávida discusión.

No comprendo catalán. Me agradó oír hablar alemán. En esta atmósfera de entusiasmo general no se hace difícil entablar conversación. Pronto descubro que una de las milicianas del grupo es mujer de un corresponsal suizo y puedo comenzar a reunir «historias». La preocupación de confirmarlas o no vendrá más tarde. Escuchemos lo que la gente desea narrar.

Gran parte de su conversación versa sobre la crueldad de los insurgentes, los cuales fusilan a todos sus prisioneros. ¿Es esto habitual solo entre los insurgentes o lo será también entre la milicia gubernamental?, me pregunto.

Un segundo tema de discusión, afrontado con sorprendente franqueza y *naïveté*, es el de la ayuda extranjera. Mezclados al grupo con el cual converso, se encuentran ya muchos voluntarios extranjeros que han venido a España ansiosos de aprovechar la oportunidad de luchar contra el fascismo con las armas en la mano, después de haber vivido los éxitos de este ganados sin oposición en sus respectivos países, u observado su triunfo sobre gran parte de Europa. En este grupo del POUM, al igual que entre los jóvenes reunidos a la puerta del Colón (centro del Partido Socialista Unificado), hay alemanes, italianos, suizos, austriacos, holandeses, ingleses, unos cuantos norteamericanos y un número considerable de mujeres de todas estas naciones; las últimas en agudo contraste con sus hermanas españolas, aun aquellas que portan armas, a causa de su despreocupado comportamiento y la ausencia de cualquier acompañante masculino. Se hablan todos los idiomas y reina una atmósfera de indescriptible entusiasmo político, de disfrute ante la aventura de la guerra, de alivio ante el final de sórdidos años de emigración, de absoluta confianza en un rápido éxito. Y todos, en un minuto, son amigos de todos, sabiendo que en veinticuatro o cuarenta y ocho horas tendrán que separarse de nuevo, cuando los próximos transportes al frente los envíen a sectores diferentes. Entre esta multitud no se plantea la cuestión de si Zaragoza, próximo objetivo de las tropas catalanas, será tomada, sino de cuándo lo será. Sin embargo, una especie de sombra parece haber caído sobre las unidades de voluntarios en los últimos uno o dos días. Los franceses, según me explican con la franca *naïveté* tan característica al ambiente general, habían prometido aviones y contando con esta ayuda, se pensaba lanzar un gran ataque contra Zaragoza en los próximos días. Pero entretanto, los franceses aceptaron el principio de no intervención. (Yo tenía noticias de esto, naturalmente, pero no creía que hubiese sido aplicado tan urgentemente). Y ahora, mostrando enorme desprecio por el secreto militar, explican que los aviones no han llegado. Las cosas son ahora mucho mucho más difíciles.

Es interesante escuchar lo que estos marxistas dicen de los anarquistas. Cuentan que inmediatamente después de la derrota de los militares, tuvieron lugar gran número de saqueos a lo largo de Las Ramblas, so pretexto de una acción anarquista. Intervino la CNT, rechazando cualquier responsabilidad ante estos actos; y ahora, lo primero que atrae la vista en las fachadas de las casas son grandes cartelones anarquistas amenazando a todo saqueador con ser fusilado en el acto. Pero corren otras historias, de carácter más sorprendente. Al saquear y quemar las iglesias la milicia reunió, naturalmente, un considerable botín en dinero y objetos de valor. Este botín debía haber pasado a la CNT. No fue así, sin embargo; los miembros de base anarquistas prefirieron quemarlo todo, incluyendo los billetes, para eliminar cualquier sospecha de robo. La cuestión de la criminalidad anarquista, resuelta de modo tan drástico por nuestros amigos de la Esquerra y el PSUC durante nuestro viaje en tren, parece ser realmente algo más compleja.

En el camino de vuelta a casa, contemplé el incendio de una iglesia y de nuevo me llevé una gran sorpresa. Lo había imaginado como un acto de excitación casi demoniaco de la turba y demostró ser un asunto administrativo. La iglesia incendiada se alzaba en una esquina de la gran plaza de Cataluña. Las llamas la estaban devorando rápidamente. Estaba allí un pequeño grupo de gente (eran alrededor de las 11 de la noche), mirando en silencio y sin lamentar, evidentemente, el incendio pero, también evidentemente, no muy excitados por él. La brigada de incendios cumplía con su trabajo, limitando cuidadosamente las llamas a la iglesia y protegiendo los edificios colindantes; no se permitía a nadie acercarse (con objeto de evitar accidentes) y la gente se sometía a esta regla con sorprendente docilidad. Supongo que las primeras quemaduras de iglesias habrán sido más apasionantes.

6 de agosto

Es sin duda imposible, dadas las condiciones actuales, entrar en contacto con españoles amigos de los insurgentes o con miembros de esas colonias extranjeras que simpatizan con ellos, principalmente alemanes e italianos. Estos últimos, o son refugiados que simpatizan con los republicanos o se han ido; no pocos han perecido durante la batalla. Pero entre los miembros de las colonias extranjeras neutrales, muchos simpatizan con los rebeldes y lo expresan, además, bastante abiertamente. Conocí hoy por la mañana a uno de ellos y fue revelador contemplar la otra cara de la moneda.

Sus primeras palabras fueron para hablar del terrorismo. Ejecuciones, ejecuciones; esto parece ser lo que obsesiona las mentes de ricos, católicos y derechistas en estos días, hasta volverlos casi locos.

—Los españoles están absolutamente aterrorizados —me dice este extranjero. Tiene muchos amigos españoles, casi todos, más o menos, gente de negocios como él. Todavía tiembla su voz al recordar las matanzas de días recientes.

—Los extranjeros están relativamente seguros —dice—. Pero los españoles, los españoles...

Refiriéndose con eso, naturalmente, a ese grupo de españoles con los cuales mantiene contacto, gente relacionada con el Fomento y la Lliga.

—Cientos, miles, fueron asesinados en los primeros días. Inmediatamente después de la derrota de los militares, los trabajadores comenzaron a *ajustar cuentas personales*.

Había oído ya esta expresión antes e insistí en que se me citasen ejemplos. Se hizo evidente que las cuentas ajustadas no habían sido realmente tan personales. Lo que en realidad sucedió, según parece, es que hubo sacerdotes asesinados, no porque disgustasen a alguien en particular (y es eso, en mi opinión, lo que puede ser llamado ajuste de cuentas personales), sino por el hecho de ser sacerdotes; los propietarios industriales, principalmente en los centros textiles de los alrededores de Barcelona, fueron asesinados por sus trabajadores en caso de haber sido incapaces de escapar a tiempo. Los directores de grandes compañías, conocidos oponentes del movimiento obrero, fueron asesinados por piquetes del sindicato correspondiente; y los principales líderes de la derecha, por piquetes especiales de los anarquistas. Era natural que mi interlocutor, que había perdido algunos de sus amigos, quizás íntimos, en esta matanza, estuviese horrorizado. Quizás fuese igualmente natural el que hubiese perdido todo sentido de las proporciones.

—¡Qué horror! —exclama—. ¡Gente asesinada sin juicio, sin siquiera acusación de crimen alguno, simplemente a causa de su identidad, a causa de su posición social y su fe política y religiosa, por sus enemigos personales! ¡Estos anarquistas! ¡Esta gente del POUM! ¡Estos gánsteres! Lo cierto es que los comunistas y los socialistas son mejores y la Generalitat y la Esquerra están los dos horrorizados, aterrorizados.

Me atrevo a sugerir que la matanza no es algo tan particular a los anarquistas. La prensa británica y especialmente los corresponsales que simpatizan con los fascistas, han destacado en sus informes el asesinato sistemático de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas que se encontraban en la zona franquista, desde el primer día en adelante. Me atrevo también a sugerir que quizás el masacrar a la totalidad de los enemigos no sea tanto una costumbre anarquista sino más bien, española. Pero él, aunque no niega que estos hechos hayan tenido lugar en el campo opuesto, es completamente insensible a los argumentos.

Su información permite generalizaciones relativas a lo observado ayer en Port-Bou: el «doble régimen» entre la administración ordinaria y los comités, descubierto allí, existe también en Barcelona y, parece, en toda España. El poder está en Barcelona en manos de la vieja administración de la Generalitat catalana, pero además, del nuevo Comité Central de Milicias; este está compuesto, sobre bases de paridad, por miembros de todos los sindicatos y partidos políticos antifranquistas, pero se encuentra de hecho bajo la influencia preponderante de los anarquistas. Sin embargo, su presidente no es anarquista; es el señor Jaime Miravittles, joven de veintiocho años, miembro de la Esquerra, antiguo ayudante de Macía en algunos de sus intentos de *coup d'état*; pero antes de esto fue anarquista y participó en algunos de sus actos terroristas.

—Pero existe solo un poder en Barcelona —dice mi interlocutor extranjero—. La CNT.

Esto va tan lejos como para invalidar todo documento que solo lleve la firma de la administración legal. Toda persona debe llevar consigo, además de algún documento de la Generalitat, o bien una recomendación de los cuarteles generales de la CNT o, mejor aún, un pase de la Generalitat con la contraseña tanto de la CNT como de la UGT. La única autoridad son los sindicatos y en Barcelona la CNT es, de lejos, la más fuerte de las organizaciones obreras.

Para mi intensa sorpresa, oigo que está convencido de la victoria de Franco, al igual que otros observadores extranjeros. (Supe esa tarde que esta parecía ser, más o menos, la opinión prevaleciente entre los extranjeros que no simpatizan de modo positivo con la revolución). Sus pronósticos han sido evidentemente motivados por sus simpatías (lo cual expresa sin vacilar, a pesar de no tener nada de fascista en cuanto a política interior de su país se refiere), pero aduce serios argumentos con el fin de respaldar sus opiniones. Un ancho abismo separa a la Generalitat de los anarquistas; existe además el hecho de que la inmadura milicia enviada al frente es indisciplinada, no tiene entrenamiento y carece de oficiales competentes. Se plantea, para terminar, el hecho de la ayuda extranjera a los insurgentes, la cual no consistirá solamente en el envío de voluntarios (como es el caso en el campo de las izquierdas), sino también de moderno material de guerra. No menos de sesenta aviones alemanes e italianos, según ciertos rumores, han llegado al campo franquista en los últimos días. ¡Qué diferencia entre estos reflexionados juicios y los jóvenes voluntarios; y ambas partes igualmente convencidas de su inevitable y próximo éxito! ¡Como en 1914! Algunos de los extranjeros van más lejos al expresar concretamente lo que piensan. En mi hotel se aloja un distinguido y encantador caballero inglés de cierta edad, a quien los acontecimientos llenan de horror y disgustan los anarquistas y la revolución en general; pero ahora le preocupa, sobre todo, el destino de este infeliz país donde lleva muchos años y al cual quiere profundamente: ¿qué sucederá cuando las tropas franquistas entren en Barcelona? (No parece dudar que lo harán, y muy pronto). ¡Qué matanza tendrá lugar! Será peor que la de hace dos semanas. ¡Y los anarquistas incendiarán la ciudad antes de permitir que caiga en manos de los fascistas!

Entre los voluntarios por una parte, sean estos ingenuos o entusiastas, hombres o mujeres, catalanes o extranjeros y, por otra parte, los miembros menos ingenuos de la comunidad industrial que, con horror o placer, esperan la entrada de Franco, se encuentra la Generalitat, incapaz aparentemente de actuar, pero no tanto como para descuidar la tradicional política de mentiras inherente a toda guerra. Ayer, de acuerdo a las noticias y la radio, tuvo lugar la caída de Córdoba y hoy esto resulta ser pura invención. Le toca el turno a Cádiz, lo cual ni siquiera merece ser tomado seriamente

en cuenta. Pero la gente de las calles y, aún con más entusiasmo, los milicianos hospedados en nuestro hotel, lo creen aunque sea de modo despreocupado; Córdoba y Cádiz son lugares tan alejados que significan poco para los catalanes. Lo importante es Zaragoza, oí decir a quienes discutían la inventada noticia de la caída de Córdoba. ¡Una nueva ingenuidad! Nadie parece creer que el desembarco de los moros en el sur puede ser asunto serio. Los periódicos ingleses de antes de mi partida daban todos esta noticia, pero aquí apenas hay periódicos extranjeros disponibles y la prensa local no hace siquiera mención del hecho.

Tuve por la tarde mi primera entrevista con el PSUC, el Partido Socialista Unificado. El «Colón», su cuartel general, es un avispero y en el piso bajo se encuentra la oficina de reclutamiento, la cual complica aún más las cosas. Sin embargo, después de esperar un rato, logramos encontrar las oficinas de prensa extranjera del partido. Todo se encuentra en estado de transición entre el caos y el génesis; esta particular oficina acaba de ser creada; mi compañero socialista inglés y yo somos sus primeros visitantes y recibimos todos los beneficios que de ello puede desprenderse.

El partido ha surgido de la unión de cuatro grupos políticos, de entre los cuales socialistas y comunistas catalanes (que en el resto del país conservan todavía independientes sus respectivas organizaciones de partido) son los más importantes. Esta unión estaba ya preparada antes de la revuelta y se efectuó inmediatamente después de esta. Es indicación importante de cómo ha disminuido el antagonismo entre socialistas y comunistas, no solamente en Cataluña o ni siquiera en España; pues nada podría haber sido hecho sin el consentimiento de la Internacional Comunista. De modo general, los comunistas parecen haber sacado de las negociaciones mejor partido que los socialistas. Su organización era mucho más débil, pero han asegurado la afiliación del partido unificado a la Internacional Comunista. Aunque la verdadera fuerza del PSUC no se encuentra en los viejos miembros, sean estos socialistas o comunistas; descansa en la afiliación de la UGT, los sindicatos socialistas. Pregunto a mis informantes de la oficina de prensa acerca de los grupos que la UGT controla en Barcelona. A ella están afiliados, según se me dice, más o menos la mitad de los obreros ferroviarios y de los empleados bancarios, así como un gran porcentaje de empleados municipales y estatales; hace unos días se unió a ella el sindicato central de empleados privados. Estos miembros del PSUC son honestos al admitir que entre los trabajadores manuales la CNT es, de lejos, el elemento más fuerte.

Tocamos entonces brevemente las cuestiones candentes del día. Existen en todas partes comités políticos y de la milicia que representan a los partidos y a los sindicatos. ¿Por qué, pregunto, no han sido creados soviets propiamente dichos (como en Asturias en 1934), constituidos con diputados elegidos directamente por los obreros en las fábricas? Porque todos estamos dedicados a los problemas de orden

militar, es la respuesta, que no me suena muy convincente. Cualquier conversación con un miliciano o un reaccionario convencería a cualquier observador de que en Barcelona las cosas están lejos de concentrarse exclusivamente en cuestiones militares. ¿O es que el asesinato en masa de patronos y sacerdotes y el incendio de iglesias eran problemas de orden militar? Quizás el PSUC desea que las cuestiones militares reciban plena atención, pero es obvio que esto no interesa a la CNT. Quedo limitado a mis deducciones. Es la CNT quien está en posición de decidir si deben o no crearse soviets. Si no los hay, es probablemente porque la CNT no los quiere. Si los quisiera, la UGT no podría impedirlo. Y deduzco que la actitud de la CNT se explica quizás por el hecho de que mantiene el control de las fábricas a través de sus poderosas organizaciones sindicales y unas elecciones de tipo soviético no contribuirían en nada a su poder sino que, inevitablemente, darían a los demás partidos la oportunidad de probar su fuerza en las fábricas. También los comunistas, en la Rusia de 1917, se desinteresaron cada vez más de los soviets, una vez que el partido logró controlar al país.

¿Qué sucede en el campo? Parece, según el PSUC, que las cosas están mucho menos tranquilas de lo que parecen cuando se le atraviesa en tren. Han tenido lugar, evidentemente, las mismas matanzas, dirigidas principalmente contra los terratenientes y si estos se encontraban ausentes, contra sus representantes en el lugar. ¿Qué ha sido hecho con sus tierras?, pregunto. Falta de nuevo claridad a la respuesta, igual que sucedió con el problema de los soviets. Parece que cada partido ha llevado adelante su propia política agraria y solo hay un hecho cierto; los grandes terratenientes y, en general, los partidarios del alzamiento militar, han sido expropiados. Todo indica que los anarquistas favorecen la creación de comunidades agrícolas, siguiendo un modelo cercano a los *koljós* rusos: los pueblos deben trabajar la tierra en común, no solo la que anteriormente perteneció a los grandes terratenientes, sino también la de los campesinos, y distribuir el producto acumulado en graneros populares. Esta práctica sería más «entusiasta», más imitativa de un reino de los cielos, que la rusa, ya que los anarquistas, cada vez que tienen el poder absoluto en un poblado, intentan abolir el dinero y procurarse las materias producidas por el mundo exterior a través del trueque con los sindicatos urbanos. Esto representa, desde luego, un ideal y los anarquistas lo han puesto en efecto solo en algunos casos. A pesar de todo, los del PSUC se disgustan ante estos juegos utópicos. Favorecen la propiedad privada campesina y dondequiera que tienen el control intentan persuadir a los campesinos ricos de entregar parte de su tierra a los pobres, a fin de equilibrar la propiedad sobre la tierra. Este ideal es llevado a cabo también en solo unos pocos casos. Me parece muy cristiano y me pregunto qué tipo de «persuasión» puede inducir a los campesinos ricos a entregar parte de sus tierras a los pobres; me parece una política tan utópica como la panacea anarquista de abolición del dinero. ¿Por qué, pregunto, no existe un decreto central que regule todas estas cuestiones? El gobierno de Madrid se opone a ello y las expropiaciones son realizadas *de facto*, es la

respuesta. Tampoco me siento satisfecho. El gobierno de Madrid no tiene prácticamente poder sobre Cataluña, la cual estaba ya aprobando decretos independientes, relativos a sus problemas agrarios, desde 1932. Si no existe legislación general, ello se debe a que la Generalitat y no el gobierno de Madrid se niega a legislar en la materia. Y esto resulta bastante comprensible. ¿Para qué legislar si no existe poder capaz de hacer cumplir las leyes? Los anarquistas, por su parte, no se sienten quizás tan fuertes como para imponer sus ideales a todos los pueblos y aldeas catalanas. Y así, al menos por el momento, los problemas son abandonados a la deriva.

Siguiente pregunta: ¿cómo se organizará la milicia? En este punto que, de hecho, resulta el problema político decisivo del momento, el antagonismo entre PSUC y anarquistas se hace manifiesto. Los anarquistas están a favor del «sistema de milicias». Esto quiere decir, explica el miembro del PSUC, organizar columnas constituidas por sus miembros y simpatizantes, bajo control político de las organizaciones anarquistas y pagadas principalmente por las fábricas que los anarquistas controlan; estas columnas estarían dirigidas por comisarios políticos electos, los cuales nombrarían a sus propios oficiales, con capacidad puramente de asesores técnicos. Me inclino a pensar que la milicia, una vez adoptada esta forma, sería un poderoso instrumento del más fuerte grupo político y en el momento actual este lo constituyen los anarquistas. Y vuelven a mi mente unas cuantas observaciones casuales hechas por los extranjeros reaccionarios. Dicen que los anarquistas han conservado, no solamente miles de fusiles, sino también cañones, capturados en los cuarteles y conservados en los alrededores de la ciudad, en previsión de situaciones de emergencia que exijan su uso en el curso de la revolución. Y todos parecen esperar un segundo golpe anarquista, esta vez no dirigido contra los fascistas sino contra la Esquerra, la cual parece estar en perfectos términos con el PSUC; sea como fuere, hace dos días enviaron tres de sus miembros a unirse a la Generalitat, mientras la CNT y los trotskistas continúan absteniéndose de participar en el gobierno legal.

Por el contrario el PSUC, según me informa su buró de prensa extranjera, está a favor del «sistema de ejército», opuesto al «sistema de milicias», y en eso están de acuerdo tanto con la Generalitat como con el gobierno de Madrid. En qué consiste esto no hay ni que decirlo; ejército regular, con oficiales al mando y comisarios políticos cuyo papel es solo el de consejeros en asuntos políticos; oficiales no elegidos, sino nombrados por el alto mando; unidades agrupadas no en tanto que hombres de la misma fe política, sino a partir de consideraciones exclusivamente militares; todo bajo las órdenes del gobierno legal, la Generalitat. En una palabra: el PSUC desea un ejército a las órdenes del gobierno en el cual pueda participar, mientras los anarquistas desean un ejército a sus propias órdenes. Al mismo tiempo, el modo en que el PSUC concibe un ejército refleja la tendencia, tanto comunista como socialista, hacia la centralización, mientras los anarquistas continúan

defendiendo sus ideales libertarios. La formación de un «ejército» haría más eficientes sin duda las fuerzas de la República. La formación de una «milicia», aunque dificultase la lucha contra Franco, favorecería el siguiente paso en dirección a la revolución social. Esta vez, a diferencia de todos los problemas discutidos anteriormente, el resultado es claro. La profundidad del antagonismo entre Esquerra y PSUC por una parte, y CNT y POUM por otra, se hace evidente. Esa misma tarde, para nuestra gran sorpresa, los periódicos publican la noticia de que los tres miembros PSUC de la Generalitat han renunciado, dejando de nuevo a la Esquerra sola en el poder. ¿Qué ha sucedido? ¿Conflicto entre la Esquerra y el PSUC? No puedo creerlo. ¿Pero qué otra cosa puede pensarse?

Confundido, salí de nuevo a la calle; tan bulliciosa como siempre. Ante una de las iglesias de Las Ramblas, ahora completamente en ruinas, un grupo de milicianos conversa con varias mujeres, divirtiéndose a expensas de la Iglesia y el clero. La conversación es en catalán pero soy capaz de comprender su sentido general. Solo dos temas fundamentales son capaces de provocar esa especie de risa en la que se mezclan el odio y el desprecio. Uno es la avaricia del clero: la Iglesia de los pobres, la Iglesia cuyo reino no es de este mundo, ha mostrado ser muy lista al asegurar para sí lo mejor de los placeres de este mundo. El segundo, proferido naturalmente en medio de todavía más carcajadas, es la supuesta conducta objetable de los sacerdotes que, si se les creyera, se les consideraría profesionales de la castidad. La conversación no es ni original ni, creo, reveladora de los más profundos motivos de la quema de iglesias. Pero es interesante ver cómo, en sus ataques contra la Iglesia, el anarquismo español ha reivindicado y adaptado a sus propios fines todos los argumentos utilizados contra la Iglesia católica por los autores protestantes de libelos durante el siglo XVI. ¿Es la Iglesia española similar a las Iglesias católicas británica y alemana de la Reforma? Un joven hombre de negocios norteamericano, cuya amistad entablé tarde ese día y el cual, para mi sorpresa, siente gran simpatía por los anarquistas (es cierto que ha vivido tanto tiempo en Barcelona como para convertirse en catalán a medias), menciona algo referente al tema, comparando desfavorablemente al clero español con sus hermanos franceses; estos últimos cultos, devotos, sinceros y decentes y el promedio de los primeros, según dice, todo lo contrario.

Este joven norteamericano resulta ser una personalidad interesante en más de un aspecto, en primer lugar al mostrar, en su propia actitud, el enorme empuje de la revolución sobre las almas de gentes que se esperaba inmunes al espíritu revolucionario. El negocio de este joven ha quedado arruinado, dice. Ha sido rico y en unos días ha perdido prácticamente todo, y solo le queda el suficiente dinero como para permitirle continuar viviendo decentemente. Nunca estuvo antes envuelto en cuestiones políticas. Era de esperar que estuviese furioso y lleno de odio hacia los revolucionarios. Pero no es así. Podría irse cualquier día y comenzar una nueva vida

en su país, siendo como es un especialista de primer orden en su oficio. No quiere hacerlo. Ama esta tierra y este pueblo; y no le importa, dice, la pérdida de sus propiedades, con tal de que el viejo orden de cosas sea sustituido por una comunidad mejor, más noble y más feliz.

Siente gran admiración por los anarquistas los cuales, evidentemente, son para unos poco menos que salvadores y para otros poco menos que demonios. Lo que en él despierta más simpatías es sin duda su desprecio por el dinero. Los comunistas, dice, el primer día después de la victoria plantearon demandas económicas, tales como pensiones para las viudas de los luchadores muertos en defensa de la República. Los anarquistas no dijeron una sola palabra acerca de salarios, pensiones u horas de trabajo. Argumentan que todo sacrificio debe ser hecho en apoyo a la revolución y sin esperar recompensa. El hecho concreto es que los salarios no han sido aumentados en casi ninguna parte desde el 19 de julio, menos aún en las fábricas administradas por la CNT.

Le hago saber las amargas quejas oídas horas antes en el cuartel general del PSUC acerca de la falta de disciplina y organización de los anarquistas y no niega esta acusación. Es cierto, acepta, que en eso consiste su defecto principal. Pero enfatiza el hecho de que llevan adelante, como compensación, su entusiasmo tan decidido al sacrificio. Parece ser esto lo que lo lleva a admirarlos.

—Nunca creí que los catalanes fuesen grandes luchadores —dice
—. Casi siempre echan a correr cuando suena el primer tiro; de todos modos, así lo hicieron e ignominiosamente, en octubre de 1934.

Esta vez, para sorpresa de todos, resultó todo lo contrario. Los oficiales de los insurgentes fueron los primeros en equivocarse en cuanto a la capacidad de lucha del pueblo de Barcelona y por eso resultaron tan rápidamente derrotados. La diferencia entre 1934 y ahora es, explica, que entonces los anarquistas se abstuvieron y ahora compartieron la lucha o, más exactamente, fueron ellos quienes lucharon. (Me pregunto, personalmente, si habrán sido solo los anarquistas quienes lucharon. La increíble energía de la resistencia popular contra los militares durante el 19 de julio, en la cual todos están de acuerdo, parece más bien atribuible al hecho de que se trató de una lucha *unida* entre todos los sectores de la población contra el enemigo secular, los generales castellanos; antes, siempre habían luchado solo sectores, aislados del resto de la población, una vez los anarquistas, otra la Esquerra, y estos grupos aislados eran derrotados invariablemente. Sin duda esta vez los anarquistas tomaron para sí la mayor parte de la lucha y derivan su presente autoridad de su heroísmo decidido).

Me lleva a su balcón y describe la escena que pudo contemplar el 19 de julio. En la esquina de su calle se encontraba un destacamento de artillería insurgente,

compuesto de dos cañones que dominaban el ancho camino sobre el cual su casa está situada. En esta calle recta, un grupo de obreros armados mandados por un oficial de *asalto*, se acercó al cañón insurgente capaz de hacerlos volar con un solo proyectil. Pero triunfaron gracias a una sorpresa. Corrieron hacia los cañones llevando el fusil cañón en alto, de modo que fuese imposible usarlo. Los artilleros, confundidos ante este comportamiento inofensivo, esperaron a ver qué sucedería después. Antes de que pudiera darse ninguna orden, los trabajadores habían llegado hasta los soldados y con palabras apasionadas comenzaban a exhortarlos para que no disparasen contra el pueblo, no participaran en una insurrección contra la República y contra sus propios padres y madres, pidiéndoles que se volvieran y arrestasen a sus oficiales. Y así sucedió. Los soldados se dieron vuelta inmediatamente. Se había comunicado a toda la guarnición de Barcelona que actuaba a las órdenes del gobierno, con el fin de liquidar una insurrección anarquista. Cuando comprendieron que habían sido engañados, dejaron caer sus armas o las volvieron contra sus oficiales que los habían llevado a la batalla. En este caso particular, según me explicó mi amigo norteamericano, algunos de los oficiales lograron escapar y otros fueron fusilados allí mismo por sus hombres; se hizo girar inmediatamente ambos cañones y se les puso a dominar la calle en dirección opuesta. No siempre, concluyó mi amigo, las cosas se desarrollaron de este modo pacífico. En muchos puntos tuvo lugar una dura batalla antes de que los soldados abandonasen a sus oficiales; pero ese resultó ser siempre el desenlace.

Esa noche asistí a un mitin del POUM con Nin y Gorkín como oradores. El mitin era entusiasta pero no había reunido muchos participantes; el POUM es débil. Los discursos no fueron muy interesantes. En el camino de vuelta a casa un joven intelectual del POUM, refugiado alemán de seria formación marxista, me explicó:

—Usted comprende, es obvio que ni la Generalitat ni Madrid desean realmente ganar; prueba de ello es el estancamiento del frente de Zaragoza, las vacilaciones en cuanto al bombardeo de Oviedo. Temen que la revolución crezca, empujada por los éxitos militares. Tratarán de convertir la guerra civil en un fracaso, de manera que logren un arreglo con Franco a expensas de los trabajadores.

Esta no es la opinión oficial del POUM; reproduce solo aproximadamente el curso general de sus ideas. Que socialistas, comunistas y republicanos temen un nuevo alzamiento anarquista es obvio, pero que prefieran un compromiso con Franco es algo que me parece más que dudoso.

Cené con un grupo de milicianos, los cuales conversaron acerca de su entrenamiento militar y me horroricé ante el hecho de que lo único que se les enseñaba antes de ir al frente era el uso de sus fusiles; ningún entrenamiento sobre el terreno, o en la excavación de trincheras, etc. Enviar jóvenes en estas condiciones

significa enviarlos a una carnicería. Mientras hablábamos pasaron algunos camiones llenos de voluntarios yendo hacia el frente; no había canciones ni gritos y sus labios estaban cerrados en un elocuente silencio.

7 de agosto

Pasé la mayor parte de la mañana en un esfuerzo infructuoso de conseguir pases para mi compañero inglés y para mí. El desorden de las oficinas gubernamentales resulta una escena desagradable. Nadie parece saber nada y cuando se logra encontrar la persona a cargo, toma una hora conseguir un documento consistente en unas pocas líneas escritas a máquina. Enfermo ante tal incompetencia, me las arreglé por la tarde para conseguir una entrevista con la sección alemana de la CNT (la CNT o más exactamente la AIT, su organización internacional, tiene secciones en la mayoría de los países europeos). Tienen su sede en el palaciego edificio del Fomento del Trabajo Nacional, donde se encontraban tanto las oficinas, como los apartamentos privados de Cambó; mantienen este edificio como modelo de limpieza y orden. La recepción es cortés, hasta amistosa, pero hay en sus comportamientos mucho más de la tradicional *grandeza* de la aristocracia española que la encontrada en el PSUC; esta gente del cuartel general CNT despliega, en cada palabra que dice, la convicción interior de que son ellos ahora los verdaderos amos del país, que gracias a su propia y libre decisión no se han convertido aún oficialmente en jefes y que, como consecuencia, pueden darse el lujo de ser amistosos, sin que les sea necesario halagar a nadie.

El joven alemán a quien me dirijo es evidentemente hombre poco versado en la diplomacia política; dice lo que piensa y con la *naïveté* característica a muchos en estos días, admitiendo más de lo que debiera desde el punto de vista de la propaganda. Su información se concentró en dos aspectos, uno concerniente al pasado, otro al futuro. A decir verdad, fui yo quien forzó la conversación acerca del pasado. Durante los dos días de mi estancia en Barcelona, había crecido en mí la convicción de que el cambio de política anarquista en relación con la de hacía unos pocos años resultaba grande, y quería saber lo que los propios anarquistas pensaban acerca de ello. ¿Cómo era posible, pregunté al joven, que los anarquistas, antiparlamentarios y opuestos a todo tipo de gobierno, no lanzasen el lema de abstención electoral en febrero de 1936 y participasen en la defensa armada del gobierno de la Esquerra en el mes de julio? Resultaba para él una curiosa pregunta y su respuesta siguió las líneas convencionales de otros movimientos obreros. Parece que, tanto el socialismo como el anarquismo tienen algo en común con el catolicismo, sea cual fuere su cambio de actitud práctica, y es la de nunca permitir cambios en el dogma. Este anarcosindicalista alemán no negó los hechos que yo le planteaba y tampoco intentó negar que significasen una innovación. Pero era desde luego una

innovación dentro de las líneas de siempre del anarquismo. Habían permitido a sus seguidores el votar en febrero por el Frente Popular, solo con el fin de liberar a sus viejos camaradas encarcelados; y en julio habían peleado, no en defensa del gobierno legal, sino para acelerar la abolición del Estado. Este estéril escolasticismo fue presentado en medio de un agradable despliegue de convicción personal. Dejé el tema convencido por mi parte de la inutilidad de discutir acerca del dogma con los fieles, a no ser que se comparta su fe. La discusión sobre el futuro prometía ser más interesante.

Y lo fue, puesto que obtuve plena confirmación de todo lo que había oído acerca de las intenciones anarquistas y a la vez logramos entrar dentro de un contexto comprensible. Los ojos de los líderes de la CNT están fijos en el frente de Zaragoza, dice. Preparan su política de acuerdo con los diferentes giros que la situación pueda adoptar allí. Mientras Zaragoza esté en manos de los insurgentes, es evidente que no existe intención de provocar un cambio de régimen; tan pronto como caiga Zaragoza, la situación será completamente diferente. Por el momento, explica, los anarquistas no consideran la abolición completa de la propiedad privada. Han introducido el *comunismo libertario*, es decir, comunidad completa de bienes y abolición del dinero, en ciertas aldeas donde tienen el mando supremo, pero no abrigan la intención de forzar a esto actualmente a todos los campesinos. Tampoco contemplan la socialización total de la industria. Por el contrario, dondequiera que los dueños de fábricas o tiendas sean localizables los fuerzan a continuar en la administración de su negocio. Esto no tiene gran importancia en las grandes fábricas, cuyos dueños son casi siempre ilocalizables, pero significa mucho (como confirma cualquier vistazo hacia la calle) en pequeñas tiendas e industrias. Tampoco los anarquistas intentan por el momento liquidar la Generalitat y crear en su lugar un régimen basado exclusivamente en los comités. Lo único que hacen por el momento es preparar el cambio, más completo, que tendrá lugar después. Estos preparativos consisten en la introducción local del *comunismo libertario* allí donde no tropieza con resistencia, en la organización por parte de la CNT de la administración de aquellas fábricas cuyos dueños son ilocalizables; en el desarrollo del control CNT en las demás fábricas; en la creación y extensión de la milicia; y por último, muy importante, en el fortalecimiento de los comités políticos y la extensión gradual de su esfera de acción, de modo que sean capaces, a la hora decisiva, de tomar el poder sin grandes dificultades. Y se me da a entender que la caída de Zaragoza (que él parece creer inminente) traerá consigo la hora decisiva. Entonces, explica, consideraremos una política más cercana al cumplimiento de nuestro máximo programa, es decir, abolición completa del Estado (queriendo decir con esto reemplazo de la Generalitat por los comités), aunque los demás partidos se resistan a aceptar estos fines. En una palabra: antes de la caída de Zaragoza, solo pasos preparatorios; después, una revolución que abolirá el doble régimen y hará de la CNT líder supremo. Lo sorprendente es cómo esta visión se limita a Cataluña. Esta gente sabe que en el

momento actual una segunda revolución los separaría de Madrid y los atraparía entre Madrid, Franco y la intervención extranjera. ¿Pero por qué la caída de Zaragoza marcará tan total diferencia? Soy incapaz de comprenderlo.

¿Qué sabe acerca de la renuncia de los tres miembros del PSUC a sus cargos dentro de la Generalitat? Parece que se vieron forzados a renunciar porque su esfuerzo de unirse al gobierno había sido acelerado por el deseo de evitar, precisamente, estos «movimientos preparatorios» de la CNT que acaban de ser mencionados. El PSUC quería limpiar a la Generalitat del estigma de ser un gobierno formado exclusivamente por «nacionalistas burgueses» e intentaba negar a la CNT su pretensión de única y legítima representante de la clase obrera frente al gobierno burgués. Uniéndose al gobierno, podían decir que era este un gobierno *unido*, tanto de la Esquerra como de los sindicatos. Por eso precisamente los anarquistas reclamaron, bajo forma de ultimátum, la inmediata renuncia de los miembros del PSUC y amenazaron abandonar el Comité Central de Milicias si esta demanda no era concedida. Este último paso hubiese significado la inmediata guerra civil en las calles de Barcelona; la Generalitat no podía gobernar sin la connivencia de los anarquistas, expresada a través de su cooperación dentro del comité de milicias, el cual, a su vez, cooperaba con la Generalitat. Y siendo el PSUC sindicalista, pero mucho más débil que los anarquistas, no podía reclamar genuinamente para sí la representación de la clase obrera barcelonesa; debió ceder ante la presión y renunciar. Nada puede ser hecho actualmente sin el consentimiento de la CNT.

8 de agosto

Visité esta mañana una de las fábricas colectivizadas, los talleres de la compañía general de autobuses. El éxito o fracaso de la revolución dependerá en gran medida de la habilidad con que los sindicatos administren las fábricas expropiadas. La socialización quiso decir en Rusia, durante mucho tiempo, total desintegración de la industria. ¿Cómo se plantea en España la situación?

Es innegable que la fábrica que visité es un gran éxito de la CNT. Solo han pasado tres semanas desde el comienzo de la guerra civil, dos desde que terminó la huelga general y todo parece ir tan sobre ruedas como si nada hubiese sucedido. Visité a los hombres que trabajaban ante sus maquinarias. Las salas tenían un aspecto ordenado y el trabajo era realizado de manera regular. Desde el momento de la socialización, esta fábrica ha reparado dos autobuses, terminado uno que se encontraba en construcción y construido otro. Este último lleva la inscripción «construido bajo control obrero». Fue terminado, según declara la administración, en cinco días, en comparación con el promedio de siete que este trabajo costaba a la administración anterior. El resultado es, por lo tanto, un completo éxito.

Es una gran fábrica y no es posible que las cosas hayan sido preparadas para recibir a un visitante, si es cierto que antes de mi llegada se encontrasen metidos en un atolladero. No creo que hayan sido llevados a cabo preparativos a causa de mi visita. De todas maneras, esta única experiencia no debe forzar las generalizaciones. Muchas causas hacen de este lugar un rincón privilegiado. En primer lugar y de manera general, Cataluña no es España; los catalanes son, en su conjunto, gente cuyo sentido de los negocios es bastante agudo y el comité administrativo (compuesto enteramente de antiguos obreros de la fábrica) discutió conmigo los diversos aspectos de la administración económica con el interés característico a los catalanes, tan ajeno al de los castellanos típicos. Estos obreros catalanes han echado a andar su administración realizando cortes en los gastos y nada hay que los haga sentirse más orgullosos. En segundo lugar, la fábrica está dirigida por mecánicos los cuales constituyen, en el mundo entero, una de las secciones más inteligentes de la clase obrera. ¿Sucedería lo mismo con la industria textil de Cataluña^[6]?

En tercer lugar, la CNT tuvo cuidado de seleccionar, para beneficio mío, una fábrica completamente anarquista, en la que no existiese competencia entre la CNT y la UGT. La nueva administración había sido elegida legalmente por los trabajadores mismos, en el momento en que el trabajo volvió a comenzar; pero, de hecho, parecía ser el antiguo comité de fábrica de la CNT, el cual se había establecido como principal poder entre los trabajadores desde mucho antes de la guerra civil. A esta administración le es fácil lograr la obediencia. El lado técnico del trabajo en la compañía de autobuses también es fácil. Después de todo, Barcelona no tiene necesidad urgente de nuevos autobuses y la mayor parte del trabajo consiste en simples reparaciones; los mecánicos, pertenezcan a la CNT o a la Esquerra, están dispuestos a cooperar y la fábrica se ve libre, en consecuencia, del problema que resultó catastrófico para Rusia: la obstrucción sistemática llevada a cabo por el personal técnico altamente calificado. Siendo principalmente un taller de reparaciones, esta fábrica en particular necesita pocas materias primas y está libre, por lo tanto, de lo que resulta ser la mayor dificultad actual con que se enfrenta la industria catalana. Se habla mucho en la ciudad de las serias dificultades con que se enfrentan las grandes fábricas, en cuanto a la obtención de materias primas. Para terminar, la compañía de autobuses ocupa una posición privilegiada en cuanto a finanzas se refiere. Sus ingresos provienen de los billetes de autobús, cuyas entradas continúan con la misma regularidad de épocas de paz. No se enfrenta al problema de encontrar un mercado para sus productos.

Pero aun cuando fuese demasiado apresurado aventurar una generalización a partir de la impresión favorable causada por esta fábrica, un hecho resalta de todos modos: es un logro extraordinario para un grupo de trabajadores el tomar una fábrica y, por favorables que sean las condiciones, hacerla funcionar en breves días con completa regularidad. Resulta una muestra brillante del nivel general de eficacia

alcanzado por el trabajador catalán y la capacidad organizativa de los sindicatos barceloneses. Ya que no podemos olvidar el que esta firma ha perdido todo su equipo administrativo. Tuve oportunidad de dar un vistazo a la hoja de salarios, la cual mostró que el presidente, los directores, el ingeniero jefe y el asistente de ingeniero habían todos «desaparecido» (lo cual no era más que un modo dulcificado de decir que habían sido asesinados). De esto resultaba economías para la fábrica, según me explicaron con calma los miembros del comité, al igual que la anulación de pensiones pagadas a los amigos personales de la antigua administración y la decisión de fijar el salario máximo en 1000 pesetas al mes (los salarios de los trabajadores no han sido aumentados desde la socialización). Esta gente, al verse envuelta en la guerra civil, aunaba una despiadada crueldad con un agudo sentido de los negocios, actitud característica del catalán.

Serví por la tarde como intérprete en una conferencia confidencial, sostenida por mi amigo británico con un líder del PSUC. Me limitaré a decir que los líderes del PSUC están perfectamente al tanto de lo que intentan hacer los anarquistas después de la caída de Zaragoza y esta perspectiva los perturba enormemente. Su rechazo de los anarquistas es por lo menos tan grande como el que por ellos sienten esos mismos anarquistas y no es en manera alguna producto de los hechos de estos días. Su fin principal parece ser destruir el dominio anarquista sobre el movimiento sindical de Barcelona. Entretanto, las condiciones parecen ser malas. Hace unos pocos días, los tres líderes de la minoría UGT entre los trabajadores del puerto fueron asesinados por los anarquistas, y aunque la CNT ha declinado oficialmente toda responsabilidad y condenado el crimen, nadie tiene la certeza de que tales hechos no continúen repitiéndose.

La violencia anarquista no se limita a sus enemigos particulares. Ayer el POUM fue objeto de un ataque anarquista. Un grupo de la milicia del POUM se había reunido en un edificio con el fin de celebrar una de sus reuniones habituales y había acudido a esta portando sus armas. Llegaron varios camiones anarquistas y colocaron ametralladoras ante las puertas del mitin POUM, forzando a sus participantes a entregar las armas. Declararon luego abiertamente que no veían la razón de que se permitiese al POUM aumentar sus reservas de armamentos, amenazando así liquidar la dominación de la CNT. El POUM ha planteado una protesta al Comité Central de Milicias, pero ha sido imposible dar marcha atrás al *fait accompli*.

9 de agosto

Este domingo por la mañana pude escuchar un mitin de masas anarquista que tuvo lugar en el «Olympia». Llegué tarde y no pude penetrar en el edificio. Había fuera muchos miles de personas escuchando por los altavoces. No se oían expresiones

ruidosas de entusiasmo; reinaba una silenciosa y concentrada atención, marcada solo por ocasionales exclamaciones de aprobación. Los oradores protestaban enfáticamente contra el plan del gobierno de Madrid de reorganizar el viejo ejército y defendían el «sistema de milicias» de los anarquistas. Rechazaban abiertamente el sistema autoritario ruso; España no debía imitar la revolución rusa. García Oliver, líder actual de la organización en Barcelona, aceptaba el estancamiento del frente zaragozano, excusándolo primero por la inevitable lentitud en la reorganización de la industria productora de municiones; continuó luego diciendo:

—Ahora camaradas, no hablemos de la jornada de seis horas ni de la jornada de ocho horas ni siquiera de un número fijo de horas de trabajo. ¿Cuántas horas debemos trabajar en este momento? Tantas como sean necesarias para la victoria de la revolución.

Hubo un silencio total cuando estas palabras fueron pronunciadas y es difícil decir si este significaba oposición o aprobación. Decididamente, García Oliver tiene la costumbre de decir a las masas verdades desagradables. Pero *Solidaridad Obrera*, el diario anarquista, no repitió esta frase en su reseña del mitin.

Fui por la tarde al Tibidabo, centro de recreo situado en las afueras, en una zona campestre que durante los primeros días y probablemente aún hoy, fue y es escenario de muchas ejecuciones nocturnas. Pero en esta tarde de domingo estaba abarrotado de gente pacífica, tanto jóvenes como viejos, que se divertían sin pensar aparentemente en los horrores tanto de la guerra como de la revolución. Más abajo, dentro y fuera del puerto, estaban los barcos de guerra de cuatro naciones, estacionados allí ante sus ojos.

10 de agosto

Pasé todo el día en diversas oficinas y logré al fin procurarme documentos y un auto que me llevase al frente.

11 de agosto

En una calle estrecha, un auto maniobra frenéticamente en medio de una excitada multitud. Dentro están sentados cuatro milicianos armados y en medio de ellos un quinto individuo en mangas de camisa, sin cuello, pálido como la muerte; uno de los milicianos sostiene un revólver contra su cabeza. Se trata evidentemente de un arresto al cual seguirá una inmediata ejecución.

Fui a una de las mejores tiendas de Las Ramblas con el fin de procurarme diversos artículos de baño, pero el dueño me explicó que alguna razón le impide venderlos los lunes por la mañana. Pero voy al frente, expliqué. Me vende inmediatamente lo que necesito, con sincera expresión de entusiasmo. A pesar de todo, estas tiendas de Las Ramblas han sufrido enormemente a causa de la revolución.

CATALUÑA Y EL FRENTE DE ARAGÓN

A la una de esta tarde, después de días de esperas y demoras, logré salir en dirección al frente en un automóvil del Comité Central de Milicias, acompañado por un chófer y un escolta armados. Los viajeros somos tres: el representante en Barcelona del *París Fleche*, John Corn-Ford, joven comunista británico, y yo.

El campo catalán no está realmente tan tranquilo como parecía desde las ventanillas del tren. En la mayoría de las aldeas, las entradas están cerradas con barricadas y custodiadas fuertemente día y noche. Los centinelas son pintorescos y parecen extraídos de un cuadro de Goya: trajes aldeanos, a menudo no muy limpios, pero adornados con corbatas negras o negras y rojas; se distinguen de los seres ordinarios por las insignias rojas que llevan, con el sello de su organización o del comité local; sus chaquetas están sujetas por bandoleras llenas de cartuchos. Están sentados junto a la carretera o más a menudo, agazapados tras una barricada de sacos de arena construida con eficiencia, apuntando al coche con sus fusiles o agitando estos salvajemente en el aire. Estos fusiles son la mejor arma que pude contemplar. El más moderno debe datar de las guerras napoleónicas, conservado como tesoro de familia. No sé decir si serán capaces de disparar en una emergencia. Los centinelas detienen invariablemente nuestro automóvil, comenzando entonces el escrutinio de documentos: «pase» del auto, pases de los pasajeros, permisos para llevar armas, tarjetas de prensa de los periodistas visitantes y a veces hasta tarjetas del partido del escolta y el chófer. Sufrir este proceso más de veinte veces en el mismo día es suficiente como para destrozarse los nervios, pero todo es hecho con decencia y en la mayoría de los casos sin demoras inútiles. Es evidente que los aldeanos no se han cansado de cumplir con este deber durante muchas semanas aunque también es verdad que lo hacen con más cuidado en los pueblos industriales que en las comunidades campesinas. Estas últimas carecen a veces de barricadas y hasta de centinelas.

En prácticamente todo pueblo existe un comité político, compuesto siempre a partir de las bases ordenadas por la Generalitat, las cuales incluyen paridad de representación para todas las organizaciones políticas y los sindicatos. En cuanto a apoyo de las masas, los anarquistas dominan la provincia de Barcelona, mientras en

la provincia de Lérida el POUM es, con mucho, el partido más fuerte. Esto se debe al hecho de que Maurín, el más popular de sus líderes, es originario de Lérida.

En todas las aldeas y pueblos que atravesamos, el territorio propio es custodiado apasionadamente, pero no ha sido enviado un solo hombre al frente. El centro principal de reclutamiento de milicianos es Barcelona.

En el viejo y olvidado pueblo de Cervera existía un seminario teológico. Pregunto acerca de este a uno de los centinelas del pueblo, un hermoso joven de no más de dieciséis años, y me responde con su más alegre sonrisa:

—¡Ah, se fueron! ¡Y cómo!

Las iglesias han sido incendiadas sin excepción; solo quedan en pie sus muros. Esto ha sido hecho casi siempre por orden de la CNT o al paso de sus columnas de milicianos. En casi ningún lugar de la región ha habido lucha entre rebeldes y partidarios de la Generalitat.

Existen, sorprendentemente, pocas indicaciones de que nos acerquemos al frente. La carretera está intacta y hay menos tráfico que en tiempos de paz. Unos pocos camiones de provisiones y menos todavía de municiones pasan hacia el frente; otros vuelven vacíos. No tropezamos con una sola ambulancia.

Lérida es el cruce de todas las carreteras que se dirigen hacia la zona sur del frente de Zaragoza y esperaba que fuese centro de actividades. Pero hay muy poca. Treinta o cuarenta autos y camiones están estacionados en la *plaza* y puede verse en la ciudad a algunos de los milicianos; no debe haber en total más de unos cientos. Muchos de ellos se amontonan en las oficinas del gobernador civil y allí hablan con excitación y entusiasmo de Buenaventura Durruti, el líder anarquista, y de su columna; él y sus hombres son los héroes populares de la guerra catalana para detrimento de todas las demás columnas de la milicia de Cataluña. Durruti tiene reputación de ser algo así como el ángel vengador de los pobres. Se sabe que su columna es más despiadada que cualquier otra en cuanto toca al fusilamiento de fascistas, ricos y sacerdotes, y la gloria de su difícil avance hacia Zaragoza, sin importarle las duras pérdidas, es narrada por todos los milicianos de Cataluña. Algunos de los centinelas de las oficinas del gobernador han servido bajo su mando. Con sonrisa ingenua que no tiene nada de sádica, sino expresa más bien la satisfacción que podría sentir un niño ante una diversión, me muestran sus cartuchos de balas dundún, que habían fabricado practicando una incisión en la punta de los cartuchos ordinarios.

—Prisioneross... —me dice un hombre, significando con ello que hay un cartucho listo para cada prisionero. Así que esto es la guerra civil española. Me inclino a pensar que las cosas no serán

diferentes del lado franquista. Solo que en ambas zonas, los corresponsales de prensa neutrales deben permanecer en silencio si no quieren verse envueltos en serios problemas.

No es fácil encontrar qué cenar, ya que la comida está racionada; este es en realidad el primer síntoma de que nos acercamos al frente.

En nuestra fracasada búsqueda de comida encontramos un grupo sentado ante un café, comiendo tortillas. Son evidentemente extranjeros y nos invitan con amabilidad a compartir su comida. Son muy reacios a descubrir su nacionalidad, pero tan pronto como me siento reconozco en uno de ellos a un corresponsal de prensa ruso, al cual he visto fotografiado en los periódicos. Aunque su foto no hubiese aparecido publicada, su actitud secreta le hubiese servido de poco; todos hubiesen comprendido que era ruso a causa de su acento y de las ocasionales palabras rusas que a veces intercambiaba con sus compañeros. Pero parece acariciar la ilusión de que nadie fuera de Rusia sabe nada de su país. Se diría que, por alguna razón desconocida, cree que esta actitud secreta forma parte del trabajo de un revolucionario en toda ocasión. Nuestra conversación se vuelve hacia los problemas anarquistas. Todos estamos de acuerdo en que los anarquistas están apartándose rápidamente de su dogma antiautoritario y moviéndose hacia la dictadura revolucionaria.

—Pero entonces —dice— deben abandonar su organización y unirse a los comunistas.

Es obvio que no concibe la posibilidad de que los anarquistas, sean líderes o miembros de base, evolucionen hacia una nueva actitud sin entrar al redil de la Internacional Comunista.

Avanzamos más durante la noche y nos acercamos rápidamente al frente. Encontramos ahora menos pueblos y naturalmente, menos centinelas. Si una patrulla enemiga lograra penetrar los puestos avanzados de la guardia en el frente podría, sin ninguna oposición, cortar las comunicaciones e interceptar el tráfico. En Fraga, ya dentro de la región de Aragón, nos detenemos a pasar la noche.

12 de agosto

Nos hospedamos en Fraga en el mismo hotel que el comandante Farras, segundo al mando de las fuerzas catalanas. Es oficial de carrera del ejército, fue destituido por el gobierno de Gil Robles en 1933 y nombrado después por la Generalitat comandante de los *mozos de escuadra*. Estos *mozos de escuadra* son un cuerpo de policía seleccionado especialmente, responsables de la protección del gobierno

catalán. Farras luchó a su cabeza durante la insurrección catalana contra Madrid en octubre de 1934 y fue condenado a muerte después de la derrota, sentencia conmutada más tarde por la de cadena perpetua. Fue liberado en febrero de 1936, de nuevo nombrado comandante de los *mozos*, luchó en Barcelona en julio de 1936 y fue promovido entonces a su cargo actual. Pertenece a la Esquerra catalana y cede solo a Durruti en popularidad. Explica rápidamente los motivos de estancamiento del frente:

—¡Pero es que estamos en medio de una revolución social!

Esta franca admisión del hecho de la revolución social no es una actitud muy corriente fuera de las filas anarquistas. Después de muy pocas palabras abandona la conversación y se vuelve para pedir a voces la comida, que de ninguna manera puede ser servida tan pronto. Lo acompaña un cierto número de ayudantes. Están sentados ante una mesa y conversan alegremente, aunque es obvio que esta sección, tan importante, del Estado Mayor catalán no se ha podido comunicar con el frente desde el mediodía anterior, ya sea por teléfono o por medio de mensajeros. Si algo hubiese sucedido, Farras hubiese permanecido posiblemente sin información durante muchas horas. Da la impresión de ser hombre de gran coraje físico.

Estamos en Fraga justo tras la línea del frente; toda comida está rígidamente racionada, al igual que el hospedaje. Es necesaria la intervención directa de Farras (brindada muy cortésmente) si queremos conseguir comida y cama para cada uno, luchando contra la enfurecida resistencia del posadero, el cual sufre evidentemente de muchas cuentas sin pagar. Se hizo más accesible cuando comprendió que estábamos dispuestos a pagar por nuestras habitaciones.

La taberna del pueblo está llena de aldeanos. La aparición de estos tres extranjeros resultó, lógicamente, un acontecimiento. Comienzan enseguida a narrarnos sus hazañas. Son en su mayoría anarquistas. Haciendo el significativo gesto de cruzar su garganta con los dedos, un hombre nos dice que han ejecutado en el pueblo treinta y ocho «fascistas»; es evidente que lo han disfrutado enormemente. (El pueblo tiene solamente unos mil habitantes). No han matado ni mujeres ni niños, solo ¡al sacerdote, sus adherentes más activos, el abogado y su hijo, el juez y cierto número de campesinos ricos! Creí al principio que la cifra de treinta y ocho fuese solamente una jactancia, pero queda verificada a la mañana siguiente en el curso de una conversación con otros campesinos, de los cuales algunos no se sienten nada complacidos ante la matanza. Logré, gracias a ellos, obtener detalles de lo sucedido. No fueron los pobladores quienes organizaron la ejecución, sino la columna de Durruti, cuando esta cruzó el pueblo por primera vez. Arrestaron a todos los sospechosos de actividades reaccionarias, los llevaron a la cárcel en camiones y los fusilaron. Dijeron al hijo del abogado que se fuera a casa, pero este decidió morir con su padre. Como resultado de la matanza, los ricos y los católicos del pueblo vecino se

rebelaron; el alcalde sirvió de mediador, una columna de milicianos entró al otro pueblo y de nuevo ejecutó a veinticuatro de sus adversarios.

¿Qué se había hecho con las propiedades de los fusilados? Las casas, desde luego, habían sido expropiadas por el comité, los depósitos de comida y vino habían sido utilizados para alimentar a la milicia. Omití la pregunta relativa al dinero. Pero el gran problema era la tierra y las rentas que los propietarios habían cobrado antes a los arrendatarios. Para mi gran sorpresa, no se había tomado aún ninguna decisión respecto a este problema, a pesar de haber transcurrido ya dos semanas desde las ejecuciones. Lo único cierto era que la tierra de los fallecidos continuaba siendo trabajada como anteriormente: aquellas parcelas que se encontraban alquiladas continuaban siendo trabajadas por los viejos arrendatarios, y la zona anteriormente administrada como gran propiedad única y cultivada por trabajadores agrícolas seguía funcionando de la misma manera; solo que el terrateniente local había sido reemplazado ahora por el comité, quien se encargaba de reclutar la mano de obra necesaria. En cuanto a los demás problemas, eran mencionados solo vagamente: el comité recibiría eventualmente el cincuenta por ciento de las viejas rentas, la otra mitad del pago sería suspendida y la mitad de la tierra expropiada se distribuiría entre los campesinos más pobres, mientras la otra mitad sería administrada por el comité como propiedad colectiva de toda la aldea. Era evidente que en este pueblo la revolución agraria no llegaba como resultado de la apasionada lucha de los campesinos, sino como consecuencia casi automática de las ejecuciones, las cuales no eran sino un incidente más en la guerra civil. La mayoría de los campesinos se encontraban ahora sorprendidos ante la nueva situación. Uno cualquiera de entre ellos dijo simplemente:

—¿Qué sé yo? Me darán alguna orden.

Le pregunto:

—¿Quién dará la orden?

—¡Ah, qué sé yo! Habrá algún gobierno —replicó.

Esto lanzó una nueva luz sobre las vagas réplicas que había obtenido el día antes en otros pueblos, al preguntar acerca de las expropiaciones de tierras y la abolición de las rentas.

Nos dirigimos hacia el norte, al campo de aviación del frente de Zaragoza, el cual visité dos veces, al mediodía y de noche. No había armas antiaéreas y cuando pregunté acerca de esto, algunos de los pilotos estuvieron de acuerdo en afirmar que resultaba incomprensible el porqué los rebeldes, sin razón concebible, hubiesen dejado de atacarlo. Vi durante la noche señales enemigas, lanzadas desde lugares cercanos, tras las líneas gubernamentales. Los hombres discutieron en mi presencia,

manifestando lo absurdo de que estas señales apareciesen cada noche y nadie pensase en enviar una patrulla para investigar. Esa noche llegó una pequeña tropa de recios milicianos, en actitud lo más alegre posible y fue rápida y eficientemente acuartelada en el campo de aviación, bajo tiendas, de manera muy ordenada. Para la mayoría de estos muchachos resultaba su primera experiencia en campamento y pensaban bien poco en los aspectos más serios de la campaña que vendría después.

¿Por qué los aviadores, a diferencia de todas las demás tropas, habían permanecido fieles al gobierno? Los pilotos, después de unos años de servicio en los regimientos ordinarios, eran seleccionados individualmente para el entrenamiento en la aviación; se cortaban así los lazos de *camaraderie* dentro del regimiento, base de tantos compactos alzamientos de los militares españoles contra varios gobiernos. Además, como enfatizó uno de los pilotos, eran seleccionados sobre la base de la habilidad técnica y esto parecía ir a menudo acompañado de tendencias izquierdistas. Después de todo, el industrialismo moderno no se adapta bien al tipo español de educación católica y una mentalidad mecanicista es todavía vista en España, sobre todo entre los rutinarios oficiales españoles, como algo casi revolucionario. Este piloto era un patriota liberal sin ningunas inclinaciones socialistas y le pregunté qué pensaba del cataclismo social que tenía lugar a su alrededor.

—Será como deba ser —fue su respuesta—. Ahora estamos luchando juntos contra los fascistas.

Pero uno de sus camaradas, a quien hice la misma pregunta en otra ocasión, respondió bruscamente:

—El desastre.

Sus compañeros lo acallaron, a pesar de estar aparentemente de acuerdo. Es evidente que estos oficiales liberales están atrapados entre su fidelidad a la República y su aversión por los anarquistas, sintiéndose casi desesperados ante el problema.

Llegamos luego al frente de verdad. Era tan pequeño que casi lo perdemos. Yendo hacia el norte por la carretera de Huesca, fuimos detenidos en el último momento por un centinela apostado sobre la carretera; de otro modo hubiésemos continuado sin darnos cuenta hasta la zona rebelde. Subimos una colina que nos condujo hasta el pueblo de Alcalá del Obispo y entonces, para sorpresa nuestra, descubrimos que era esta la línea misma del frente. Podía llegarse hasta una distancia de una milla tras las líneas y no se encontraría nada que sugiriese su existencia; vimos entonces estallar un proyectil a lo lejos, pero no oímos ningún ruido. No existía tampoco ningún «frente» compuesto de trincheras ni una línea extendida de tropas. El «frente» consistía en una concentración de quizás trescientos hombres en el pueblo de Alcalá, más unas cuantas avanzadas media milla más adelante. No había contacto con la siguiente

columna de milicias, estacionada en el *pueblo* vecino, a algunas millas. Viendo esto, recordé con cierta diversión los reportajes de los corresponsales extranjeros, en los cuales se narraban sangrientas batallas que imaginábamos envolvían decenas de miles de hombres.

Me tomó algún tiempo comprender que estaba realmente en medio de un bombardeo de artillería. Pero cuando oí el grito de «a cubierto», noté que algo sucedía. Desde Monte Aragón, uno de los principales fuertes de Huesca, los rebeldes bombardeaban lo que creían ser las líneas catalanas. Afortunadamente, su idea de la posición de estas líneas era completamente errónea y apuntaban con gran exactitud a un punto situado a media milla de Alcalá donde, como explicaron los oficiales, solo había gorriones. Un gran grupo de soldados del gobierno se mantenía de pie del lado expuesto del pueblo, disfrutando del espectáculo. Cada vez que oíamos el silbido de un proyectil retrocedíamos algunos pasos, pero nos tranquilizábamos rápidamente al verlo estallar en el lugar equivocado.

El día antes, las tropas catalanas tuvieron que evacuar el pueblo de Siétamo bajo un ataque de artillería bien colocado, pero el reconocimiento no parece ser el punto fuerte de los insurgentes y todavía no habían sido capaces de descubrir las nuevas posiciones. Del lado catalán, la observación de la artillería es apenas superior. Unos seis cañones ligeros están colocados frente al pueblo y disparan ocasionalmente sin ninguna dirección precisa; dos cañones están colocados detrás del pueblo pero el observador, del modo más incompetente, se ha colocado en la torre de la iglesia casi frente a ellos y no creo que el bombardeo logre hacer mucho daño al enemigo. En todo el día no hubo en esta columna una sola pérdida, a pesar de ser continuo el bombardeo.

Mi visita quedó desgraciadamente interrumpida, ya que nuestro compañero francés tomó una foto apoyándose simplemente en el permiso de un oficial y sin solicitarlo al comité político de la columna. Obtuvimos como resultado una entrevista de cinco minutos con este comité y fuimos expulsados inmediatamente después. Lo único que pude saber es que esta columna está compuesta principalmente por milicianos del POUM aunque la forman también tanto soldados como oficiales regulares que han permanecido fieles al gobierno. Se les distingue de la milicia gracias a sus uniformes y a su enorme y evidente indiferencia frente a todo el problema de la guerra. A diferencia de la milicia, no tienen comisarios políticos y los representa su comandante dentro del comité de la columna. Tal y como se me informa en Barcelona, los oficiales actúan en las columnas catalanas solo como asesores técnicos del comité, el cual se reserva el poder de tomar la decisión final.

Intentamos descubrir otra columna en la cual fuésemos más favorablemente recibidos, pero el auto se rompió y quedamos varados en el pueblo de Sariñena.

13 de agosto

No podemos movernos del pueblo de Sariñena desde hace veinticuatro horas, primero para mi disgusto y luego para mi creciente satisfacción. Fue una lucha conseguir *vales* para nuestras comidas y habitaciones, ya que cada comida debía ser solicitada por separado al comité local. Se calculan las provisiones regulares contando solo con los habitantes y la milicia pero se nos invitó, después de alguna discusión, a comer en el comedor de milicias y así logramos conocer a muchos de ellos.

Después de una agradable charla con el jefe del comité local, panadero anarquista, salimos del comedor tarde en la noche, dirigiéndonos hacia nuestra *fonda*. Cuando salíamos, el centinela a la entrada dijo algo al presidente del comité y este nos invitó a que lo siguiéramos hasta la plaza, donde unos días antes la iglesia había sido quemada. Ha habido en Sariñena, como en todas partes, varias ejecuciones. Entre el total de unas doce víctimas se encontraba el notario público cuya casa y oficinas, situadas justo tras la plaza, contenían todos los documentos relativos a la propiedad rural y muchos otros asuntos financieros. Ahora estos documentos, junto con todos los descubiertos en sus oficinas, están siendo quemados en una inmensa hoguera en el centro de la plaza, de manera que no quede evidencia escrita alguna de los viejos derechos de propiedad. Las llamas se alzan más allá del techo de la iglesia y los jóvenes anarquistas continúan trayendo más y más material de casa del notario, echándolo a las llamas con gesto triunfal. Gran número de personas mira silenciosamente al fuego. No era, de ninguna manera, una destrucción como otra cualquiera de algunos documentos indeseables, sino un acto que revestía para sus participantes profunda significación, como símbolo de la liquidación del viejo orden económico.

¿Cuál era la realidad que correspondía a este acto simbólico? Era evidente que la quema de los documentos concernientes a la propiedad rural tendría significado concreto solo si la posesión de esta propiedad quedaba, a la vez, abolida. Nada de esto había sido hecho. El comité local, dirigido por los anarquistas, había abolido los alquileres y expropiado cuatro grandes fincas junto con toda su maquinaria agrícola. La propiedad campesina, a excepción de aquella perteneciente a los ejecutados, no había sido tocada, pero muchos de los documentos del notario debían de referirse a ella. ¡Había sido lograda otra cosa, sin embargo! A diferencia de los campesinos de Fraga, estos no habían quedado sorprendidos ante los logros de la revolución y se habían dado en cambio a la tarea de utilizarlos. Las maquinarias expropiadas eran mencionadas una y otra vez en la conversación.

Sospechaba de la mucha palabrería acerca de la revolución agraria y dudaba de si los campesinos utilizarían efectivamente estas maquinarias, como algunos decían, o

si simplemente tendrían la vaga esperanza de hacerlo. Pero me convencí con mis propios ojos de la realidad de la mejora. Por la mañana, llamé a los dos primeros jóvenes anarquistas con quienes me tropecé en la calle y les pedí que me mostrasen las trilladoras. Me llevaron a un grupo de graneros situados en las afueras del pueblo. Frente a ellos se alzaban cuatro de las máquinas expropiadas, trillando enormes pacas de trigo. Había unos diez campesinos trabajando ante cada una de ellas. Por sus ropas podía verse que eran todos campesinos (no trabajadores agrícolas sin tierras); lo confirmé más tarde en el curso de la conversación; trillaban juntos el trigo de uno de ellos; al día siguiente, la máquina sería trasladada a otro granero, a trillar el trigo del siguiente miembro del grupo. El trabajo iba rápido, los rostros brillaban y por cuanto fui capaz de juzgar, el manejo de las maquinarias era competente. Estaba a mano un mecánico del pueblo, caso de necesitarse una reparación. Parecía evidente que no había existido ningún tipo de obligación de entrar en este arreglo relativo al uso colectivo de las maquinarias; en otros graneros, la gente trabajaba con sus instrumentos antiguos y eran sinceros al admitir que no querían trabajar con las maquinarias; la mayoría de estos pertenecía a la anterior generación. El comité tenía la intención de utilizar las maquinarias para trillar la cosecha de las tierras expropiadas, tan pronto como las colectividades campesinas hubiesen terminado sus trillas y utilizar esta cosecha como reserva de trigo para la milicia, como almacén se utilizaría la iglesia.

En resumen: tanto en Fraga como en Sariñena había numerosos elementos políticamente indiferentes y un activo núcleo anarquista, compuesto en su mayor parte por elementos de la nueva generación. En Fraga este núcleo, bajo la influencia de la columna de milicias de Durruti, ayudó a matar a un gran número de personas del pueblo, pero apenas había logrado algo más. En Sariñena, un núcleo similar fue abandonado a sus propios recursos ya que cerca se encontraba una columna, no anarquista sino POUM, y las relaciones entre el pueblo anarquista y la milicia del POUM estaban lejos de ser buenas. Pero a pesar de esto, con muchas menos muertes, el núcleo anarquista había logrado mejoras considerables para los campesinos y era además lo suficientemente inteligente como para no intentar forzar la colectivización a la parte renuente del pueblo, sino esperar a que el ejemplo de los otros surtiera su efecto.

Un importante resultado de esto era que en el pueblo las relaciones entre los aldeanos y parte de los intelectuales eran decididamente buenas. En las calles de Sariñena tropecé, por primera vez en muchos días, con un hombre vestido con ropas burguesas; estaba rodeado por gran número de campesinos y hablaba con ellos de manera animada y amistosa. Parecía un alto oficial catalán y resultó ser el cirujano veterinario del pueblo. Era evidente que no temía mantener su vieja apariencia burguesa. Conocí poco después a su hija, enfermera en el hospital improvisado por el pueblo para albergar a la milicia. Servía, eso era evidente, de modo más competente

que las enfermeras voluntarias de Barcelona y estaba muy orgullosa de los servicios prestados a la revolución. Parece haber muchos intelectuales que, a pesar de ser nacionalistas catalanes en sus opiniones políticas, colaboran de todo corazón con los anarquistas; otros, como los aviadores que conocí, son más remisos.

El hospital tiene un aspecto bastante decente, considerando que se trata de un establecimiento improvisado. Está a cargo del médico local, pero cuando lo visité solo cuatro de las dieciséis camas estaban ocupadas por pacientes que sufrieran de alguna enfermedad. El hospital adyacente, destinado a los heridos, trataba solamente un caso. De todos modos, esta guerra no está provocando muchas bajas; solo logran esto las matanzas en el interior.

14 de agosto

Por la tarde del día 13, nuestro automóvil quedó al fin completamente reparado y llegamos a Leciñena, centro de la más grande de las dos columnas del POUM establecidas en el frente de Zaragoza. Fuimos recibidos de modo muy amistoso por su jefe, Grossi, y se nos dio toda oportunidad de contemplar lo que sucedía. La situación es aquí igual a la de Alcalá; unos pocos cientos de milicianos apiñados en el pueblo, unas cuantas avanzadas, pero ningún contacto con el pueblo más cercano ocupado por tropas catalanas. Grossi nos llevó inmediatamente a visitar una de las avanzadas. Estaban apostadas una media milla más allá del pueblo, en un grupo de colinas. Los oficiales del Estado Mayor se negaron a caminar en medio del calor de la tarde. Pensé que debía existir un medio más seguro de llegar a las avanzadas que el automóvil, pero salimos en dos autos a través de una llanura abierta y polvorienta y el frente resultó tan tranquilo que no existía ningún peligro en hacer esto delante de las mismas narices del enemigo, a pesar de haberse este apoderado del pueblo inmediato y ser capaces de ver fácilmente los autos. Algunos soldados de las avanzadas están escondidos tras las rocas, otros se han cavado estrechas trincheras, no existen trazas de alambradas de púas; cada piquete tiene una ametralladora camuflada con ramas. Llevan cinco días sin ser relevados (!) pero la vida no les es del todo insoportable; ¡han traído sus colchones a las trincheras! Leciñena fue tomado la semana anterior gracias a un ataque nocturno por sorpresa y desde entonces han tenido lugar muy pocos encuentros.

De vuelta en Leciñena, Grossi efectuó el relevo de las avanzadas. La columna entera, formada por cuatro *centurias*, fue reunida en la plaza y Grossi les dirigió desde un balcón un corto discurso, diciendo que debían organizarse mejor las cosas y que las avanzadas debían ser relevadas en el acto. Una hora más tarde iba él mismo al frente de los relevos y quedó allí con ellos durante toda una noche. La reunión de la plaza fue más pintoresca que militar. No existía el menor indicio de disciplina militar,

ni siquiera el menor esfuerzo por organizarse en formación. Había muy pocos uniformes y en su lugar podía verse un mosaico multicolor de los más variados trajes, lo cual hubiese sido para un artista una visión encantadora, aunque quizá fuese menos encantadora para un oficial. Lo que es peor, no existe evidentemente el menor esfuerzo de organizar, disciplinar o entrenar a esta masa incoherente. Hubiese habido amplias oportunidades para ello, ya que la zona situada tras el frente brinda un terreno ideal para el entrenamiento y los milicianos, en los largos intervalos entre operaciones, no tienen nada que hacer y se aburren desesperadamente. Grossi es un tipo algo crudo, pero *au fond* resulta atrayente y resulta evidente que se ha ganado la fidelidad personal de su columna. Es sin duda valiente y, siendo minero asturiano, ducho revolucionario, lo cual le permite conocer el manejo psicológico de las masas. Pero resulta un deficiente organizador y no posee ningún concepto de en qué consiste la guerra. Existe una evidente rivalidad entre él y su consejero militar. Este estado de cosas es muy corriente, lo cual trae como resultado, desde luego, una considerable cantidad de desorden. Los soldados, a falta de cualquier ocupación razonable, se desperdigaban sentados por los pisos de las tabernas.

Encontramos allí entre ellos a la única miliciana de la columna. No era de Barcelona, sino gallega, había estado antes casada con un *asalto* del cual se divorció y ahora había seguido a su amante al frente. Era muy atractiva, pero los milicianos no le dedicaban especial atención, ya que todos conocían los lazos que la unían a su amante y los veían como equivalentes del matrimonio. Todos los milicianos, sin embargo, se sentían visiblemente orgullosos de ella, a causa del coraje que parece haber demostrado, permaneciendo bajo el fuego en una posición avanzada durante muchas horas, con solo dos compañeros.

—¿Fue una experiencia desagradable? —pregunté.

—No, solo me da entusiasmo —replicó la muchacha con ojos brillantes; y todo su aspecto me hizo creerla. Su situación entre los hombres no creaba ninguna situación embarazosa. Uno de ellos, que tocaba el acordeón, comenzó *La Cucaracha* e inmediatamente ella inició los movimientos del baile, uniéndose los otros para corear la canción. Cuando este intermedio terminó, volvió de nuevo a ser una camarada más entre ellos. La situación de esta muchacha, aislada entre un grupo de hombres, es aún más notable a causa del completo aislamiento que separa a la milicia de las mujeres del pueblo las cuales, siguiendo la estricta tradición española, rehúsan hasta el hablar a los extraños. Algunas de las enfermeras resultan menos estrictas en cuanto a sus principios morales.

Pasé la noche en la casa desierta de un enemigo del gobierno, junto con algunos voluntarios extranjeros. La casa estaba en horribles condiciones. Todas las alacenas

habían sido destruidas y su contenido (ropa blanca, libros, vestidos, objetos religiosos, juguetes de los niños, etc.) habían sido brutalmente tirados al suelo de toda la casa, dándole el aspecto de haber sido saqueada, a pesar de que ningún saqueo parecía haber ocurrido. Era molesto hasta para los milicianos, pero estos no hicieron nada por adecentar las cosas. Esta falta de orden en sus cuarteles debe de ser para ellos un elemento desmoralizador.

La mañana fue más bien emocionante. Lo primero que sucedió fue que alguien disparó contra uno de los milicianos y una nerviosa, pero infructuosa búsqueda, tuvo lugar por toda una parte del pueblo. Los milicianos creían, con razón o sin ella, que habían sido atacados por un «fascista» escondido. Luego, tres aviones enemigos nos sobrevolaron y toda la columna, junto con la mitad del pueblo, se arremolinó en la plaza para verlos. Grossi, de vuelta de su guardia nocturna, ordenó que fueran sacadas las ametralladoras pero estas no tuvieron nada que hacer, ya que por primera vez en muchos días los rebeldes no bombardearon la aldea, limitándose a volar por encima de ella. En cuanto pude ver, sus bombardeos de días anteriores habían resultado completamente ineficaces. Pude ver en el pueblo la huella de un solo blanco, y esta era tan pequeña que hubiese sido imposible identificarla como la marca de una bomba a no ser que se supiese de antemano. Era obvio que el material de la artillería enemiga era de muy mala calidad. Pero unos días antes, una bomba había matado a un campesino mientras este cosechaba tranquilamente en tierra de nadie y las mujeres lloraban aún su muerte:

—¡Oh, señor, qué guerra tan terrible! Nos mataron en el campo a uno de los hombres.

Esta fue la única pérdida sufrida por Leciñena en muchos días.

Había en el pueblo un grupo de desertores del campo rebelde. Todos eran soldados regulares, atrapados por la revuelta durante el periodo de su servicio militar y todos habían sido socialistas o anarquistas antes de hacerse soldados. Parecía haber en todo el frente muchos de estos desertores, todos ellos antiguos pertenecientes a alguna organización revolucionaria. En todas partes se fusilaba inmediatamente a los prisioneros ordinarios. Los desertores debían correr este riesgo, si querían vivir conforme a sus convicciones políticas; cuando llegaban a las líneas gubernamentales, estaban obligados a establecer su identidad como miembros de alguna organización antifascista. Los desertores hablaban largamente acerca de la desconfianza que los líderes rebeldes sentían hacia los soldados regulares y su rechazo a traerlos a las líneas del frente. Sin embargo, no parecía que en el campo rebelde se ejerciera presión alguna con el fin de forzar a los soldados a participar en los servicios religiosos.

Atravesamos a la vuelta el pueblo de Alcubierre, el cual había sido tomado por los catalanes, recapturado después por los insurgentes y vuelto luego a tomar por las fuerzas del gobierno. Según se me dijo, los rebeldes, en el momento de su triunfo, habían fusilado a todos los anarquistas y socialistas más activos, ocho o diez en total. Era más o menos el mismo número de los ejecutados por las fuerzas gubernamentales, durante su respectiva ocupación.

Llegamos a Barcelona tarde esa noche, con excepción de J. Corn-Ford, quien se alistó en Leciñena.

15 de agosto

Mi compañero socialista inglés había visitado, a la vez que yo, el frente con otros compañeros y estado, entre otros lugares, en Tardienta, donde las columnas del PSUC tienen su cuartel general.

Oyó allí una historia horrible, difícil de creer pero que sin embargo parece ser verdad. Cuando la milicia del PSUC tomó Tardienta y llevó a cabo el acostumbrado exterminio de «fascistas», cayó en sus manos una cantidad considerable de dinero, joyas y otros objetos de valor. Enviaron a Barcelona un camión fuertemente custodiado, cargado de estos objetos, a fin de entregarlos a las autoridades. Parece que los escoltas llevaban consigo solo sus documentos personales y ningún papel que certificase su calidad de escoltas del tesoro que custodiaban. De todas maneras, al primer cruce de carreteras fueron detenidos por la guardia del POUM, se registró su camión, la explicación de la escolta acerca de su contenido no fue aceptada, fueron entregados a la siguiente columna del POUM y fusilados sumariamente como ladrones. Para completar el horror, los ataúdes fueron enviados a la columna del PSUC en Tardienta, donde fueron enterrados solemnemente. ¡Trotskistas contra estalinistas!

Mi compañero, que no siente precisamente amistad por los anarquistas, visitó la columna de Durruti y volvió completamente asqueado. Era innegable que habían avanzado más que cualquier otra columna en dirección de Zaragoza, sin preocuparse de ahorrar vidas y confiando en la ilimitada reserva de reclutas que el proletariado anarquista de Barcelona podía poner a su disposición. Finalmente el coronel Villalba, en nombre del alto mando, les conminó a que cesaran con este desperdicio en vidas humanas y después de muchas discusiones se logró convencer a Durruti de no continuar su avance. Hasta ahí llegaba la historia, tal como la narraba mi amigo socialista. No pude evitar el sentirme algo escéptico en cuanto a sus conclusiones. A juzgar por lo que yo mismo pude ver en las otras columnas del frente, no existía ningún deseo exagerado de sacrificio y prácticamente no tenían lugar bajas. De este

modo, jamás los catalanes llegarían a Zaragoza. Posiblemente Durruti haya pecado en sentido contrario, pero se hacía entonces necesario encontrar el justo medio entre el sacrificio inútil y la timidez sin consecuencias. Desde el punto de vista del éxito del frente, el empuje fanático de la columna de Durruti resultaba de indudable valor, siempre que fuese utilizado correctamente.

Pero lo que mi compañero pudo contarme de la *política* de esta columna fue ciertamente muy desagradable. Parece que en medio del entusiasmo general de los campesinos por la causa republicana, ellos han descubierto el extraño secreto de hacerse odiar. Tuvieron que abandonar la aldea de Pina, a causa únicamente de la resistencia silenciosa de los aldeanos, la cual fueron incapaces de vencer. Parece que habían sido tan despiadados, tanto en las expropiaciones a favor de la milicia, como en sus ejecuciones de reales y pretendidos «fascistas», que estuvieron a punto de provocar una rebelión en el pueblo. No por eso cesaron las ejecuciones. Son, según se dice, un aspecto más o menos habitual entre las actividades de los hombres de Durruti. Mi amigo fue invitado a presenciar una, como si se tratase de un espectáculo agradable.

Habiendo visto el frente, me sorprende ante la falta de realismo que se aprecia en los cálculos de todos los grupos políticos. Todos se basan en la inminente caída de Zaragoza mientras que, en realidad, nada parece estar más lejos. Como consecuencia, me parece injusto que el POUM acuse al gobierno, en el curso de conversaciones privadas, de tener la traidora intención de entorpecer las operaciones. Si tuviesen miedo a lo que los anarquistas pudieran hacer después de la caída de Zaragoza, esto sería solo lógico. Pero es obvio que nada de esto sucederá, no a causa de que existan traiciones entre los dirigentes, sino por la simple y sencilla ineficacia e incompetencia que reinan a todos los niveles. Se necesitaría todo el esfuerzo heroico de un grupo de oficiales y políticos muy capaces para liquidar los defectos evidentes de la milicia, y no existen tales personas. Pero si tanto la desconfianza del POUM como el entusiasmo anarquista son injustificados, también lo son las ansias del PSUC y los republicanos, igualmente basadas en la suposición de que el futuro cercano trae consigo grandes éxitos. Reveses vendrán y no éxitos, si no se hace nada por corregir los defectos existentes. Para vencerlos, todos los partidos deben cooperar. Pero antes de eso, socialistas y anarquistas deben zanjar sus odios mutuos y los anarquistas, por su parte, abandonar su dogma antiautoritario. ¿Sucederá esto? Quizás, obligados por la presión de fracasos evidentes; ya los anarquistas han cambiado mucho.

16 de agosto

Un domingo en la playa, llena de gente feliz, que no piensa para nada en lo que sucede a su alrededor. Estos lugares, antes tan elegantes, han perdido todo su antiguo

cachet y el *milieu* es totalmente proletario.

17 de agosto

La gente resulta a veces sorprendente. Miembros representativos del PSUC expresan la opinión de que no está teniendo lugar una revolución en España y estos hombres (con quienes sostuve una discusión relativamente larga) no son, como debía de suponerse, viejos socialistas catalanes, sino comunistas extranjeros. España, explican, se enfrenta a una situación única: el gobierno lucha contra su propio Ejército. Y eso es todo. Insinué el hecho de que los obreros estaban armados, de que la administración había caído en manos de los comités revolucionarios, que miles de personas eran ejecutadas sin juicio, que tanto fábricas como grandes fincas eran expropiadas y administradas por sus antiguos obreros. Si esto no era una revolución, ¿qué lo era entonces? Se me dijo que estaba equivocado; todo eso no tenía ninguna significación; eran solo medidas de emergencia sin consecuencias políticas. Hice referencia a la actitud del cuartel general comunista de Madrid, el cual describía el presente movimiento como «revolución burguesa»; indicación, después de todo, de que se trataba de una revolución. Pero mis comunistas del PSUC no dudaron en repudiar a sus dirigentes. Me pregunto cómo es posible que los comunistas que, en todo el mundo y durante quince años, han estado descubriendo situaciones revolucionarias allí donde no había ninguna, logrando hacer con ello tremendo daño, no reconozcan una revolución ahora, cuando por primera vez en Europa desde la revolución rusa de 1917 existe de verdad. Considerando las cosas correctamente, el PSUC debe abandonar tantas ideas absurdas como los anarquistas antes de que pueda lograrse un entendimiento. Y sin embargo, de la posibilidad o no de llegar a tal entendimiento depende el destino de la revolución. La revolución española, a diferencia de las revoluciones francesa o rusa, no puede decidir sus problemas mediante la lucha armada entre grupos revolucionarios, o al menos no puede hacerlo por el momento. Franco es demasiado fuerte como para que puedan permitirse este lujo: cualquier ruptura abierta dentro del campo revolucionario provocaría su inmediata victoria. Esto es lo que mantiene unidos por ahora a grupos tan antagónicos como los anarquistas y los comunistas. Pero están haciendo todo lo posible por echar a perder las cosas.

Un diputado comunista y miembro del comité central del partido en Madrid, Jesús Hernández, brindó una entrevista a un periódico francés no socialista (si no me equivoco, *París Midi*), cubriendo de oprobio a los anarquistas y proclamando abiertamente que tras la derrota de Franco los comunistas se encargarían de liquidarlos (aunque dada la presente relación de fuerzas, lo contrario parece más probable), acusándolos de querer permanecer tras las líneas asesinando inocentes, etc.

Al conocer esta noticia, uno de los anarquistas hospedados en mi hotel, un francés, terrorista profesional y de aspecto no precisamente agradable, comenzó a decir a un periodista con tono de muerte en la voz:

—«*Cet homme qui a écrit ces saloperies ne doit pas vivre, ne va pas vivre; où qu'il aille on va savoir le trouver. Nous allons nous débarrasser de ces salauds*». (Ese hombre que ha escrito esas porquerías no debe vivir, no va a vivir; donde quiera que vaya sabremos encontrarlo. Nosotros nos encargaremos de esos canallas). Y siguió, en el mismo tono, con una expresión en sus ojos que no dejaba duda alguna en cuanto a su determinación.

18, 19 y 20 de agosto

Me siento exhausto y tomo unas cortas vacaciones en Sitges, antaño la más elegante de las playas catalanas y ahora un lugar prácticamente abandonado. Sitges, en momentos ordinarios, vive principalmente gracias a los turistas ricos; sus viñedos fueron destruidos por las plagas. Por consiguiente la atmósfera era tensa, de hecho más desagradable de lo que había podido observar en cualquier otro pueblo, a pesar de que superficialmente las cosas parecían muy tranquilas. Pocas semanas antes de la guerra civil, la Generalitat había instalado una nueva biblioteca pública en un agradable edificio municipal y ahora el salón de lectura estaba lleno de gente joven y ansiosa, tanto chicos como chicas pertenecientes a las capas menos ricas de la población, los cuales protestaron violentamente contra el disturbio que trajeron al salón las breves preguntas que dirigí a un asistente. Pero esto eran solo los restos de un pasado más feliz.

Decenas de quintas habían sido expropiadas y permanecían ahora abandonadas. ¿Qué había sucedido a sus propietarios? Se obligó a sus mujeres, según supe cuando estuve de vuelta en Barcelona, a realizar trabajos viles, tales como lavar la ropa de la milicia, procedimiento único, creo, en toda España. Hay que acreditar a los españoles con el hecho de que raras veces se falta al respeto a las mujeres de los hombres fusilados o en prisión. Aquí era diferente. Yo no me enfrenté a dificultades durante mi estancia pero cuando ya me iba, mi equipaje fue registrado en la estación por una miliciana cuya actitud era claramente hostil, como si quisiera hacer el mayor daño posible a mis cosas. También esta costumbre de registrar los equipajes había sido abandonada en todo el resto de Cataluña, después de pasados los primeros días.

Una tarde, tuvo lugar una quema de objetos religiosos en la playa, lo cual constituyó un triste espectáculo. El comité ordenó a todos que trajesen sus objetos de culto: imágenes, estatuas, devocionarios, reliquias, con el fin de quemarlos todos en

público. Allá fueron las mujeres llevando sus objetos personales de devoción, la mayoría con evidente renuencia, más de una lanzando una última y triste mirada de adiós a lo que había sido, quizás, más un objeto de orgullo familiar que de valor religioso, parte de la vida diaria de la familia. Ni el menor indicio denunciaba que alguien, a excepción de los niños, disfrutase del procedimiento. Estos, en cambio, lo veían como una diversión de primera y cortaban las narices a las estatuas antes de arrojarlas a la hoguera, cometiendo toda especie de travesuras. Resultaba repulsivo y, desde luego, muy poco político. Tal acto lograría despertar, más que destruir, la fidelidad del pueblo hacia su fe católica. No creo que todos los comités revolucionarios estén decretando quemas similares, relativas a los objetos personales de culto.

Una noche se oyó claramente un sonido de cañoneo viniendo en dirección de Mallorca. Pero los pescadores que estaban en ese momento en la playa se negaron a admitir el haber oído nada, temiendo evidentemente meterse en líos a causa de una palabra descuidada. Así que no solamente los ricos estaban aterrorizados, sino los pobres también. Y lo peor de todo era que, aparentemente, muy pocas mejoras habían alcanzado a los pobres. Estos pescadores continuaban obligados a servir a sus amos; nada había cambiado en cuanto a los trabajos de pesca. El comité parecía agotarse inventando todo tipo de mezquinas tiranías. Es un caso excepcional, creo, que se debe al hecho de que en un lugar como Sitges la revolución es incapaz de encontrar respaldo entre la mayoría de la población y cae inevitablemente en manos de un grupo de personas de dudosa integridad o habilidad.

21 de agosto

Pasé la mañana en Barcelona. Una miliciana inglesa del POUM me habla de Tosas, otra estación de playa catalana, donde pasó mucho tiempo tanto antes como durante la guerra civil. La quema de objetos religiosos había sido llevada a cabo allí, como en Sitges, a instigación de los anarquistas de un pueblo vecino. Se llevó la impresión de que a las aldeanas les disgustaba tener que entregar sus objetos religiosos, pero luego se iban convencidas de que ya el catolicismo había terminado; las oyó decir cosas como: San José ha muerto. Al día siguiente el pueblo mismo abolió la despedida «adiós», «porque ya no hay más Dios en el cielo». Había dos sacerdotes en el pueblo, uno fanático y estricto, el otro laxo en todo aspecto y especialmente en cuanto se refería a las muchachas de la aldea. A este último, el pueblo lo tenía escondido desde el comienzo de la revolución, mientras que el «buen» sacerdote, odiado por todos como aliado de los reaccionarios, había intentado huir y se había roto el cuello cayendo de unas rocas. En Tosas, como en otros lugares, los

aldeanos no sabían qué hacer con la tierra expropiada a los ejecutados enemigos del gobierno.

Me dirigí por la tarde a Valencia en un tren ordinario, provisto de primera y segunda clase y coche comedor, el cual llegó a su destino puntualmente.

Dos días en Valencia

Esta es la historia de la revuelta en Valencia: el comandante local, general Mola^[7], adoptó una actitud indecisa, esperando conocer el resultado de la revuelta en otros lugares antes de comprometerse. El gobierno de Madrid envió a Valencia una *junta delegada* compuesta de tres miembros y dirigida por Martínez Barrio, presidente de las Cortes y uno de los jefes del ala derecha del Frente Popular, con el fin de que esta tomase en sus manos la administración. Martínez Barrio trató primero de negociar con el general Mola, sin dejar tomar parte en las negociaciones ni a la UGT ni a la CNT locales. Mola y Martínez Barrio tenían un punto en común: ambos eran francmasones; y Martínez Barrio contaba con esto como una ventaja con vistas a las negociaciones. Pero también Mola. Valencia estaba ya rodeada de distritos que habían aplastado la revuelta. Mola tenía pocas oportunidades de ganar una lucha que se plantease en términos de fuerza y las negociaciones, en ese momento, le interesaban más a él que a sus adversarios. Después de algunos días, Martínez Barrio volvió a Madrid, llevando consigo las condiciones de un arreglo sugerido por Mola. Al general, en lugar de llamársele inmediatamente a la obediencia, se le había tratado como a alguien digno de negociar por derecho propio. ¿Qué condiciones planteó al gobierno? No habían sido hechas públicas, pero de acuerdo con una versión, su objetivo era nada menos que la renuncia del actual gobierno y la formación de un gobierno de mediación entre Franco y la República, en el cual Mola (general comprometido con el complot militar) y, de acuerdo con esta misma versión, Martínez Barrio, serían miembros. Fueran o no estas las sugerencias traídas de vuelta por Martínez Barrio a Madrid, lo cierto es que no llevaron a ningún resultado. Las negociaciones entre Madrid y el general Mola se prolongaron interminablemente y mientras tanto el movimiento revolucionario cobró amplitud en la ciudad. La CNT, la UGT y los republicanos del lugar organizaron un Comité Ejecutivo Popular, crearon una milicia obrera y rehusaron tomar en cuenta, primero las negociaciones y luego cualquier orden emanada de Madrid. Al volver Martínez Barrio a Valencia, se encontró con una situación completamente diferente. El Comité Ejecutivo Popular se negó abiertamente a reconocerle cualquier autoridad. Mientras intentaba de nuevo llegar a un arreglo pacífico, el comité lanzó un ultimátum a las tropas. Después de esto, se permitió abandonar los cuarteles a algunos de los soldados y se les dejó volver a sus casas; tras algunas discusiones más, el resto de la guarnición fue

derrotado en una lucha con los milicianos. Estos invadieron los cuarteles y encontraron poca o ninguna resistencia de parte de los soldados, masacrando a la mayoría de los oficiales. Martínez Barrio se vio obligado a abandonar Valencia y fue a Albacete, una pequeña ciudad entre Madrid y Valencia, reconquistada por los republicanos unos días antes. En Barcelona se habla ahora de Valencia como de «la ciudad dirigida por obreros». Parece que existe en Valencia una especie de dictadura local proletaria, resultado de la brecha entre el comité local y el gobierno central de Madrid.

22 de agosto

La idea que me formé en Barcelona acerca de la situación en Valencia, era completamente equivocada. Desde el punto de vista constitucional, Valencia puede ser considerada hoy casi como una república soviética independiente. Pero socialmente es mucho menos «soviética» que Barcelona y sigue siendo principalmente una ciudad «pequeño burguesa». Hay muchas menos milicias armadas que en Barcelona, menos expropiaciones y control obrero de las fábricas, menos banderas rojas y más estandartes con los colores valencianos o españoles. Hay más automóviles pertenecientes a la administración regular del Estado que a comités o sindicatos de trabajadores. Hay más gente bien vestida y elegante en las calles; y también un número significativo de mendigos, mientras en Barcelona casi no hay ninguno, gracias a los recién creados comités de asistencia. Valencia no ha sufrido un cataclismo social comparable al de Barcelona, sino solo una corta lucha con la guarnición la cual, por razones políticas locales, había dado lugar a una especie de independencia regional. Eso es todo.

¿Cuáles son las fuerzas locales del movimiento revolucionario? Parecen ser más débiles, en todos sus aspectos, que las de Barcelona. Solo en Valencia puede comprenderse, por comparación, la importancia del nacionalismo catalán, de la Esquerra. En Cataluña, a través de la Esquerra, el pueblo de la baja clase media, los tenderos, los artesanos, los intelectuales, participan en el movimiento; para ellos la lucha contra Franco es la lucha de los catalanes en defensa de sus reivindicaciones nacionales. En Valencia existe también un movimiento regionalista que reclama la autonomía administrativa para las tres provincias de la región valenciana e igualdad de derechos para el dialecto valenciano y el idioma castellano. Pero es un movimiento débil. Como consecuencia, toda la capa de comerciantes de cualquier especie (la cual es de suprema importancia en Valencia, donde existe mucho comercio pero casi ninguna industria propiamente dicha), permanecía indiferente u hostil. En la rica *huerta de Valencia*, con sus naranjales y sus arrozales, su bien organizado sistema de irrigación, heredado de tiempos de los árabes, y su rico

campesinado, la posición de los revolucionarios parece aún peor. La *huerta* no está habitada por una población miserable de siervos *de facto*, dócil a las órdenes de unos cuantos caciques; y sin embargo, en las elecciones de febrero, muchas de sus aldeas votaron masivamente por la derecha; viendo los encogimientos de hombros con que son respondidas las preguntas concernientes a la *huerta*, se obtiene la impresión de que este es todavía un distrito desafectado.

Entre los elementos que apoyan al movimiento revolucionario, los anarquistas son sin duda los más fuertes. Dominan el puerto y son igualmente mayoritarios entre los demás trabajadores del transporte, los trabajadores de la construcción y los trabajadores manuales en general. La UGT, al igual que en Barcelona, controla a los oficinistas; también a los ferroviarios. Los socialistas y los comunistas tienen aquí separadas sus organizaciones; esto contrasta con los acuerdos de Cataluña, pero se conforma al resto de España. Tanto los comunistas como sus adversarios trotskistas, el POUM, son débiles. Los miembros de la UGT, en cuanto a interés político se refiere, siguen a la dirección socialista. Los republicanos tienen una cierta cantidad de seguidores entre la baja clase media, pero están divididos entre centralistas españoles y dos grupos de regionalistas valencianos.

El más difícil de los problemas locales es, de lejos, el problema de los comunistas. Todas las demás secciones del movimiento obrero colaboran relativamente bien. Los anarquistas son aquí más moderados que en Barcelona y a pesar de que ignoran toda idea de unión con los socialistas, están dispuestos a cooperar con ellos. Los socialistas se inclinan bastante hacia la izquierda; y hasta los republicanos parecen estar en términos de amistad con los anarquistas. Visité casi todas las oficinas centrales de los partidos y escuché gran número de mítines públicos de todos los partidos del Frente Popular; era obvio que todos estaban en liza contra el Partido Comunista.

Cuando fui a las oficinas de los comunistas y entré al despacho del secretario, mi vista fue atraída por un enorme retrato de Stalin y otro, más pequeño, de Kirof. Dos grandes carteles proclamaban además los lemas «Respetad la propiedad de los pequeños campesinos» y «Respetad la propiedad de los pequeños industriales». El secretario comenzó inmediatamente a quejarse de la actitud de todos los partidos representados en el comité ejecutivo, excepto el suyo propio.

—La *junta delegada* —dice—, fue la autoridad nombrada por el presidente de la República y los anarquistas no quieren entender que tienen que obedecer; quieren la independencia regional.

Los socialistas no estarían tan mal si hubiese solamente seguidores de Prieto (líder del ala derecha) pero, desafortunadamente, Largo Caballero está ahí y esta

gente, después de haber sido reformistas por muchos años, se han convertido ahora en violentos revolucionarios, persiguiendo objetivos ilimitados.

—Pero después de todo, ¿ustedes deben de tener firme apoyo entre los republicanos? —pregunto.

—No lo creo —viene la respuesta—. Están continuamente dirigiéndose a los anarquistas; pero ahora hemos intervenido y su anterior representante en el Comité ejecutivo ha sido sustituido por otro que se muestra firme con los anarquistas.

—¿Entonces ustedes no tienen apoyo ninguno?

—Le digo que hubo momentos en que nos quedamos completamente solos en nuestra defensa de las órdenes de Madrid.

Mientras conversamos un hombre entra a la carrera, anunciando que los anarquistas acaban de apoderarse por la fuerza de un camión perteneciente a los comunistas. El secretario se dispara al teléfono, llama a las oficinas anarquistas y comienza una apasionada discusión que pone fin a nuestra conversación. Al igual que en Barcelona, me pregunto qué ha llevado a los comunistas tan a la derecha como para convertirlos en más moderados aun que los republicanos, permitiéndoles unirse solo a Martínez Barrio, el cual está nada más que accidentalmente cubierto con el manto del Frente Popular.

Si bien los comunistas son débiles en las ciudades, parecen tener en cambio algún apoyo entre los campesinos, resultado de su política de protección a la propiedad individual campesina, en contra de los esfuerzos anarquistas dirigidos hacia la colectivización. El comité regional comunista me brindó una carta de presentación que me permitiría dirigirme a la cooperativa de cultivadores de arroz. No ha cambiado nada en esta organización (obligatoria por la ley para todos los campesinos cultivadores de arroz en España) excepto que el viejo comité ha sido disuelto y se ha puesto a un socialista a la cabeza del nuevo. Esperan obtener mejores condiciones para la venta de su arroz ahora que todos los molinos, treinta y tres en total, han sido expropiados por los sindicatos; las negociaciones con estos serán más fáciles que con los antiguos propietarios de molinos. Pero si bien estos han sido echados a un lado, no pasa lo mismo con los campesinos ricos. Me explican que los pequeños campesinos rechazan toda idea de atacar a los ricos, puesto que estos últimos están a cargo de la administración de las cooperativas de regadío y trastornar esta compleja organización, por poco que fuese, traería consigo el desastre.

La impresión que me llevé de esta conversación con el comité de la cooperativa arrocera, se confirmó al día siguiente plenamente durante un viaje que hice a la *huerta*, conducido por varios guías anarquistas. De todas las organizaciones políticas

existentes, la anarquista es allí sin duda la más activa. Pero están fracasando visiblemente en su empeño de asegurarse el apoyo de la mayoría de la población; hay mucha más indiferencia política (lo cual esconde probablemente antipatía política) que en los pueblos catalanes o aragoneses. Han sido llevadas a cabo numerosas ejecuciones, pero en este acomodado distrito la idea misma de fusilar a *todos* los campesinos ricos es inconcebible. No hay duda de que aquí los campesinos no están en favor del empuje anarquista hacia la colectivización. En el pueblo de Silla, unos miembros del comité local comenzaron en mi presencia una discusión con mis compañeros de la oficina central regional anarquista acerca del tema; no solo veían como algo natural el que las tierras de los campesinos permanecieran intactas, sino consideraban que tampoco las tierras expropiadas a los fascistas fusilados debían ser colectivizadas, sino distribuidas entre los campesinos. Así veían ellos el asunto. En realidad, cada vez que lo pregunté, descubrí que nada había sido decidido todavía en cuanto a las tierras de los enemigos del gobierno y los campesinos sentían acerca de esto tanta incertidumbre (y casi la misma indiferencia) que en Aragón. Mientras tanto, la UGT (que encuentra cierto apoyo entre los trabajadores agrícolas) se preocupa de que las tierras expropiadas sean trabajadas, sin pagar a los trabajadores tarifas más altas que antes. Pero al menos, dijo un joven comunista, los contratos con los campesinos son mantenidos al día y eso es suficiente como para que exista una enorme diferencia.

El abismo entre ideales y realidad es a veces grotesco en España y la gente se siente completamente satisfecha con sus propias intenciones, sin preocuparse de hacerlas realidad. En los comités de las aldeas, los anarquistas parecían ir casi siempre a la cabeza y, entre otros logros, se enorgullecían de la abolición del comercio privado de las cosechas. Estas eran ahora vendidas directamente y en su totalidad a los sindicatos, me dijeron, y me sentí inclinado a admirar esta extraordinaria hazaña de organización. Mi curiosidad, en una ocasión, fue tan lejos como para pedir una entrevista con el hombre a cargo del manejo comercial de la cosecha principal, en este caso trigo. Y vino entonces el desencanto. No existía tal hombre; los rostros de los miembros del comité reflejaron visiblemente una gran consternación al yo pedir ver un hombre que no existía. Después de unos minutos, decidieron admitir que las cosechas eran manejadas exactamente igual que antes, a través de comerciantes privados. En realidad, el problema del control de las cosechas de exportación, tal como las naranjas de Valencia, está muy por encima de las capacidades de una pequeña aldea. Pero si los ideales del *comunismo libertario* no podían ser puestos en práctica, al menos resultaba agradable conversar acerca de ellos.

En el pueblo de Gandía, por primera vez en España, estuve a punto de ser fusilado. Estaba discutiendo problemas agrícolas con el secretario local de la UGT cuando llegó un mensajero y me pidió que viese a unos hombres que me esperaban

fuera. Había cuatro, vestidos con una especie de uniforme desconocido para mí y llevando galones en las mangas. Procedieron, inmediatamente y con actitud policiaca, a interrogarme acerca de mis intenciones y cuando expliqué que este lugar me interesaba particularmente a causa de la revolución agraria, replicaron que no existía en España ninguna revolución agraria, que mi investigación era peligrosa, que a España no le interesaba ser ahora conocida de los extranjeros y que si yo quería volver a mi país con noticias, era suficiente decir a los ingleses que todo el pueblo estaba unido y obedecía órdenes del gobierno; debía abandonar Gandía inmediatamente a no ser que quisiera ser «eliminado». Les dije que había ido allí en un auto del departamento de prensa del Comité Regional Ejecutivo y les pedí que me acompañaran para supervisar mi partida. No quisieron hacer esto, naturalmente, y yo no me fui del pueblo. Supe pronto que esta gente pertenecía a la Seguridad, en otras palabras era la policía ordinaria del antiguo régimen y habían actuado, desde luego, por decisión propia. Pero era difícil convencer de esto a mis compañeros anarquistas, ya que tenían la firme convicción de que solo comunistas podían conducirse de manera tan grosera. Ni siquiera mi observación referente a que milicianos comunistas no llevarían galones, logró convencerlos; los comunistas, dijeron, imitaban con entusiasmo todo tipo de condecoración militar. No creo que esto sea así, pero el episodio caracteriza el odio mutuo entre comunistas y anarquistas.

Asistí por la tarde, en Valencia, a un mitin de masas del Frente Popular (al cual ni anarquistas ni POUM pertenecen). Había allí unos cincuenta mil entusiastas. Cuando la Pasionaria subió al estrado, el entusiasmo alcanzó su clímax. Es ella el único líder comunista conocido y amado de las masas, con la ventaja de que ninguna otra personalidad dentro del campo del gobierno es tan querida y admirada. Y merece su fama. No quiere decir esto que tenga una hábil mentalidad política. Por el contrario, lo que nos toca de ella es su distanciamiento con respecto a la atmósfera de intrigas políticas: la fe simple y sacrificada que emana de cada palabra que dice. Y es aún más conmovedora su falta de engreimiento y hasta su empeño por pasar inadvertida. Vestida sencillamente de negro, con limpieza y cuidado pero sin el menor esfuerzo por parecer agradable, habla simple y directamente, sin retórica, sin preocuparse de efectos teatrales, sin traer a su discurso *sous-entendus* políticos, como hicieron los demás oradores del día. Hacia el final de su discurso tuvo lugar un momento patético. Su voz, cansada por los interminables discursos dirigidos a mítines enormes desde el comienzo de la guerra civil, le falló. Al sentarse, intentó expresarse, hizo un gesto de tristeza con las manos con el que quería decir: «Es inútil, no puedo evitarlo, no puedo decir más; lo siento». No hubo en ello el más ligero toque de ostentación, solo tristeza ante la imposibilidad de decir al público las cosas que hubiese querido. Este gesto, lleno de profunda sencillez, sinceridad y convincente falta de interés personal en el éxito o fracaso de sus cualidades de orador, resultó más conmovedor que todo el resto de su discurso. Esta mujer de cuarenta años que parece tener cincuenta; que refleja, en cada palabra y cada gesto, un profundo espíritu maternal (tiene cinco hijos y una

de sus hijas la acompañó al mitin), tiene en sí algo del asceta medieval, rodea a su personalidad de un aura religiosa. Las masas la veneran, no por su intelecto, sino como a una especie de santa que los guiará durante los días de prueba y tentación.

24 de agosto. En el tren de Valencia a Madrid

Encuentro en el corredor del tren a dos anarquistas que había conocido en Barcelona. Viajaban con un encargo de su organización. Yo iba en tercera y ellos en primera, gracias a billetes gratuitos que les había procurado la dirección de su partido. Comimos juntos en el coche comedor y me invitaron después a su compartimento de primera. No pude evitar el hacerles notar el cambio en su nivel social, pero se limitaron a reírse de mis críticas acerca de su conversión «burguesa». Después de todo, el cambio no ha ido todavía demasiado lejos. A pesar de viajar sentados en un compartimento de primera, siguen usando su ropa de trabajadores y uno de ellos ha traído consigo su fusil, el cual lleva sobre el estante de equipajes. Frente a nosotros va sentada una pareja muy diferente a mis compañeros, la cual es evidente que no viaja con billetes gratuitos; son probablemente acomodados comerciantes valencianos; la mujer está aterrorizada ante el manejo del fusil a pesar de no existir, realmente, el menor peligro. Cuando mi compañero comprendió su nerviosismo, comenzó una infantil demostración de su habilidad con el fusil; lo cargó y lo descargó, provocando cada vez más desesperación en la pareja. Pero no existía una verdadera enemistad entre los dos campos, la vieja y la nueva clase superior, reunidas aquí de modo tan extraño y divertido.

Nos acercamos a Madrid por el sur, atravesando las áridas llanuras de La Mancha. La cosecha de trigo, que normalmente termina siempre en julio, prosigue a toda velocidad en los campos. Conversábamos acerca de la miserable condición de los campesinos manchegos cuando de pronto, en el nordeste, apareció una cordillera azul.

—¿Es este el Guadarrama? —pregunté y se me respondió que sí.

Comprendí de pronto que Madrid está en peligro constante e inminente, que puede ser ocupado cualquier día si los insurgentes logran romper el frente del Guadarrama.

MADRID

25 de agosto

Nuestra llegada a la estación de Atocha, ayer tarde, no fue notable en ningún aspecto. No hay taxis, como en Barcelona, pero al igual que en todo el resto de la España revolucionaria, hay porteros. Y el metro y demás transportes públicos funcionan normalmente. Pero la comida es un problema evidentemente más serio que en cualquier otro lugar y los hoteleros, por esta u otras razones, están más nerviosos que en otras partes. Mis primeros esfuerzos por encontrar una pensión aceptable no me condujeron a nada; se hacía evidentemente difícil a los administradores el encontrar comida para los recién llegados, y tampoco querían aceptar nuevos clientes desconocidos. Terminé por encontrar una habitación satisfactoria en una pensión suiza. El administrador, aunque no deja de quejarse de toda clase de dificultades, consigue para sus huéspedes una comida tan buena y completa como pueda desearse.

Las calles dejan aquí una impresión diferente a las de Barcelona, pero entre Madrid y Valencia la diferencia es solo cuantitativa. En Barcelona, la mendicidad ha desaparecido prácticamente; en Valencia era visible; en Madrid es entrometida; en este aspecto, nada parece haber cambiado. La mendicidad de muchos niños en los cafés es particularmente repelente. No parece ser consecuencia de la indigencia creada por la guerra civil, sino simplemente un hábito enraizado. Bien puede decirse ocasionalmente a uno de estos niños que ahora hay lugares donde los pobres pueden obtener comida sin pagar, que este no prestará atención y continuará mendigando. Así como la mendicidad ha permanecido idéntica, también su antítesis: el lujo. Es cierto que hay menos gente bien vestida que en épocas normales, pero así y todo quedan muchos, especialmente mujeres, que hacen gala de sus trajes caros en calles y cafés sin ninguna vacilación o miedo, contrastando de modo completo con la totalmente proletaria Barcelona. Gracias a los brillantes colores del elemento femenino mejor vestido, Madrid tiene un aspecto mucho menos lúgubre que Las Ramblas. Los cafés, tanto en Madrid como en Barcelona, están llenos, pero aquí los colma un tipo diferente de personas: periodistas, empleados del Estado, todo género de intelectuales; el elemento obrero sigue siendo minoritario.

Uno de los rasgos más sorprendentes es la mayor militarización de las fuerzas armadas. Aquí resultan bastante excepcionales los trabajadores armados y vestidos con ropas civiles. Las calles y los cafés están llenos de milicianos, todos vestidos con sus *monos*, los nuevos uniformes azul oscuro; muy pocos llevan en sus gorras las iniciales de los partidos. Nos encontramos bajo la presión del gobierno liberal de Madrid, favorecedor del sistema de ejército y opuesto al sistema de milicias que Barcelona y los anarquistas respaldan. Las iniciales que pueden verse en los uniformes no indican lealtad a este o aquel partido político, sino asociación a una rama sindical en particular. Los anarquistas llevan, naturalmente, sus CNT-FAI en los sombreros, pero a partir de este plebiscito «deletreado» es evidente que en Madrid

constituyen una minoría, aunque no sea esta completamente insignificante. De manera general, el elemento militar está mucho más presente en las calles de Madrid que en las de Valencia o Barcelona. Aquí estamos cerca del más difícil y peligroso de todos los frentes, el Guadarrama.

Las iglesias han sido cerradas, pero no quemadas. Fui por la tarde a Nuestra Señora de la Florida a ver los frescos de Goya; la iglesia estaba cerrada, pero el conserje tuvo conmigo la consideración personal de abrirla y me los mostró. Es cierto que esta iglesia ha estado fuera de servicio por mucho tiempo; pero otra, en la vecindad inmediata, ha sido expropiada para uso del comité de milicias del distrito.

La mayoría de los autos expropiados en Madrid están siendo utilizados por instituciones gubernamentales, no por partidos políticos ni sindicatos. Aquí el elemento gubernamental se hace mucho más presente que en Barcelona, donde resultaban más evidentes los elementos socialistas, anarquistas o sindicalistas en general. Un sorprendente ejemplo de la diferencia es que en Madrid basta un simple permiso de policía para permitir la estancia; este, por sí solo, sería inútil en Barcelona. Ni siquiera existe en Madrid un comité político central.

Parecen haber tenido lugar muy pocas expropiaciones. La mayoría de las tiendas continúa sin sufrir siquiera un control, mucho menos expropiación. Los hoteles tienen milicianos hospedados en los cuartos y algunos de los más elegantes, como el Palace, el mayor hotel de Europa, están todavía, y se ha decidido que continúen, en manos de las organizaciones obreras. Pero el hospedaje de milicianos en los hoteles parece disminuir gradualmente. El administrador de mi pensión me dijo que la noche anterior había servido comida a un grupo de milicianos por última vez; de hoy en adelante se les alimentará en un comedor de milicias y en el futuro ningún miliciano debe comer en su hotel o a expensas suyas.

Los Bancos tienen inscripciones semejantes a las de Barcelona, declarándolos bajo control gubernamental. Solo unos pocos, con sus casas centrales en territorio rebelde, han sido expropiados. En realidad, la Banca es en toda España uno de los sectores menos golpeados por las expropiaciones.

Para resumir, Madrid brinda, mucho más que Barcelona, la impresión de una ciudad en tiempos de guerra, pero mucho menos la de una ciudad en medio de una revolución social. Si no fuese por los nuevos uniformes de los milicianos, el comportamiento confiado de estos en los cafés, la falta de automóviles privados y los ocasionales carteles que anuncian el control o la expropiación, casi no podría notarse la existencia de una convulsión social.

Quizás la impresión pacífica sea engañosa; hay terrorismo, por lo menos entre bastidores. El tema de conversación del día es la terrible matanza que tuvo lugar ayer. Fue provocada por las noticias de la matanza perpetrada por los insurgentes después de la captura de Badajoz. Se dice que llevaron unos 1500 prisioneros a la plaza de

toros y los ametrallaron allí a todos. La censura oficial (de cuya poco inteligente e intrusa actitud todos los extranjeros se quejan amargamente) no permitió que la noticia apareciese en los periódicos intentando así, según se explicó, evitar un estallido de venganza popular. (Difícilmente puede considerarse esto como una política inteligente, ya que la noticia se extendió enseguida a través de toda la ciudad, causando a la vez consternación y furia). Las cosas se pusieron peor a causa de una revuelta de presos políticos en la *cárcel modelo*, la nueva prisión. Había allí unos 3000 detenidos, ya que el gobierno de Madrid tiene la costumbre, no de fusilar o sencillamente liberar a sus prisioneros, sino mantenerlos en prisión e intentar efectuar una investigación detallada. Esta práctica es mucho más compasiva que la prevaleciente en Barcelona, donde las investigaciones son extremadamente concisas y caso de resultar desfavorables para el sospechoso, conducen a este directamente a la ejecución. Pero en este caso, el valor de un procedimiento más clemente era dudoso. Los prisioneros se rebelaron, incendiaron sus colchones y atacaron a los centinelas con los bultos ardientes. No lograron vencerlos. Pero la noticia de la rebelión en la prisión atravesó la ciudad junto con la de la matanza en Badajoz; la multitud se reunió frente a la Cárcel modelo, clamando por una inmediata y completa ejecución de todos los presos políticos. Llegaron al lugar algunos líderes del Partido Socialista e intentaron, con poco éxito, calmar a las excitadas masas. Se organizó inmediatamente un tribunal popular y este logró que cierto número de dirigentes políticos derechistas (entre ellos el señor Melquiades Álvarez) fuese ejecutado. La declaración del gobierno, anunciando que crearía inmediatamente un tribunal revolucionario oficial, impidió daños mayores. Esta última medida arroja alguna luz sobre la práctica seguida hasta ahora en materia judicial. En la mayoría de los casos los jueces, o bien están con los insurgentes o han sido destituidos por decreto del gobierno, considerándoseles poco dignos de confianza. Lo mismo puede aplicarse a la policía política. Resultaba completamente impracticable el que las reducidas fuerzas de policía o del gobierno judicial pudiesen enfrentarse a las demandas, cada vez mayores, de la guerra civil. Como consecuencia de esto, miles de prisioneros permanecen en las cárceles, esperando la investigación y el juicio de sus casos correspondientes o más bien, esperando el momento en que los insurgentes tomen Madrid. Es así como el completo colapso o la completa ausencia de cualquier organización jurídica revolucionaria, provoca la natural continuación de las prácticas liquidatorias de grupos irresponsables, los cuales parecen ser bastante numerosos en Madrid.

26 de agosto

Una característica notable se hace cada vez más clara en las calles con el tiempo: la diferente situación de la mujer. Cientos y quizás miles de jóvenes trabajadoras van calle arriba y calle abajo por todas partes y se las puede ver especialmente en los elegantes cafés de Alcalá y de la Gran Vía. Recaudan en favor del «Socorro Rojo Internacional», organización «a favor de las víctimas de la lucha de clases», la cual ayuda aquí principalmente a los heridos y a los parientes de las víctimas de la guerra civil; fue patrocinada originalmente en todo el mundo por la Komintern, pero en España la dirigen conjuntamente socialistas y comunistas. Ni en Barcelona ni en Valencia tienen lugar colectas; en Madrid las parejas de muchachas (nunca van solas; ir por las calles sin acompañante continúa siendo una práctica inconcebible para cualquier muchacha española decente), bien vestidas a la manera de la clase obrera y pidiendo a todos una contribución, pueden llegarse a convertir en una molestia, o al menos lo serían si no resultasen tan agradables a la vista. Lo disfrutan enormemente; es evidente que para la mayoría de ellas es esta su primera aparición en público y se les permite hasta hablar a los extraños y sentarse tranquilamente en los cafés a charlar con los milicianos.

El tribunal revolucionario, que comienza hoy sus actividades, limitará estas a los casos que caigan bajo la jurisdicción de las leyes militares o civiles establecidas; esto quiere decir que le serán planteados prácticamente todos los casos de motín. Pero existe también un enorme número de casos de otro género: sacerdotes, nobles e innumerables miembros del ala derecha, que no han tomado parte en actividades militares, pero han sido en cambio atrapados conspirando contra el gobierno o, simplemente, se sospecha que lo han hecho. Todos estos casos están fuera de la competencia de los tribunales revolucionarios. En los primeros días de la rebelión, los anarquistas sugirieron que todo miembro de un partido de derechas fuese fusilado; poseen las listas y solamente la católica Acción Popular, el partido de Gil Robles, cuenta con 42 000 miembros. Se les convenció de la falta de oportunidad de esta cruel locura, aunque nadie piense que las ejecuciones vayan a limitarse a aquellos casos factibles de convicción por alta traición, caso de juicio regular. Las cosas funcionan de la manera siguiente: existe una cooperación entre los comités de investigación de los tres grupos proletarios madrileños: comunistas, socialistas y anarquistas. Cada uno de ellos tiene su propia lista de sospechosos y cuando una persona es arrestada, solicitan la opinión de los otros dos partidos. Si todos están de acuerdo, el hombre es o ejecutado o puesto en libertad. Si están en desacuerdo, la investigación continúa de manera más estricta. Es sin duda un modo claro y expedito de manejar un problema insoluble.

Pues es evidente que este problema parece insoluble. Esto es lo que se deduce, al menos, de otra historia. El 19 de julio, la recién formada milicia aplastó la revuelta militar de Madrid, tomando por asalto el Cuartel de la Montaña. Después de cinco horas de fuerte acción de artillería, seguida por un exitoso ataque, la milicia volvió al

centro de la ciudad y fue aclamada por una gran multitud. Cuando llegaron a la Puerta del Sol, distrito mayoritariamente reaccionario, fueron de pronto atacados desde los cuatro lados de la plaza. Los guardias de asalto ordenaron inmediatamente a todos, hombres y mujeres, que se echaran sobre el pavimento y lograron prevenir el pánico. Estos españoles ven la lucha de calles como algo perfectamente natural. En fin, que tuvieron que yacer boca abajo sobre el pavimento, bajo el fuego que venía de todas partes, durante muchos minutos, hasta que los *asaltos* entraron a las casas y limpiaron las ventanas de francotiradores. Esto sucedió en muchos otros lugares de la ciudad durante bastantes días.

Tal estallido es bastante dañino en sí, pero peores son las numerosas y bien confirmadas historias de espionaje, traición, deserción de oficiales, acumulación de armas por simpatizantes de los rebeldes, entrega de informaciones al enemigo y así *ad infinitum*. Por lo menos algunas de estas historias deben de ser verdad y recuerdan escenas de las revoluciones rusa y francesa, cuando también los revolucionarios se sintieron rodeados de enemigos por todas partes y tuvieron que actuar protegidos por las sombras, ya que en todo momento reinaba la inseguridad.

La atmósfera de Madrid está repleta de historias de terrorismo, mucho más que en Barcelona; y esto, hasta donde soy capaz de juzgar, no tanto porque la proporción de terrorismo sea mayor aquí que en Cataluña (aunque la proximidad del Guadarrama introduzca un elemento particularmente irritante) sino porque en Cataluña la labor de exterminar a los enemigos del gobierno es llevada adelante con rapidez y sin merced, mientras en Madrid la insuficiencia administrativa y la falta de unidad política crean un clima de fricciones, de incontrolable extravagancia individual y de crueldad y, sobre todo, una enorme cantidad de rumores.

Una historia bien confirmada nos presenta con gran claridad un aspecto inesperado del fascismo. Un español fue detenido en un hotel, sospechándose de su cooperación con los rebeldes. Salvó el cuerpo gracias al truco poco digno, pero comprensiblemente humano, de denunciar a algunos de sus amigos; se le dejó en libertad enseguida. No por mucho tiempo, sin embargo; sus amigos lo denunciaron a su vez, con pruebas convincentes al apoyo y se le detuvo de nuevo, ejecutándosele esta vez sin mucha demora. Pero entonces sobrevino un final sorprendente. El grupo de milicianos que había llevado a cabo la investigación y la ejecución, se sintió preocupado ante la idea de desesperar a la viuda, hasta el punto que no se atrevieron a comunicarle la noticia. Así continuaron durante más de dos semanas, pretendiendo que su esposo estaba vivo, que lo habían confinado a su pueblo natal y otras historias parecidas. El resultado real debe de haber sido un grado de tortura mucho mayor para la familia, pero el motivo era sin duda la compasión por la viuda la cual, decían, no tenía nada que ver con la culpa del marido. Este parece haber sido realmente culpable de cooperación con los insurgentes; de todos modos, los acusadores estaban genuinamente convencidos de ello. El concepto de que los hombres deben ser

ejecutados por sus convicciones políticas y no así sus mujeres por compartir las opiniones de los maridos, hermanos o padres, parece dominar ampliamente.

El ajuste de cuentas personales, utilizando para ello la denuncia al enemigo personal, acusándolo de adversario del gobierno, era un aspecto del terrorismo mencionado continuamente por los extranjeros en Barcelona, pero casi nunca probado en un caso concreto. Pero hoy, en Madrid, supe de uno que realmente cae dentro de esta denominación de ajuste personal de cuentas en el peor sentido de la palabra. Un paciente denuncia a su médico a quien debe algún dinero. Afortunadamente el doctor, una vez detenido, da con la interpretación correcta y pregunta a su interrogador: «¿No fue X quién me denunció?», y cuando la respuesta es afirmativa, narra toda la historia. El denunciante fue detenido a su vez, no pudo negar la existencia de la deuda en cuestión y entonces, en el curso de una corta investigación, se reveló lo completamente infundado de sus acusaciones; fue fusilado inmediatamente. Pero el caso probablemente no sea único y el desenlace no siempre a favor del inocente.

Después de estas historias de horror, huyo hacia lugares más pacíficos y atractivos: voy por la tarde al Prado. Un grupo de jóvenes milicianos anarquistas pasea por sus amplios salones. Es evidente que no han visto jamás un museo y miran, confusos, los cuadros; han salido a la conquista de los privilegios de la educación burguesa y lo encuentran más difícil de lo que esperaban. Sin embargo, no solo demuestran un buen comportamiento en circunstancias para ellos desacostumbradas, lo cual es uno de los méritos más evidentes del carácter nacional español, sino que comprenden que están entre objetos para ser admirados y reverenciados; intuyen probablemente, de manera vaga, que estas cosas son muy bellas; hablan con voces apagadas y caminan con pasos sordos; solo que todo resulta tan confuso.

27 de agosto

Los cuarteles generales de la UGT, de manera bien significativa, no han sido trasladados como en Barcelona a un hotel extraordinario, sino que continúan ocupando un edificio estrecho y sombrío de la calle de Fuencarral. Un pequeño equipo sigue allí trabajando, pero hay mucha menos vida que en los cuarteles generales de la CNT o de la milicia, en Barcelona. A pesar de esto, los socialistas dominan Madrid, especialmente el grupo personal de Largo Caballero, presidente de la UGT. Pero a pesar de esta posición dominante, el grupo que rodea a Largo Caballero se queja amargamente de muchas cosas. Primero y antes que nada, del gobierno republicano. En este no participa ningún socialista y sostienen que esto se traduce por una total falta de eficacia; las desfavorables noticias venidas de Extremadura hacen pensar que tienen razón. De acuerdo con ellos, el gobierno no

hace nada, no organiza nada, no prevé nada. Y obstaculiza en cambio a todo aquel que desee hacer algo. Las quejas apuntan especialmente al régimen interior de los ministerios. La mayoría de los servicios estatales, dicen, son completamente inseguros; gran número de empleados del Estado son verdaderos traidores; y los ministros liberales no irán más allá de una falsa purga de los equipos de administración. *Informaciones*, órgano personal de Indalecio Prieto, socialista moderado, se queja hoy de que en el Ministerio de la Gobernación sigue viéndose con mala cara la lectura de un periódico socialista. El Ministerio de la Guerra ni siquiera ha organizado un equipo administrativo central; no existe control unificado de las operaciones militares, ninguna delegación organizada de la autoridad; transferir un grupo de milicianos de un comandante a otro necesita la aprobación personal del ministro mismo; y aun así, es probable que nadie en el frente le preste atención. El sentimiento prevaleciente es que esto no puede continuar y que los liberales, o bien son incapaces o bien no están dispuestos a hacerlo mejor.

A pesar de que los socialistas se sienten inclinados a tomar el gobierno y las responsabilidades en sus propias manos, existen sin embargo importantes consideraciones que los frenan antes de dar dicho paso. Algunos de los grupos, de los cuales el más importante es el de Araquistain, abogan por un inmediato cambio de régimen, pero dos fuertes argumentos se oponen a su punto de vista. El primero es proclamado por el ala derecha del Partido Socialista, dirigida por Prieto y Galarza, y esta tiene peso, ya que la apoyan los líderes de los mineros asturianos; abogan por el mantenimiento de relaciones amistosas con la democracia internacional que, según ellos, depende de la continuación del carácter presente del régimen. Mientras el actual gobierno continúe, los países democráticos pueden ver en Madrid a un gobierno legal atacado ilegalmente por los militares. Pero una vez que los socialistas tomen el poder, transformen completamente la vieja administración y asuman la dirección de una república estrictamente proletaria, la afirmación de que actúan en defensa del gobierno legal puede ser vista en el extranjero como un fraude. Como consecuencia de esto, Prieto y sus amigos sugieren la inclusión de algunos socialistas y comunistas en el gobierno, pero con Giral continuando como primer ministro y la mayoría de sus colegas conservando sus carteras ministeriales. Esta actitud es respaldada por los comunistas que aquí, como en el resto de España, representan el ala extrema derecha del movimiento obrero y, en consecuencia, cooperan con los socialistas de derecha antes que cooperar con Largo Caballero.

Este se opone violentamente a los puntos de vista de Prieto. Su grupo plantea un completo dominio socialista, tan pronto como se pueda, y la abstención de participar en el gobierno mientras esto no sea posible. Es la actitud clásica del marxismo ortodoxo, al cual Largo Caballero se ha convertido tardíamente, después de treinta años de reformismo extremo. Objeta las sugerencias de Prieto, basándose en que tal coalición, continuada bajo dirección republicana, no permitiría llevar adelante la

purga administrativa, la reorganización militar o el control despiadado de toda actividad económica, condiciones primordiales para lograr el triunfo en la guerra; y una participación deficiente de los socialistas lograría solo comprometerlos, dando de este modo a los anarquistas una gran oportunidad. Además de estas sustanciales e importantes divergencias, existe una apreciable cantidad de antagonismo personal. Cada grupo posee su propio diario; *Claridad* es el órgano de Largo Caballero e *Informaciones* el de Prieto. El órgano oficial del Partido Socialista, *El Socialista*, ha perdido casi toda su importancia a causa de esta lucha entre los dos grupos contendientes.

Los comentarios acerca de los comunistas son especialmente amargos dentro del grupo de Largo Caballero. La Unión Soviética no nos ayuda en nada, dicen, comportándose como Francia e Inglaterra; lo único que hacen es intrigar y entrometerse en nuestra política, fortaleciendo toda tendencia derechista dentro del movimiento y llevando esto a cabo con el único propósito de consolidar la política exterior rusa, ansiosa de no comprometer el pacto francorruso con una actitud demasiado revolucionaria en España. Estas críticas no niegan, sin embargo, que los comunistas hayan organizado buenas tropas, especialmente el famoso Quinto Regimiento, el cual más de una vez ha salvado las posiciones del gobierno en el Guadarrama. Los socialistas, por su parte, se enorgullecen de algunas de las formaciones UGT, notablemente el batallón de ferroviarios y el tren blindado de la Estación del Norte.

Los anarquistas constituyen sin duda un gran problema para Largo Caballero. Son estos sus viejos enemigos, él lo es de ellos, y los sentimientos mutuos se acercan más a la ira que al recelo. No nos llevamos la impresión de que aquí en Madrid pueda apreciarse el gran cambio que ha tenido lugar dentro del campo anarquista; a los socialistas les parece mucho más una derrota que una transformación. Piensan que los anarquistas, después de sacrificar sus convicciones básicas antiautoritarias y presionados por las circunstancias, se «verán obligados a seguir nuestra dirección». Pero en este momento, el problema de si los anarquistas seguirán o no a la dirección socialista es puramente académico, ya que tiene lugar una furiosa lucha. Hay una seria escasez de fusiles en el frente y se dice que los anarquistas se han apoderado de 5000 armas en Madrid, con el fin de mantener su propia organización armada para cualquier emergencia. Sea esto enteramente verdad o no, lo ignoro, pero lo cierto es que los anarquistas están bien armados y no ocultan este hecho, justificando su actitud por la falta de confianza en la fidelidad revolucionaria de las otras secciones del movimiento obrero, caso de que surgiera una gran crisis.

Mientras tanto, todos contemplan ansiosamente el frente, donde las cosas, evidentemente, no marchan como debieran. Largo Caballero y Del Vayo van hasta el Guadarrama todos los días y parecen ser, en consecuencia, enormemente populares entre la milicia.

28 de agosto

Una de las quejas más amargas se refiere al suministro de municiones. No solo se ha perdido toda esperanza de ayuda por parte de los gobiernos francés y ruso, no solo la construcción de nuevas fábricas de armamentos en Valencia y Cataluña prosigue a paso de tortuga, sino que además los expertos plantean serias dudas acerca de que se sepan utilizar las oportunidades de comprar municiones y armas en el extranjero las cuales, según ellos, no hay duda que existen.

Otros especialistas tienen puntos de vista bastante sombríos acerca de la situación económica. Existe, desde luego, una gran escasez de materias primas; a veces falta el personal calificado; pero más desastroso que todas estas condiciones es el rechazo intenso a aceptar los consejos de los expertos, urgentemente necesarios. Como resultado de esto, no más del 30 % de la industria parece estar bajo control estatal en las áreas gobernadas por Madrid (excluyendo Cataluña, Valencia y la costa norte) mientras que en Cataluña, el Estado y los sindicatos controlan el 70 %. Pero a veces se descubren logros brillantes en lugares inesperados. Hay en el Hotel Palace un hogar para niños desamparados. Se ha improvisado rápidamente un internado, bajo la dirección de una educadora extranjera especialista en niños difíciles y a la que ayuda un equipo de profesoras españolas. En esta escuela se aloja, alimenta y enseña a niños entre ocho y dieciocho años; las niñas poseen un establecimiento similar en otro edificio. Algunos han sido ya internos en escuelas religiosas y han quedado sin hogar a causa de su súbita disolución; otros han perdido a sus padres a consecuencia de las vicisitudes de la guerra civil. No son, en su mayoría, nativos de Madrid. Muchos huyeron solos cuando los insurgentes penetraron en sus aldeas y o bien vinieron por cuenta propia o fueron traídos a este hogar por la milicia. El gobierno está ya alerta al peligro de que un conflicto de *bezprizorny* surja en España: la tragedia de los niños vagabundos, que por un momento resultó tan seria en Rusia. Vi llegar llorando a algunos de estos niños durante la hora del almuerzo y vi también cómo eran atendidos inmediatamente por el equipo y sus camaradas de más edad. Los profesores me explicaron que las lágrimas eran consecuencia habitual del primer choque, pero pasados uno o dos días los niños se sentían como en sus casas; pude comprobar que esto era cierto. Lo verdaderamente extraordinario no es tanto la rápida asimilación de los niños por una organización improvisada la cual, en muchos aspectos, no puede evitar el tener defectos; son, después de todo, hijos de obreros y campesinos pobres y su nuevo hogar debe de haberles resultado paradisiaco: la comida buena y abundante, los cuartos del Hotel Palace, la actitud amistosa y atenta del equipo y, para aquellos venidos del campo, las brillantes calles de Madrid. Pero mucho más notable era la ausencia de inadaptados entre estos muchachos, todos los cuales han atravesado alguna horrible experiencia, viéndose algunos obligados a atravesar un verdadero infierno, contemplando a veces la ejecución de sus padres y escapando después, en

una huida solitaria hacia lo desconocido. Y sin embargo, en uno o dos días, con ayuda de un poco de bondad y palabras tranquilizadoras por parte de profesores y camaradas, parecen establecerse sin muchas dificultades. La jefa del equipo, poseedora de experiencias previas con niños de la clase obrera habitantes de grandes centros industriales, estaba muy sorprendida y nunca, dijo, ni siquiera en condiciones normales, le había sido posible encontrar un grupo de niños tan bien adaptados.

Creo que este hecho arroja algunas luz sobre un importante aspecto de la revolución española. Me había sorprendido, una y otra vez, la ausencia de excitación patológica en las masas, aun en medio de actos tales como la quema de iglesias o imágenes o en medio de discusiones relativas al terrorismo. Pronto aprendí a descartar los rumores lanzados a la circulación por cierto tipo de periódico donde se mencionaban la tortura y la inmolación de monjas y cosas por el estilo. Pero no era evidente ni siquiera la emoción lógica de esperar en una multitud en revolución. Otro chocante aspecto de la revolución española es la ausencia de conmociones profundas de la vida sexual. Es natural que algo ocurra en este aspecto, pero es siempre mucho menos de lo sucedido durante la gran guerra en cualquier país y nada en comparación con la completa disolución de normas de moral sexual durante la revolución rusa. En cuanto a la participación de algunas mujeres en la lucha, esto ha sido siempre tradicional en España. La guerra civil española provoca crisis psicológicas en grado sorprendentemente pequeño. Y estos niños, que en medio de los mayores horrores mantienen su equilibrio mental, son parte de la explicación. Los españoles, a pesar de verse metidos en medio de esta terrible prueba, mantienen su calma y compostura individuales, gracias a sus mentalidades eminentemente sanas.

29 y 30 de agosto

Dos días de larga preparación para ir al frente. La atmósfera es lúgubre. Los insurgentes atacan con violencia en el Guadarrama y en Extremadura, capturan Oropesa y avanzan hacia Talavera. La unión de las fuerzas de Franco en el sur y Mola en el norte es ya un hecho y nadie sabe qué sucederá después. Decidí no ir al Guadarrama, el cual ha sido visto y descrito prácticamente por todos los corresponsales. En él las cosas se han estancado, al igual que en el frente de Zaragoza. Me dirigiré a Talavera, lugar en el que se hace cada vez más evidente una crisis.

El nerviosismo político crece rápidamente. Muchos están convencidos de que las cosas no pueden ser dejadas a la deriva y de que Largo Caballero debe asumir el mando. Las opiniones acerca de sus capacidades se encuentran divididas entre los «políticos»; algunos se burlan de la descripción que hace de él un «Lenin español», título que parte de la prensa le ha otorgado ya. Pero otros tienen confianza ilimitada

en él y es ciertamente muy popular entre las masas. Hay que repetir que sean cuales fueren sus capacidades personales, la aceptación, por parte de los socialistas, de compartir el poder, significaría al menos un esfuerzo de reorganizar las filas; los republicanos están evidentemente yendo al desastre, sin hacer el menor esfuerzo por evitarlo.

Antes de anoche sufrimos nuestro primer bombardeo aéreo. Volví a casa muerto de cansancio, pero no pude dormir a causa de la principal desgracia de la guerra, por lo menos para mí: la radio. Izquierda Republicana tiene uno de sus centros de milicia a la vuelta de la esquina de mi pensión y tienen encendida la radio la mitad de la noche a todo volumen; no hay remedio contra esto. Así que quedé acostado en la cama, maldiciendo el *Himno de Riego*, el himno liberal español, el cual era transmitido por centésima o bicentésima vez en pocos días; y no es una buena obra musical. De pronto sentí cerca de mí una gran explosión; me dijeron más tarde que otras habían tenido lugar antes, más lejos, las cuales no pude oír a causa de la radio; esta se detuvo inmediatamente. A pesar de no haberme visto antes en medio de una guerra, supe enseguida que se trataba de una bomba. Pero mi primera sensación fue de alivio ante la desaparición del enloquecedor zumbido de la radio. Fui a un balcón que daba a la Gran Vía, al otro lado de mi pensión, y pude contemplar desde allí una curiosa escena. El alumbrado de las callejuelas de nuestro distrito había sido apagado; solo brillaban las luces de Alcalá, la Gran Vía y la Cibeles, indicando sin dejar lugar a dudas la ubicación del centro telefónico, la oficina central de correos, el Banco de España y para terminar, el Ministerio de la Guerra, el cual había sido el objetivo bombardeado. ¿Se trataba de una traición o de simple negligencia? De todos modos, era una vergüenza. En nuestra pensión, nadie estaba muy nervioso; el frío fatalismo de los españoles quedaba espléndidamente demostrado. Pero en la calle sucedía todo tipo de cosas estúpidas. Los milicianos disparaban sus rifles al aire; una ametralladora, apostada en el techo del Ministerio de la Guerra o algún otro lugar de la vecindad, comenzó su traqueteo y luego se detuvo. El bombardeo parecía terminado, como así fue en efecto, pero el verdadero peligro lo constituían ahora los tiros desperdigados de fusil y ametralladora que eran disparados desde las calles. Me puse a cubierto tras la pared de piedra del balcón. Pero no sucedió nada más y los disparos se fueron calmando lentamente.

A la mañana siguiente, los mirones se reunían en la acera junto al jardín del Ministerio de la Guerra, contemplando el enorme boquete dejado por la bomba, sin duda a no más de diez pies del edificio mismo. La bomba había sido lanzada con más exactitud de lo que hubiera podido esperarse de parte de un piloto español; solo podía ser obra de un hombre con experiencia guerrera, un italiano o un alemán. Por pura buena suerte, la bomba no había matado a nadie, solamente herido a dos o tres milicianos. Pero la explosión fue lo suficientemente violenta como para hacer pedazos las ventanas y voltear las sillas y las mesas de los elegantes cafés de Alcalá,

a unos 50 o 60 metros, sembrando el pánico, no solo entre los clientes sino también entre los milicianos. Estos últimos, sin tomar conciencia de la existencia del avión, creyeron que la bomba había sido lanzada a uno de los cafés por un «fascista» y difícilmente se les pudo retener de disparar indiscriminadamente contra la multitud.

Fui por la tarde a visitar a unos amigos, a su casa situada en la parte occidental de la ciudad, cerca del río Manzanares. Tenían un asunto largo y desagradable que contarme. En la esquina de su calle había un prado, al cual todas las mañanas llegaba un automóvil; quince o veinte prisioneros eran empujados fuera y fusilados sumariamente. Los cadáveres eran abandonados allí durante varias horas, a manera de aviso, y no se impedía acercarse a los habitantes de las calles vecinas, si estos querían darles un vistazo.

La conversación gira alrededor de la situación crítica del frente, al cual la mayoría de los huéspedes se dirige en breve, en calidad de oficiales. Uno de los jóvenes se queja amargamente de la mala calidad del *matériel*; las ametralladoras se están atascando continuamente, las balas tienen años; nuestro anfitrión nos llama apresuradamente a la ventana. Allí está el Guadarrama; se le ve muy cerca, gracias a la soleada tarde de verano, aunque cubierto de nubes; no nubes de lluvia, sino nubes de fuego. Cubren la mayor parte de la ladera cercana de la sierra; es evidente que este fuego no ha sido provocado por las balas; algo sistemático ha sido hecho con el fin de provocar un gran incendio en el bosque. Todos sabemos que la columna de Mangada opera en esa zona. ¿Habrá incendiado toda la cordillera en el intento de detener un inesperado avance de los insurgentes? Todos sentimos el destino de Madrid fatalmente cerca.

LOS FRENTES DEL SUR Y OCCIDENTAL

31 de agosto

Tras los acostumbrados retrasos, que parecen no terminar nunca, nos dirigimos al fin por la tarde hacia Talavera. Otra vez somos cinco, chófer, escolta armado, dos fotógrafos de *Vue* y yo. Esta campaña me es familiar. Existe gran control y hay centinelas en todos los pueblos; también comités, integrados por todos los partidos. Pero existen diferencias importantes y evidentes. Los pueblos son mucho más pobres que en Cataluña o Levante, cultivan trigo en lugar de fruta y hortalizas. Se ven a veces enormes graneros. Estamos en la zona de las grandes propiedades semif feudales. El elemento dominante en los comités no son los anarquistas sino los socialistas, a veces con una pequeña dosis comunista. Pero lo que más resalta,

contrastando con la zona este del país, es la importancia de la Juventud Socialista unificada, organización conjunta de las juventudes comunista y socialista. En la mayoría de estas aldeas, hasta hace poco tiempo no existía ninguna organización izquierdista; por lo menos ninguna es anterior a la proclamación de la República, en 1931. Hasta ahora, solo la joven generación ha sido profundamente tocada por los misioneros socialistas venidos de las ciudades. La falta de tradición política sólidamente establecida es causa principal de la preponderancia de la organización juvenil y de que los comités estén compuestos por hombres muy jóvenes, en marcado contraste con Cataluña o Valencia, donde dominan los hombres entre treinta y cuarenta años. También el sistema administrativo es diferente. Los *ayuntamientos* continúan su labor de administración, del brazo de los comités políticos. Sus esferas de autoridad no parecen estar definidas en lo más mínimo y sus trabajos, en la práctica, parecen confundirse continuamente. Es este un ejemplo sorprendente de la diferencia entre las prácticas anarquista y socialista. Difícilmente las aldeas anarquistas permitirían a la vieja administración conservar su antigua autoridad.

En el pueblo de Talavera, último punto ocupado por las tropas del gobierno, la atmósfera es todavía más lúgubre que en Madrid. Hace dos días que Oropesa, el pueblo vecino, fue tomado por los moros, resultado del bombardeo aéreo y del consiguiente pánico de la milicia. Un oficial explica que alrededor de 150 bombas fueron dejadas caer sobre la ciudad, causando dos heridos (!); las bombas parecen haber sido completamente ineficaces en cuanto a daños materiales se refiere, pero la impresión moral que causaron a la inexperta milicia debe de haber sido tremenda. Talavera está amenazada, ya que el frente se encuentra a solo unas millas del pueblo ¡y este es el último de cierta importancia entre Franco y Madrid! Constantemente llegan refuerzos a la ciudad. Uno de estos cuerpos, una columna anarquista bastante grande, hace su entrada en elegante formación pero algunos de los hombres ni siquiera llevan fusil. El mando es alojado en una pequeña calle lateral, allí donde no pueda ser localizado fácilmente por los aviones enemigos. Todos esperan y temen un bombardeo para esta noche. Los oficiales están sin duda muy nerviosos.

No se nos permite continuar hasta la línea misma del frente, solo llegar a corta distancia del pueblo. Las bombas estallan a lo lejos. Se nos detiene a la altura de un campamento donde unos cien reservistas están estacionados. Durante nuestra estancia, los vemos ocupados principalmente con sus comidas; ha sido descubierto un rebaño de ovejas sin pastor y contribuye ahora al economato de la milicia. Esta tiene aquí un aspecto muy diferente a la organizada por sus camaradas catalanes. Hay más uniformes azules y menos trajes pintorescos o ropas de civil. Algunos oficiales y suboficiales del viejo ejército. Pero parece reinar una cohesión mucho menor que en el frente de Zaragoza. Mientras allá cada columna estaba políticamente unida y todos sus reclutas venían de Barcelona, aquí no existe ninguna unidad, sea esta política o local. Hay sindicalistas madrileños de diferentes oficios y matices políticos; gran

cantidad de valencianos, políticamente indescriptibles; y unos pocos hombres del viejo ejército. No existe el menor indicio de que esta abigarrada multitud posea un mando unificado. Cuando un avión enemigo aparece de pronto en el horizonte y se acerca rápidamente, los hombres, en lugar de esparcirse, se agrupan y al llegar el avión comienzan a disparar enloquecidamente con sus fusiles, sin propósito alguno, aunque con gran peligro para todos ellos. Afortunadamente, el avión no trae intenciones de bombardear; si así fuese las consecuencias, dadas las circunstancias, hubiesen sido desastrosas; un avión del gobierno aparece tras él y lo ahuyenta a toda velocidad.

Al volver a Talavera encuentro en la estación de ferrocarril el tren blindado de la Estación del Norte de Madrid y entre su cuadrilla descubro a un amigo personal. Está entusiasmado, al igual que el resto del grupo. Regresan en este momento de bombardear Oropesa (piensan haberlo hecho con gran éxito) y se sienten obviamente felices de haber vuelto, sanos y salvos, de empresa tan peligrosa. Mi amigo, graduado universitario, se siente particularmente entusiasta ante un ejemplo de «disciplina romana». Unos pocos hombres fueron enviados por el tren a hacer una exploración, pero no regresaron en el tiempo convenido pues, contrariando las órdenes, habían hecho algunos prisioneros y perdieron tiempo en esto. Finalmente, el tren regresó sin ellos y volvieron solos, atravesando valientemente las líneas enemigas hasta reunirse con el tren en Talavera. Pero allí, en lugar de alabarlos por su coraje, fueron sentenciados a muerte por falta de disciplina y solo después de una larga discusión la sentencia fue conmutada por la de expulsión de la milicia.

¿Qué significan las palabras: «En esta firma se trabaja en colectividad»? Están escritas a la entrada de casi todas las tiendas y hoteles de Talavera. Averiguo que esto no se traduce por expropiación, sino por un simple acuerdo entre la UGT y el dueño acerca de la repartición de las ganancias con los obreros. El método difiere claramente de la política de los anarquistas en Cataluña, propensos a proceder a la completa expropiación. Pero en Talavera, al igual que en todos los pueblos de Castilla la Nueva, son los socialistas y no los anarquistas quienes predominan.

¿Qué ha sucedido a las grandes propiedades de cultivo del trigo? La mayoría de ellas permaneció en manos de sus propietarios durante muchas semanas, a pesar de que todos ellos perteneciesen a la derecha. Al principio, solamente los conventos y sus pequeñas propiedades fueron expropiados. Solo ahora es cuando una expropiación general de las grandes fincas ha sido puesta en vigor y son los mismos obreros quienes las trabajan y las administran, dirigidos por la UGT. La mayor parte del trigo es enviada al frente, sin recibir pago alguno a cambio, sea en dinero o en especie; no existe el menor deseo de ocultar el gran descontento existente ante una expropiación que ha resultado tan definitivamente desventajosa para los trabajadores agrícolas.

1 de septiembre

Nos dirigimos hacia el ala sur de las fuerzas de Extremadura. En todas partes reina gran emoción. Todos los pueblos nos piden noticias de la batalla que está teniendo lugar unas cuantas millas más al norte. Las aldeas están fuertemente custodiadas y a veces se nos dice que no hay tiempo de trabajar en los campos, ya que toda la aldea monta la guardia.

Hay sin duda un rasgo común entre estas aldeas del occidente español y las del este, tan diferentes en muchos otros aspectos: la cuestión agraria sigue completamente sin resolver y prevalece la mayor incertidumbre en cuanto al problema de cómo hacerlo. Cuando toda la tierra pertenece a uno o dos aristócratas que respaldan a los insurgentes, la cuestión resulta relativamente simple de resolver. La tierra es expropiada automáticamente y queda en manos de los comités y de los sindicatos, los cuales no cambian en nada los métodos de cultivo. Los mismos obreros continúan trabajando la misma tierra, son mantenidas las divisiones entre las viejas propiedades, se pagan los mismos salarios que antes y la única diferencia consiste en que quien los paga no es ya el agente del terrateniente, sino los comités y los sindicatos, y el trigo no es vendido a comerciantes, sino dividido de alguna manera entre aldeanos y tropas. Pero en algunos lugares hay fincas cuyos propietarios son campesinos ricos, simpatizantes de los rebeldes. Ha tenido lugar el número normal de ejecuciones y la tierra de los muertos ha quedado en manos de los comités. Pero no hay obreros que cultiven estas tierras de campesinos expropiados, las cuales eran antes trabajadas por sus dueños. Así es como a veces esta tierra expropiada permanece sin cultivar; otras, se llama a trabajadores agrícolas y estos cobran los salarios habituales de los cultivadores. Todavía no se ha decidido qué se hará finalmente con estos terrenos. Algunos campesinos favorecen su distribución entre los más pobres de la aldea, otros respaldan una administración colectiva; pero nadie ha trazado una política definitiva, ni los comités ni las organizaciones políticas.

A pesar de estas dudas y defectos, no he visto todavía aldeas que simpatizen tan apasionadamente con la causa gubernamental como estos lugares, completamente indigentes, situados en la frontera de Extremadura y Castilla la Nueva. La explicación de este entusiasmo yace probablemente en el hecho mismo de esta pobreza general; estos aldeanos no tienen nada que perder y sí mucho que ganar de una revolución y, siendo todos pobres, no se enfrentan al obstáculo de antagonismos sociales entre poseedores y desposeídos dentro de una misma aldea. Pero un hecho aún más importante es que, a diferencia de Cataluña, el enemigo está avanzando en Extremadura con gran rapidez y el odio y el horror ante su llegada se esparcen con esta misma velocidad. Todas las aldeas están llenas de campesinos armados los cuales, en muchos de los casos, no pertenecen a los pueblos donde montan guardia, sino a otros ya ocupados por las tropas de Franco. Huestes de campesinos han huido

ante su llegada. Hay una marcada escasez de fusiles y tropezamos con grupos que se han visto obligados a atravesar de noche las líneas enemigas, corriendo con ello grandes riesgos; han pasado luego varios días recorriendo las aldeas vecinas en busca de armas, hasta establecerse finalmente en el pueblo en que han logrado obtenerlas, ayudando a preparar la defensa. Algunos de estos grupos suman no menos de cuarenta hombres.

Atravesamos Puerto San Vicente, ángulo sur del frente de Extremadura; su Estado Mayor nos dice que once millas más allá de las avanzadas gubernamentales se encuentra el pueblo de Alía, el cual está siendo defendido únicamente por sus habitantes, sin ayuda ninguna de la milicia del gobierno. Esta miserable aldea ha cambiado tres veces de manos, pero resiste todavía. Su único contacto con la zona gubernamental es una llamada telefónica matinal diaria desde Puerto San Vicente, hecha para asegurarse de que los fascistas no han pasado. Nos permiten continuar hasta Alía, a riesgo nuestro. Descubrimos una aldea verdaderamente maldita, pero en estado de desencadenada emoción política. Quienquiera haya sido capaz de encontrar un fusil, lo usa y gran número de campesinos venidos de aldeas más occidentales, ya ocupadas por los fascistas, ayuda en la defensa. Al estallar la guerra, la *guardia civil* se sublevó y tomó la aldea, ejecutando a aquellos que sabía simpatizantes del gobierno. Los aldeanos tomaron después a su vez el pueblo y les tocó el turno de masacrar a la guardia. Luego el pueblo fue otra vez tomado y vuelto a tomar. No existe actualmente contacto con el enemigo, el cual se cree tenga sus avanzadas en Guadalupe. Todos tienen solo una vaga idea de sus posiciones reales (esto sucede a todo lo largo del frente), pero su llegada se espera para cualquier día. Mientras tanto, el pueblo vive como puede. La mitad de las tierras pertenecían a una marquesa y sus rebaños son guiados, ahora como antes, por los antiguos pastores a los cuales el comité, a falta de dinero, alimenta gratuitamente. Y tanto es su entusiasmo, que en medio de su pobreza han enviado comida a las tropas que se encuentran tras ellos, en Puerto San Vicente, sin solicitar pago a cambio. Sin embargo este pueblo, el más entusiasta que pude ver en España, no cuenta con un solo anarquista entre sus habitantes y la única organización política existente es un núcleo muy pequeño de la Juventud Socialista. En las elecciones de febrero este lugar, tan completa y absolutamente revolucionario, votó mayoritariamente por las derechas, obligado por las presiones de los «caciques». Cuando nos disponemos a volver, uno de los campesinos nos detiene: es evidente que hay algo que desea vivamente preguntar.

—¿Serán tan amables los señores periodistas como para permitirme hacerles una pregunta?

—Con gusto.

—Dígame entonces una cosa, por favor. ¿Quién es el presidente de la República francesa? ¿Es un buen republicano?

En el rincón más remoto de Extremadura, campesinos analfabetos, que quizás antes conocían solo vagamente la existencia de un país llamado Francia, han despertado súbitamente a la realidad de que para ellos puede ser asunto de vida o muerte el hecho de que el presidente de Francia sea o no un buen republicano. Confío en que estos aldeanos no sepan la diferencia entre presidente de la República y *président du conseil* y les respondo, con conciencia limpia, que pueden estar seguros del sincero republicanismo de *Monsieur Blum*.

No puede imaginarse un contraste mayor que el existente entre la emoción desenfrenada de los campesinos de Alía y el aspecto flemático de las tropas apostadas unas millas más atrás, en Puerto San Vicente. En el momento en que regresábamos, un auto de Talavera llegaba también al edificio donde el Estado Mayor tiene sus cuarteles generales.

—¿Pudieron reparar la guitarra? —Fue la primera pregunta que hizo el comandante al chófer.

Así que mientras a unas millas de allí la suerte de España estaba en juego, aquí se preocupaban del arreglo de guitarras. Era una fuerza relativamente potente, que contaba con tropas de caballería y artillería, compuesta con la diversidad característica a la región. Su jefe, un joven teniente del viejo ejército, ejercía buen control sobre sus hombres. En esta unidad no existía comité político. El teniente había explicado que esto era incompatible con la disciplina. Se colocaron cañones sobre las colinas que dominaban el pueblo y se cavaron trincheras rudimentarias, protegidas con un poco de alambre de púas. Pero de todos modos, seguía reinando esa absurda atmósfera de paz. El médico de la columna tenía su propia historia que contar. El médico del pueblo había partido en vacaciones como si nada estuviese sucediendo y él, médico militar, no tenía un solo paciente, por lo que podía en cambio dedicarse a dar tratamiento gratuito a todos los niños del pueblo.

Acompañé por la noche al teniente en su visita a las avanzadas. Los soldados se pusieron firmes cuando este les habló; visión realmente fuera de lo común entre las tropas gubernamentales. Pero el teniente no se sintió contento con este gesto exterior de disciplina. Se quejó amargamente de la falta de *tenue* de la milicia durante los bombardeos aéreos. El desastre psicológico que creaban era, dijo, desproporcionado con los daños materiales o las pérdidas infligidas por el bombardeo, las cuales eran realmente bien reducidas. Y luego siguió quejándose, resaltando el punto de vista de un soldado entrenado al cual se rodea de aficionados, de la incompetencia de los que tenían el mando. Los ocasionales reconocimientos habían demostrado que el enemigo poseía en Guadalupe, más allá de Alía, muy pocas fuerzas y de acuerdo con este oficial, bastaría reunir 1500 hombres para cortar todas las comunicaciones de los insurgentes con su retaguardia y con Portugal, siendo suficiente para lograr esto el lanzar un ataque por sorpresa contra Trujillo: pero faltaban los 1500 hombres

entrenados. Pensé en la batalla que tenía lugar unas millas más arriba, en cuyo resultado bien podía influir cualquier acción en el sector de Puerto San Vicente. Bueno, dije, usted tiene una tropa de caballería bien entrenada y además, todos los miembros de la milicia campesina en Alía han montado a caballo desde que eran niños y conocen el distrito como la palma de su mano. ¿Por qué no lanza usted un ataque por sorpresa contra Guadalupe? ¿No cree que esto alejará sin duda a las fuerzas enemigas del sector de Talavera?

—Oh —replica—. Guadalupe no tiene importancia estratégica.

No puedo evitar el pensar que un poco más de actividad en este sorprendentemente pacífico sector, lanzada al mismo tiempo que más al norte se desarrolla una batalla decisiva, podría hacer mucho bien, aun cuando careciese de «importancia estratégica». ¿Qué se ha hecho del famoso talento guerrillero de los españoles? Este joven, activo y propenso como es a una justificada crítica del alto mando, parece contemplar toda acción en pequeña escala como algo inferior a su dignidad.

2 de septiembre

Después de un largo recorrido, llegamos a Toledo alrededor del mediodía. Este es sin duda actualmente el lugar más amenazador en toda la España dirigida por el gobierno de Madrid. La ciudad ha sido siempre muy católica y antisocialista, la administración y la milicia se sienten rodeados de resistencia pasiva y traición y están enloquecidos por la terca resistencia opuesta por el Alcázar a su inútil sitio. Parece que además de unos veinte rehenes llevados a la fuerza al Alcázar, también un número considerable de civiles, tanto hombres como mujeres, se unió a los insurgentes por voluntad propia al retirarse estos a la fortaleza, cuando la milicia invadía la ciudad. Las fotografías de los rehenes son exhibidas en el comedor principal de la milicia, con el fin de protegerlos de la inevitable matanza que tendrá lugar si el Alcázar cae en manos de la milicia. El régimen administrativo de la ciudad es realmente notable. Nadie reconoce las órdenes emanadas de Madrid, las cuales son aceptadas en cualquier otro lugar. Mis compañeros y yo nos dividimos el trabajo de búsqueda de información, ya que estamos cortos de tiempo. Ellos se dirigen a la plaza de Zocodover, donde se concentran los sitiadores del Alcázar; regresan informando que las cosas están exactamente como hace quince días, cuando lo visitaron por última vez, no habiéndose hecho el menor esfuerzo por apresurar un sitio que consiste, según parece, en un simple bloqueo al Alcázar, sin que la milicia planee ninguna acción seria. Mientras ellos recogían estas extrañas impresiones, traté por mi parte de informarme del destino de las obras de arte, principalmente los Grecos.

Se ha constituido un comité para la protección de estos tesoros, compuesto por algunos artistas y artesanos, previamente ocupados en el trabajo de las iglesias e interesados en la preservación de las bellezas de su ciudad natal. Se quejaron amargamente: el gobernador, sin dar para ello ninguna razón, les ha negado el acceso a las iglesias principales y al museo del Greco, cuyas llaves él guarda. La fábrica de municiones de Toledo ha sido bombardeada una vez y es probable que lo sea de nuevo; el enemigo se acerca: se puede hacer un daño incalculable a los cuadros si estos no son trasladados a lugar seguro, pero la testaruda resistencia del gobernador hace esto imposible. El hijo de un ministro de Madrid, actualmente médico en uno de los hospitales de Toledo, telefoneó de mi parte al gobernador, diciéndole que yo estaba dispuesto a anunciar en Inglaterra que los cuadros de Toledo estaban sanos y salvos, con tal de poder verlos; fui entonces al *palacio* del gobernador y no tuve mayor éxito que el comité artístico u otro cualquiera de mis colegas periodistas. El gobernador se negó a recibirme y envió el recado de que las obras de arte no estaban dañadas, pero que no tenía el menor deseo de mostrarlas. Si yo insistía, podía solicitar un permiso en Madrid al Ministerio de Instrucción pública; no había tiempo de volver a Madrid y en todo caso su mala voluntad era tan evidente que pensé que tampoco esto tendría éxito. (Pude conocer la secuela de esta historia durante mi segundo viaje a España. El comité para la protección de los tesoros artísticos exigió finalmente al gobernador que pidiese autos a Madrid, destinados a trasladar los objetos más valiosos. Los insurgentes se acercaban rápidamente a Toledo y era necesaria una acción urgente. La petición fue enviada a Madrid y el ministro de Instrucción pública informó al gobernador que varios autos estaban a su disposición, pudiendo utilizarlos en el traslado de los tesoros artísticos. Pero el gobernador se negó a aceptarlos y dijo al comité, sin preocuparle la verdad, que Madrid no había respondido a la petición. El comité permaneció allí en el esfuerzo heroico de por lo menos tener a la vista los cuadros del Greco hasta el último momento, pero no pudieron hacer nada por salvarlos. Finalmente, cuando ya los moros habían entrado a la ciudad, dos de sus miembros salvaron sus vidas cruzando el Tajo a nado. Nada se hizo por proteger los inapreciables tesoros artísticos de Toledo, solo porque el gobernador decidió que nada debía hacerse. Esto, sin embargo, no tuvo consecuencias catastróficas, ya que la milicia abandonó el pueblo en franca huida y sin oponer ninguna resistencia al avance de los moros. Los *objets d'art* cayeron indemnes en manos de las tropas de Franco, puesto que ninguna lucha tuvo lugar en la ciudad. Todo el comportamiento demostrado en este asunto contrastaba sorprendentemente con la organización modelo desplegada en el traslado fuera de peligro de los tesoros artísticos del Prado en Madrid o del Museo Nacional Catalán, en Barcelona).

La despedida a Toledo fue también muy peculiar. Unas pocas millas más allá de la ciudad, al primer cruce de carreteras, unos centinelas extrañamente conversadores nos detuvieron de manera interminable. Después, unos pasos más allá, vimos los

cadáveres de dos personas aparentemente ejecutadas durante esta demora. No se quería que presenciáramos la ejecución.

3 de septiembre

Una larga travesía por La Mancha nos condujo, tarde en esa noche, hasta Ciudad Real. No hay enemigos en esta región, pero los pueblos están fuertemente custodiados durante la noche y el control a los autos que los atraviesan es lo más estricto posible.

Ciudad Real está animada de noche, como todas las ciudades del sur de España, y es pintoresca, aunque carece de arquitectura notable. Di un paseo, ya bien de noche, zigzagueando por las callejuelas que cruzaba y volvía a cruzar, remotas y vacías, volviendo luego a la avenida principal. Presentía que mi conducta podía provocar sospechas, pero no me importaba. Ser arrestado resultaría más bien interesante, tal como reporté al comité inmediatamente después de mi llegada. Logré lo que deseaba. Oí de pronto un suave sssss detrás de mí y al volverme vi dos hombres, uno con uniforme de la milicia, el otro vestido de civil, los dos apuntando sus fusiles a mi pecho, a unos pasos de distancia.

—Manos arriba —dijo el miliciano en voz muy baja.

Obedecí la orden; uno de los hombres caminó hacia un lado y siguió apuntándome, mientras el otro se acercó y tranquila y silenciosamente comenzó a registrarme. Cuando comprendieron que yo no hacía ninguna resistencia, se hicieron menos tenebrosos.

—Prensa extranjera —dije con el mismo tono bajo de voz que ellos habían utilizado conmigo; se rieron.

El registro terminó pronto; mostré mis documentos, me interrogaron acerca de mi destino y cuando mi respuesta los satisfizo, me dejaron ir con la mayor cortesía.

Los socialistas controlan la ciudad la cual, a diferencia del campo que la rodea, votó por el Frente Popular en las elecciones de febrero. Solo una fábrica, la de electricidad, ha sido expropiada; todas las demás continúan perteneciendo a sus antiguos dueños. El terrorismo parece haber estado en completa desproporción con la pequeñez del cambio económico. El mercado continúa sin alteración ni control; también los cafés y las tiendas; pero el 95 % de los abogados ha «desaparecido» y también todos los sacerdotes. Veo desde el auto a una mujer elegantemente vestida de negro, surgiendo tras una esquina; nos mira con una indescriptible expresión de

espléndido desafío. Supongo que deba de ser la viuda o la hija de un ejecutado y su despliegue de vistosas ropas de luto, junto con su desprecio a las autoridades, necesitan de un tremendo coraje.

En la oficina provincial de Reforma Agraria me informan que a pesar de que la vida económica de la ciudad continúe prácticamente inalterable, los pueblos de la provincia están viviendo una salvaje revolución social. Tres grandes propiedades de la provincia fueron transformadas en colectividades campesinas ya antes de la guerra civil, al aplicarse la ley de Reforma Agraria; desde la insurrección, 256 han sido expropiadas y ocupadas por sus antiguos trabajadores; o, más bien, 256 expropiaciones han sido legalizadas por la oficina provincial de Reforma Agraria. Actualmente, una enorme mayoría de las grandes fincas está siendo expropiada y colectivizada por sus obreros agrícolas y la labor de la Reforma Agraria en todo esto ha consistido solamente en dar un *placet* legal; de todas maneras, esto ha sido suficiente como para absorberles todo su tiempo, dejando de lado la tarea, mucho más importante, de dar consejo técnico a las recién creadas colectividades agrícolas. El *placet* legal es además una simple formalidad. Es cierto que los campesinos deben justificar la expropiación y pude ver uno o dos de estos documentos explicativos; decían, esencialmente, que el dueño de la propiedad en cuestión era un conocido reaccionario, que había o bien cooperado con la revuelta o huido a zona rebelde o simplemente rehusado ayudar económicamente al comité de la aldea, el cual, en consecuencia, había decidido apoderarse de su propiedad. La Reforma Agraria de la capital provincial, o al menos la de Ciudad Real, no comprueba los cargos planteados contra los dueños, sino procede simplemente a partir de la base de sus bien conocidas opiniones políticas. Es así como, en toda la provincia de Ciudad Real, solo una expropiación ha sido anulada por la Reforma Agraria, la cual planteó que el dueño no era en realidad un reaccionario y que se estaba haciendo uso de una falsedad política con el fin de despojarlo de su propiedad.

Dos miembros de la oficina regional de Reforma Agraria me llevaron, cerca del mediodía, a un recientemente organizado «colectivo» agrícola cerca de Ciudad Real. Hubieran preferido mostrarme uno de los tres más antiguos los cuales, probablemente, marchen de manera espléndida; pero insistí en ver uno de los colectivos que habían comenzado a funcionar después del estallido de la guerra civil, de los cuales hay más de 200. De todos modos, la selección que hicieron fue sin duda preparada para brindarme la mejor impresión. La finca que se me enseñó estaba muy cerca del pueblo, en contacto directo con la administración de Reforma Agraria y sobre todo, era dirigida por un trabajador agrícola socialista que había pertenecido al partido durante muchos años, sufrido prisiones y persecuciones y adquirido una comprensión bastante amplia de la tarea que le incumbía. Muy pocas aldeas y propiedades de La Mancha tienen gente como esta a su disposición; estoy convencido de que su presencia o ausencia en el trabajo de colectivización debe crear diferencias

fundamentales. En el patio de esta finca yacen esparcidos pedazos de maquinaria agrícola rota. Fueron destruidas por los trabajadores durante el *bienio negro*, el régimen clerical de 1933 a 1935, durante el cual los propietarios intentaron disminuir sus gastos de nómina, despidiendo a algunos trabajadores y sustituyéndolos por maquinarias agrícolas. La violenta e inútil reacción de los trabajadores había sido exactamente la misma que la organizada en Inglaterra contra la industrialización durante los primeros años del siglo XIX: destruir las máquinas. En la finca había ahora una trilladora nueva y reluciente, junto a los destrozos del viejo material. Había sido adquirida inmediatamente después del estallido de la guerra civil a la rama madrileña de una firma de Bilbao y pagada en efectivo, la mitad al contado, con los fondos expropiados al antiguo dueño de la finca, la otra mitad con una letra, pagadera después de la venta de la cosecha. El líder de la comunidad explicaba que los trabajadores, tan violentamente opuestos a la introducción de las maquinarias mientras estas servían para dejarlos sin trabajo, les daban ahora una entusiasta bienvenida, pues representaban un alivio inmenso a sus pesadas tareas físicas. Hasta ahora, en este lugar en particular, era evidente que todo había funcionado de manera satisfactoria. Pero mis compañeros de la Reforma Agraria me comunicaron que las mismas tácticas de destrucción habían sido empleadas en toda la provincia, sin pretender tampoco que las cosas hubiesen sido resueltas de modo tan inteligente como en este caso particular. Su franqueza era tanto más impresionante cuanto que ellos mismos estaban religiosamente convencidos del valor de la colectivización y la mencionaban como su política fundamental, con vistas a descorazonar cualquier intento de dividir las propiedades expropiadas entre trabajadores y pequeños arrendatarios. Ni una sola propiedad en toda La Mancha había sido dividida después de la expropiación. Las razones por las cuales aquí, en esta zona de grandes propiedades, existe tan poco deseo de parcelarlas, son bastante evidentes. Al contrario de lo sucedido en Rusia, en esta parte de España no ha habido ni hay campesinos que hayan luchado o estén dispuestos a luchar contra los terratenientes por la posesión de la tierra. En Rusia ya existían las fincas campesinas; solo tenían que ser ampliadas gracias a las tierras expropiadas a la aristocracia. La gran mayoría de los aldeanos del sur de España son, no pequeños campesinos, sino simples trabajadores agrícolas sin tierras y las parcelas de los pocos arrendatarios existentes son tan pequeñas que resultan incapaces de servir de base a una organización de propiedades campesinas. Faltan todos los edificios, elementos materiales y hábitos sociales que serían necesarios al establecimiento de una verdadera idea de pequeño propietario. Si se deseara fomentar aquí un campesinado pequeño propietario, habría que crearlo de la nada: tarea imposible. Por esto en el sur de España la colectivización de las grandes fincas acompaña casi automáticamente a la expropiación. Los métodos agrícolas permanecen iguales, pero la administración es conducida por un grupo de líderes recién electos de entre las filas de los trabajadores o por la rama local del sindicato, sustituyendo estos al administrador del antiguo

dueño; las ganancias van completa y directamente a manos de los trabajadores. Esto es, en sustancia, lo que supe gracias a las conversaciones sostenidas con los miembros de la Reforma Agraria regional.

La finca colectiva que visité estaba perfectamente bien dirigida. El ganado se mantenía en espléndida salud; el trigo había sido cosechado a tiempo (estaba almacenado en lo que fue la capilla de la finca); los edificios estaban limpios y las máquinas en buen estado. ¿Sucede lo mismo en todas partes? No había mujeres en la finca. Antes de la colectivización, los obreros vivían en Ciudad Real y venían a la finca (muy cercana a la ciudad) todas las mañanas. Ahora se han establecido en el edificio señorial, pero dejan a sus mujeres en la ciudad; no está bien, para una mujer castellana, el moverse entre otros hombres que aquellos de su propia familia. Estos pobres trabajadores agrícolas, antes de romper con las estrictas reglas castellanas de decencia, prefieren cocinar y limpiar ellos mismos, reuniéndose con sus familias solamente los domingos. Probé la comida, ni abundante ni bien cocinada, pero seguramente superior a la que se les daba antes de la expropiación.

Nos despedimos de nuestros hospitalarios amigos de la Reforma Agraria y de Ciudad Real y después de atravesar la reseca Mancha, nos acercamos a la pintoresca Sierra Morena; al caer la noche, entramos en Andalucía.

La profunda diferencia entre Castilla y Andalucía no solo es obvia, sino que se impone a primera vista. Castilla es sobria, reservada, ascética; Andalucía llena de colorido, emocional, extrovertida. La gente conversa libremente con los extranjeros, las muchachas llevan vestidos de colores brillantes, los cuales resultan sin duda un descanso después del negro sobre negro de La Mancha. Sin embargo, las mantillas tradicionales han desaparecido completamente. Los hombres llevan invariablemente algo rojo, casi siempre corbatas rojas; resulta difícil decidir hasta qué punto este hábito, que no data de la revolución, adquiere el valor de un gesto revolucionario. Los andaluces poseen un saludo revolucionario propio. Mientras en todas partes los revolucionarios españoles saludan con el puño en alto, en Andalucía lo hacen con las dos manos alzadas por encima de la cabeza y el fusil sujeto con ambas manos. Significa algo así como: Trabajadores de todos los partidos y profesiones, uníos en la lucha; resulta muy impresionante. Existen otros actos, de carácter menos demostrativo y más práctico: los mineros de Valdepeñas y otros distritos de los alrededores han minado fuertemente algunas zonas de la carretera principal que atraviesa la sierra, de manera que esta sea completamente impracticable en caso de ataque.

Deslizándonos entre las colinas de la sierra, alcanzamos la zona de los olivares. Todo el este de Andalucía consiste casi exclusivamente en estos mismos olivos, sin que exista otro fruto o cereal. Las fincas son enormes, los pueblos escasos y los pocos que existen son muy populosos, con un promedio de unos veinte mil habitantes, casi

todos trabajadores agrícolas sin tierras. Es frecuente describir a Castilla y Andalucía como dos distritos de grandes propiedades agrícolas. Pero hay realmente muy poca semejanza entre las fincas de mediano tamaño de Castilla, sembradas de trigo, de evidente origen feudal y cuyos trabajadores, hasta hace pocas generaciones, eran siervos y los enormes *latifundia* de olivos de Andalucía, los cuales no han cambiado de carácter desde épocas cartaginesas o romanas, cuyo proletariado sin tierra deriva de esclavos y sigue conservando muchos de los rasgos de una población de esclavos, a la merced de sus amos. Además, las aldeas de Castilla corresponden al tipo particularmente europeo de aldea, mientras la ciudad andaluza recuerda claramente la antigua *civitas*, en la cual toda la población de un distrito se aglomera, dejando el campo deshabitado.

Nos acercábamos agradablemente a Bailén, nuestro objetivo de ese día y todo hacía esperar una tranquila tarde, cuando de pronto nos acercamos a dos camiones, los cuales, para mi sorpresa, no llevaban las luces encendidas. Y entonces, horror de horrores, en medio de la carretera principal de Madrid a Córdoba, delante del primero de los dos camiones, yacían varios cadáveres. Fue una impresión diferente a todas las que había tenido antes. No sé qué les daba ese aspecto tan espectral. Los cadáveres a la luz del día son menos misteriosos que al atardecer, menos horribles en un rincón perdido que en una arteria principal de tráfico, donde nadie espera encontrárselos. Estaban además aquellos dos camiones silenciosos, los cuales parecían esconder algún terrible secreto. Algunos de mis compañeros creyeron distinguir sonidos viniendo de ellos, pero no supieron decir si eran palabras o sollozos. Imposible descubrirlo; quería detenerme, sin darme cuenta del peligro a causa del choque provocado por la impresión y solo estaba ansioso de conocer más; pero el chófer, loco de terror, se disparó a toda velocidad. Durante el corto momento en que los vimos, fuimos incapaces de darnos cuenta del número de cadáveres. Se veía claramente el cuerpo de una mujer, vestida con brillante ropa blanca y cubierta de sangre que le manaba del pecho; la posición del cadáver sugería que había sido colocada frente al camión y fusilada entonces, desde el asiento del chófer. Todo debía de haber sucedido unos minutos antes de nuestra llegada, quizás solo unos segundos antes. Había seguramente otros cadáveres, pero en la prisa y la oscuridad no pudimos verlos claramente. Mi impresión fue que había solamente otro, el de un hombre adulto. Pero mis cuatro compañeros declararon unánimemente haber visto un bebé y un hombre yaciendo junto a la mujer.

No habían terminado todavía los horrores. Al entrar en Bailén, vimos enormes columnas de humo surgiendo a ambos lados de la carretera, a la entrada del *pueblo*. Se hacía de nuevo imposible una investigación minuciosa, ya que los centinelas a la entrada ordenaban histéricamente: siga, siga, contrastando agudamente con la habitual charla cortés de los centinelas; el humo era además demasiado espeso como para dar lugar a pensar que se trataba de un incendio de basura o algo por el estilo.

Era noche cerrada al llegar y resultaba imposible afirmar con certeza junto a qué pasábamos, pero la interpretación obvia era que estaban siendo quemadas las propiedades de aquellos que habíamos visto muertos en la carretera.

La tragedia fue seguida de una obra satírica. Con la infantil impudicia tan frecuente entre gente primitiva, el comité de Bailén quiso convencernos de que no habíamos visto aquello que en realidad habíamos visto. Se inventaron a este fin los cuentos más idiotas. Se ordenó a nuestros escoltas que fingieran haber ido, tarde en la noche, al lugar macabro y se les hizo afirmar que lo único que habían visto allí era un charco de gasolina (¡y no de sangre!). Se dijo también que la mujer era una prostituta conocida, la cual estaba haciendo el amor con un hombre en medio de la carretera. Era exasperante oír estas afirmaciones estúpidas, tanto más cuanto que resultaba bastante ingenuo pretender hacernos creer que no existían ciertas cosas, tales como ejecuciones. La única conclusión posible que podía sacarse de estas mentiras era que el comité local sabía del asesinato (difícil llamar ejecución al fusilamiento de un bebé) y lo aprobaba. A la mañana siguiente, los centinelas apostados a la entrada de otro pueblo nos interrogaron emocionados, queriendo saber qué tragedia había sucedido la noche anterior en Bailén.

4 de septiembre

Seguimos hasta Andújar, uno de los mayores pueblos de Andalucía oriental, donde sostuvimos una larga entrevista con el comité. Este recordaba poco al tipo de instituciones que en el norte de España llevan el mismo nombre. De modo aún más evidente que en los alrededores de Madrid, los comités andaluces parecen integrarse a los *ayuntamientos*, tal como estos existían antes de la guerra civil; el primer indicio de este curioso proceso lo vislumbramos ayer; tan pronto cruzamos la frontera que separa La Mancha de Andalucía, el control de la carretera era ejercido *en común* por la vieja policía local y los centinelas armados de la aldea. Habíamos visto en el ayuntamiento de Bailén oficiales municipales uniformados, trabajando en el mismo cuarto y ocupados en las mismas tareas que la milicia y los trabajadores, los cuales iban vestidos con sus ropas civiles; aquí en Andújar esta cooperación se hace todavía más evidente. Los policías de épocas prerrevolucionarias se detienen en posición de firmes ante los despachos administrativos, ocupados indiferentemente por miembros del *ayuntamiento* y del «comité». En la práctica, esto parece funcionar de la siguiente manera: la vieja administración continúa en su puesto, pero fortalecida por la cooperación de representantes de la UGT, los partidos socialista y comunista y la Juventud Socialista (no hay anarquistas en Andújar, como tampoco los hay en ningún otro *pueblo* de la provincia de Jaén; en este aspecto, el extremo oriental de Andalucía difiere profundamente de sus distritos occidental y sur). Es cierto que la «vieja»

municipalidad es, en todo el sentido de la palabra, muy joven en Andújar: el *alcalde* es un joven que probablemente no tenga más de veinticinco años, nombrado después de las elecciones de febrero.

Fue así como en febrero de 1936 tuvo lugar un cambio decisivo, pasando el *ayuntamiento* de manos de una antigua y todopoderosa administración a manos de unos pocos jóvenes socialistas; pero la diferencia fue leve, en cambio, entre febrero y agosto, entre la administración del periodo liberal republicano y la del revolucionario. La provincia de Jaén parece haberse detenido en la etapa republicana de la historia de la revolución española.

Igualmente mínimo es el cambio que siguió al estallido de la guerra civil. Hay en Andújar un par de fábricas de jabón y algunas otras industrias, pero ninguna de ellas ha sido expropiada o colocada bajo control. No había en este *pueblo* terratenientes nobles, solo cinco ricos burgueses, los cuales se habían adueñado de la mayor parte de las tierras. Todos han sido asesinados. ¿Pero qué sucedió y sucederá con la tierra? Los miembros del comité fueron todavía más vacilantes que de costumbre cuando hice esta pregunta. Nadie parece tener la menor idea. Y esto no es sorprendente, ya que Andújar es, en realidad, especialmente atrasada. No existía antes de febrero ni siquiera un grupo UGT y los *braceros*, los trabajadores agrícolas, estaban completamente desorganizados. Naturalmente que el embrionario grupo UGT formado desde entonces es ahora incapaz de enfrentarse a una tarea de tal magnitud como la administración de grandes propiedades y este problema *nolens volens* permanece en manos del *ayuntamiento*. Sin embargo este cuerpo, como demuestra un fatigoso examen de sus miembros, no está llevando a cabo ninguna innovación; se limita a mantener el régimen prevaleciente antes de la guerra civil, más bien el del pasado siglo. Naturalmente que se ha apoderado de los almacenes y del dinero de los terratenientes ejecutados, expropiando de un golpe, gracias a esta medida, no menos de dos millones de pesetas. Provisto de este capital, emplea a los mismos *braceros* que el antiguo terrateniente, en las mismas fincas, durante las mismas inacabables horas de trabajo, pagando los mismos salarios de hambre. Es difícil decir si el *ayuntamiento* estará o no a la altura de su nueva tarea de administración de los olivares; faltan todavía tres meses para que llegue la época de la cosecha. En cuanto a la de trigo, esta ha sido demorada considerablemente por la guerra civil pero, se nos dice, progresa ahora rápidamente. La actitud de los *braceros* puede ser definida más fácilmente. Nada ha cambiado en sus condiciones de vida y, por lo tanto, tampoco nada ha cambiado en su actitud. La actual inmutabilidad de las cosas contrasta violentamente con el aparente cambio oficial. Formalmente, el *ayuntamiento* ha perdido su poder y ha sido reemplazado por un «comité», que se supone sea representante directo de los *braceros*. Este comité se ha apoderado de las grandes propiedades agrícolas y en todo y para todo estas pertenecen a los *braceros*. Claro que estos no hacen el menor caso a esta ficción. Se les sigue ordenando como antes y

se les paga lo mismo; luchan contra la nueva administración de las fincas igual que luchaban contra la anterior. Y un miembro del comité, después de algunas dudas, admite que lo único que interesa por el momento a los *braceros* es el pago de sus salarios atrasados de julio y agosto (las primeras semanas caóticas de la guerra civil) que se llegaron a convertir en sumas para ellos importantes. Y, me explican, discuten y gruñen por cada céntimo. De modo completamente lógico, los *braceros* continúan tratando estas fincas como si no fuesen suyas, como tierra sobre la cual son explotados; quieren sacarle a la administración todo lo que puedan, por poco que sea.

Los hechos sorprenden todavía más, ya que no se culpa de este estado de cosas a nadie en particular. El *alcalde*, a pesar de su falta de años y madurez, es un tipo espléndido, despejado, enérgico, cortés y listo. Algunos miembros de la administración local no son andaluces, sino gente del norte de España, exentos de la proverbial vaguedad e inseguridad del andaluz. El pueblo está en orden (la iglesia no ha sido quemada; se la utiliza para asuntos gubernamentales, al igual que en la mayoría de los *pueblos* de la provincia de Jaén) y es evidente que a la administración no le falta entusiasmo. La lucha no ha sido tampoco menos apasionada o más corta que en otros lugares; lejos de eso. La guardia civil se alzó y fue expulsada del *pueblo*, pero se retiró hasta un castillo a unas millas de Andújar, donde siguen resistiendo hasta hoy. Nos dicen que existe otro punto similar en la sierra Morena, todavía más peligroso pues desde su refugio la guardia civil ataca ocasionalmente la carretera principal en busca de comida, matando a la milicia que captura en los camiones. En todo este distrito tuvieron lugar grandes batallas antes de lograr dominar a la guardia civil rebelde. Al otro lado del frente, en la zona franquista comprendida entre Córdoba y Sevilla, sucede al revés. Allí se rebelan los campesinos y los insurgentes se ven obligados a dominar las aldeas una a una, aun las que están situadas sobre la carretera principal, no habiendo terminado todavía esta tarea.

Llegamos por la tarde a la línea del frente, en Villafranca. Durante el viaje no ocurrió nada digno de atención. Las tropas estaban compuestas por la misma multitud diversa que había podido observar en Talavera, solo que esta vez prevalecía el elemento andaluz y no el valenciano. El frente estaba completamente tranquilo. Lo único que se mencionaba continuamente eran los bombardeos aéreos, desde Andújar en adelante; la carretera principal había sido dañada en varios lugares por las bombas y se procedía a reparaciones apresuradas. Unos pocos días antes de nuestra visita, una periodista socialista francesa, Renée Lafont, cruzó inadvertidamente las líneas insurgentes en este mismo punto; dispararon al auto desde una emboscada, la hirieron y fue luego capturada por voluntarios fascistas^[8].

Pasamos la noche en Montoro, cuartel general del frente de Córdoba. A eso de la medianoche, me despertaron varias fuertes detonaciones. Me apresuré a bajar y encontré, para sorpresa mía, al posadero de nuestra *fonda* conversando

tranquilamente con unos amigos. Cuando le pregunté acerca de las detonaciones, me respondió sonriendo y tratando de calmarme:

—Son solo tiros de gracia.

Habían sido las cuatro descargas de una ejecución en masa, llevada a cabo un poco más allá de la pequeña ciudad; el sonido parecía ser algo tan corriente como para que nadie le prestase atención. Si la transformación revolucionaria de la sociedad es bastante leve en esta ciudad, la guerra civil ha sido en cambio más cruel que en cualquier otro lugar.

5 de septiembre

Supimos en los cuarteles generales de Montoro que el ala norte del ejército del gobierno atacaría Córdoba a la mañana siguiente, a partir de la aldea de Cerro Muriano, y allá fuimos, atravesando el distrito minero de Peñarroya. Las minas han detenido su trabajo en varias ocasiones, una vez en 1930 a principios de la crisis económica mundial, otra cuando la revolución de 1931; a partir de febrero, habían estado abriendo y cerrando, tanto por razones económicas como políticas y esto había continuado después del comienzo de la guerra civil, cuando se hizo evidente que invertir dinero en minas cuyo seguro destino era la expropiación, resultaba un negocio poco provechoso. Algo así como la mitad de las minas pertenecía a españoles y la otra mitad a diversos consorcios extranjeros. Producen principalmente plomo, bismuto y cobre y en consecuencia parte de su producto sería de gran utilidad a la industria de armamentos. Pero no se hace el menor esfuerzo por ponerlas de nuevo en marcha, ni de parte de los mineros ni de parte de la administración estatal. La guerra civil ha sido sin embargo muy amarga en este distrito. Desde siempre había tenido lugar una lucha inextinguible entre la guardia civil por un lado y los mineros y *braceros* por otra. Y la guerra civil dio a ambos contendientes la oportunidad de saciar sus deseos de venganza. En Pozoblanco, por ejemplo, un *pueblo* de unos 20 000 o 25 000 habitantes, la guardia civil se rebeló el primer día de la guerra civil, apoyada por algunos ricos que vivían en este remoto rincón. Tenían más y mejores armas que los mineros y por ello habían logrado tomar el control del *pueblo*; pero los mineros, en lugar de someterse, rodearon su propio *pueblo* y ayudados por las armas enviadas por el gobierno, establecieron un sitio que duró cuatro semanas hasta que se venció por hambre a la guardia civil y se la obligó a rendirse; fueron ejecutados todos, alrededor de 170. Como represalia, el pueblo sufrió tres bombardeos aéreos en los siguientes cuatro días y unas dos personas murieron; Pozoblanco no las lamenta; se libró de la guardia civil. La policía ordinaria continúa trabajando, como en el resto

de Andalucía. Esta tragedia y todas sus etapas, es típica de muchos pueblos del oriente andaluz.

Era más o menos la una de la tarde cuando llegamos al cuartel general del sector norte del frente de Córdoba y se nos recibió en un hospital, un sanatorio muy agradable. El Estado Mayor era menos agradable. He podido observar numerosos cuerpos de oficiales de diferentes grados de competencia y amabilidad, desde muy buenos (a partir de los niveles existentes) hasta otros menos satisfactorios, pero nunca nada como esto. Lo primero que supimos fue que el ataque había fracasado; era el enemigo quien atacaba con violencia desde las seis de la mañana. La coincidencia de que el enemigo atacara solo unas horas antes de ser lanzado el ataque del gobierno era sorprendente, pero los oficiales no parecían tomar esto en consideración. Tampoco les preocupaba el fracaso de la operación ni, realmente, la guerra misma. Mientras a unas pocas millas estaba teniendo lugar un ataque violento contra una posición importante (las cosas no se estaban desarrollando a favor del gobierno), el equipo del hospital, los oficiales del ejército, los médicos, las enfermeras (de calidad más que dudosa) estaban sentados tranquilamente, ocupados en consumir un buen almuerzo, charlando, coqueteando, contando historias indecentes y sin preocuparse para nada de su deber, sin tratar siquiera de establecer contacto con las líneas desde hacía muchas horas; los heridos, traídos cada cierto tiempo, eran descuidados por las enfermeras del modo más desvergonzado y repugnante. Finalmente, a eso de las tres, después de haber tenido que sufrir la rigurosa prueba de soportar lo que aquella gente creía ser un buen comportamiento, continuamos nuestro camino hacia el frente, hasta la pequeña aldea de Cerro Muriano.

Llegamos allí a las tres y media y nos encontramos con una debacle. Un poco más allá de la aldea se alzaba una pequeña altura boscosa, desde la cual venían, ocasionalmente, tiros de ametralladora y fusil. El bosque ardía al lado derecho de la aldea, a causa del cañoneo de la mañana. Era evidente que la lucha no era violenta en el momento de nuestra llegada. Pero fuimos testigos de una escena como solo la conocía gracias a las historias que se me habían narrado de la guerra de los Treinta años, aunque es probable que hayan ocurrido cosas similares durante la Gran guerra. Todo el pueblo huía: hombres, mujeres y niños; a pie, en burro, en autos y camiones. Estos últimos se habían agrupado a la entrada de la aldea situada del lado opuesto al frente y recogían a la tropa, además de balas y comida para el transporte. Estos autos y camiones eran simplemente invadidos por los habitantes, muy pocos de los cuales sabían conducir; si sabían, se llevaban los vehículos; si no, ordenaban al chófer a punta de fusil que desobedeciese las ordenes, abandonase el campo de batalla y se llevase a los fugitivos. Todo esto, naturalmente, sucedía en medio del mayor desconcierto. Las mujeres llevando sus niños en brazos y su ganado al extremo de una soga; ellas sollozando, los bebés llorando; los hombres intentando cargar en sus brazos y espaldas toda aquella pequeña parte de sus propiedades muebles que les

resultaba posible recoger, en medio de su prisa. En unos minutos, el pueblo quedó completamente abandonado. Muchos de los hombres que huían llevaban las iniciales CNT en sus gorras (Cerro Muriano está justo en la provincia de Córdoba, la cual es mucho más anarquista que Jaén) y llevaban sus fusiles con ellos, no para usarlos contra el enemigo, sino contra cualquiera que intentase detener su huida. Todos los centinelas de la aldea, la milicia campesina local, huían también y puede decirse que hasta guiaban aquella salvaje carrera hacia la retaguardia. Durante un momento, solamente nuestro auto de corresponsales de guerra avanzaba hacia el frente. Nos detuvimos, nuestro escolta y nuestro chófer se bajaron y sacaron sus revólveres. Unos cuantos desertores del ejército franquista, todos ellos antiguos miembros de la UGT o la CNT que, por azar, se encontraban en el pueblo en el momento del desastre, se unieron a nuestros escoltas. Detuvieron los autos y los camiones que huían, apuntaron sus revólveres a la cabeza de los chóferes y uniendo reproches e interjecciones a la amenaza de las armas, ordenaron detenerse a autos y camiones; las mujeres y los niños podían continuar hasta un lugar más seguro, pero todos los hombres excepto los chóferes debían quedarse y defender la aldea. ¿No era una vergüenza que hombres armados con buenos fusiles y portadores de la orgullosa insignia de la CNT, corriesen como cobardes?

—Los fusiles no sirven contra las bombas y los cañones —
respondían a gritos los fugitivos.

A veces la amenaza de los revólveres, más cercanos e inmediatos que la batalla que se desarrollaba atrás, tenía éxito inmediato; algunos camiones se detenían, algunos hombres descendían. Pero en cuanto el pequeño grupo que había intentado restablecer la disciplina se alejaba unos pasos más allá, yendo hasta el camión inmediato o al siguiente, los hombres montaban de nuevo y se alejaban a toda prisa.

Solo horas después pude conocer con exactitud lo sucedido; la aldea había sido bombardeada durante toda la mañana desde el aire y a veces también con fuego de artillería; luego había tenido lugar la acostumbrada pausa de la hora de la siesta, entre una y tres y media, ritual observado por ambas partes durante toda la guerra civil española; nuestra llegada había tenido lugar en el momento justo en que el bombardeo volvía a comenzar y los extenuados nervios de los habitantes no pudieron soportarlo más. Cuando entramos al pueblo, su aspecto era desolador; todas las casas estaban desiertas; la mayoría de las puertas, cerradas con llave; gatos, perros y puercos vagaban sin rumbo por calles y patios. Pero la línea del frente, al revés de lo sucedido a los que cuidaban la aldea, permanecía incommovible. El pueblo había sufrido muy poco a pesar del pánico; nada estaba destruido o ardiendo.

El flanco izquierdo de Cerro Muriano está protegido por un depósito de ferrocarriles, lo cual demostró ser una valiosa protección. Una bala llegaba de vez en cuando hasta las calles pero, en general, podíamos continuar hasta el frente sin ser

molestados. Directamente tras él, junto a la otra entrada de la aldea, una especie de barraca, utilizada posiblemente en épocas normales como alojamiento para el personal ferroviario, había sido ahora transformada en dispensario de la Cruz Roja. Nos detuvimos allí. Habían tenido pocas bajas. La columna que luchaba justo delante de nosotros estaba compuesta del acostumbrado número de personas, unos trescientos a cuatrocientos hombres. Menos de diez heridos habían sido trasladados al hospital donde habíamos estado y ahora no más de diez hombres eran atendidos en el dispensario de la Cruz Roja. Veinte bajas, o sea del 5 al 7 % del total de los efectivos, incluyendo bajas de todo tipo, de los más leves heridos en adelante; lo cual es sin duda una lista reducida después de más de siete horas de lucha; había tres o cuatro muertos. El pánico se hacía cada vez más ininteligible. Observé mientras tanto la actividad desplegada en el dispensario. Era curioso ver como todos los milicianos tratados tenían exactamente la misma actitud; no importaba si eran traídos bajo el efecto de un simple choque nervioso (como era frecuentemente el caso) o con heridas peligrosas; para ellos, todo había terminado; se daban a sí mismos por muertos o, más bien, se hacían los muertos. Los dos médicos, rápidos y eficientes, comenzaban cada nuevo caso con la misma pregunta: ¿qué ha sucedido al herido?, pero ni una sola vez obtuvieron respuesta; debían descubrirlo ellos mismos, desvestir al paciente y buscar las heridas. De pronto hubo una gran explosión enormemente cerca de nosotros. Una bomba había caído a unos metros del dispensario de la Cruz Roja, sobre el cual estaba izada una bandera identificativa, la cual era imposible de no ver. Al momento siguiente, todos los hombres estaban ya tirados boca abajo contra el suelo y solo quedábamos de pie los tres periodistas (naturalmente que no se gana nada con ponerse a cubierto de las bombas *dentro de un edificio*, pero el entrenamiento había hecho ya su efecto en estos milicianos, creándoles reacciones instintivas). Los heridos no se movieron, pero una enfermera comenzó a sollozar histéricamente. El comportamiento de los médicos, contrastando con el observado hacía poco en el hospital, fue brillante; no interrumpieron ni por un momento el cumplimiento de sus deberes; no era el mismo tipo de médico que habíamos dejado en el cuartel general. El bombardero enemigo, después de dejar caer varias bombas más en la aldea, se alejó para volver unos minutos después. Intenté llegar mientras tanto a la línea del frente, pero ahora el fuego de artillería era demasiado cerrado como para permitir el paso. Decidí ponerme a cubierto en un túnel bajo el depósito ferroviario. Descubrí, muy sorprendido, que las bombas lanzadas por el enemigo no servían para nada. Habían hecho huecos de solo varias pulgadas de profundidad; tales bombas eran evidentemente inofensivas, a no ser que tocasen directamente. Permanecí a la entrada del túnel y vi estallar una bomba a unos metros; me echó hacia atrás, pero nada más sucedió. Mucho más peligroso era el fuego de las ametralladoras. Este estaba tomando un giro decididamente desagradable. Primero había venido solo del frente, pero ahora se acercaba claramente por la izquierda, al otro lado de la vía del ferrocarril; unos cuantos tiradores moros habían logrado dar vuelta al flanco de las

líneas gubernamentales sin encontrar oposición. En cualquier momento podrían entrar a la aldea.

Las cosas se fueron poniendo cada vez más difíciles. Si los moros nos atrapaban en nuestro refugio bajo el depósito ferroviario, habría muy pocas oportunidades de explicar que éramos neutrales; nos matarían inmediatamente. Por lo tanto, aunque fuese peligroso, teníamos que abandonarlo, salir a campo abierto y abandonar la aldea tan pronto como fuese posible. Pero una cosa era decirlo y otra hacerlo. Tuvimos suerte al principio y salimos aprovechando un respiro en el fuego de artillería y ametralladoras. Encontré en la carretera principal a un capitán con varios hombres, el cual examinó nuestros papeles con admirable calma y cortesía; fue él el único oficial que se comportó con firmeza ese día y supe por la noche que había devuelto el orden y la confianza al frente, logrando evitar la catástrofe. Muy pronto, sin embargo, se reanudó el fuego de ametralladoras, esta vez desde muy cerca, a pesar de no poder verse a los moros, parapetados al otro lado del depósito; era además un fuego cruzado, ya que a un lado estaban los moros y la línea principal de los insurgentes disparaba desde el opuesto contra el ala derecha de la aldea. Nos deslizábamos de una casa a la siguiente, aprovechando las ocasionales pausas en el tiroteo. Mientras tanto, el bombardeo continuaba sin vacilaciones. Había ahora dos aviones enemigos, relevándose en el bombardeo de la aldea; no se enfrentaban a ninguna oposición. Durante el almuerzo se había mencionado el hecho de que aviones del gobierno vendrían a tomar parte en la lucha, pero ninguno apareció. Las bombas eran ridículamente ineficaces; alrededor del 50 % no estallaba y el resto causaba muy pocos daños; no ardía una sola de las cabañas que formaban esta miserable aldea cuando el bombardeo cesó, cerca ya del anochecer. Pero el simple hecho de permanecer bajo un continuo bombardeo aéreo durante cerca de tres horas, sin protección y sin fuerza aérea que se oponga a los aviones, destruye los nervios. Logramos finalmente salir del pueblo. A unos cientos de metros se encontraba un cierto número de autos y camiones los cuales, después de haber evacuado al pueblo, habían vuelto. Pero ahora se repetían las escenas de huida de la tarde, solo que esta vez no eran los aldeanos sino la milicia del frente quien se alejaba, individualmente o en pequeños grupos, obligando a los vehículos a que los trasladasen. Era una escena de completo desorden. Los oficiales, decían los hombres, habían sido los primeros en huir; ¿por qué ellos se iban a quedar? Un hombre entró a nuestro auto y cuando le pregunté qué buscaba en la retaguardia, contestó:

—Escapar.

Tuvimos que buscar refugio de nuevo, esta vez en un pequeño túnel que pasaba por debajo de la carretera, sin poder escapar en nuestro automóvil. El bombardeo era demasiado cerrado y demasiado cercano como para permitirnos correr el riesgo de subir al auto. Nuestro chófer y nuestro escolta se habían portado admirablemente,

yendo a buscarnos en medio de la aldea bombardeada y ametrallada. El auto de otros periodistas había huido ignominiosamente. Las mismas diferencias existían entre las diversas pequeñas unidades de la milicia. Mientras las tropas de Jaén y Valencia huían ante nuestros ojos, llegó un pequeño grupo de milicianos de Alcoy, viejo centro revolucionario de la provincia de Murcia. Soportaron el bombardeo (que, repito, no causó en realidad daños) con la más orgullosa despreocupación y gallardía; había en el grupo dos muchachas, más valientes todavía que los hombres. Faltaba, sin embargo, la disciplina, hasta un punto realmente increíble. El túnel donde nos habíamos refugiado estaba lejos de haber sido construido a prueba de bombas; resultaba cuando más un escondite aceptable. Pero se convirtió también en inútil, ya que cada vez que el bombardeo se detenía, aunque solo fuese por un segundo, los milicianos de Alcoy salían del refugio a ver los aviones enemigos. Volvimos finalmente sanos y salvos al cuartel general, donde todos seguían tan faltos de interés como al mediodía.

Esta experiencia directa de la batalla me brindó la posibilidad de hacer unas cuantas observaciones generales. El enemigo no se había visto obligado a soportar un bombardeo sin oposición y no tengo medios de juzgar cómo será el comportamiento de los moros en tales circunstancias. Pero no hay duda de que son mejores soldados que la milicia; no solo más valientes, sino más rápidos en sus movimientos y en aprovechar sus ventajas; esto se hizo evidente durante su maniobra por el flanco. Sin embargo, sus capacidades en este aspecto parecen ser muy limitadas. No existe razón alguna concebible que explique su fracaso final en invadir y tomar la aldea, donde no hubiesen encontrado la menor resistencia. Tal ataque los hubiese traído a la retaguardia de las líneas gubernamentales y no solo les habría dado la victoria de ese día y brindado la oportunidad de capturar a toda una columna, sino que hubiese significado un golpe demoledor, asestado a todo el frente de Córdoba. Sin embargo no solamente ellos, sino también los aviones, detuvieron toda acción a las seis y media; pensaron probablemente que bastaba para un día de trabajo, que se acercaba la noche y era suficiente por el momento. El bombardeo era además completamente incompetente. Me pregunto dónde puede haber sido fabricado el increíble material utilizado en esta ocasión. El ataque consistió en dejar caer bombas desde gran altura, sin ninguna observación previa. En fin, que toda la acción de los insurgentes consistió ese día en una farsa y ni siquiera fue esta sanguinaria.

Pero era peor del lado del gobierno. Es difícil encontrar palabras apropiadas con que calificar la conducta del Estado Mayor. A los oficiales situados en el frente les faltaba hasta el coraje más elemental. Los centinelas del pueblo habían huido; la milicia también, en cuanto las cosas se pusieron desagradables. Algunos de los rasgos desastrosos del combate de que pude ser testigo se debían sin duda a la incompetencia del alto mando; y tal grado de incompetencia y falta de responsabilidad deben de ser sin duda excepcionales. Debe de haber sin embargo

muchos altos oficiales de inferior calidad entre las fuerzas del gobierno. Y aunque los oficiales se comporten de mejor manera que en Cerro Muriano, la milicia sigue poseyendo desastrosas particularidades. No puede soportar el impacto de las armas modernas, de las incursiones aéreas o de los cañones, aunque sean estas piezas de artillería pequeñas. Y no concibe que una posición no debe ser abandonada antes de que exista una orden expresa de los oficiales. Cuando la milicia huye, cada miliciano siente que el destino ha estado en su contra; no siente la menor culpa. Si esto no cambia, es seguro que los insurgentes ganarán la guerra. Reciben moderno material de guerra del extranjero. No es ni copioso ni de buena calidad, pero parece ser suficiente como para enfrentarse con la milicia. A pesar de que un buen entrenamiento haría a la milicia más apta para la lucha, la disciplina es todavía más importante. Después de ver Cerro Muriano, estoy dispuesto a creer las historias que corren acerca de Oropesa y Talavera, donde se cuenta que la milicia huyó; no después de dura lucha, sino en cuanto comenzaron el fuego de artillería y el bombardeo. Esto contrasta claramente con el innegable heroísmo que deben de haber demostrado en las luchas callejeras de Madrid y Barcelona. Pero no hay que olvidar que para la mentalidad española parece haber un mundo de diferencia entre la lucha en la propia calle y el enfrentarse al enemigo a campo abierto.

6 de septiembre

Pasamos la noche en Pozoblanco junto con varios periodistas españoles, los cuales estaban conscientes del desastroso resultado del día, a pesar de los elocuentes y optimistas telegramas que enviaron a sus periódicos. Uno de ellos llamó mi atención acerca del sector sur del frente de Córdoba, no por su interés militar, sino político y psicológico. Hice bien en seguir sus indicaciones. Por la tarde, después de un viaje largo y fatigoso, entramos en Castro del Río.

Castro, un *pueblo* andaluz típicamente populoso y maldito, es uno de los más viejos centros anarquistas de Andalucía. Su grupo CNT tiene ya veintiséis años de existencia y, desde la derrota de la guardia civil en Castro, los anarquistas son la única organización existente. El comienzo de la revolución en Castro fue muy similar al de Pozoblanco: revuelta de la guardia civil unida a los caciques y los ricos en contra de la República; primero exitosa, dando lugar después al sitio de la aldea por sus propios habitantes, asedio de la guardia, rendición de esta y finalmente, su matanza total. Los insurgentes, cuyas líneas principales corren a unas millas de la aldea, la han atacado desde entonces dos veces sin éxito. Todas las entradas estaban fuertemente custodiadas y cerradas por barreras, con capacidad técnica bastante fuera de lo común. Esto había dado tiempo a los anarquistas locales de introducir su edén

anarquista el cual, en más de un aspecto, se parece bastante al introducido por los anabaptistas en Münster en 1534.

El punto más notable del régimen anarquista en Castro es la abolición del dinero. El intercambio monetario ha sido suprimido; la producción ha sufrido muy pocos cambios. Las tierras de Castro pertenecían a tres de los más grandes magnates españoles, todos ellos ausentes, por supuesto; han sido ahora expropiadas. El *ayuntamiento* local no se ha fundido con el comité, como en el resto de Andalucía, sino que ha sido disuelto; el comité ha tomado su lugar y ha creado una especie de sistema soviético. Se ha apoderado de las tierras y las administra. Estas no han sido integradas, sino que se las sigue trabajando por separado, contando cada una con los mismos obreros empleados antes en ellas. Los salarios han sido suprimidos, por supuesto. Sería incorrecto decir que han sido sustituidos por una paga en especie. No existe paga de ninguna clase; las tiendas de las aldeas alimentan directamente a los habitantes.

Organizados bajo este sistema, el aprovisionamiento de la aldea es de la peor clase; podría aventurarme a decir que es más pobre de lo que pueda haber sido jamás antes, aun teniendo en cuenta las desgraciadas condiciones en que los *braceros* andaluces se ven obligados a vivir. El *pueblo* tiene la suerte de cultivar no solo aceitunas, como sucede con muchos otros *pueblos* parecidos, sino también trigo; así que al menos hay pan. Posee además grandes rebaños de ovejas, expropiados junto con las fincas, y esto brinda alguna carne. Y todavía cuentan con una tienda de cigarrillos. Eso es todo. En vano intenté obtener alguna bebida, fuese esta café, vino o limonada. La taberna de la aldea había sido cerrada, ya que se la consideraba un comercio nefasto. Di un vistazo a las tiendas. Sus depósitos eran tan reducidos, que podía predecirse una próxima hambruna. Pero los habitantes parecían estar orgullosos de este estado de cosas. Estaban complacidos, como ellos mismos nos dijeron, de que hubiese cesado el consumo de café; contemplaban esta abolición de cosas inútiles como una mejora moral. Las pocas comodidades que necesitaban venidas de fuera, principalmente ropa, esperaban obtenerlas gracias al trueque directo de sus excedentes de aceitunas (para lo cual, sin embargo, ningún arreglo había sido concertado). Su odio a las clases superiores era mucho más moral que económico. No querían tener acceso a la buena vida de aquellos a quienes habían expropiado, sino liberarse de sus lujos, que a sus ojos eran otros tantos vicios. Su concepto del nuevo orden que debía prevalecer era totalmente ascético.

7 de septiembre

Pasamos la noche en Andújar y luego volvimos en auto hacia Madrid a toda prisa. Durante los últimos días, todas las noticias del frente habían sido pésimas, aun vistas

a través de la óptica distorsionada de los diarios oficiales. Ayer eran tan intranquilizantes que decidimos abandonar nuestros planes de visitar Málaga y volver. Largo Caballero ha tomado en sus manos el gobierno; quizás sea capaz de provocar un cambio radical en la organización de la guerra y del gobierno, primera condición de éxito para su causa.

Poco sucedió en nuestro apresurado viaje.

A todo lo largo de la carretera nos vamos tropezando con fugitivos; grandes grupos de estos han llegado a diversos lugares de La Mancha; como era de esperar, han esparcido la inquietud; pero se les ha recibido con las mayores muestras de hospitalidad.

Almorzábamos en una *fonda* de La Mancha, cuando de pronto entró un hombre cargado con un objeto; vi que se trataba de una bomba. Era, según explicó a los emocionados espectadores, una entre cientos de bombas que habían sido dejadas caer la noche anterior sobre el cruce ferroviario de Aranjuez, sin causar efecto alguno. La había transportado en su automóvil más de cien millas, con el fin de traerla (¡una bomba sin estallar!) a casa como recuerdo. Y esta bomba era tan parecida a un juguete, que ni siquiera el trato que él le había dado la había hecho estallar.

MADRID

8-11 de septiembre

La mayor parte de este tiempo fue dedicada a la obtención de documentos que me permitieran abandonar España y al establecimiento de contactos para mi próxima visita. El aspecto de la ciudad ha cambiado poco. Continúa reinando la misma alegría despreocupada, a pesar de que las dificultades de aprovisionamiento aumentan; la comida comienza ya a escasear en los restaurantes. Pero de noche, en cambio, la ciudad es otra. Las luces están apagadas; solo quedan unos pocos faroles del alumbrado público, algunos tranvías y autos, todos con luces azules. A la entrada de innumerables inmuebles se han colocado avisos, indicando que pueden ser utilizados como refugios antiaéreos. Los carteles describen las primeras medidas a tomar en caso de ataque con gases. A la población no parece importarle. Durante muchos días no ha tenido lugar una sola incursión aérea a causa en parte, según parece, de que el último intento fue descubierto casi desde el primer momento por los aviones del gobierno y fracasó completamente.

Círculos bien informados están menos despreocupados. Saben demasiado bien que los insurgentes se acercan rápidamente a Madrid; que el pánico de la milicia es incalculable y que Franco puede atacar Madrid en cualquier momento. Quedarse o no quedarse, esa es la cuestión discutida por todos los periodistas y observadores extranjeros. Mientras tanto, Largo Caballero ha adoptado sus primeras medidas, siendo la principal la creación de un Estado Mayor unificado. El optimismo oficial, tan molesto durante el viejo gobierno, continúa. Sin contar todavía con ningún logro, el gobierno de Largo Caballero es saludado por toda la prensa como el «gobierno de la Victoria»; con el fin de convertir los hechos desagradables en agradables, ha comenzado su carrera de propaganda lanzando la noticia de la toma de Huesca, lo cual es evidentemente falso. Pero al menos parece que el nuevo gobierno está dispuesto a ser más enérgico que el anterior.

12 de septiembre

Viaje de Madrid a Barcelona, enteramente desprovisto de interés.

13 y 14 de septiembre

Dos días en Barcelona. Si se la compara con el mes de agosto, la ciudad está vacía y tranquila. La fiebre revolucionaria está desvaneciéndose. Mucha gente que conocí en agosto se ha ido al frente. El elemento dominante en Las Ramblas es, en este momento, la milicia que ha regresado de la expedición de Mallorca; la decisión de abandonar esta desdichada empresa es otra medida de reorganización del nuevo gabinete. Durante el último día de mi estancia en Madrid, vi entrar allí a algunas de las tropas catalanas empleadas en esta expedición. Eran contempladas por la multitud en Alcalá, la cual apenas podía creer que catalanes de verdad hubiesen venido a ayudar en la defensa de Madrid; cuando al oírlos hablar, comprobaron su identidad de catalanes, se oyeron gritos aislados de «Viva Cataluña»; resultaba tan curioso, comparado con la amarga lucha que había tenido lugar antes entre Castilla y Cataluña, que resultaba casi increíble. Estos catalanes habían atravesado semanas de duros combates en Mallorca, habían disfrutado de un corto periodo de descanso, para venir luego directamente a Madrid, donde entraron en espléndida formación, brindando un aspecto mucho más impresionante que cualquiera de las columnas que había visto en Extremadura o Andalucía. Encontraba ahora en Barcelona al resto de la fuerza expedicionaria de Mallorca, la cual debía partir hacia Madrid a los pocos días; su ansiedad de volver a luchar, después de una primera campaña completamente desdichada, era en realidad admirable. Hay fuerzas de la revolución española que

solo acaban de comenzar a hacerse sentir. Cuanto mayores sean los peligros, mayor será la terquedad de su resistencia. La victoria puede resultarle a Franco más difícil de lo que parece a partir del actual estado de cosas. Por el momento, sin embargo, la posición del gobierno es desastrosa; a pesar de que ningún periódico da la noticia, me entero extraoficialmente de la caída de San Sebastián.

15 de septiembre

Salgo de España por Port Bou.

El segundo viaje

Cuando regresé a España, a mediados de enero de 1937, la situación había variado considerablemente en muchos aspectos. Uno de los cambios concernía a las facilidades brindadas a los periodistas. El permiso de viajar libremente y visitar todos los rincones del país se había convertido en privilegio otorgado solo a aquellos periodistas de cuya absoluta lealtad a un partido se estaba convencido. En cuanto a mí se refiere, y por razones que serán explicadas en las siguientes páginas, tropecé en el curso de mi trabajo con un número de dificultades superior a lo normal. La presentación de mis observaciones diarias no sería, por lo tanto, interesante. El método de reproducción directa de mis notas tuvo que ser abandonado.

Por otra parte, me resultaba ahora más fácil que antes el tener una clara idea de los problemas políticos generales, en parte porque había logrado establecer más contactos, en parte porque conocía mejor la situación y en parte porque la guerra civil, al prolongarse, brindaba ahora mayores posibilidades de generalización. Fue por esto por lo que decidí, tras una estancia de varios días en España, no intentar de nuevo el estudio de los hechos en su diversidad regional, sino concentrarme más bien en el estudio de los problemas políticos fundamentales. El reportaje que sigue contiene los resultados de este análisis, sin que a causa de esto hayan sido omitidas las observaciones que fui capaz de hacer en el lugar.

El texto ha sido escrito a lo largo del viaje mismo y lo sigue paso a paso en sus observaciones y estudios. La sección que concierne a Cataluña fue terminada pocos días después de mi llegada a Valencia; la que se refiere a Málaga, inmediatamente después de mi retorno de este lugar y el resto, pocos días después de mi vuelta de España. Sigue siendo el relato de un testigo ocular, escrito a partir de la impresión directa producida por los hechos mismos.

Es por eso que creo equivocado el introducir, influido por los hechos de semanas recientes, cambio alguno en este reportaje. El periodo de enero y febrero, durante el cual tuve la posibilidad de ser testigo directo de los hechos, es solo una etapa en el curso de la guerra civil española y no tiene en sí más peso que cualquier otra, previa o posterior. Resultó ser un momento desastroso, cuya culminación política se centró alrededor de una crisis gubernamental a la cual no se veía salida, la destitución del general Kleber y la destitución de Rosenberg y en cuanto a cuestiones militares se refiere, la catástrofe de Málaga, y la derrota del Jarama. Las observaciones contenidas en este reportaje de mi segundo viaje se refieren a esta etapa y no a la guerra civil en general la cual, evidentemente, ha entrado en una nueva etapa a partir de la batalla de Guadalajara. Este último periodo intento discutirlo en un apéndice, en la medida en

que es esto posible a partir de la limitada información que puede obtenerse desde el extranjero.

Pero si bien las cosas han tomado desde mediados de marzo un curso más favorable para el campo republicano, tanto en asuntos militares como políticos, esto no debe llevarnos a la conclusión de que la historia de los meses de desastre carezca de importancia. Cada etapa del desarrollo histórico deja una huella profunda en los hechos que la siguen. La victoria de los trabajadores en las calles de Madrid y Barcelona, acaecida en los primeros días, inició un proceso de revolución social que continuó influyendo profundamente en los hechos posteriores aun después de haber terminado; la nacionalización de la industria en Cataluña es solo uno de sus efectos más importantes. Las derrotas de septiembre y octubre forzaron a los antifascistas españoles a pedir la ayuda rusa y como consecuencia, se vieron obligados a ceder a la presión política rusa; el primer periodo de derrotas ha terminado pero sus consecuencias, como describe el presente reportaje, han cambiado y continúan cambiando todo el curso de la guerra civil, tanto en materia política como militar. El periodo de reacción política, tendencias «totalitarias» y continuas derrotas militares, que duró a todo lo largo de enero y febrero, dejará también su marca en el desarrollo futuro de los hechos. Los desastres militares han quedado atrás por el momento, pero la emersión de tendencias totalitarias permanecerá; el hecho de que las armas del gobierno republicano actual conquisten la victoria o conozcan la derrota dependerá más, a partir de ahora, de la capacidad de una maquinaria administrativa y militar que del alzamiento espontáneo de un pueblo armado. Esto también determinará el destino de España. Nada se pierde en el curso de la historia y toda acción, toda política, encuentra recompensa adecuada en eventos posteriores, naturalmente que no en un sentido moral, sino político. Es por tanto deber del historiador descubrir, lo mejor que pueda, la forma particular adoptada por los acontecimientos en medio de situaciones concretas. Por esto he dejado mi descripción tal cual, en lugar de entretenerme en preparar *vaticinia ex evento*.

OTRA VEZ BARCELONA

Mi segundo viaje a España tuvo algo en común con el primero, por lo menos en un aspecto: los rumores. Tanto amigos como conocidos habían descrito el cruce de frontera tan lleno de circunstancias terribles como la primera vez. Se decía que las autoridades francesas pondrían todo tipo de obstáculos a los viajeros y que los comités españoles, del otro lado de la frontera, someterían a todo extranjero a un desagradable y humillante registro. Nada de esto sucedió. El cruce fue todavía más fácil que la primera vez. En cuanto a las autoridades francesas, estas se limitaron a solicitar la firma de todo pasajero al pie de un documento en el que este declaraba

cruzar la frontera a su propio riesgo, renunciando de antemano a plantear cualquier demanda de responsabilidades a la compañía ferroviaria en caso de accidente. El túnel fronterizo entre Cerbere y Port-Bou había sido bombardeado con frecuencia, aunque sin mucho éxito, por el crucero insurgente *Canarias*. Crucé sin embargo en un momento de calma, ya que un barco de guerra gubernamental estaba estacionado cerca de la frontera e impedía cualquier nuevo intento de ataque naval.

El tren estaba repleto de un convoy de voluntarios de las brigadas internacionales, la mayoría de ellos venidos del otro lado del Atlántico: canadienses, norteamericanos, cubanos, mejicanos, filipinos; una multitud bastante heterogénea. Se les había provisto con abrigo y botas y, a juzgar por sus físicos, ninguno de ellos había estado desempleado durante mucho tiempo antes de alistarse. Abundaba sobre todo el tipo aventurero: hombres en busca de la emoción de la lucha. Algunos de ellos eran, evidentemente, espléndido material militar. Formaban una multitud alegre y más bien ruidosa y las distintas comidas servidas en las estaciones fueron recibidas con entusiasmo. Todos dejaron el tren en Perpignan. Un centro del Partido Comunista hacía allí una última selección de voluntarios antes de conducir estos a España. Dos días más tarde, este mismo grupo hizo su entrada en Barcelona, en medio de las calurosas aclamaciones de la multitud. Las autoridades francesas no habían puesto dificultades a su paso.

Esto en cuanto se refiere al lado francés de la frontera. El lado español demostró ser igualmente inofensivo. No tuvieron lugar registros, solo una investigación menor acerca de la importación de divisas extranjeras. El comité político continuaba existiendo, y al igual que en agosto se encargó de examinar y aprobar mis documentos. Pero en un intento de lograr mayor eficacia, sus oficiales estaban ahora en la estación. A diferencia de la vez anterior, parecía compuesto fundamentalmente de anarquistas, los cuales fueron conmigo amables y amistosos.

Igual que en agosto el tren, provisto de compartimentos de primera y de tercera y de un coche comedor, partió y llegó dentro de los horarios establecidos. Pero la atmósfera era diferente. Mientras en agosto las condiciones parecían ser perfectamente normales, ahora esto tenía el aspecto de un verdadero país en armas. A todo lo largo de la costa podían verse estacionadas las tropas, las cuales habían construido trincheras previendo un posible ataque desde el mar. Las trincheras, en cuanto fui capaz de juzgar, parecían ser de sobra suficientes en la eventualidad de un ataque de las fuerzas insurgentes, pero resultarían sin duda inútiles si tenían que detener el ataque de un ejército moderno. Las tropas eran completamente diferentes a la milicia que había conocido en agosto. Existía una clara distinción entre soldados y oficiales, estos últimos provistos de mejores uniformes y de galones. Las fuerzas de policía prerrevolucionarias, *asaltos* y guardia civil (ahora conocida con el nombre de «Guardia Nacional Republicana») resultaban bastante en evidencia. Los *asaltos* usaban de nuevo sus brillantes uniformes azul oscuro, sus gorras puntiagudas llenas

de cintas doradas. La guardia civil había sustituido sus viejos y teatrales sombreros negros de tres picos por modestas gorras verdes; ni esta ni los *asaltos* hacían el menor esfuerzo por lograr un aspecto proletario. El uniforme de los soldados no había sido todavía unificado, pero el estilo multicolor y Robin Hood de los milicianos había desaparecido completamente, haciéndose un obvio esfuerzo por lograr la uniformidad en el vestir. Muy pocos hombres seguían usando las iniciales de su partido en las gorras; la mayoría de ellos no llevaba ninguna insignia política. Y hasta un soldado anarquista que ocupaba mi mismo compartimento se refería al «ejército» en lugar de a la «milicia». El coche comedor estaba lleno de oficiales y pilotos; no creo que hubiese en él ningún soldado. Había mucho que beber, pero prácticamente ninguna comida.

Barcelona, al igual que en agosto, fue una sorpresa, pero en el sentido opuesto. Me había sentido entonces sobrecogido ante la velocidad con que se había revelado el carácter de la dictadura del proletariado. Esta vez el espectador se impresionaba ante la limpieza absoluta que se había hecho de todo indicio de esta misma dictadura. No más barricadas en las calles; no más autos cubiertos con iniciales revolucionarias, repletos de hombres de corbatas rojas, atravesando la ciudad a toda velocidad; no más trabajadores en ropas civiles con fusiles al hombro; se veían, por el contrario, muy pocos hombres armados y la mayoría de estos eran *asaltos* y guardias, con sus brillantes uniformes; no más hervor alrededor de los cuarteles generales de los partidos y no más grupos de autos detenidos frente a sus entradas; y las banderas rojas e inscripciones, tan llamativas en agosto, se habían desvanecido. No se veía ningún elemento «burgués» en las calles. Los ricos, si es que los había, no se mostraban en público. Pero Las Ramblas, la arteria principal de la vida popular en Barcelona, era ahora mucho menos claramente obrera que entonces. En agosto era peligroso usar sombrero; a nadie le importaba ahora hacerlo y las muchachas ya no dudaban en ponerse sus más lindos vestidos. Algunos de los más elegantes restaurantes y salones de baile habían vuelto a abrir y poseían una clientela. En resumen, aquello que se llama elemento pequeño burgués: comerciantes, tenderos, profesionales y gente por el estilo, no solo ha hecho su aparición, sino que deja una impresión profunda en la atmósfera general. Cuando en agosto me alojé en el Hotel Continental, yo era uno entre los pocos periodistas hospedados en medio de una numerosa milicia; pero ahora, el hotel había vuelto a asumir enteramente su aspecto prerrevolucionario. La milicia había sido trasladada, había que pagar las habitaciones, las cuales estaban llenas de huéspedes más o menos bien vestidos y, al menos en este hotel, los negocios parecían marchar de manera excelente.

No solo había disminuido el espíritu revolucionario; también la guerra había amainado. Fue en Valencia, en la que estuve unos pocos días después, donde un alto oficial del gobierno me dijo con alguna amargura:

—Pero los catalanes no están en guerra.

Este hombre tenía absoluta razón. En Barcelona hay ahora muy poco reclutamiento. Tropezamos con grupos de voluntarios extranjeros que van más al sur, atravesando Barcelona, pero durante la semana de mi estancia no vi uno solo que se dirigiese al frente aragonés. Y las noticias provenientes de este frente, que durante muchas semanas se ha estancado completamente, son esperadas con poca ansiedad. Como es natural en medio de estas condiciones, se ven en las calles pocos heridos o convalecientes.

Por otra parte, la ansiedad ante un posible ataque aéreo y aún más ante un ataque naval, crecía por momentos y muy pocos preparativos eficaces se estaban montando a fin de prevenirlos. Se decía que el constante bombardeo de Valencia había apresurado los preparativos. De todos modos, lo poco que se está haciendo resulta impresionante y como de costumbre, los catalanes demuestran su eficiencia en los empeños que realmente les preocupan. Se ha preparado un número considerable de refugios y por toda la ciudad las vidrieras de las tiendas han sido protegidas contra las sacudidas de las bombas, colocando por encima de todas ellas tiras de papel engomado. Siendo como son un pueblo mediterráneo de elevado sentido artístico, los barceloneses han dispuesto los papeles en las vidrieras de manera que forman lindos diseños, por lo que las tiendas, en lugar de haber sido afeadas, tienen ahora un aspecto todavía más atractivo que antes. Estando una tarde en el Tibidabo pude oír los pesados rugidos de los tiros de artillería, pero resultaron ser solo baterías antinavales realizando ejercicios. Dos días después, a las dos de la mañana, me despertó el mismo ruido, pero esta vez era de veras. Un crucero rebelde bombardeaba el puerto con poco éxito, según pudimos saber a la mañana siguiente. Pocos minutos después de sonar los primeros disparos, el agudo sonido de las sirenas despertó a toda la población. Fueron apagadas las luces durante treinta segundos a manera de aviso y tres minutos más tarde el apagón fue definitivo. Ya en este momento, todo aquel que lo hubiese deseado hubiese sido capaz de encontrar abrigo en uno de los refugios. El mío se encontraba dos pisos bajo tierra, bien provisto de luces y sillas. Unos minutos después de dar comienzo la alarma, llegó un centinela nocturno a ver si todo marchaba de acuerdo a las órdenes. Me sentí perfectamente protegido por tan eficaz organización.

Pero el gran problema de Barcelona no son las bombas, sino los alimentos. Y está irremisiblemente envuelto con los antagonismos políticos. Para comprenderlo, debemos decir algunas palabras acerca de la situación política.

El sistema político de Cataluña ha sufrido a partir de agosto un completo proceso de simplificación y unificación. Siguen existiendo todas las viejas organizaciones políticas, pero la mayoría de ellas ha perdido influencia y significado. En cuanto toca a las izquierdas, el POUM, partido de los trotskistas y semitrotskistas, está en

evidente decadencia. En el ala derecha, los pequeños grupos catalanes republicanos han perdido el poco significado que alguna vez hubiesen podido tener. La Esquerra, partido tradicional del nacionalismo radical catalán y única fuerza no obrera e importante de la actual Cataluña, continúa formalmente siendo cabeza del poder. Companys, presidente de Cataluña, y Tarradellas, su primer ministro, pertenecen ambos a la Esquerra. Pero el proceso de decadencia de esta, ya obvio en agosto, ha continuado; tiene actualmente en sus manos muy poco poder. Es en círculos ligados a la Esquerra donde pueden oírse todavía quejas acerca de la dominación creciente y opresiva de la CNT. Pero la Esquerra se engaña. La época en que los burgueses republicanos cedían terreno a los anarquistas ha terminado. La Esquerra está siendo gradualmente eliminada, pero no a favor de los anarquistas; a favor más bien del PSUC, el Partido Socialista Unificado de Cataluña. En realidad, quedan solo dos protagonistas en el escenario político catalán, los anarquistas y el PSUC. Y es el PSUC quien está evidentemente ganando terreno.

Debe recordarse que antes de la proclamación de la República en 1931, no existía otro movimiento obrero en Barcelona que no fuese la CNT, a pesar de albergar esta en su seno muchas opiniones políticas diferentes. Comorera, único socialista de viejo arraigo en Barcelona, era entonces no un líder, sino un individuo con casi ninguna influencia política. Los comunistas de Moscú no existían prácticamente, aunque un cierto número de elementos marxistas se había lanzado a la creación de lo que más tarde se convertiría en el POUM. Desde 1931 la UGT, central sindical socialista, había intentado repetidamente establecerse en Barcelona, contando con la ayuda del gobierno de Madrid, dentro del cual los socialistas ocupaban entonces una excelente posición. No habían fracasado del todo y los anarquistas se hicieron a sí mismos considerable daño con su política poco garantizada de no participación en la insurrección de 1934. Pero desde entonces los anarquistas habían cambiado de política, habían tomado parte esencial en el alzamiento de julio y *en fin de compte* habían ganado el control de casi todos los obreros manuales. Las fuerzas de la CNT y de la UGT eran casi parejas entre oficinistas, obreros ferroviarios y otros grupos similares y a causa de esto surgían agudos contrastes. Pero haciendo un balance de fuerzas que abarcase la totalidad de Cataluña, los anarquistas eran abrumadoramente mayoritarios.

A partir de julio este equilibrio ha sido roto, primero lenta y después rápidamente, a causa de dos factores complementarios. El primero de estos es el terror desatado por el régimen anarquista. Las expropiaciones y las ejecuciones en masa han aterrorizado a los pequeños propietarios, los cuales constituyen en Barcelona un elemento importante. Este ha estado siempre con la Esquerra, pero desde julio esta organización ha demostrado carecer de poder frente a los anarquistas. La pequeña burguesía catalana es más apasionadamente catalanizante que cualquier otro grupo y a causa de esta razón, aunque no fuese por ninguna otra, nunca podría simpatizar con

los fascistas, los cuales son sombríos centralistas castellanos. Pero desde julio estaban al acecho de alguna protección contra la CNT que resultase más eficiente que la Esquerra.

La actitud de los campesinos, segundo elemento importante dentro de la textura social catalana, es más problemática. En los primeros días de la guerra civil, los anarquistas habían descargado a la burguesía de las aldeas un terrible golpe y el proceso de exterminio continuó con violencia hasta noviembre. El campesino no empeoraba en sus condiciones de vida cuando el anarquista ejecutaba al propietario de las tierras. Pero el terrorismo a veces golpeaba, no solo a la burguesía de los pueblos, sino también a genuinos elementos campesinos. Las ventajas alcanzadas gracias al exterminio de las capas superiores de las aldeas demostraron ser en fin de cuentas menos tangibles de lo que se había creído en un principio. Los socialistas y los comunistas objetaban por principio a la completa expropiación de rentas y grandes propiedades. Los anarquistas se oponían a cualquier legislación definitiva en la materia, por la dogmática razón de que se oponían a una legislación central, de cualquier tipo que fuese. El resultado fue que el campesino no logró un *status* social establecido en cuanto a sus recién adquiridos derechos de propiedad se refería. Por otra parte, las expropiaciones en favor de la milicia y las aldeas se hicieron más agobiantes con el paso del tiempo. Como consecuencia de esto, los campesinos parecen estar desertando en gran número de las filas anarquistas y las aldeas, en su totalidad, están distanciándose de nuevo de los movimientos políticos de las ciudades. Estos movimientos moleculares fueron debilitando la posición de los anarquistas.

Surgió entonces la crisis de noviembre durante la cual los insurgentes, después de tomar Toledo, se acercaron rápidamente a Madrid y todo pareció perdido. En este momento la ayuda rusa llegó como una salvación. Pero esta ayuda cambió, no solo la situación militar, sino que trastornó definitivamente el equilibrio político en favor de los comunistas.

La ayuda rusa no fue de ningún modo intensiva. Enviaron cierto número de especialistas, oficiales de instrucción, oficiales de artillería, pilotos y gente por el estilo, a los cuales mantuvieron dentro de un aislamiento monástico, separándolos absolutamente de las tropas del gobierno, a pesar de que el hecho de su existencia no se mantuviese secreto. Los rusos enviaron además una cantidad considerable de material y no solo una vez, sino a través de toda la etapa crítica. El envío de material ruso es más importante, a causa del lento desarrollo de la industria española de armamentos; esta lentitud continúa a pesar de todos los esfuerzos llevados a cabo. Se debe principalmente, además de a la tradicional falta de eficacia de los españoles en materia industrial, al antagonismo entre anarquistas y comunistas en Barcelona. Naturalmente que el material enviado por los rusos ha tenido que ser pagado. Pero quizás el elemento más importante de la ayuda rusa haya sido, no los oficiales o los proyectiles rusos, sino las «brigadas internacionales», las fuerzas extranjeras de

voluntarios reclutadas por los comunistas en todo el mundo, las cuales han jugado un papel decisivo en la defensa de Madrid. Estas brigadas internacionales reúnen en sus filas a hombres de casi todos los países del mundo, con excepción de rusos. Salvo los especialistas mencionados más arriba, ningún otro voluntario ha sido reclutado en Rusia. Pero hasta esta ayuda limitada se convirtió en salvadora en los momentos de suprema crisis.

Las armas, desde luego, eran casi todas dirigidas al gobierno de Valencia. Lo que quedaba en Cataluña iba al PSUC, excluyéndose a todas las demás fuerzas políticas; como resultado de esto, los mecanismos políticos tradicionales de Barcelona fueron trastornados. Durante el mes de agosto, el PSUC había temido la abrumadora superioridad anarquista en armas, las cuales podrían ser usadas para un *coup de main* después de la caída de Zaragoza, esperada entonces ingenuamente por todos. De un golpe, el PSUC se veía ahora superior en armas a los anarquistas y además en posición de emprender una amplia campaña de propaganda contando con medios considerables a su disposición; también en este aspecto los anarquistas perdieron terreno y todo esto provocó que los movimientos moleculares que habían estado teniendo lugar desde julio, se concentraran súbitamente en un punto. Todos los elementos disgustados ante la preponderancia anarquista, se aliaron en ese instante tras el PSUC.

Otra vez se vio confirmada una vieja regla de las revoluciones: la batalla debe ser llevada adelante hasta el final o, caso contrario, mejor es no comenzarla. Los anarquistas habían atemorizado a amplias capas de la población, sin ser finalmente capaces de tomar el poder en sus manos y aplastar toda resistencia. El resultado inevitable fue la reacción contra ellos que todavía hoy es muy evidente en Barcelona. Siguen controlando las fábricas, pequeñas y más o menos importantes, especialmente las textiles (estén estas expropiadas o continúen bajo control de sus antiguos dueños), porque siguen contando con el apoyo de la mayoría de los obreros manuales. Pero en las industrias de guerra, mucho más importantes, a pesar de contar con la fidelidad de la mayoría de los trabajadores, dependen de la ayuda de los consejeros técnicos, los cuales son casi siempre comunistas, tanto catalanes como extranjeros. Y entre la población en general su influencia está decayendo.

En cuanto al PSUC, sus fuerzas aumentan rápidamente, gracias en parte a las nuevas afiliaciones de trabajadores manuales, pero sobre todo a causa de elementos provenientes de los grupos de trabajadores burocráticos y pequeños propietarios. Esta composición cambia al mismo tiempo de carácter; en el momento de unificación de socialistas y comunistas, pocos días después de la batalla de julio, los comunistas eran un grupo indudablemente reducido. Ahora, gracias a la enorme importancia de la ayuda material rusa, de la influencia ideológica rusa y de los consejos de la Komintern y a causa también de la creciente afluencia de comunistas extranjeros (en

su mayoría no rusos), el PSUC se ha convertido en un partido dirigido en todos sus aspectos por la Komintern.

Y ahora el PSUC ataca y ataca. Los anarquistas se unieron al gobierno catalán pocas semanas antes de la crisis de la guerra en noviembre y antes de que sus camaradas de Madrid se uniesen al gobierno central español. En cuanto pude ver, esto consistió entonces en una medida provocada por una visión realista de la necesidad de cooperación de todas las fuerzas antifascistas ante una emergencia. El gobierno catalán, formado hasta entonces solo por miembros de la Esquerra y pequeños grupos similares, se transformó completamente. Tanto los anarquistas como el PSUC se unieron al gobierno y Nin, del POUM, fue nombrado ministro de Justicia. Parecía un paso dado en dirección contraria al dogmatismo antipolítico anarquista, pero fue a la vez un gran giro a la izquierda dentro de la política catalana. Después de la crisis de noviembre, sin embargo, el significado de estas transformaciones cambió completamente.

Los rusos, junto con su ayuda material e ideológica realizada por intermedio del PSUC, introdujeron la presión política. Obtuvieron como primer paso la disolución del Comité Central de Milicias, el cual había sido un gobierno paralelo al gobierno oficial de la Generalitat, más poderoso que este y cuya influencia había sido predominantemente anarquista. Ahora que las fuerzas del movimiento obrero estaban representadas dentro del gobierno, debía desaparecer todo cuerpo separado con autoridad propia, en aras de una acción unificada: esto era, al menos, lo que argüía el PSUC. Resulta casi increíble la facilidad con que se salió con la suya. El Comité Central de Milicias había sido la mayor avanzada creada en España con vistas a establecer un sistema soviético. Los anarquistas habían tenido la intención de extender sus poderes hasta llegar a la silenciosa extinción de la Generalitat. Y ahora, en cambio, se extinguía el comité de milicias y los anarquistas, en lugar de controlar una posición poderosa e independiente, se veían con solo unos cuantos puestos ministeriales. Miravittles, presidente del comité y contacto oficioso entre los anarquistas y la Esquerra, fue nombrado ministro de Propaganda. El Comité de Investigaciones, subsección del comité de milicias, cuya actividad había sido terrible en la represión de todo enemigo de la revolución, fue disuelto y se creó en su lugar un Comité de Vigilancia, que trabajaba a las órdenes de la administración ordinaria. Así fue como terminó la fase soviética de la revolución catalana.

El segundo golpe fue descargado contra el POUM. Es difícil decir si este resultaba más odioso al PSUC a causa de su antiestalinismo en materia de asuntos rusos o de sus tendencias de extrema izquierda en cuestiones españolas. Por extraño que parezca, esta vez el PSUC no se salió con la suya tan fácilmente. El POUM no era realmente popular dentro de ninguna capa de la población, a causa de su actitud altanera y de, a pesar de sus reducidas fuerzas, sus pretensiones de dominio sobre todas las viejas y bien establecidas organizaciones de masas socialistas y anarquistas.

Durante toda la etapa de su supremacía, los anarquistas habían tratado al POUM con cierta rudeza, pero esta vez se sintieron ellos mismos preocupados por el ataque. El PSUC reclamó la exclusión del POUM del gobierno catalán, basándose en las pretendidas «actividades contrarrevolucionarias» de estos, queriendo referirse con ello a la alegada colaboración de Trotski con la Gestapo. Los anarquistas resistieron y siguió a esto una crisis ministerial de cuatro días. Pero los rusos suspendieron una importante entrega de armas que ya habían prometido y los anarquistas tuvieron que someterse.

Después de esto, nada podía contener al PSUC. Lanzaron una campaña pidiendo la disolución de todo tipo de comités y pleno restablecimiento de la autoridad administrativa de la Generalitat. Apoyaron también, alrededor del día de Año Nuevo, una reorganización del gobierno catalán, poniendo a cargo del Ministerio de Abastos al hombre más derechista en la política catalana actual, Comorera. La actitud anarquista ante estos movimientos fue vacilante y equívoca, como siempre sucede con la política de los partidos revolucionarios cuando estos se encuentran en decadencia. Habían perdido toda orientación. Tuvieron que abandonar sus viejas panaceas antiautoritarias y antipolíticas y es evidente que ya no ven la forma de combinar el papel de vanguardia revolucionaria con la cooperación dentro de una organización centralizada y disciplinada, tanto en el frente como en la retaguardia. El POUM está en abierta y franca desintegración y algunos de sus elementos tienden a abandonarlo; los anarquistas no están en abierta desintegración, pero sí en un lento proceso de decadencia. El PSUC los maneja como quiere y es evidente que espera, o bien el momento de absorberlos en una etapa de esta evolución o el de descargarles un golpe en su momento de mayor debilidad.

Con la llegada de Comorera al ministerio de Abastos, estalló en Cataluña un conflicto abierto entre comunistas y anarquistas. Comorera disgustaba personalmente y de manera especial a los anarquistas, ya que representaba una actitud política que puede compararse a la del ala extrema derecha de la socialdemocracia alemana. Había contemplado siempre la lucha contra los anarquistas como el principal objetivo de la política socialista en España. Se había puesto en contra, desde el principio, de la política de nacionalización de los anarquistas. Para su sorpresa, encontró en los comunistas inesperados aliados a su disgusto, los cuales, desde septiembre, habían lanzado el lema: «Proteged la propiedad del pequeño industrial». Pero era imposible poner en práctica esta política en Cataluña. La expropiación de las fábricas había ido allí mucho más lejos que en todo el resto de España y había comenzado principalmente con el asesinato de los dueños y sus herederos, a no ser que estos se las hubiesen arreglado para huir al extranjero o a zona franquista. Como consecuencia de esto, las fábricas nacionalizadas y colocadas bajo control de la CNT no podían ser desnacionalizadas. Pero Comorera vio la oportunidad de dar un severo golpe a la política de nacionalización dentro de su propio ministerio. Era más fácil abolir la

intervención del Estado dentro de la esfera del comercio que dentro de la esfera de la industria: Comorera abolió la intervención estatal en el aprovisionamiento de Barcelona.

Este había sido organizado hasta entonces por los «comités del pan», creados en cada aldea, los cuales actuaban como secciones de los comités políticos los que, a su vez, estaban casi siempre bajo el control de la CNT. Estos comités del pan cooperaban con la CNT en el envío de harina a las aldeas; el PSUC, naturalmente, alegaba que no cooperaban sino que obstruían. Cosa lógica, las aldeas no se sentían felices ante el hecho de tener que enviar pan a Barcelona, sin recibir a cambio adecuada recompensa. Las cosas no podían ciertamente permanecer en estado tan caótico, tanto en este como en muchos otros aspectos. Pero Comorera, actuando a partir de principios de liberalismo abstracto que ningún gobierno había sostenido a todo lo largo de la guerra, pero de los cuales los socialistas de derecha siguen siendo los últimos y más religiosos admiradores, no sustituyó los caóticos comités del pan por una organizada administración centralizada. Restauró, simple y completamente, todo el comercio privado del pan. No existía en enero en Barcelona ni siquiera un sistema de racionamiento. Los trabajadores eran dejados a la suerte de conseguir cada uno su propio pan, lo mejor que podían, a precios más altos y con salarios que prácticamente no habían variado desde mayo. Esto en la práctica quería decir que las mujeres tenían que hacer cola desde las cuatro de la mañana en adelante. El resentimiento en los distritos obreros era naturalmente agudo, tanto más cuanto que la escasez de pan se había acentuado desde la toma de posesión de Comorera. No es seguro que este sea personalmente responsable de esta escasez; esta quizás hubiese surgido de todos modos, según se hubiese ido consumiendo la provisión de la cosecha. Pero los anarquistas vieron la oportunidad de acusar a Comorera de la falta de pan. Este había intentado destruir la política económica de los anarquistas; y ellos afirmaban que como consecuencia, había creado una gran crisis. Ambos partidos comenzaron a atacarse públicamente, cada vez con mayor mordacidad. Carteles de la organización juvenil anarquista (los cuales difícilmente hubiesen podido ser editados sin el consentimiento de la central CNT) clamaban por la renuncia de Comorera, un hombre «incapaz y de mala fe». El PSUC replicó con otros carteles, algunos anónimos, donde se leía: «¡Menos charla; menos comités; más pan; todo el poder a la Generalitat!».

Es así como el problema de la alimentación debe ser contemplado por lo menos bajo tres aspectos. En un sentido, es objeto de discusión entre el ideal anarquista de administración colectiva de los suministros y la política republicana y comunista de proteger la propiedad privada en todas sus manifestaciones. Sirve además como arma en la lucha general entre anarquistas por una parte y republicanos y PSUC por otra; el PSUC lo utiliza para desacreditar a los comités y los anarquistas tratan de desacreditar al ministro de Abastos del PSUC, acusándolo de la escasez de alimentos.

Pero de modo final e inevitable, el problema de los suministros, y no importa lo mucho que los políticos de todos los matices intenten no pensar en ello, consiste en dar comida a la población y no en intentar alimentarla con recriminaciones mutuas. Y en este último aspecto las consecuencias son desastrosas. No existe todavía nada que pueda compararse a los sufrimientos de la población civil de las potencias centrales durante los últimos años de la gran guerra; existe, sin embargo, una cantidad considerable de escasez. Mina la moral, el entusiasmo, el orgullo y el sentido de poder precisamente de esa clase que en julio parecía tener en sus manos el poder absoluto mientras por otra parte, los pequeños comerciantes y tenderos están en mucho mejor situación. Y esto, a su vez, da lugar a incidentes. Un domingo por la tarde pude contemplar un espectáculo particularmente desagradable. Atravesaba una calle en la cual había dos panaderías, cada una con una cola esperando a su puerta, lo cual se traducía en una multitud de unas trescientas a cuatrocientas personas. Eran vigilados por nueve *asaltos*, siete a pie y dos a caballo, todos con sus uniformes prerrevolucionarios, con los fusiles cargados al hombro. Como era domingo, las colas estaban compuestas por un número casi igual de hombres que de mujeres. Ambas tiendas estaban cerradas y la gente esperaba vanamente por su pan. En un momento dado, uno de los panaderos colgó un cartel a su puerta, anunciando que ese día no sería distribuido ningún pan. Murmullos, protestas, una cierta intranquilidad, pero ningún intento de lanzarse a cualquier tipo que fuese de acción, entre la multitud que espera. Pero los *asaltos* están acostumbrados a ciertos métodos de acción de épocas prerrevolucionarias y no dudan en utilizarlos de nuevo. Los dos jinetes llevan sus caballos al pavimento y los hacen girar entre la multitud exasperada, de manera que los hombres y las mujeres en las colas entran una y otra vez en contacto con los cuartos traseros de los caballos. No es una práctica cruel, pero sí particularmente desagradable, tanto más cuanto que no se ha producido ningún tipo de desorden. Después de todo, el grupo de gente no era tan grande y lo que hacía falta, creo, es lo que todo agente de policía londinense hubiese hecho en un caso similar: no relacionar a la gente con los cuartos traseros de los caballos, sino hablarles con tranquilidad y pedirles que volviesen a casa. Pero los *asaltos* juzgaban más expédito convencer a la multitud de lo aconsejable de ir a casa, no con palabras sino con cuartos traseros. La razón es obvia. La policía española del viejo régimen carece del más mínimo entrenamiento democrático; la guardia está acostumbrada a matar, esposar y nada más. Es cierto que los *asaltos* habían sido creados durante la República, pero la mayor parte de su existencia transcurrió sirviendo a un gobierno antidemocrático y su mentalidad difería poco de la de los guardias civiles. Y estas fuerzas de policía, entrenadas por la autocracia, eran ahora puestas en contacto con obreros revolucionarios entrenados por la CNT, hambrientos y haciendo colas de pie. Conté a algunos amigos el incidente y me hicieron saber que aquello que yo había podido observar por casualidad estaba lejos de ser el peor de los casos. Habían tenido lugar, según se me contó, dos motines de pan bastante graves y la policía dispersó a la

multitud, en su mayoría mujeres, golpeándolas con las culatas de los fusiles.

Existen otros motivos de discusión entre los partidos, menos desesperantes para las masas, pero no menos importantes. Uno de ellos es la cuestión del ejército. Cataluña posee en estos momentos prácticamente dos ejércitos. Uno es el Ejército Popular, basado en el reclutamiento, compuesto de unidades no partidistas, dirigidas por viejos oficiales del Ejército y la policía y prácticamente en manos del PSUC; es este el ejército que custodia la costa. Eran las tropas que pude ver en mi viaje de Port Bou a Barcelona. El otro es el ejército de Huesca-Zaragoza que continúa, según se me dice, siguiendo la vieja línea miliciana de los primeros días y el cual ha sufrido desde entonces muy pocos cambios; está todavía bajo la influencia dominante de los anarquistas y lo dirigen oficiales políticos, teniendo los oficiales militares solamente la capacidad de consejeros. El antagonismo entre estos dos ejércitos es sin duda un factor importante en la completa paralización de las operaciones en el frente de Aragón. Los anarquistas admiten, en principio, la necesidad de reorganizar la milicia. Pero en la práctica, cada artículo es contencioso. El objetivo del PSUC es la completa abolición de todos los rasgos de un ejército revolucionario. No solo los oficiales deben ser nombrados desde arriba, sino que tampoco deben existir ni consejos ni asambleas de soldados. Estos deben saludar a sus oficiales a la manera militar. Los viejos rangos y distinciones deben ser restablecidos. Desean, en una palabra, un ejército regular a las órdenes de un Estado Mayor militar el cual, inevitablemente, estará compuesto por oficiales del viejo régimen y especialistas extranjeros, siendo estos siempre personas que actúan bajo la influencia del PSUC. Los anarquistas se enfrentan a un grave dilema. Toda esta reorganización va contra sus principios. La milicia, tal como se creó en los primeros días, es su logro principal. No hay dudas sin embargo acerca de la falta de capacidad militar de este tipo de fuerza armada. Pero si reorganizan esta fuerza, se les escapará de las manos. Por lo tanto: estancamiento, indecisión, vacilaciones, cuyo resultado probable será que Cataluña verá durante los próximos meses severamente limitada su participación dentro de la guerra. Por otra parte los anarquistas, si el poder armado se les escapa completamente de las manos, no pueden esperar merced de parte del PSUC. En toda revolución, es el poder armado el que en última instancia decide; los anarquistas son los primeros en saberlo. Tarde o temprano serán destruidos, a no ser que se muestren capaces de mantener un ejército propio. No existe por lo tanto ningún término medio entre continuar siendo ineficaces en el campo de batalla y dar un gran paso atrás, alejándose del punto de partida revolucionario. Este es el dilema, el muro contra el cual la revolución española ha estado constante y dolorosamente estrellándose desde noviembre de 1936.

Para resumir, debe comprenderse que la oscilación del péndulo ha sido en Cataluña más violenta que en otros lugares de España. Cataluña fue siempre centro de los movimientos revolucionarios españoles y después del 19 de julio distanció con mucho al resto del país en su empuje hacia la revolución social. Pero antes de que el

resto de España pudiese seguirla, la guerra se convirtió en asunto tan primordial que relegó a un segundo plano toda otra consideración; y las derrotas vinieron acompañadas de preponderancia comunista en el resto de España, lo que hizo que Cataluña, con sus tendencias avanzadas, quedase aislada. Es este aislamiento de una vanguardia revolucionaria llegada demasiado lejos en los primeros días lo que da una nota cruel a los antagonismos en Barcelona. Todos los grupos moderados han vivido en Barcelona mayores temores que en ningún otro lugar y están ahora ansiosos de vengarse, tanto más cuanto que la CNT sigue siendo el poder más fuerte y amenazador del lugar y las fuerzas que actúan en contra de ella son en su mayoría no catalanas y en parte, no españolas. El estancamiento del frente de Aragón es otro factor importante en medio de la tensión actual. Sin embargo, si surgiese en él una seria derrota esto podría provocar una súbita reconciliación de los partidos contendientes.

VALENCIA: EL GOBIERNO CENTRAL

El viaje de Barcelona a Valencia fue esta vez muy diferente al mes de agosto. Entonces fue como si reinase la paz. Ahora me recordaba mucho los trenes de la gran guerra. El tren se fue llenando durante todo el viaje de tropas que viajaban tanto en primera como en tercera y que eran trasladadas a toda prisa del frente norte a Andalucía, donde se juega ahora el resultado de la lucha. Llegamos a Valencia con tres horas de retraso, a las dos de la mañana. La ciudad estaba completamente a oscuras, los hoteles todos repletos y la segunda mitad de mi noche transcurrió de manera bastante incómoda, en un butacón. Al día siguiente pude conseguir, no sin alguna dificultad, un cuarto en un hotel. Pero si el problema del alojamiento en Valencia es naturalmente muy grave, la situación alimenticia es bastante aceptable. Solo existe una pequeña escasez de carne y patatas; en los hoteles hay lo que se llama «comidas de guerra», compuestas «solamente» de cuatro platos, lo cual puede parecer una restricción a los españoles, bastante mimados en cuanto a comida se refiere; por lo menos para mí, resultó más de lo que era capaz de consumir.

Si bien era obvio que Barcelona estaba intranquila, Valencia no lo estaba en lo más mínimo. Ha mantenido inalterables sus estilos de vida, alegres y despreocupados. Parece haber tenido lugar una gran conmoción durante el bombardeo naval al puerto a mediados de enero, pero ya ha sido olvidada. El completo apagón del alumbrado público a partir de las diez de la noche era la única medida que realmente provocaba un cambio en el género de vida. Valencia tiene además motivos como para sentirse contenta. La llegada del gobierno y todo lo que este ha traído tras él, ha provocado un auge de tiendas y hoteles, mientras la construcción de refugios mantiene ocupado al sector de la construcción. Había algo

más de reclutamiento en Valencia que en Barcelona. Tenían lugar también un cierto número de desfiles militares y demostraciones parecidas, las cuales cuadraban perfectamente al temperamento valenciano.

En general las cosas en Valencia no han sufrido desde julio una mutación tan profunda como en Barcelona. En ambos lugares hay ahora, afortunadamente, menos ejecuciones que entonces. Como en Barcelona, existe una cierta reafirmación del centralismo. Han pasado ya los días en que Valencia estaba gobernada por el Comité Ejecutivo Popular, prácticamente independiente del gobierno central. En una ocasión se llegó inclusive a disolver oficialmente el Comité Ejecutivo, pero este continúa existiendo y coopera con el gobierno, aunque sigue existiendo la lógica cantidad de fricciones. La crisis de noviembre fue el punto crucial, tanto en Valencia como en el resto del país. Trajo consigo al gobierno, provocó un encuentro armado entre comunistas y anarquistas que terminó con la derrota de estos últimos. Pero la tendencia en las opiniones políticas locales se inclina hacia la izquierda, comparándola no solo con la Barcelona actual sino también con la misma Valencia durante el mes de agosto. Esta poseía entonces lo que podía ser calificado de sistema soviético, pero tras la fachada de un régimen revolucionario se escondía otro, completamente «pequeño burgués» y no revolucionario. Ahora que encierra dentro de sus murallas las sedes comunista y socialista, Valencia está impregnada de un socialismo mucho más genuino. Las expropiaciones han continuado. La mayoría de los hoteles, restaurantes y cines están ahora o bajo control de los trabajadores o bajo la administración directa de estos. El comercio de la naranja está controlado por dos sindicatos. Trabajadores armados vestidos de civil siguen actuando como centinelas nocturnos o guardias callejeros.

Cuando volvemos la vista de las condiciones locales a las nacionales, el cuadro es algo diferente. Los problemas nacionales actuales deben ser estudiados principalmente en Valencia, ya que es allí donde está radicado el gobierno. El resultado de tal estudio no hará sino enfatizar la importancia cada vez mayor del Partido Comunista.

La formación del gobierno de Largo Caballero, después del completo fracaso de los republicanos en su intento de organizar la defensa contra Franco y asegurar la ayuda extranjera, marcó el punto más alto de las tendencias izquierdistas. Pero Largo Caballero no tuvo más éxito en la defensa de Toledo y San Sebastián que los republicanos en la de Extremadura. A causa de los golpes que Franco descargó a la causa republicana, se hizo aparente, aun dentro de su propio partido, la debilidad intrínseca de los socialistas de izquierda. Solo unos pocos de los viejos líderes socialistas habían efectuado un verdadero viraje hacia la izquierda. De entre ellos, Araquistain ha sido nombrado embajador en París. Largo Caballero no es un hombre joven y así es como Álvarez del Vayo queda como la única personalidad realmente importante del ala izquierda. Pero un hombre no es más que un individuo y nunca una

tendencia. El arraigo del Partido Socialista y la UGT en las masas es débil cuando se la compara con el arraigo de la CNT. Y la única región que verdaderamente está profundamente influida por la UGT, Asturias, está con el ala derecha del partido, al menos en cuanto concierne al líder socialista de la región, González Peña. Largo Caballero debe su posición no a su propia fuerza, sino a la derrota de los republicanos y a la falta de deseo o la incapacidad de la CNT de asumir el poder político.

Llegó noviembre y con él los moros de Franco se acercaron a los suburbios de Madrid. Caballero se vio obligado a entregar la realidad del poder al único pretendiente capaz de ofrecer ayuda genuina. El Partido Comunista, con Rusia tras él, resultaba ser este pretendiente. Como consecuencia de esto, los comunistas se convirtieron en el poder predominante dentro del campo de las fuerzas antifranquistas. Este predominio lo derivan principalmente de la ayuda militar que han brindado de la manera explicada más arriba y a causa también de los logros organizativos que hay que acreditarles. ¿Pero cómo estos logros se transforman en poder político? No es, en primer lugar, a causa de una influencia creciente en las masas trabajadoras. Es cierto que el número de miembros del Partido Comunista ha aumentado considerablemente. Fueron a la guerra civil con unos 3000 miembros cuando más. A finales de enero anunciaban tener 220 000 miembros. Debemos decir que todos o casi todos los partidos de izquierda han visto aumentar sus afiliaciones, pero el número anunciado por los comunistas es desproporcionado al compararlo con el resto. Las cifras españolas no son precisamente las más dignas de confianza dentro del mundo de las estadísticas, pero una observación general indica por lo menos que las cifras oficiales anunciadas por el Partido Comunista reflejan correctamente la tendencia general. No hay duda además de que el reclutamiento militar del Quinto Regimiento comunista ha sido más exitoso, tanto en cantidad como en calidad, que el de cualquier otra unidad armada. Pero esto es ver solo una cara de la moneda. La influencia real de un partido en el movimiento obrero se mide más correctamente por el control que logra tener sobre secciones definidas del movimiento que a partir de cifras oficiales que den el número de afiliados. En este aspecto, el balance es menos favorable para los comunistas de lo que pueda sugerir su influencia militar o el aumento en el número de sus afiliados. Desde julio, no han sido capaces de ganar a los socialistas o a los anarquistas ni una sola rama sindical de trabajadores manuales, ni una sola fábrica, ni una sola región industrial. Han ganado algunas ramas de sindicatos de empleados estatales o privados y aldeas o distritos campesinos en número considerable. Pretenden que cuando haya elecciones libres dentro de la UGT (las cuales están suspendidas durante la guerra) ganarán gran cantidad de ramas de la UGT. El hecho evidente, sin embargo, es que allí donde la influencia comunista se hace arrolladora, debe ser tomada en cuenta aun sin elecciones. También hay que señalar que dentro de las fábricas, el cambio de dirección política puede efectuarse por otros medios, además de las elecciones, principalmente el lograr cambiar la fidelidad política de los trabajadores más influyentes. Parece haber muy poco de esto.

La explicación del contraste entre las cifras de afiliados y la influencia ejercida sobre los trabajadores parece descansar en el hecho de que el Partido Comunista ha cambiado su carácter social. Esto resulta más obvio si se estudia el caso del PSUC catalán, el cual es prácticamente una sección de los comunistas españoles. No muchos trabajadores industriales son miembros del PSUC, pero este cuenta sin embargo con 46 000 miembros, la mayoría de los cuales son empleados estatales o privados, tenderos, comerciantes, oficiales, miembros de las fuerzas de policía, intelectuales, tanto de las ciudades como del campo y un cierto número de campesinos. El porcentaje de trabajadores miembros del Partido Comunista debe ser algo mayor en el resto de España que en Cataluña, pero es seguro que no mucho más; por otra parte, no cabe duda de que los comunistas cuentan con mayor apoyo campesino en otras regiones españolas, particularmente en la *huerta de Valencia*, que en Cataluña. El Partido Comunista es hoy, en primer lugar, el partido del personal administrativo y militar, en segundo lugar el partido de la pequeña burguesía y de ciertos grupos campesinos acomodados, en tercer lugar el partido de los empleados públicos y solo en cuarto lugar el partido de los trabajadores. Entró al movimiento carente de organización de manera casi total y se ha atraído en el curso de la guerra civil a aquellos elementos con cuyos puntos de vista e intereses coincidía su política. Es una evolución de amplio significado, no solo dentro de la situación política presente y futura de España, sino de la política internacional en general.

Pero la influencia comunista no se hace sentir hoy exclusivamente a través de las organizaciones del partido, ni siquiera en primer lugar. La logra sobre todo una política de aleación de fuerzas anteriormente independientes, las cuales se encontraban bajo influencia principalmente comunista. El PSUC de Cataluña es el ejemplo clásico y la Juventud Socialista Unificada, la cual estaba en septiembre dominada casi totalmente por el grupo de Largo Caballero, es ahora prácticamente una organización comunista. El proceso llega desde luego a su límite allí donde existe una influencia anarquista de viejo arraigo.

Hace dos años la Internacional Comunista no podía concebir ningún otro medio de avance político como no fuese luchar contra cualquier otra organización existente, hasta derribarla. Ahora hay por el contrario poca lucha abierta y existe en cambio una verdadera política fabiana de infiltración la cual, en cuanto a influencia de la Komintern se refiere, está demostrando ser mucho más exitosa. La concepción comunista original y básica, según la cual la batalla contra cualquier otra organización obrera debía ser llevada adelante hasta el final, ha sido abandonada. Lo notable en España es que, sin embargo, este proceso de infiltración no se efectúa a partir de influencias personales. Las dos grandes personalidades de los comunistas en España, Nin y Maurín, abandonaron la Komintern hace tiempo y fundaron el POUM (parece que Maurín ha caído en manos de los insurgentes y ha sido ejecutado). Los líderes actuales del Partido Comunista: Díaz, Mije, Jesús Hernández, Uribe y otros,

son apenas conocidos de las masas y no deben su influencia de ningún modo a su prestigio personal. Y la Pasionaria, que tiene un enorme prestigio, no es un líder político. En cierta medida, el liderazgo político lo provee el embajador ruso, Rosenberg, y el cónsul ruso en Barcelona, Antonov-Ovseenko, este último líder militar de la insurrección bolchevique en Petrogrado, en noviembre de 1917. Pero estos son extranjeros y pueden dar consejos, pero no mostrarse a la vista de las masas.

Después de todo, la influencia comunista no se ejerce a través de una organización dominante ni a través de personalidades dominantes, sino de una política bien recibida tanto por republicanos como por socialistas de derecha, respaldada por factores tan sumamente importantes como las brigadas internacionales, el mando del general Kleber en Madrid y la ayuda rusa en general. Ni los republicanos ni los socialistas de derecha son fuerzas políticas importantes. En fin, que el aumento de la influencia comunista es hoy un síntoma del cambio que ha tenido lugar en el movimiento, cuyos factores básicos han dejado de ser políticos o sociales para convertirse en militares y organizativos, respectivamente. Es la influencia militar y organizativa, no política, la que da su fuerza a los comunistas y los hace de modo indirecto el factor político dominante.

¿Cómo se expresa este dominio? En la política a seguir. Y esta política consiste en limitar el movimiento estrictamente a la lucha contra Franco. Esto se expresa en el lema: «la defensa de la República democrática»; pero si república democrática quiere decir libertad de organización, de prensa, de movimiento de fuerzas políticas, entonces no hay ni puede haber en España tal cosa en el momento actual. La revolución española, en este momento de dificultades amargas, no puede permitirse el lujo que ha demostrado ser excesivo para otras revoluciones en momentos más fáciles: el lujo de la libertad política. Por lo tanto, «república democrática» no es un estado actual de cosas que debe ser defendido, sino una situación pasada que se desea volver a instaurar después de la victoria contra Franco. Es en realidad imposible predecir qué condiciones surgirán entonces. El lema español de república democrática representa un serio distanciamiento de las ideas originales de Lenin y su organización. Es en general más apto a brindar a los comunistas nuevos aliados que nuevos enemigos. Las tendencias revolucionarias que chocan con este nuevo giro de la situación, como la anarquista y la trotskista, están en decadencia. Por otra parte, la nueva actitud política permite a los comunistas un acercamiento cada vez más rápido a los socialistas, al menos a su ala derecha, con cuyos principios se identifican de manera casi total. Todos conocen los esfuerzos que están siendo llevados a cabo para lograr la completa fusión de comunistas y socialistas en toda España. Poseen actualmente en Valencia un periódico común, *Verdad* (cuyo título es una traducción literal del periódico ruso *Pravda*). Y tras la oportunidad de fundirse con los socialistas se vislumbra la otra, mayor aún, de una alianza más estrecha con los países democráticos.

No debe interpretarse una política en términos de ideología general sino más bien en términos de hechos concretos. ¿A dónde conducen los comunistas actualmente a España? Además de unirse a los socialistas, los comunistas se han fijado como objetivo y están lográndolo con mucho éxito, la mayor colaboración posible con los republicanos. Esta colaboración no se hace demasiado pública, al menos en cuanto concierne a la Unión Republicana del señor Martínez Barrio. Pero se sabe que es estrecha y hubo un momento en el que se mencionó a Martínez Barrio como posible primer ministro, capaz de resultar agradable a ojos de los comunistas.

Pero si la colaboración de los comunistas y Unión Republicana está teniendo lugar entre bastidores, no sucede así con Izquierda Republicana, el partido de Azaña, actual presidente de la República. Hace pocos días, Azaña pronunció un discurso en el que desaprobó claramente cualquier intento revolucionario y limitó los objetivos de la lucha a la defensa de la democracia parlamentaria, dentro del cuadro del sistema social existente. Este discurso, el cual resultaba casi una declaración de guerra a los anarquistas y un rechazo formal de las declaraciones revolucionarias hechas por el gobierno de Largo Caballero al tomar el poder, ha encontrado aprobación enfática e ilimitada de parte de la prensa comunista y se sabe ya que estas declaraciones se basaron en un acuerdo previo entre Azaña y los propios comunistas. Como de costumbre, los anarquistas vacilaron. *Fragua Social*, su diario valenciano, atacó a Azaña y recibió a causa de ello una reconvención de *Solidaridad Obrera*, el diario anarquista de Barcelona, órgano central de la CNT-FAI. No existen actualmente diferencias, ni las ha habido en realidad desde el inicio de la guerra civil, entre Izquierda Republicana, partido de los republicanos no socialistas y los comunistas. Y este acuerdo de puntos de vista no se limita a la actual fase de la guerra civil sino, por razones que pronto serán explicadas, parece constituir un entendimiento definitivo, aun en cuanto a régimen social se refiere. La unificación actual de los comunistas con Izquierda Republicana podría tropezar con menos obstáculos que su unión con los socialistas. Los miembros de ambos partidos hablan con el mayor respeto de sus organizaciones respectivas. Como me dijo un joven editor republicano, actualmente comisario político de una columna de milicias en Málaga:

—Los comunistas han sido los mejores en el trabajo organizativo; y son además, de lejos, la sección más conservadora del movimiento. No veo razón alguna por la cual yo no pueda ser comunista; es probable que algún día me una al partido.

Decir que los comunistas son la sección más conservadora del movimiento se ha convertido en algo proverbial entre cualquier grupo de personas, desde observadores extranjeros decididamente antisocialistas hasta anarquistas.

Para resumir y tomando en cuenta por una parte la desintegración del POUM y del ala izquierda socialista, por otra la cercana colaboración de comunistas con

socialistas de derecha y ambos grupos republicanos, nos enfrentamos a una definida tendencia hacia la unificación política del movimiento, siendo los anarquistas el único obstáculo serio a ello. Pero este obstáculo es serio, a pesar de la innegable decadencia de los anarquistas. Y la oposición anarquista demuestra tener considerable peso dentro de la cuestión crucial que se plantea en este momento, la transformación del gobierno.

Los comunistas han decidido que Largo Caballero debe retirarse. Les parece absurdo y en momentos críticos les resulta casi intolerable que el grupo que realmente dirige los asuntos, no esté formal y públicamente a la cabeza. Si se planea dar un dramático giro a la derecha y alejar las posibilidades de revolución social (como sucede sin duda), esto no puede hacerse de ninguna manera mientras Largo Caballero continúe siendo el líder máximo. Varios nombres han sido mencionados como posibles candidatos a primer ministro, entre ellos Martínez Barrio, Prieto y Negrín, ministro socialista de Hacienda. Por lo menos desde la última semana de enero, círculos bien informados han estado comentando la crisis del gabinete. Pero hasta ahora nada ha sucedido. Y esto se debe principalmente a la resistencia anarquista. Un gabinete en el cual se incluyese a Prieto como primer ministro o le llevase simplemente de figura dominante, como ministro de la Guerra, por ejemplo, haría imposible su participación o transformaría esta en una renuncia formal a su fe revolucionaria.

Se han hecho muchos esfuerzos por dominar la resistencia anarquista. En esta cuestión, como en muchas otras, noviembre fue el momento decisivo. Cuando el gobierno evacuó Madrid, surgió automáticamente un caos total, que duró algún tiempo en muchas regiones del país, y los anarquistas, al quedar como única fuerza revolucionaria, se vieron automáticamente al mando. En Madrid, mientras todo el resto del gabinete había partido, permanecieron dos ministros anarquistas. A pesar de todo no intentaron hacer nada por tomar el poder y unos días después quedó organizada la Junta de Defensa, de influencia principalmente comunista. Dos carreteras seguían abiertas entre Madrid y Valencia: una cruzaba por Tarancón, la otra atravesaba Cuenca. En este momento de desintegración general, ambos lugares cayeron en manos de los anarquistas. En Tarancón, un piquete anarquista se dedicó a detener a todos los hombres que huían de Madrid, entre ellos los miembros del gobierno. Solo la energía personal de Del Vayo permitió pasar al gobierno. A pesar de todo, el incidente tuvo bastante significado. Los anarquistas se convirtieron en el principal obstáculo de la carretera, pero no llevaron adelante ningún intento serio de arrestar al gobierno, y después de haber sido reprendidos por un solo hombre que poseía la suficiente energía, permitieron a todos continuar su camino. Los principales dirigentes de la UGT atravesaron Cuenca. Fueron allí amenazados seriamente y vieron peligrar sus vidas durante varias horas, para ser más tarde puestos en libertad incondicional. Los alzamientos anarquistas, faltos de objetivo y emprendidos solo a

medias, exigían como respuesta una violenta represión. Los anarquistas organizaron en Valencia, con ocasión de un entierro, una gran manifestación y se adivinaron sus intenciones de convertirla en un *coup de main*. Pero el plan no estaba definido, el cortejo fue llevado a una trampa, los incidentes se desencadenaron y los anarquistas, sorprendidos en una estrecha plaza por ametralladoras comunistas que les apuntaban desde tres lados, sufrieron grandes pérdidas. Quedó roto el *élan* de la ofensiva anarquista en Valencia. Una fuente de informaciones que en otros casos mostró ser digna de confianza, me contó que Tarancón fue un día bombardeada por aviones que no parecían pertenecer a Franco. En Cuenca el proceso parece haber sido liquidado hace tiempo. Los comunistas locales lograron poner allí el trabajo policiaco en manos de las Juventudes Socialistas Unificadas, que liquidó en poco tiempo a los «incontrolables» anarquistas. Parece que Cuenca fue uno de los primeros lugares en donde un elemento fundamental de la política comunista encontró aplicación: una hábil distinción entre anarquistas «buenos» y «malos». Mientras tanto, la Junta de Defensa había sido creada en Madrid, habían hecho su aparición las primeras brigadas internacionales y las primeras escuadrillas aéreas rusas y el gobierno había logrado sus primeros éxitos. Hasta los anarquistas tuvieron que admitir que la disciplina y la organización habían servido para algo. En estas circunstancias encontró arraigo la distinción entre anarquistas oficiales y los llamados «incontrolables».

¿Quiénes son los incontrolables? El sentido varía de acuerdo al propósito político con que se utilice el término. Hay quien llama «incontrolables» simplemente a aquellos elementos criminales que, en número cada vez menor, llevan adelante «ejecuciones» y «expropiaciones» por cuenta propia, sin ningún tipo de autorización y esgrimiendo opiniones anarquistas. Pero hay ocasiones en las que todo elemento que haga gala de cualquier tipo de actividad que escape al control centralizado es acusado de «incontrolable»; sucede entonces que docenas de comités de aldea cuyos puntos de vista en la cuestión agraria difieren de las opiniones del ministro de Agricultura (el comunista Uribe) pueden verse, para su sorpresa, calificados de «incontrolables» y puestos al nivel de simples criminales. Pasada la crisis de noviembre, la dirección anarquista decidió colaborar en la lucha contra los «incontrolables». Y parece que en Cuenca, antes que en ningún otro lugar, se introdujo una cuña en el curso de esta pelea, separando a la dirección anarquista de sus «incontrolables» seguidores. El resultado fue que Cuenca, hasta entonces centro anarquista, se convirtió pronto en una ciudad modelo UGT. Docenas y docenas de procesos similares deben de haber tenido lugar durante las últimas semanas en toda la España republicana. Primero un ataque anarquista, emprendido a medias y carente de objetivos precisos, el cual provoca entonces serias represalias de uno u otro tipo por parte de comunistas, UGT y gobierno, respaldados estos por la nueva fuerza y la autoridad moral de las brigadas internacionales, el mando y la ayuda rusa y los pilotos rusos. El resultado invariable es que los comunistas obtienen una superioridad

material, la fidelidad de todos los elementos no proletarios y detienen el avance anarquista. Estos han mantenido su control sobre aquellos elementos que los han seguido desde antes del 19 de julio y no sobre muchos otros.

Pero estos éxitos iniciales logrados en la lucha contra la violencia anarquista eran solo el prelude de una batalla subsiguiente, más importante, tocante a problemas sociales básicos. Ninguno de ellos resultó más característico que el acaecido alrededor del CLUEA. Su descripción puede aplicarse a muchas otras situaciones similares. El CLUEA es una organización oficial que comercializa la cosecha de naranjas, la cual es sumamente importante con vistas a la adquisición de divisas extranjeras. Es una organización conjunta de la CNT y la UGT y representa a todos los trabajadores que participan en el manejo de la cosecha de naranjas: empacadores, trabajadores del transporte, estibadores; pero, cosa muy característica, no a los campesinos que cultivan la naranja. Estos últimos, por regla general, son uno de los elementos más acomodados del campesinado español y eran antes de la guerra civil la espina dorsal de Derecha Valenciana, grupo conservador, católico y regionalista. Hoy, según me cuenta uno de los mejores observadores del problema, respaldan en su mayoría al Partido Comunista. Desde un punto de vista técnico, el CLUEA funciona bastante bien. Las naranjas son vendidas y transportadas, en parte por barco aunque, desde luego, no en tan grandes cantidades como en épocas normales. Pero el CLUEA es capaz de cumplir con sus contratos de envío de naranjas y de pagar en efectivo sus compras en el extranjero. Ha habido pocas quejas en cuanto a la calidad de las naranjas. Pero el problema principal yace en el furioso antagonismo entre el CLUEA como representante de los sindicatos por una parte y comunistas y campesinos por otra. El Ministerio de Agricultura, dirigido por el comunista Uribe, lucha contra el CLUEA y *Fragua Social*, el periódico anarquista, responde atacándolo duramente. La discusión, como es natural, versa sobre los precios que el campesino obtiene a cambio de sus naranjas. Estos precios son fijados de modo abstracto a partir de aquellos que es posible obtener en el mercado internacional. Pero estos precios no han tocado nunca directamente al campesino el cual, antes de la guerra civil, vendía sus naranjas a los comerciantes locales y nunca a una organización estatal. Estos comerciantes han sido ahora excluidos del mercado local y solo algunos de entre los más importantes siguen ayudando activamente al CLUEA a negociar sus productos en el extranjero. Los sustituye ahora el Ministerio de Agricultura, el cual paga al CLUEA por adelantado el 50 % de los precios internacionales, entregando el otro 50 %, deducidos los gastos, después de hacer efectiva la venta de naranjas. Es este 50 % el que aún no se ha hecho tangible; la cosecha de naranjas está en curso. Y la primera mitad no se paga directamente a los campesinos, sino al CLUEA, quien debe con ello no solamente pagar las naranjas, sino su propio personal y los salarios de los trabajadores del transporte y estibadores. Los comunistas afirman que el resultado de esta mediación es que muy poco del dinero que paga el Ministerio de Agricultura es cobrado por los campesinos. No existen razones que nos hagan dudar de la veracidad

sustancial de este argumento. Por otra parte, los sindicatos representados en el CLUEA y los anarquistas acusan a los comunistas de tener la intención de romper completamente el control sindical y devolver el comercio de la naranja a comerciantes privados, los cuales siguen controlando el comercio de los productos agrícolas en la mayor parte de España. No hay tampoco razones para dudar lo sustancialmente cierto de este argumento, esgrimido por los partidarios del CLUEA. Este sostiene además que los comerciantes privados, al enviar al extranjero sus productos, serían pagados con giros depositados en otros países; que no hay manera de controlar estas transacciones en el extranjero; y que no cabe duda que los comerciantes no se preocuparían de convertir sus cuentas en moneda nacional y traerlas a la España republicana, prefiriendo dejarlas en el extranjero o, lo que es peor, llevarlas a territorio insurgente. Y las divisas extranjeras son una cuestión crucial. Es posible que el campesino se encuentre en desventaja frente a la organización del CLUEA, pero en cuanto a divisas extranjeras se refiere este, siendo virtualmente un monopolio estatal que controla el comercio exterior del más importante producto de exportación español, es tan eficiente como puede razonablemente esperarse.

¿Quién tiene razón y quién no la tiene en este debate? Me parece que, como pasa a menudo, ambos partidos la tienen al criticar a sus adversarios. Ninguna de las dos partes parece equivocada, siendo más bien la situación general la que parece insostenible. La raíz del mal se encuentra en el profundo antagonismo existente entre los ricos campesinos de la *huerta de Valencia* y los sindicatos. Solo una organización conjunta de ambos elementos podría allanar las diferencias y establecer reglas capaces de satisfacer a todas las partes en litigio. Una organización que abarcase solamente a los campesinos, la cual estaría destinada a ser dirigida por sus elementos más adinerados, sería indudablemente poco simpatizante del actual régimen. Una organización exclusivamente sindical y de predominio anarquista como es el CLUEA, difícilmente tomaría en cuenta las necesidades más apremiantes de los campesinos. Si el campesinado de la *huerta* fuese pobre y hambriento como el de Andalucía o La Mancha, no existiría tal antagonismo. Pero, desafortunadamente para el gobierno republicano, los olivares de Andalucía están en su mayoría en manos de los insurgentes. El gobierno de Valencia debe discutir acerca de la valorización de su más importante cosecha con un elemento descontento. La revolución española tropieza, en el caso del CLUEA y en escala reducida, con el problema que resultó fundamental a la revolución rusa, el *kulak*, campesino rico, conservador, descontento. No se puede decir que los métodos escogidos para solucionar el problema hayan sido seleccionados felizmente. Parece que, *en fin de compte*, la cosecha de naranjas es efectuada por los campesinos con la idea de que cobrarán por anticipado un 50 % de su valor, promesa que no se está cumpliendo; y que la violencia «mansa» ayudará allí donde las promesas fracasen. Han surgido ya uno o dos incidentes serios. El pueblo de Cullera se alzó, declaró su independencia (!), hizo arder sus faros costeros y volvió

dramáticamente sus cañones contra Valencia, la cual se encuentra a más de quince millas. Fue un intento infantil que, además de la rápida represión del gobierno, atrajo sobre ellos un bombardeo de aviones insurgentes atraídos por los faros. Pero es sintomático. El elemento básico de esta situación es que los comunistas, a diferencia de la pasada situación rusa, no están aquí con los trabajadores y despiadadamente en contra de los *kulak*, sino con los *kulak* y en contra de los sindicatos. Algunos van tan lejos como para decir que están intentando canalizar su trabajo utilizando para ello a las viejas organizaciones católicas.

Ignoro si esto es cierto. De todos modos, los comunistas halagan a los campesinos ricos al oponerse a los movimientos antirreligiosos. Han expresado su desaprobación durante la reciente conferencia de la Juventudes Socialistas Unificadas. No creo que muchos aprueben la quema de iglesias que tuvo lugar en julio en muchas partes de España; era la barbarie y un error político. Allí donde el catolicismo declinaba, la medida era inútil; donde tenía vigor, debe haber creado un antagonismo todavía mayor en contra de la causa republicana. La situación actual, sin embargo, es que existe una cantidad sorprendentemente pequeña de dificultades religiosas en la España republicana. Apenas se observa un movimiento apasionado de defensa del catolicismo, similar al que ocurrió durante la revolución francesa. No se dicen misas secretas, no hay sacerdotes que vayan a dar las bendiciones de la religión a sus fieles, arriesgando con ello la vida. Las convicciones católicas, o al menos las costumbres católicas, se han enraizado profundamente en las clases bajas del pueblo español y penetran hasta en sus filas revolucionarias. Si no han sido capaces de provocar efecto alguno durante la presente crisis del catolicismo español, ello se debe principalmente a la actitud del clero español. No consiste esto solamente en un problema de su comportamiento durante la etapa previa a la guerra civil. Ni siquiera es esta la causa más importante. Es indudable que muchos miembros de la jerarquía española no llevaron el tipo de vida que debía lógicamente esperarse de ellos. Han pecado por falta de atención, falta de conocimientos, codicia y vicio; pero todo esto sería rápidamente olvidado si la Iglesia española, compensando un pasado no del todo loable, se hubiese mostrado capaz de ganar la palma del martirio. Ha demostrado en cambio su profunda descomposición, al ser totalmente incapaz de lograr esto último. Muchos sacerdotes fueron sorprendidos por los acontecimientos de julio y si los asesinaron es porque fueron incapaces de huir a tiempo. Pero se sabe de muy pocos casos en que un sacerdote haya vuelto a su parroquia con el secreto fin de dispensar a su rebaño las bendiciones del apostolado en medio de la persecución. El catolicismo francés sobrevivió con éxito a la crisis de la revolución, a pesar de las muchas malas acciones que había cometido durante el *ancien régime*, porque cuando fue llamado al martirio, muchos lo sufrieron en nombre de la fe católica. Nada de esto está sucediendo en la España actual. Y los fieles, abandonados por sus líderes naturales, los sacerdotes, han perdido interés. En una época en que cientos y miles de revolucionarios se sacrifican completamente por sus convicciones, el hecho de que la

Iglesia católica sea incapaz de enarbolar siquiera una docena de casos heroicos es naturalmente desastroso para su causa. Por esto el gobierno no se enfrenta a dificultades inmediatas a causa del problema religioso. (Ya no se incendian iglesias ni están teniendo lugar nuevas ejecuciones de sacerdotes. Por otra parte, el clero católico del país vasco está sacrificando todo en aras de la causa de sus fieles y en la lucha contra Franco).

Otros problemas surgen también en medio de este indescifrable enredo, entre ellos la cuestión agraria. Es un problema al cual muchos periodistas y observadores extranjeros prestan poca atención y a mí me parece en cambio ser casi el punto clave de todo el movimiento. En la práctica, poco parece haber cambiado dentro de las condiciones de la propiedad rural desde el mes de agosto. Pero ha surgido en cambio un grave conflicto político a causa de la situación creada en el campo durante los primeros meses del movimiento. La investigación se ha hecho desde entonces mucho más difícil. Los periodistas neutrales no pueden, simple y sencillamente, obtener permisos que los capaciten para ir a investigar en el lugar. Pude sin embargo, gracias a los periódicos, a las historias que me narraban otros viajeros y a casuales observaciones hechas durante mi viaje a Málaga, obtener una cierta cantidad de información. En ningún lugar han sido pagadas las rentas a los grandes terratenientes. El efecto de esta abolición de rentas debía ser enorme, ya que el arreglo más corriente consistía en pagar el 50 % de las cosechas totales como renta en especie. Su efecto ha sido disminuido en la práctica por la expropiación, directa o indirecta, tal como ha sido descrito en el caso del CLUEA. Las grandes fincas expropiadas permanecen en manos de los comités o más bien, al sobrevenir la decadencia de los comités (a lo cual nos referiremos más adelante) en manos de las municipalidades, las cuales las administran dirigiendo a los antiguos trabajadores y manteniendo las mismas condiciones de trabajo que antes. Pero en algunas ocasiones, como es el caso de algunas tierras trigueras situadas en La Mancha o las fincas de caña de azúcar en Málaga, las propiedades han sido colectivizadas por los trabajadores y son labradas por estos, quienes crean su propia administración. La propiedad campesina, de modo general, no ha sido tocada, con excepción de la tierra perteneciente a amigos de los insurgentes. Las cosechas de los aldeanos siguen yendo fundamentalmente a comerciantes locales, los cuales logran realizar con ello espléndidos beneficios. Pero en cierto número de casos, no del todo insignificante, las tierras campesinas han sido «colectivizadas» por los anarquistas. En algunas ocasiones, estas fincas colectivas parecen marchar bastante bien; un caso famoso lo constituye la colectivización de dos olivares en la provincia de Murcia, aunque muy a menudo el funcionamiento es bastante malo. (Describí una colectivización muy poco satisfactoria en Castro del Río, en el diario de mi primer viaje; este pueblo en particular ha sido desde entonces ocupado por los rebeldes). Los comunistas han lanzado una gran campaña en contra de estas colectivizaciones las cuales, dicen, son en la mayoría de los casos forzadas por los anarquistas en contra de la voluntad de los campesinos. Y la insuficiente

atención brindada por todos los partidos al problema agrario se centra en esta cuestión de las «colectividades» campesinas.

Los comunistas tienen sin duda razones de gran peso. La colectivización, si no es seguida de la introducción de maquinaria agrícola moderna que permita una producción en gran escala, tal como tractores, no puede atraer al campesino, está condenada a la ineficacia y es probable que cree mayor confusión en las aldeas, donde la situación es ya bastante difícil. No es fácil saber en qué medida cada caso de colectivización es voluntario o forzoso. Lo que realmente importa es qué oportunidades de triunfo tienen estas unidades económicas y en consecuencia, qué posibilidades tienen de atraer al campesino en un futuro razonablemente cercano. Creo que, en este caso, el escepticismo de los comunistas está bastante justificado. Se necesita un capital que haga rentables las grandes propiedades colectivizadas y no solo eso, también ayuda técnica y dirección competentes. No se cuenta con nada de esto, dadas las condiciones de la guerra civil. Tal y como se plantean las cosas, las colectivizaciones agrícolas prematuras son más bien los últimos residuos de la vieja fe anarquista, la cual intentó basar una nueva sociedad solo en el entusiasmo moral y la fuerza, sin respetar las condiciones prácticas inmediatas. El Ministerio de Agricultura intenta una alternativa: dispone de una cierta cantidad de divisas extranjeras y las utiliza en la adquisición de implementos agrícolas, principalmente fertilizantes, poniendo estos al alcance de los propietarios individuales. En un principio, esto se hizo a precios considerablemente más bajos que el costo y actualmente es hecho a precios de costo, es decir, considerablemente más bajos que los del mercado. A pesar de todo, los fertilizantes no están todavía al alcance del campesino español medio (el cual, en medio de su pobreza, sería más fácil que diese la bienvenida a la colectivización que la pequeña capa de campesinos ricos). También en el problema de la colectivización y de los implementos agrícolas, los comunistas juegan el juego de los ricos en contra de los pobres y de los anarquistas. Los esfuerzos de estos resultan infantiles.

Pero el más grave problema que plantea la colectivización es la atención que se le da. La colectivización es idea favorita de los anarquistas y resulta como consecuencia un excelente tema de discusión entre ellos y sus adversarios. Pero esto no quiere decir que sea el problema más importante de la cuestión agraria. Preocupados por sus violentos antagonismos, tanto comunistas como anarquistas olvidan que el campesino ignora completamente la política oficial en cuanto toca a las tierras expropiadas, tanto la de los grandes terratenientes como la de los pequeños campesinos que han huido o han sido ejecutados como enemigos del régimen. A veces este olvido del problema principal es casi grotesco. La provincia de Jaén (la cual describí en el diario de mi primer viaje) es un ejemplo en donde por lo menos el 90 % de la tierra, no solo pertenece a grandes propietarios, sino que es administrada a la manera de las grandes propiedades. En el congreso de las Juventudes Socialistas Unificadas, un joven

campesino de esta provincia se levantó y discutió largamente el problema de la colectivización de las miserables parcelas, que los campesinos de su distrito prefieren conservar como propiedades privadas antes que entregarlas a una administración colectiva. Pero olvidó mencionar las enormes fincas que han permanecido en manos de municipalidades como Andújar o Bailén y las cuales, si fuesen bien administradas gracias a la colectivización o la división popular, harían olvidar completamente a los campesinos el tema de sus miserables propiedades, con las cuales logran cosechas de hambre. La revolución española se planteó como objetivo entregar al campesino la tierra del terrateniente de manera individual o colectiva. En lugar de hacerlo, se ve ahora en el *impasse* de discutir si la tierra *perteneciente* a los campesinos debe ser propiedad individual o colectiva. Y la ceguera que reina en cuanto a este problema central es la misma entre socialistas, comunistas y anarquistas, por no mencionar al POUM, el cual prefiere permanecer en el encumbrado reino de las abstracciones marxistas.

Es más, el campesino no está actualmente seguro del destino de su propia cosecha. Las expropiaciones son una inevitable necesidad de la guerra, ya sean estas realizadas abiertamente o gracias al manto de la inflación monetaria. El campesino no sabe con claridad, sin embargo, qué se espera de él; e ignora en qué forma será recompensado más adelante. Es dejado en la incertidumbre y siente cada vez mayor inquietud. Los ricos campesinos de la *huerta de Valencia* y distritos similares pueden ser al menos indiferentes a los éxitos de los insurgentes. Pero este no es el caso en la mayor parte de España. Dondequiera que los insurgentes logran avanzar, miles y miles de campesinos abandonan sus hogares. Hacen esto no solo para evitar bombas y cañonazos; si así fuera, se esconderían en las montañas y regresarían a los pocos días. Huyen porque los aterrorizan los rebeldes. Han escuchado las historias narradas por los aldeanos de los pueblos ocupados por las tropas franquistas; estas hablan de ejecuciones y opresión despiadada. La gran mayoría del campesinado español es pobre y está acostumbrado a ver en el propietario de tierras, la policía, las tropas y aun los sacerdotes a sus enemigos naturales, contra los cuales busca ahora refugio entre las líneas del ejército republicano. Pero a la vez, estos campesinos han dado muy pocos voluntarios a las tropas del gobierno y aun la defensa espontánea de sus propias aldeas es ahora, en contraste con los primeros meses, la excepción más que la regla. Saben de qué huyen pero apenas saben por qué luchar. Los insurgentes pueden quitarles mucho pero la República no les ha dado nada sólido. Su actitud concuerda con esta situación.

Aunque prácticamente no existan en las aldeas voluntarios para el ejército, tampoco hay resistencia contra el reclutamiento. Como regla general, todos los hombres entre veinte y treinta años deben alistarse. Pero al no existir suficientes registros, aquellos que desean esconderse pueden hacerlo fácilmente. Es tanto más significativo cuanto que la mayoría de los jóvenes de las aldeas se presentan a las

oficinas de reclutamiento y se avergüenzan si son rechazados por algún defecto físico. Pero entre ser aceptados y llegar al frente hay un largo trecho. Si a los muchachos les disgusta el entrenamiento (como es el caso de muchos) no les es difícil encontrar el camino de vuelta a sus aldeas nativas, viéndose allí libres de cualquier control eficiente. No debe olvidarse, al juzgar este estado de cosas, que de todas maneras nunca habría un número suficiente de fusiles para armar a todos los hombres útiles al gobierno el cual, en consecuencia, tiene poco interés en forzar el reclutamiento de elementos poco dispuestos. El servicio militar obligatorio es el lema principal del Partido Comunista (junto con su demanda de mando único), pero su logro no depende de la voluntad de las autoridades de aceptarlo, sino de una solución satisfactoria al problema de los armamentos. Aquellos jóvenes que acaban por ir a la guerra son distribuidos entre las llamadas «brigadas mixtas», institución similar a las famosas *amalgame* de la revolución francesa. Consisten en parte de viejos voluntarios de la milicia y en parte de nuevos reclutas. La organización de milicias, como es natural, ha desaparecido; se nombra a los comandantes y se introduce la disciplina. Pero estas brigadas mixtas no han sido todavía organizadas en todo el territorio español. En algunas zonas, Málaga por ejemplo, el viejo sistema, basado exclusivamente en los voluntarios, sigue prevaleciendo y la única razón de esto es la lentitud con que la reorganización es llevada a cabo. Existen en toda España columnas anarquistas, las cuales han sido ahora unificadas bajo el nombre de *milicias confederales* pero que, de acuerdo con su carácter exclusivamente político, no aceptan con facilidad reclutas sin afiliación política determinada.

Después de todo, la formación de un ejército unido republicano es algo más fácil de solicitar que de poner en ejecución. También los comunistas, a pesar de ser ellos los principales promotores de la reorganización armada, controlan a sus propias tropas, el así llamado Quinto Regimiento, que hoy es otra cosa que un «regimiento». Cuenta con unos 60 000 a 70 000 hombres y es, con mucho, la más fuerte unidad militar de la República. Entre sus treinta y dos brigadas están las brigadas internacionales que tan importante papel han jugado en la defensa de Madrid. La afiliación del Quinto Regimiento no es exclusivamente comunista; una de sus brigadas está integrada por anarquistas extranjeros. Pero la dirección y el espíritu político general son decididamente comunistas. Se habla de disolver el Quinto Regimiento y fundirlo al ejército regular de la República, pero hasta ahora ninguna de sus brigadas ha sido disuelta y no es tan fácil hacer esto mientras los demás grupos continúen dirigiendo sus propias tropas. No es quizás exagerado decir que en una revolución, la posibilidad de crear un ejército unificado depende de la completa unión en la dirección política. Todos desean esta última, pero naturalmente, todos desean también ser sus dirigentes. El mando político unificado querría decir llegar a acuerdos en cuanto a política inmediata a seguir; y esto no es posible. Mientras tanto, nadie duda que los comunistas han dado a la República sus mejores tropas. Es este, sin duda, el principal servicio que han prestado a la causa republicana.

Pero también intentan introducir los métodos de la disciplina militar en la vida política civil. Ya he mencionado su respaldo a un partido político unido. Otro aspecto de la misma tendencia es su hostilidad a los comités. En ninguna parte de España adopta esto formas tan violentas como en Cataluña. Tiene lugar un definido y bien planeado empuje hacia la disolución de los comités políticos, estos embriones españoles de sistema soviético. Hablando de manera general, los comunistas en este aspecto no han obtenido todavía todo lo que quieren, pero están camino de obtenerlo. El medio principal para ello es la reforma comunal. Una orden ministerial ha definido la reforma de los *ayuntamientos*. Estarán compuestos en el futuro por representantes de los sindicatos y otras organizaciones de masas, pero con el alcalde a la cabeza. El alcalde es nombrado por el gobernador civil de la provincia el cual, a su vez, es nombrado por el gobierno. Por su parte, los miembros del *ayuntamiento* son nombrados por sus respectivas organizaciones políticas y sindicales. No existe mucha diferencia técnica entre los comités y estos *ayuntamientos* reformados. También los comités se formaron con representantes de los diversos partidos políticos y sindicatos, designados por sus respectivas organizaciones. Parece que la única diferencia radica en que los comités no han actuado bajo la presidencia de un alcalde. Pero en la práctica, la diferencia es más considerable. El alcalde, por poco capacitado que esté, es probable que sea quien mayor influencia tenga dentro de esta corporación; y él es un empleado del gobierno. Además el *ayuntamiento*, a diferencia del comité, es una institución oficial y está obligada a proceder, no según el «innato y libre derecho de la revolución», sino de acuerdo con la legislación. Si no hace esto, sus actos son nulos y el alcalde está ahí para vigilar que no se cometan ilegalidades.

No se puede omitir de este contexto otra consideración. El gobierno de Valencia, de manera oficial, lucha por una «república parlamentaria y democrática». En el momento actual esto es, inevitablemente, un programa y no una realidad de la política nacional. Ni anarquistas ni trotskistas están representados en las Cortes, los primeros porque rehusaron presentar candidaturas, los últimos porque son demasiado débiles. Así que no hay oposición en las Cortes y sus actividades se limitan por el momento a celebrar sesiones que tienen lugar con el máximo intervalo legal entre ellas y que son levantadas después del pase unánime de unas pocas resoluciones; una ley de emergencia ha relevado recientemente a las Cortes hasta del deber de celebrar sus juntas a intervalos regulares. Pero dentro de la esfera de la administración *municipal*, la democracia republicana y parlamentaria podría ser una realidad; y en cuanto se refiere a la política de los partidos republicanos, debía serlo. Es lógico que la guerra civil imponga restricciones. Pero la reforma municipal recién descrita no propone las restricciones como medida de emergencia. Esto último no se plantea en lo más mínimo. Las elecciones quedan completamente abolidas, creándose en su lugar el *nombramiento* de representantes de los diversos partidos, lo cual no se hace siquiera sobre la base de una repartición proporcional que concuerde con el número de afiliados de los partidos representados, sino sobre bases de paridad. En la práctica, el

funcionamiento es el siguiente: el consejo municipal se organiza después que el secretario local de la UGT, el secretario de los comunistas, el presidente del grupo republicano local y los representantes de los anarquistas (si es que los hay) han llegado a un acuerdo.

Es así como queda abolida la democracia municipal. No creo que esto sea accidental. No se debe tampoco al descuido, ya que la ley fue estudiada cuidadosamente; no se debe tampoco a un rasgo especial de las municipalidades españolas. Si intentamos una interpretación correcta, debemos recordar que no es frecuente que socialistas, comunistas y republicanos estén divididos, aunque sus rivalidades personales sean frecuentemente importantes. La ley hace entrega de la administración municipal a las burocracias de los partidos, a los cuales se garantizan derechos iguales en cuanto a sus diferentes grupos se refiere, mientras que no se tienen para nada en cuenta los deseos de la población. Si tuviesen lugar elecciones (aun eliminando estrictamente de estas a todos los simpatizantes de Franco), los problemas vitales del momento se convertirían en plataformas electorales y las diversas burocracias de los partidos se verían obligadas a tomar algo en cuenta los deseos del electorado, si quisieran ver electos a sus candidatos. Esto es lo que desean evitar todos los partidos. La necesidad de absoluta unidad provocada por la guerra civil les da un argumento plausible, pero no puede respaldar una medida que no se planea como de emergencia. Esta reforma municipal marca un paso importante en el desarrollo hacia la dictadura de las burocracias de partido y no, como se pretende, hacia la democracia republicana y parlamentaria. Y la única diferencia entre esta situación y la situación actual de Rusia es la siguiente: en Rusia la burocracia dirigente pertenece a un solo partido, mientras en España está todavía dividida en tres o cuatro partidos; pero estos dejan atrás rápidamente sus antagonismos históricos, acercándose cada vez más a la unidad política, a pesar de las rivalidades entre los clanes. Así como el mando de los comités marcó la etapa anarquista y soviética de la revolución, así la nueva legislación municipal marca su etapa burocrática. La profunda decadencia de los anarquistas puede ser medida por el hecho de que acepten, aunque sea con algunas vacilaciones, la introducción en las municipalidades del régimen político que más violentamente puede oponerse a sus ideales.

Las cosas, tanto en este aspecto como en muchos otros, se encuentran actualmente en un estado de transición y desorganización. Continúa existiendo el antiguo servicio civil, pero en la mayoría de los lugares perdió autoridad durante el mes de julio y desde entonces ha logrado recuperarse muy poco. Por otra parte, los comités políticos están en estado de desintegración, en cierta medida porque ahora carecen de reconocimiento oficial, también a causa de que los comunistas los destruyen desde dentro y por último porque ha disminuido el fervor del movimiento de masas que los llevó a primer plano. Falta mucho para que los nuevos *ayuntamientos* marchen de modo regular. Existen además, en cada pueblo y aldea,

una multitud de comités que tienen a su cargo tareas de todo tipo: reclutamiento, aprovisionamiento, policía, control de vehículos, control de armas, control de alojamientos, etc., organizados habitualmente sobre la base de representación de todos los partidos. Estos comités derivaban su autoridad original del comité político local, del cual eran secciones. Continúan ahora su trabajo solo porque se han hecho indispensables, pero carecen de cualquier autoridad claramente establecida. Ya no se trata, como en agosto, de un doble régimen compartido por la burocracia y los soviets, sino que existe en su lugar una administración múltiple. Las tendencias revolucionarias han sido detenidas; pero la organización central no ha logrado todavía afianzarse. La consecuencia más seria de este pluralismo de fuerzas políticas y administrativas independientes, es el fracaso en el intento de transformación del gobierno.

MÁLAGA

Durante mi estancia en Valencia, la ofensiva de los insurgentes contra Málaga, comenzada el día mismo de mi llegada a España, se estancó después de algunos éxitos iniciales. Pero como todos esperaban que en este rincón tuvieran lugar importantes acontecimientos, decidí visitarlo. Me tomó tres días llegar, desde la mañana del 29 de enero hasta la mañana del 1 de febrero.

No había observado antes la revolución en esta región particular de España. ¡Pero qué diferente al resto del campo, tal como lo había conocido en agosto y septiembre! Seguían existiendo los comités de aldea; esto podía saberse escuchando las conversaciones durante las comidas. Pero estos comités no jugaban ya un papel en la conciencia de los aldeanos. Cualquier pregunta hecha en septiembre acerca de «el comité», hubiese brindado información acerca del «comité político» que, siendo la primera fuente de autoridad, estaba claramente diferenciado en la mentalidad de la población de cualquier otro subcomité que trabajase bajo sus auspicios. Ahora podía suceder hasta que la gente, al ser interrogada acerca de la sede del «comité», ni siquiera supiese de qué se les estaba hablando. A veces enumeraban varios comités.

—¿Busca usted el comité de la CNT? ¿O el de la UGT? ¿O el comité de transportes, para conseguir gasolina?

—No, el comité político —respondo.

No existe tal cosa. Pero surge finalmente un comité del Frente Popular, llamado *comité de enlace*, cuerpo que establece los contactos entre los diferentes partidos. Sin embargo, en el lugar preciso donde esto me sucedió, este comité había conservado algunas de sus viejas atribuciones, principalmente las funciones policiacas. Agentes

que actuaban a sus órdenes nos detenían en las calles y nos exigían mostrar nuestros papeles. Este mismo lugar, Lorca, fue el único de nuestro viaje donde las patrullas de carretera habían sido organizadas por los mismos aldeanos. «Alto o disparo», declaraban grandes cartelones a ambas entradas de la aldea.

Durante los meses de agosto y septiembre, el control de las carreteras por los campesinos y el detener y registrar vehículos a la entrada de cada aldea, había llegado a convertirse en una molestia y naturalmente que, pasados unos días, había sido de poco valor en la lucha contra la contrarrevolución. Pero esta vigilancia había mostrado el apasionado deseo de las aldeas de hacer todo lo que estuviese a su alcance por luchar contra los insurgentes y simbolizaba a la vez un aspecto del sistema soviético. Los aldeanos y los trabajadores de las pequeñas aldeas habían echado a un lado la guardia civil y las otras fuerzas de policía y habían asumido ellos mismos el trabajo de controlar las carreteras. Ahora sucedía lo opuesto. La molestia creada por cientos de cuerpos policiacos, independientes en cada pueblo, había desaparecido; pero con ella había desaparecido también el apasionado interés del pueblo por la guerra civil. Y con la disminución del interés de las masas, la vieja policía había hecho su reaparición. Ciertos puntos de la carretera estaban aún custodiados, pero no por civiles armados ni milicia, sino por las viejas fuerzas de policía, la guardia civil y los *asaltos*. Había terminado el corto intermedio soviético del sistema político español.

Lo contrario sucedía con los partidos políticos. Sus actividades eran obvias: muchos estandartes, en realidad más que en lugares más al norte; muchos carteles, algunos impresos en el lugar, otros enviados desde el norte, especialmente los de la CNT, la cual enviaba algunos directamente desde Barcelona y con inscripciones en catalán. La provincia de Alicante estaba dominada por la CNT. Más al sur, de Murcia a Málaga, la CNT y la UGT parecían tener igual fuerza. Aquí como en todas partes, la UGT debe de haber ganado un número considerable de adherentes; esta región era antes exclusivamente anarquista.

La impresión general es que la guerra pesa aquí menos que en las grandes ciudades del norte. Las condiciones alimenticias son todavía buenas. Parece haber gasolina disponible, aunque no para los que lleguen de fuera, sino solo para los habitantes del lugar. De todos modos, hay mucha más circulación de automóviles que en el norte. (Pocos días antes, se introdujeron en Valencia una serie de reglamentos rigurosos, los cuales hacían que a un periodista extranjero le fuese casi imposible el conseguir un auto). Con excepción de Cartagena (la cual no atravesamos) esta parte del país ha sufrido pocos bombardeos. Durante el mes de noviembre, Alicante fue bombardeada una vez durante siete horas seguidas, pero con poco resultado; y esto no había vuelto a suceder. En Almería, cerca del frente, la situación era muy diferente, en este como en otros aspectos.

Aparte de Cataluña, las zonas campesinas situadas entre Valencia y Almería eran probablemente las más pacíficas que atravesé de toda la España republicana; era evidente que estaban menos desgarradas por diferencias políticas que Cataluña. Era de todos modos difícil olvidar la guerra, así fuese solo un momento. Tanto en Alicante y Murcia como en Almería, las principales avenidas y plazas habían sido desfiguradas por la apresurada construcción de refugios subterráneos, en defensa contra los ataques aéreos; una precaución cuya necesidad se hace cruel en la España del sur, donde las paredes hasta de las grandes casas son como papel. Y a las tropas se las veía por todas partes. En Murcia estaba el contingente alemán de las brigadas internacionales y al atravesarla, la ciudad estaba llena tanto de muy «nórdicos» proletarios alemanes refugiados como de judíos polacos, todos uniformados de la misma manera y sirviendo en la misma unidad. El número considerable de judíos polacos que sirven en las fuerzas del gobierno ha sido incorporado al contingente alemán, ya que todos ellos comprenden el idioma y no existe personal capaz de organizar un mando en yiddish. Murcia estaba además llena de heridos. Y toda ciudad pequeña que atravesamos estaba provista o de un campo de aviación o de una escuela de artillería, o de un campo de entrenamiento para los soldados, o de centros de estacionamiento para vehículos militares; no quedaba ningún lugar que no hubiese sido tocado por la guerra.

Las cosas eran mucho más difíciles en Almería. La ciudad había sido bombardeada repetidas veces y gran parte de la población prefería ¡dormir en los campos en enero! (El invierno, en estas regiones montañosas de la España del sur, no es tan templado como uno podría sentirse inclinado a pensar). Escaseaba la comida. Había en la ciudad gran número de refugiados, algunos venidos desde tan lejos como Madrid; el salón de entrada de nuestro hotel se llenó una vez de ellos. Imposible conseguir un auto, un vehículo cualquiera, ni siquiera el autobús regular de la línea Almería-Málaga. El gobernador civil tenía en sus manos un transporte de tropas y armamentos que debía enviar a Málaga y carecía de los vehículos necesarios para trasladarlos. Su energía excepcional (al menos en el caso de un gobernador civil español) lo llevó a expropiar todos los vehículos de Almería al instante y sin excepción, sin tener en cuenta ni origen ni destino. Con el fin de hacer eficiente la medida, se colocaron centinelas a la entrada de la ciudad con órdenes de detener y expropiar todo vehículo. Me encontraba allí y no sabía qué hacer. Después de un día de intranquila espera y búsquedas infructuosas de medios de transporte, intenté una última esperanza y tuve éxito. Sabía que no se permitía viajar a los periodistas en los transportes de tropas pero, confiando en los importantes documentos que llevaba conmigo, hice el intento y fui aceptado.

Fue así como a eso de las seis y media de la tarde, ya de noche, salí en el auto del comandante de los refuerzos que se dirigían hacia Málaga. Supongo que sea este un espécimen característico del nuevo cuerpo de oficiales. Había sido sargento en

Marruecos durante cinco años y sirvió allí en la campaña de Primo de Rivera contra Abd-el-Krim. Se retiró entonces, aprendió mecánica locomotriz y consiguió trabajo en la Estación del Norte de Madrid, una de las plazas fuertes de la UGT. Se convirtió en sindicalista y socialista. Al estallar la guerra civil, se alistó en las fuerzas republicanas con el grado de teniente y pronto llegó al grado de capitán. Llevaba tres meses al mando de la fuerza que ahora lo acompañaba a Málaga; había servido a sus órdenes en Madrid, en la Casa de Campo. Era evidente que sus hombres simpatizaban con él, pero sin darle el trato deferente de rigor en los ejércitos continentales. Lo trataban como si fuese alguien absolutamente igual a ellos.

Desde un punto de vista militar, la carretera que une Almería a Málaga es peligrosa. Se extiende casi todo el tiempo junto a la costa y los rebeldes dominan el mar. Hay varios puntos en los que, durante muchas millas, el camino avanza entre un abismo sobre el mar por un lado y rocas de muchos cientos de pies de alto por el otro. En estos lugares, tanto un cañoneo de artillería como un bombardeo aéreo provocarían inevitablemente un horrible desastre. Y sin embargo, nuestra caravana continuaba su camino sin tomar precauciones. Las luces no habían sido apagadas; ni siquiera habían sido cegadas con papel azul. Nadie intentaba tampoco que los autos y camiones se mantuviesen a igual distancia unos de otros. Unos pocos disparos hubiesen destruido toda la caravana, claramente visible desde el mar en esta noche iluminada por la luna.

A mitad de camino entre Almería y Málaga se encuentra el pequeño pueblo de Motril. Los insurgentes, durante su primera ofensiva contra Málaga, habían bajado desde Granada y en un esfuerzo fracasado por cortar la carretera habían llegado a ocho millas de Motril. En este punto de la carretera, nuestra caravana fue detenida durante una hora a causa, simplemente, de la congestión de vehículos. Se me explicó que la carretera principal había sido destruida más allá de Motril por las inundaciones. Había sido bombardeada repetidas veces entre Almería y Málaga y la habían reparado con rapidez. No sé si los daños de esta zona en particular se deben a inundaciones o bombardeos. De todos modos, el puente destruido no ha sido reparado en una semana y tuvimos que dar un gran rodeo. Atravesamos al principio caminos desastrosos y terminamos usando el lecho del río, el cual se encontraba lleno de agua. Era demasiado para nuestro auto, que de pronto quedó atascado y no se movió más. Tuvimos que subir a uno de los grandes camiones que transportaban a los soldados. A una caravana de cañones, necesitados con urgencia en Málaga, le había sido imposible atravesar en muchos días. Como el mar estaba cercado por los insurgentes, la lentitud en la reparación del puente de Motril mantenía a Málaga sin provisiones de artillería. Solo en los últimos días logró arreglarse a medias el desperfecto y unos cuantos cañones pudieron pasar.

Conocí en el camión a una tropa típica de las que habían peleado en Madrid. Eran totalmente diferentes a la vieja milicia. Todos muy jóvenes, casi todos reclutas y con

una actitud enteramente militar. «Militar» no en el sentido de la elegancia militar (aunque estaban muy decentemente disciplinados), sino en sus actitudes. Ni una sola vez en toda la noche se mencionaron cuestiones políticas. Se habló de comida, de armas, de batallas, de alojamientos. De pronto, un sonido sospechoso nos hizo esperar a todos la llegada de aviones enemigos. Estaban acostumbrados a esto y no se emocionaron de manera especial aunque esta situación en este lugar en particular, hubiese sido especialmente difícil. Llegamos a las cinco a Nerja, a quince millas de Málaga, donde nuestro transporte se detuvo. Los hombres del camión fueron junto con su capitán a un anfiteatro donde se les hospedó. En unos minutos, todos los asientos fueron sacados del salón y este quedó listo para ser utilizado como dormitorio, sin desorden y sin hacer daño a los muebles. Contrastaba favorablemente con los alojamientos de la milicia en agosto. Era obvio, de una manera general, que esta no era una masa de cruzados políticos, sino un ejército de soldados regulares.

Dormí dos horas y seguí luego hacia Málaga en un autobús de la línea regular. Las nubes se abigarraron y comenzó a llover con fuerza. Lamenté esto al principio, pero tan pronto como entré a la ciudad, alrededor de las nueve de la mañana, suspiré aliviado dando gracias a la lluvia. Por lo menos durante unas horas nos tendría a salvo de los bombardeos. La impresión que me hizo Málaga fue espantosa.

Es difícil decir cuál de los dos lados despliega en Málaga más furia destructora. Entré atravesando los suburbios obreros. Unas cuantas casas habían sido destruidas por el cañoneo naval. Mi primera impresión fue que esto era mucho menos terrible de lo que esperaba. Cambié pronto de manera de pensar. Viene después el elegante distrito de Caleta. Había sido completamente destruido, quemado por la multitud en los primeros días. Quedan en pie unos cuantos hoteles y el mayor de todos, el Miramar, ha sido expropiado y convertido en hospital; de las grandes mansiones quedan solo las paredes. Es imposible describir la impresión que tal ciudad de los muertos puede causar. El autobús sigue por la costa hasta el puerto. A lo largo de este corre una bella explanada y tras ella, a unos cientos de metros de la costa, se encuentra el centro de la ciudad. En él, menos casas han sido quemadas. Quedan en cambio los indescriptibles efectos del bombardeo y el cañoneo. Ruinas, ruinas, ruinas, algunas todavía humeantes en medio de la espectral lluvia. La cantidad real de destrucción es menor de lo que se cree al principio. Después de la primera impresión, nos sentimos inclinados a decir: «todo el centro de la ciudad no es más que ruinas». Pero no es cierto. Aun en el centro, unos dos tercios de los edificios permanecen indemnes y el porcentaje es considerablemente mayor en los suburbios. Si se hace un promedio en el que se incluyan toda la ciudad y sus afueras, creo que hasta sería exagerado decir que el 5 % de las casas ha sido destruido. Y, sin embargo, reina una impresión de desastre total, en parte porque la mayoría de la destrucción está concentrada en dos de los distritos más ricos, la Caleta y el centro. Pero lo más importante es el sentimiento indefenso que transmiten las ruinas. Sentimos la

tentación de preguntarnos, ¿cómo podremos protegernos en caso de ataque aéreo? No existe absolutamente ninguna protección. Los edificios de cuatro y cinco pisos han sido atravesados por las bombas. No existen sótanos. No hay refugios, a excepción de las cavernas de roca en los bordes de la ciudad, y no puede haberlos, ya que el agua de mar se encuentra en Málaga justo debajo de la superficie de la tierra. Y cada día tenía lugar un ataque aéreo, a excepción de aquellos en que reina mal tiempo lo cual, en Málaga, es excepcional. El peor de estos ataques tuvo lugar cuando la primera ofensiva de Queipo de Llano se atascó en Marbella. La población creía estar acostumbrada a lo peor y no le preocupaba oír que habían muerto una o dos docenas de personas como resultado de un ataque. Pero esta vez, a la una y media de la tarde, justo a la hora de cierre de tiendas y oficinas y cuando la calle estaba llena de gente, nueve aviones de bombardeo barrieron el centro de la ciudad; cuentan que, en unos minutos, hubo 260 muertos y más de 1000 heridos entre hombres, mujeres y niños. En ese momento, el alto mando militar de Málaga no tenía a su disposición ni un solo avión de reconocimiento. Fue una matanza que no encontró resistencia. El Estado Mayor se trasladó a un lugar situado en las afueras de la ciudad. Desde entonces, la población no ha logrado despojarse del terror provocado por esta carnicería. Desaparecieron las risas y casi hasta las sonrisas en esta ciudad sureña. Un escuadrón de aviones de reconocimiento llegó a Málaga el día antes de mi llegada y después de meses de desamparo trajo consigo la protección; pero no logró aliviar la tensión.

Llovió todo el día de mi llegada. La lluvia me dio la oportunidad de llevar adelante y con calma mi encuesta. Fui a ver al gobernador civil, el cual estaba solo, sentado en su oficina; nadie parecía preocuparse de él. Era evidente que tenía poca autoridad. Pero era capaz de mentir con la mayor desfachatez y me dijo, en un lugar desde donde podían verse las ruinas, que nada había sucedido, que reinaba una completa normalidad, que habían pasado muchos días desde el último ataque aéreo y que el peor de estos les había costado dos muertos y siete heridos. Terminó recomendándome un hotel en la zona más golpeada por los bombardeos, probablemente con la intención de darme confianza. (Para aclarar las cosas, debo decir que su actitud era exclusivamente suya. Al día siguiente envié un cable indicando la verdadera magnitud del desastre y este pasó la censura militar sin la menor dificultad). Me dirigí después al comité político, convertido en *comité de enlace*. No mintieron y fueron tan amables como para explicarme todas las cuestiones técnicas; pero era también evidente que ellos se encontraban aislados en sus oficinas y carentes de objetivos. No existía en Málaga una administración civil cuyo funcionamiento importase, excepto los comités especiales encargados del aprovisionamiento o cuestiones similares. La vieja administración, representada por el gobernador civil, había perdido su autoridad en julio; la nueva, representada por el comité, había ido perdiendo lentamente su autoridad en la lucha comunista contra los comités. (Los comunistas son muy importantes en Málaga; ya antes de julio, esta se había convertido en una de sus principales plazas fuertes). Y no quedaba ahora otra

autoridad que el Estado Mayor militar. Pero este era incapaz de enfrentarse a problemas que no fuesen estrictamente militares, además de no mostrar ningún deseo de enfrentarse a ellos. Cosa extraña, esta ausencia de autoridad no creaba un estado de caos. Escaseaba el pan en la ciudad, pero en muchos otros aspectos su aprovisionamiento era bastante bueno. No estaba aterrorizada por las bandas; lejos de eso. Durante los primeros días del movimiento, estas le habían hecho ganar una mala reputación, pero todos sabían que las bandas habían sido liquidadas en Málaga con mayor dureza que en cualquier otro lugar; no sé cómo. Otros problemas no habían sido tan bien resueltos. Para mi sorpresa, la catedral estaba abierta. Estaba llena de refugiados venidos de aquellas partes de la provincia ocupadas por los insurgentes; dormían en el suelo de piedra, en la mayor indigencia, prácticamente sin comida y sin servicios sanitarios.

Las noches eran misteriosas en las calles de Valencia, oscuras después de las diez de la noche. En Málaga las luces no se encienden nunca. En Valencia hay gente en las calles, aun después de las diez de la noche. En Málaga, una ciudad acostumbrada a vivir más de noche que de día, las calles están vacías a partir de las ocho de la noche. Muy pocas personas se apresuran y todas hablan en susurros, en una reacción de pánico irracional ante algún desastre que sobrevendrá. Los faros de los tranvías, los cuales permanecían de servicio durante la noche, alumbraban solo de vez en cuando y por un momento el lóbrego escenario.

Durante los tres días de mi estancia, mis colegas y yo pudimos ahorrarnos la experiencia del cañoneo naval, aunque no la del bombardeo aéreo. La segunda mañana amaneció despejada e inmediatamente después llegaron los aviones. El puerto y el centro de la ciudad fueron atacados pero después de quince minutos intervinieron los recién llegados aviones de reconocimiento gubernamentales y pusieron fin al bombardeo no sin perder, como supimos más tarde, dos de sus aviones. A la mañana siguiente, alrededor de las seis de la mañana, los aviones bombardearon de nuevo el centro de la ciudad; atacaron otra vez a las ocho; pero dormí tranquilamente. Nos habíamos alojado en las afueras.

El aspecto más sorprendente de toda esta situación es la relación que existe entre la población civil y el frente. No hay casi contactos. Las tropas del frente están integradas casi exclusivamente por andaluces, en su gran mayoría de la provincia de Málaga. Y sin embargo, la ciudad no parece ansiosa de ayudarlos. El enemigo se acerca y grandes carteles solicitan nuevos voluntarios, pero muy pocos parecen responder al llamamiento. La ciudad, después de tantos sufrimientos, se ha vuelto pasiva. Por otra parte, la *comandancia militar* mantenía con ella muy pocos contactos y sus cuarteles estaban situados a unas dos millas del centro, sin parecer preocuparles mucho la creación de un movimiento defensivo de masas. A la cabeza de la *comandancia* y de todo el frente sur estaba ahora el teniente coronel Villalba, nombrado recientemente y llegado hacía pocos días. Había obtenido un rotundo éxito

en Barcelona el 19 de julio y desde entonces hasta Huesca no había sufrido una sola derrota, habiéndole nombrado jefe de las fuerzas de Málaga, ya que era uno de los pocos oficiales capaces que habían permanecido fieles a la República. Lo vi repetidas veces, aunque solo crucé con él unas pocas palabras. Era el tipo de oficial entrenado por un cuerpo militar de oficiales; muy formal en sus modales, los cuales deben de haber inspirado pocas simpatías al espíritu democrático de sus subordinados; era evidente que no le preocupaba tener contacto con ningún movimiento popular y se sentía intranquilo y hasta nervioso ante la situación militar y política, para dominar la cual se le había enviado. Amigos que lo conocían bien lo describían como oficial completo, diciendo que odiaba secretamente el espíritu de la milicia. Un hombre como este era evidentemente el menos indicado para la tarea de sostener Málaga. La interpretaba como algo puramente militar, mientras que carecía en realidad de medios militares a su disposición, contando solo con las fuerzas de un movimiento popular.

Visité, junto con algunos colegas que conocían bien Madrid, varios puntos del frente de Málaga. Llamaron mi atención sobre la diferencia entre los dos frentes. Madrid ha sido militarizado, mientras aquí en Málaga sigue siendo dominante la vieja milicia, aunque haya sufrido algunas ligeras transformaciones. Las tropas consisten exclusivamente en voluntarios. Siguen siendo hasta cierto punto las viejas columnas de naturaleza política. Los comisarios políticos son nombrados por la *comandancia*, aunque los presenta a esta para nombramiento el *comité de enlace* y todos los partidos políticos tienen su representación dentro del grupo de comisarios. La milicia ha sufrido un cierto entrenamiento militar y tiene alguna experiencia en la lucha. Su espíritu no es nada malo; definitivamente superior al que reina en la ciudad. Hubo un momento de pánico en Estepona, pero la milicia se mantuvo firme, rechazó a los insurgentes y hasta logró ganar terreno. Se sentían satisfechos con la situación. Y todo nuestro grupo de periodistas, con una notable excepción, fue confundido por esta confianza en sí mismos. La cuestión fundamental era que jamás habían sufrido la experiencia de una batalla contra armas modernas altamente eficaces. Y además, ellos carecían de estas armas.

Pero habían aprendido a construir algunos tipos de fortificaciones. Las carreteras estaban bloqueadas con alambre de púas y trincheras cubiertas. Quedaban sin embargo grandes brechas indefensas entre las diferentes posiciones. Y las ametralladoras y cañones, en lugar de ser llevados a las posiciones avanzadas del frente, eran conservados atrás junto con la mayoría de las tropas, en aldeas de la retaguardia, para el «caso de surgir una emergencia».

Nos detuvimos durante una hora en una de las aldeas situadas en la sierra, tras la línea del frente. Conocimos a su alcalde. Había sido presidente del grupo socialista del pueblo, fundado en 1930 y actual fuerza dominante en el lugar. Un grupo comunista había sido fundado más tarde, en 1933. La profesión del alcalde era la de barbero; la mayoría de sus adherentes eran naturalmente campesinos. En esta parte

pobre de la sierra no existían grandes propiedades agrícolas y, en consecuencia, no había tenido lugar prácticamente ninguna expropiación.

—¿Ha dado la revolución alguna ventaja material a los campesinos? —preguntamos.

Todos estuvieron de acuerdo en que no. La cosecha de trigo era controlada ahora por el *ayuntamiento* (el comité político había sido abolido «de acuerdo a la política del gobierno»), lo cual apenas significaba una mejora para los campesinos, ya que se veían obligados a contribuir al abastecimiento de la milicia local. Tenemos sin embargo más trigo del que queremos, explicaron los campesinos. Debe tenerse en cuenta el extremadamente bajo nivel de vida de la zona para lograr comprender su actitud. Pero eran genuinos devotos del gobierno. Los muchos refugiados de la otra zona traían consigo horripilantes historias detalladas en las que se narraban ejecuciones y torturas. Así que los campesinos de esta aldea habían contribuido voluntariamente con gran cantidad de labor no retribuida a la construcción de fortificaciones. (A todo lo largo del frente de Málaga, este trabajo era realizado por voluntarios no retribuidos). Preguntamos a uno de los campesinos:

—¿Por qué lucha usted?

—Por la libertad —fue la respuesta.

No se le ocurría que esta lucha pudiese tener implicaciones económicas. A pesar de que el enemigo estaba solo a unas millas, era obvio que ninguno de estos campesinos veía el peligro como algo inminente. En este rincón en particular, el frente había permanecido estable durante muchos meses.

Pero el peligro llegó unos días después, antes de que el frente quedara roto. No tuve oportunidad de ver personalmente este desastre, pero conociendo la situación tal y como esta se presentaba una semana antes de la caída y con ayuda de alguna información brindada por los que permanecieron hasta casi el final, me formé una idea de lo sucedido. El frente había quedado roto en medio de un pánico general, a causa de un ataque de los tanques dirigido contra muchos puntos a la vez, pero venido principalmente del norte y del nordeste. Este último ataque, dirigido contra el paso de Venta de Zefaraya (posición que domina la pequeña aldea de Vélez-Málaga) era particularmente peligroso. Una vez tomadas las alturas de Venta no quedaba otra posible línea de resistencia para los republicanos en este sector; la carretera principal de Málaga a Almería, la única arteria que comunica Málaga con el resto de la España republicana, no podía ya ser defendida. La ciudad quedó amenazada con quedar aislada de la retaguardia. Esto decidió al alto mando a dar la orden de evacuación en lo que se creyó ser el último momento; pero nunca los insurgentes cortaron la amenazada carretera. Repitieron las tácticas utilizadas antes con frecuencia, en

Toledo por ejemplo, y dejaron la carretera libre, abriendo al enemigo las puertas de par en par y evitando así una resistencia desesperada.

Otros ataques fueron lanzados a lo largo de la costa y fueron apoyados por el pesado fuego de artillería de tres cruceros insurgentes. Todos los informes concuerdan en afirmar que un crucero alemán, el *Graf Spee*, siguió de cerca a los barcos de guerra españoles en sus movimientos, pero no todos los observadores aseguran que realmente haya participado en el cañoneo. Este demostró ser una prueba difícil para los nervios de la milicia, pero no provocó ninguna decisión táctica. Mucho antes de que los insurgentes llegaran a Fuengirola, centro de defensa costero de los republicanos, este había ya sido evacuado completamente por la milicia a causa de la amenaza venida de la retaguardia, de Venta de Zefaraya.

Lo mismo sucedió con el ataque de los tanques desde el norte. Fue muy eficiente y procedió de manera rápida, pero antes de haber alcanzado sus objetivos ya los republicanos habían evacuado sus posiciones buscando escapar al cerco.

El tanque, al atacar desde el norte, por la retaguardia y en la mayoría de los demás sectores del frente, plantea un problema difícil al estudioso de la guerra civil española. ¿Cuántos tanques había y cuál era su origen? Los republicanos, llevados por el lógico deseo de explicar su revés culpando de esto a las abrumadoras fuerzas del adversario, mencionaron unos cien tanques. No existen medios que permitan comprobar esta cifra, pero no me siento inclinado a confiar en ella en tales ocasiones. Había sin duda numerosos tanques, pero no se concentraban sobre un sector y actuaban más bien a todo lo largo del frente. Un punto al menos parece seguro: todos, o por lo menos casi todos, eran tanques del tipo más pequeño, armados con solo una ametralladora y dos hombres. Los informes concuerdan en afirmar que el equipo era alemán.

Otros reportajes que narran la intervención extranjera en el frente de Málaga merecen menos confianza. No cabe duda que tuvo lugar el habitual despliegue de aviones y pilotos alemanes e italianos. Pero la prensa, tanto española como extranjera, se llenó de noticias referentes a la intervención de la infantería italiana desde comienzos de la ofensiva; no existió en realidad tal participación de estas unidades. Mis compañeros y yo visitamos todos los sectores importantes del frente de Málaga durante los primeros días de febrero y preguntamos invariablemente acerca de la composición de las tropas enemigas que sostenían las posiciones frente a las tropas republicanas. La respuesta era siempre que se trataba de moros (parece que la mayor parte del contingente moro había sido concentrado frente a Málaga durante el invierno), Legión extranjera y Falange. Preguntamos repetidas veces acerca de la existencia de tropas italianas; todo comandante de subsector replicaba que en su zona no había italianos; podría haberlos en otros subsectores. Se habían hecho prisioneros; no había italianos entre ellos. Ningún otro reconocimiento sistemático había sido

efectuado en los días previos a la caída. Pero aun entonces, los rumores no mencionaban a italianos sino a alemanes. Si algunas unidades de infantería alemanas hubiesen hecho su aparición durante la toma de Málaga, estas hubiesen probablemente continuado apareciendo en las subsiguientes batallas contra Motril. Y este no fue el caso. Es probable que los rumores hicieran crecer el número de las unidades de tanques alemanes, las cuales es cierto que participaron en el ataque y las convirtieron en divisiones mixtas alemanas. Es sin embargo un hecho cierto que ni un solo alemán o italiano había sido hecho prisionero en muchos meses (con excepción de pilotos) ni en Málaga ni en ningún otro lugar; después de Málaga, esto cambió pronto.

Una de las principales responsabilidades del alto mando de Málaga fue prepararse para enfrentar el ataque de los tanques. Y se carecía completamente de preparación. Alguien en nuestro grupo de periodistas, aquel que se distinguía claramente de los demás por su aguda visión pesimista, preguntaba al llegar a cada subsector cuáles eran los preparativos que estaban siendo llevados a cabo con el fin de poder detener el ataque de los tanques enemigos. No había ninguno. Se sabe sin embargo que la calidad de las tanquetas alemanas está lejos de ser perfecta; cualquier foso de unos pies de profundidad o ancho es capaz de detenerlas. Pero estos fosos no existían. Había en Málaga un batallón ocupado en la construcción de fortificaciones y los campesinos de las aldeas se ofrecían como voluntarios para los trabajos de fortificación, buscando con ello defender sus hogares. Pero nada se hizo. Se descuidaron todavía más las cuestiones de artillería. El terreno de la sierra ofrece gran cantidad de brillantes oportunidades para el establecimiento de piezas en posiciones que dominen la carretera y sean casi inexpugnables. Los reportajes periodísticos, tanto españoles como extranjeros, hablaron de piezas camufladas; pero la existencia de reportajes periodísticos no creaba por sí sola la existencia de las armas.

No puede culparse principalmente de esto a los comandantes locales. Los pocos cañones y ametralladoras que poseían, no sabían manejarlos adecuadamente. El defecto principal residía en la falta de suministros necesarios, tanto en hombres como en material. La ofensiva de Queipo comenzó el 13 de enero. Los primeros aviones de reconocimiento llegaron a Málaga el 31 de enero y los primeros refuerzos de artillería (unos cuantos cañones pequeños) el 1 de febrero; los primeros tanques pequeños el 3 de febrero. Unos pocos refuerzos de infantería comenzaron a dejarse ver a partir de los últimos días de enero. Y sin embargo había en Murcia, desde hacía meses, varios contingentes de las brigadas internacionales esperando solo la orden de avanzar. Fueron lanzados a la batalla de Motril, pocos días después de la caída de Málaga. El transporte de material pesado fue gravemente obstaculizado por la sección rota y sin reparar de la carretera, antes de Motril. Pero la principal razón del desastre fue que el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra no envió a Málaga refuerzos ni adecuados ni a tiempo.

El aspecto más inexplicable del desastre de Málaga es la inactividad de la flota. Después de la derrota, el gobierno hizo circular al efecto la explicación oficial de que cruceros italianos, camuflados como barcos de guerra insurgentes, habían aparecido en el horizonte y hecho imposible a las unidades republicanas el avance hacia Málaga; se alegó un ataque italiano. ¿Qué puede pensarse del comandante de un barco de guerra, incapaz de descubrir en veinticuatro horas si las unidades que se alzan frente a él son o no las mismas contra las cuales lleva meses luchando? Pero es posible que la flota republicana haya sido tratada injustamente hasta por su propio gobierno en esta declaración oficial. Los oficiales de los mayores cruceros republicanos se rebelaron en los primeros días y fueron asesinados por sus tripulaciones; no había manera de remplazarlos. Los dos cruceros más modernos, *Canarias* y *Baleares*, estaban siendo construidos en astilleros insurgentes en el momento del alzamiento y fueron terminados a toda prisa, resultando ahora muy superiores sus cañones a los de los navíos, más antiguos, de la armada republicana. No es sorprendente que estos últimos sean incapaces de hacer más. ¿Pero y los submarinos? Ni uno solo se pasó a los insurgentes. Se supone que estos, desde el comienzo de la guerra, hayan logrado obtener *uno* gracias a la ayuda de una potencia extranjera. Los amotinados y poco dignos de confianza oficiales de submarina de la flota republicana podían ser sustituidos fácilmente por voluntarios extranjeros. Y con una o dos acciones de los submarinos, Málaga podría haberse visto libre del cañoneo marítimo; hubiese quedado además roto el bloqueo impuesto al campo gubernamental. Pero los submarinos, por alguna razón inconcebible, no aparecieron.

Considerando las limitaciones del tipo de tanques puestos en acción por los insurgentes, es posible que el balance final de los argumentos lleve a la conclusión de que Málaga no tenía por qué haber caído. En el momento de la catástrofe, la impresión que reinaba en el campo republicano era que la ciudad había sido tomada por fuerzas abrumadoramente superiores. Pero los acontecimientos posteriores, principalmente el rápido frenazo que se dio en Motril al avance de los insurgentes, demostraron que si uno solo de varios factores hubiese marchado un poco mejor, el desastre podría haber sido evitado. Demos un vistazo a estos diferentes factores y a las razones de este fracaso.

La milicia había perdido la costumbre de correr ante las bombas, la artillería ligera o el fuego de ametralladoras. Mientras no hubo tanques, permaneció firme; corrió ante esta nueva arma inesperada, a la cual no había aprendido a oponerse. Fue una prueba de la cual salieron mal parados. No era esta una debilidad particular de la milicia, si se la compara con las nuevas brigadas mixtas (no existen evidencias de que el contingente enviado desde Madrid en los últimos días se haya mantenido más firme que la ligeramente centralizada milicia local), sino más bien un síntoma de la ineficacia de los mandos y la tropa española en general, comparada con tropas extranjeras. Allí donde los españoles demostraron ser incapaces de impedir una total

derrota, un pequeño contingente internacional, días después, detuvo en Motril rápidamente y sin muchas dificultades el avance de las tropas de Franco.

En cuanto al mando local, no ha demostrado realmente estar a la altura de su tarea. Las raíces de su falta de eficacia descansan, en mi opinión, en la incomprensión en cuanto al tipo de guerra que están dirigiendo. El no haber hecho preparativos adecuados en contra del avance de los tanques fue en sí mismo suficiente como para decidir el desenlace; pero lo que siguió, convirtió la derrota en un desastre. Una vez que el punto que se suponía clave, la Venta de Zefaraya, fue tomado por el enemigo, Villalba ordenó la retirada general; no se hizo ningún esfuerzo por organizar una resistencia desesperada cerca de la ciudad misma. En un sentido militar, el juicio que Villalba se formó de la situación puede haber sido consistente. Málaga sería cercada y tomada por tierra y mar; mejor evacuarla a toda velocidad. Pero había olvidado el factor político. Los insurgentes, poco atemorizados ante las tropas republicanas, temían en cambio una sola cosa: la lucha desesperada. Por eso dejaron abierta la carretera principal. La previsión sobre la cual se basaba toda la apreciación hecha por Villalba de la situación, no tuvo lugar. Por otra parte, la orden de retirada tuvo efectos desastrosos dentro del campo republicano. Las tropas se desmandaron inmediatamente. La retirada de los sectores cercanos al punto de escape (es decir, cercanos a la carretera principal de Almería) fue tan rápida que considerables contingentes estacionados en la sierra quedaron cortados y fueron capturados sin resistencia. El caos surgió en la ciudad. Hay informes no verificados de que la catedral fue quemada en el último momento. Otros dicen que durante por lo menos los tres días que precedieron a la caída de Málaga, tuvieron lugar gran cantidad de salvajes y desordenados tiroteos en las calles; estos informes son más dignos de confianza. Reinaba la tremenda emoción que podía servir de base a esta lucha desesperada. Pero la desintegración de las fuerzas políticas era demasiado profunda como para saber utilizarla. En julio y agosto, los anarquistas habían sido capaces de dirigir esta lucha y, pasados estos meses, podría haberlo hecho el comité político. Ahora los anarquistas habían sido eliminados del primer plano político y los comprometía el recuerdo de sus sanguinarios excesos; el comité político había sido debilitado desde dentro y desde fuera. La administración civil carecía completamente de autoridad. Y el alto mando militar, lejos de ser capaz de compensar estas desventajas, no solo no comprendía el significado de una lucha como esta, sino rechazaba los elementos populares en los cuales debía confiar en ese momento. El caso del país vasco a mediados de septiembre y el caso de Madrid el 8 de noviembre, demuestran que en situaciones aparentemente desamparadas en el sentido militar, una lucha hasta el fin respaldada por el entusiasmo popular tiene siempre posibilidades en esta guerra civil, donde las fuerzas populares son por lo menos tan importantes como las militares. La debilidad intrínseca a los insurgentes en este frente se hizo aparente poco después. Un Estado Mayor decidido a quedarse en el lugar y morir antes que abandonarlo, dispuesto a llamar al pueblo en su ayuda, tenía todavía posibilidades de

vencer. Pero para poder lanzar esta desesperada defensa, las diversas secciones del movimiento debían cooperar entre sí; y la educación de un cuerpo de oficiales popular, capaz de comprender las necesidades de una guerra civil, depende de la existencia de un régimen político lo suficientemente fuerte y atractivo que les permita obedecer no solo de modo formal, sino también participando en el movimiento de todo corazón. Málaga demostró cómo este intento había fracasado dentro de las filas españolas de los republicanos (las brigadas internacionales plantean una cuestión diferente). Y finalmente, no se obtuvo ni siquiera el objetivo militar de la evacuación. Miles y miles de simpatizantes de los republicanos se vieron atrapados en Málaga; peor todavía fue en muchos casos la suerte de aquellos que se las arreglaron para huir. La mayoría de ellos tuvo que caminar las cien millas que separan a Málaga de Almería y continuar a veces más al norte; los tanques alemanes los seguían y con ellos las avanzadas moras. Detuvieron a los fugitivos, pusieron en libertad a las mujeres (estas solo lograrían aumentar las dificultades de aprovisionamiento dentro del campo republicano) y fusilaron a los hombres, a veces ante la mirada de sus mujeres. Los que escaparon siguieron y siguieron, y muchos de ellos terminaron yaciendo en las cunetas, hambrientos y exhaustos, viendo a los niños morir a su lado. Ninguna lucha en la ciudad sitiada hubiese sido peor que este desastre.

La necesidad de presentar batalla desesperada no se habría planteado nunca si Valencia hubiese enviado refuerzos adecuados a tiempo. Pero en la práctica, Valencia había olvidado a Málaga, a pesar de estar continuamente hablando de ella. La desintegración del régimen, la cual tuvo lugar después de Málaga, está ligada a una crisis cuyo centro se situaba en ese momento en Valencia. Eran estos los días en que republicanos y comunistas consideraban la posibilidad de un cambio en el gobierno; en que los anarquistas habían decidido resistir a este cambio (el cual pondría fin, formalmente y de hecho, al periodo de revolución social) con todos los medios a su disposición. Durante las dos semanas que precedieron a la caída de Málaga, todo aquel que tenía en Valencia el más ligero contacto con los acontecimientos políticos, se preguntaba si despertaría a la mañana siguiente en medio del escándalo de una lucha callejera. Un día antes de la caída de Málaga, los anarquistas marcharon con sus seguidores a través de la ciudad, utilizando como pretexto una manifestación a favor de los hospitales. La situación era entonces tensa hasta casi el punto de ruptura. Era notorio que ambos lados mantenían gran número de hombres armados en Valencia; no a causa de la situación local, sino porque se suponía que aquí tendría lugar la batalla decisiva dentro del campo republicano. No solo mantenían una reserva de hombres armados, sino moderno material de guerra de todo tipo. Las oficinas del gobierno y los personales militares, preocupados de prepararse para una crisis política definitiva y sus posibles implicaciones militares, no prestaban mucha atención a lo que estaba sucediendo en un rincón remoto. La República española pagó con la caída de Málaga la decisión de su ala derecha de poner fin a la revolución social y de su ala izquierda de no permitir que esto sucediese. Ese mismo día y por

razones muy similares, las cuales serán discutidas en páginas posteriores, tuvo lugar la catástrofe del ala sur del frente de Madrid, en el Jarama. Parecía que el precio pagado una vez no había servido de nada. Ambos lados se vieron obligados a renunciar a sus objetivos y el gobierno permaneció tal cual estaba, sin transformaciones. Por el momento, la crisis política terminaba en un punto muerto.

BATALLA AÉREA

Abandoné Málaga en automóvil, junto con dos colegas, la tarde del 3 de febrero. No esperábamos que la ciudad cayese pronto. Estaba tranquila. Habían tenido lugar varios bombardeos durante nuestra estancia, pero no nos habían sorprendido. Nos sentíamos ahora perfectamente a salvo; estábamos en un error.

A unas quince millas al este de Málaga, se encuentra el pueblo de Nerja. Allí, en la playa, estaba el *Delphin*, un barco de carga torpedeado hacía cuatro días y encallado ahora en la costa. La mayor parte de su carga había sido trasladada, pero esto los insurgentes parecían ignorarlo. Nuestro auto se acercó al barco, de pronto se detuvo y mis compañeros salieron a la carrera. No comprendí inmediatamente qué sucedía pero cuando salí para seguirlos (creyendo que tenían la intención de investigar los despojos del naufragio) estaban ya tirados bajo las rocas que bordeaban la carretera y un hidroavión volaba por encima de nuestras cabezas. Tuve justo el tiempo de unirme a ellos cuando cayó la primera bomba en dirección al barco. Las aldeanas corrieron aterrorizadas, buscando refugio. Nuestra posición no era ni cómoda ni segura, pero afortunadamente, el bombardeo de un objetivo definido no es asunto tan rápido como puede estarse inclinado a pensar. El hidroavión se veía obligado a describir círculos por encima de su objetivo y pasaban por lo menos dos o tres minutos entre la caída de una y otra bomba. Desapareció por un momento tras una colina y aprovechamos esta oportunidad que se nos daba de buscar mejor refugio, levantándonos cada vez que se alejaba y echándonos a tierra cada vez que volvía. Repetimos esto en tres ocasiones hasta encontrar un rincón bastante bien protegido y algo fuera de su área de tiro, a la sombra de unas cuantas rocas. Estábamos ahora casi fuera de peligro. Las bombas cayeron en la carretera (una de ellas muy cerca de nuestro automóvil) y al agua, alrededor del barco. Oímos el sonido recio de las explosiones, mucho menos estruendoso de lo que podía esperarse; aunque cada una de las bombas era de por lo menos 400 libras. De pronto, una nube de humo se alzó del naufragio hacia el cielo; el barco había sido tocado por una bomba incendiaria. El hidroavión, satisfecho de su éxito, se alejó y comenzó a bombardear la carretera de Nerja. Lo acompañaban dos aviones de reconocimiento. Nos sentimos ya seguros. Había estado al principio muy intranquilo ante la llegada del avión. Sus primeros círculos fueron algo indefinidos. El aparato no estaba todavía seguro de su objetivo;

ni tampoco los observadores desde tierra. Pero tan pronto como comprendí qué apuntaba, encontré la situación mucho más agradable.

Se oyó de pronto un ruido terrible y un instante después varios aviones de reconocimiento rusos, llegados a increíble velocidad, volaban por encima de nuestras cabezas. Llegó primero uno, el cual se puso inmediatamente a atacar a los italianos, luego un segundo y luego dos más. Tuvo lugar una bárbara escena de subidas, picadas y rizos, en medio del incesante sonido de los disparos de las ametralladoras. El ruido era tremendo pero poseía a la vez una indescriptible belleza musical. Tanto los italianos como los rusos llevan de siete a nueve ametralladoras en sus aviones de reconocimiento, las cuales son accionadas automáticamente desde una sola palanca, de manera que el ruido es tan violento como el producido por cañonazos, pero los disparos son tan rápidos como los de una sola ametralladora. El rasgo especial de una batalla aérea lo da el hecho de que ambos lados no pueden disparar al mismo tiempo. Si un avión se encuentra en buena posición de ataque, su adversario debe retirarse y tratar de escapar. Llega entonces su turno y ataca, a la vez que el otro se retira. El fuego de ametralladora provocado por los dos tipos de avión, ligeramente diferentes entre sí, suena como un reto y una réplica, como las maldiciones de dos gigantes que intentan acallarse frenéticamente uno al otro. La situación se había vuelto ahora para nosotros mucho más desagradable. La lucha tenía lugar justo encima de nuestras cabezas. Los disparos tenían que caer en alguna parte; era perfectamente posible que lo hicieran sobre nosotros. Uno de mis colegas, al cual el bombardeo había evidentemente afectado los nervios (como nos sucedía a todos), se dijo a sí mismo:

—Qué extraordinario.

Lo mismo sentíamos todos. Envidié a los pilotos que, en lugar de ser objetos pasivos e indefensos del bombardeo, tenían la oportunidad de pelear. Esto duró de cinco a diez minutos. La decisión no tuvo dudas. Los rusos eran más rápidos y en mayor número. Los italianos se dirigieron hacia el mar, perseguidos por ellos. Luego los rusos volvieron y volaron triunfalmente una vez más por encima del campo de batalla. Volvimos a nuestro auto. Los campesinos, sus mujeres y sus hijos, se habían refugiado bajo un puente y salían ahora, en medio del llanto de mujeres y niños. Tratamos de consolarlos. Nadie había sido herido. Pero la carreta de un aldeano había caído sobre la carretera y había sido aplastada, no por una bomba sino por la intranquilidad de sus bueyes, los cuales habían quedado allí, temblando hasta los huesos. La carreta estaba destrozada y el campesino desesperado: perdía así una parte importante de su propiedad. La bomba caída cerca de nuestro auto no había causado daños aparentes. Al alejarnos, pudimos ver durante varias millas el humo del barco bombardeado. Esa noche, nuestro auto se estropeó de pronto sin razón evidente y nos vimos obligados a detenernos. Parece que el bombardeo había roto su motor a causa

de la presión del aire, provocada por la expansión después de un estallido. Pedimos prestado un auto al comité de Lorca y así logramos volver a Valencia.

CRISIS

Mientras tanto, la situación en Valencia se hacía cada día más desagradable. La escasez de comida era ahora más aguda, principalmente después de la caída de Málaga. Las proclamas oficiales pedían a la población que renunciara completamente a consumir pan durante tres días, para poder alimentar a los refugiados de Almería. Pero aun en momentos más ordinarios se hacía difícil conseguir pan. Igualmente difícil se hacía obtener azúcar, carne y muchos otros alimentos. Las condiciones de alojamiento se habían vuelto intolerables y fue imposible conseguir cuarto en un hotel. Viví con amigos, junto a los cuales sufrí de modo más directo las dificultades del aprovisionamiento. La reacción de las mujeres ante estos problemas, mientras se mantenían en las colas, se hizo tan desagradable como en Barcelona. En cuanto pude ver, comenzaron a maldecir la guerra. No se observaba en Valencia nada del heroísmo madrileño relatado por muchos observadores. Y la afirmación de que alguna gente del gobierno tenía métodos ocultos de procurarse comida, lo cual era completamente cierto, daba una nota especialmente amarga a las quejas.

Las noticias del frente eran constantemente malas. En el curso del mismo día corrieron las noticias de la caída de Málaga y de la ruptura, por parte de los insurgentes, del ala sur del frente de Madrid. La primera noticia fue reconocida oficialmente después de tres días y la segunda no fue nunca abierta y explícitamente admitida, aunque todos lo sabían. Estos informes provocaban depresión y desconfianza, pero a pesar de los muchos artículos periodísticos nadie se apresuraba hacia las oficinas de reclutamiento, ni desplegaba espontáneamente ninguna pasión política. Algunos días después de la caída de Málaga, el Frente Popular organizó una manifestación a favor de una mayor actividad y pidiendo un mando unificado; fue un alegre encuentro de banderas y de mucha mucha gente que cantó y escuchó música militar, pero sin mostrar el menor indicio de que aumentase su decisión de luchar. Valencia reaccionó pasivamente a las derrotas. Mientras tanto, surgían nuevas amenazas.

Valencia había sido bombardeada desde el mar ya una vez, ataque que había costado dos muertos en el puerto; nunca después. Pero durante la semana siguiente a la caída de Málaga, fuimos atacados dos veces por un crucero insurgente, con cañoneo bastante pesado, una vez a las dos y media de la mañana, otra después de las diez de la noche. Ninguno de estos bombardeos persiguió un objetivo militar. El crucero enemigo atacó la ciudad mientras pasaba frente a ella y lanzado sus proyectiles al azar. En la segunda de estas ocasiones nuestra casa, una de las mayores

de Valencia, tembló hasta sus cimientos y sus habitantes se sintieron, naturalmente, muy atemorizados, a pesar de que nada nos sucedió. Pero en toda la ciudad ocurrieron cada vez un cierto número de bajas y la ansiosa pregunta «¿Volverán?», permanecía en el aire y destruía los nervios de los valencianos. Un problema particular lo constituía la absoluta falta de refugios. Habían estado en construcción por largo tiempo pero les faltaba mucho para estar terminados. Y en ambas ocasiones, la alarma sonó solo después de que media docena de proyectiles habían alcanzado la ciudad.

Los centinelas nocturnos desarrollaron además un hábito bastante desagradable. Todas las luces debían ser cubiertas en el momento de un ataque y las razones para esto eran, naturalmente, sólidas; la milicia tenía derecho a disparar contra todas aquellas luces que permaneciesen visibles. Habían convertido este derecho en una costumbre y cada bombardeo era acompañado de incesantes tiros de revólver que venían de la calle. Pero las noches sin ataque no eran mucho más tranquilas. De vez en cuando se oían disparos por las calles. Se hizo indudablemente peligroso el salir después de las nueve de la noche. La gente hablaba de ciertas columnas anarquistas que aterrorizaban y mataban a socialistas y comunistas.

Muchas y diversas fuentes nos informaron que los insurgentes preparaban un desembarco desde Mallorca. El lugar probable de este sería Sagunto, situado dieciséis millas al norte de Valencia, cerca de la línea de ferrocarril que une Valencia a Barcelona. La columna de desembarco intentaría unirse a otra columna que vendría de Teruel y ambas marcharían unidas contra Valencia. Un número sorprendente de personas encontró extrañas e inesperadas razones para abandonar Valencia y dirigirse hacia el norte.

Pero no era tan fácil irse. Durante este tiempo, el transporte había entrado en una fase de aguda desintegración. Todo había ido bien hasta principios y en cierta medida hasta mediados de enero. Los trenes habían marchado a sus horas y sobradamente, incluidos los trenes con que los barceloneses contaban para sus viajes dominicales. Nadie parecía pensar en una posible escasez de carbón. Pero este escaseó un día y a veces la falta era tanta que el tren tardaba dieciocho horas en ir desde Port Bou hasta Barcelona (trayecto de unas 110 millas), ya que el maquinista debía dedicarse a buscar carbón, estación tras estación. Lo mismo sucedía con la gasolina. Había sido gastada sin restricciones. Y a mediados de enero, se hizo de pronto aparente una seria escasez, teniéndose que tomar severas medidas. Esta escasez de gasolina hacía muy difícil a los periodistas el poder obtener automóviles; pero, más importante, hacía imposible evacuar Madrid y hasta los movimientos de tropas eran seriamente obstaculizados. Como resultado de esto, el alto mando tuvo que recurrir a transportar las tropas por ferrocarril, aumentando así la crisis de estos últimos y, para que el desastre fuese completo, los insurgentes comenzaron a bombardear sistemáticamente las principales vías férreas, primero a cortos intervalos y finalmente, noche tras

noche. En varias ocasiones, la línea férrea entre Valencia y Barcelona se hizo casi impracticable. El servicio ferroviario entre Barcelona y Francia, a pesar de estar mejor protegido, fue también interrumpido con cierta frecuencia. Y lo peor de todo fue que los bombardeos iban dirigidos no solo contra la vía férrea, sino contra los trenes mismos. Valencia se sintió cortada del resto de España.

Se había permitido que la crisis política derivara sin tomar una decisión. Los comunistas comenzaron por lanzar la candidatura de Martínez Barrio, luego la de Prieto, luego la del socialista Negrín con Prieto como ministro de la Guerra y, con estos intentos, casi provocaron una guerra civil dentro del campo republicano; habían renunciado por el momento a estas intenciones, después de la caída de Málaga. Pero todos sabían que tarde o temprano la decisión política entre partidarios y adversarios de la revolución social tendría que ser enfrentada. La ciudad se sentía presa de profunda inquietud.

Un pequeño incidente podrá dar una idea de la atmósfera política en esta coyuntura. Un joven inglés que actuaba como corresponsal para la prensa *Hearst*, a pesar de sostener él personalmente opiniones izquierdistas, logró que Prieto le concediese una entrevista, pocos días después de su llegada a Valencia. Y Prieto le abrió su corazón.

—No comprendo —dijo—, la actitud del público en los países democráticos de occidente. ¿Por qué respaldan la política de no intervención? ¿No se dan cuenta de que este gobierno debe ser ayudado, de que es el último gobierno que queda entre España y la bolchevización?

Si estas no fueron las palabras exactas, por lo menos fue el sentido general de la declaración de Prieto. Leí con mis propios ojos el texto, revisado por Prieto. Cuando lo vi, la pluma roja del censor había marcado como inadmisibles sus partes esenciales y se había hecho saber al corresponsal que si intentaba, de manera no oficial, enviar la entrevista al extranjero, su vida no estaría a salvo. Este incidente refleja un estado de cosas completamente paradójico. Prieto, candidato de los comunistas para el cargo de primer ministro y uno de los dirigentes del gabinete en el cual los comunistas son elemento predominante (no en número, pero sí en influencia), explica al corresponsal de una de las agencias de noticias más «reaccionarias» del mundo que él y los comunistas son el único baluarte que queda contra la introducción del «bolchevismo» en España. Y entonces, este relato de una entrevista con uno de los principales miembros del gabinete, es prohibido por un censor nombrado por este mismo gabinete y prohibido, no por razones de secreto militar o gubernamental (lo cual, después de todo, sería más comprensible), sino precisamente a causa de que las declaraciones explican, de modo correcto aunque paradójico, la política del gobierno hacia el público democrático de occidente. El censor mismo, que probablemente

simpatice no con Prieto sino con el grupo de Largo Caballero, ala izquierda del Partido Socialista, parecía más preocupado por el posible efecto de la entrevista, no en el extranjero, sino en España.

No es Prieto responsable del enredo que este incidente ilustra. *Él* no ha estado nunca a favor del «bolchevismo» o, en otras palabras, de la revolución social. Ha encabezado siempre la sección del Partido Socialista opuesta a la política revolucionaria. Está completamente justificada su petición de ayuda al occidente democrático, en el esfuerzo por llevar adelante su política. La ironía comienza cuando el manto de Prieto cae sobre todo el gabinete y se extiende hasta cubrir a los ministros comunistas. Pues sucede entonces que los ministros «bolcheviques» de España, junto con Prieto, son descritos como el último baluarte de España contra el «bolchevismo» y eso el censor no permite que lo sepan, ni el público español ni el extranjero. Los comunistas, menos cándidos que Prieto, no admiten lo que es ya una verdad notoria, es decir que existe un mundo de diferencias entre su política de 1917 en Rusia y su política de 1937 en España; que han dejado de ser un partido revolucionario y se han convertido en una de las bases que sostienen a las fuerzas antirrevolucionarias. Pueden esgrimir muchos y sólidos argumentos en favor de este cambio, pero lo que hacen, desafortunadamente, es negar que tal cambio haya existido y prefieren no plantear ninguna discusión. El resultado es que actualmente se hace imposible en España el discutir abiertamente hasta los hechos básicos de la situación política. La lucha entre el principio revolucionario y el no revolucionario, tal como la plantean anarquistas y comunistas respectivamente, es inevitable, ya que el fuego y el agua no pueden mezclarse. Esta lucha, por desdichada que sea, puede lograr efectos saludables si se la plantea como una lucha clara entre principios opuestos. Pero como ni siquiera se permite a la prensa mencionarla, nadie está perfectamente al tanto de esta situación y el antagonismo político se abre paso, no en medio de una lucha abierta por ganarse a la opinión pública, sino en intrigas entre bastidores, asesinatos cometidos por los hombres de mano del anarquismo, asesinatos legales cometidos por la policía comunista, alusiones veladas, rumores; en una palabra, todas esas formas de actividad política que pueden ser inevitables en el curso de una revolución pero que, si continúan sin freno, logran afectar desastrosamente la moral del país en un momento dado y el poder creativo futuro de sus partidos políticos. El ocultar al público los principales hechos políticos y el mantener esta decepción por medio de la censura y el terrorismo, llevan consigo efectos negativos de largo alcance, que serán sentidos en el futuro con más fuerza que actualmente. Es lástima que esto haya sido mejor comprendido en el siglo XIX que en el XX. Lo comprende mejor un hombre cuyas convicciones políticas son completamente no revolucionarias, como Prieto, que los comunistas, los cuales no quieren admitir, ante sí mismos o ante los demás, el estado real de cosas.

Fue en este momento cuando mi trabajo en Valencia, el cual tenía intenciones de continuar mientras tuviese oportunidad de observar los hechos, terminó súbitamente a causa de la intervención policiaca. Pero este frenazo a mi trabajo no fue un asunto excepcional. Era solo un incidente en medio de la gran campaña de arrestos dirigidos por una policía enloquecida. Los arrestos en masa eran uno de los rasgos más desagradables de estos días. Me hicieron perder la oportunidad de contemplar Madrid y su defensa y me dieron a cambio la oportunidad de llevarme una impresión de primera mano de las prisiones españolas durante la guerra civil; oportunidad que, es cierto, compartí con muchos, pero que pocos tienen hoy la posibilidad de comentar en público. Mi experiencia fue corta, no muy dramática y no más desagradable de lo que puede esperarse de tal accidente en la mayoría de los países del mundo. Pero me abrió los ojos en cuanto a ciertos rasgos específicos del régimen.

EN LA CÁRCEL. EL RÉGIMEN POLICIACO

A diferencia de mi primer viaje, fui durante el segundo constantemente molestado y obstaculizado en mi trabajo por personas que seguían mis pasos y me denunciaban continuamente. Esto no varió a partir de los primeros días. No había duda de que la diferencia se debía a la mayor influencia que los comunistas ejercían ahora en relación con el verano de 1936. No me reservé las críticas durante el primer viaje. Conversé entonces pocas veces con comunistas, pero lo hice en cambio con muchos republicanos, socialistas, anarquistas y trotskistas, encontrándolos a todas igualmente libres de cualquier actitud de cazador de herejes. Había expresado abiertamente mis dudas, a veces mi disgusto, ante muchas personas y acerca de muchos aspectos del movimiento. Había afirmado repetidas veces y enfáticamente que no me identificaba con ninguna de sus secciones en particular. Había ido tan lejos como para insistir, en varias ocasiones, en mi carácter de neutral frente a la guerra civil como tal. Esto no me creó dificultades o casi ninguna. Mis interlocutores comprendían que mis reservas no eran provocadas por ninguna simpatía particular hacia la causa franquista y que, por el contrario, mis mejores deseos iban al movimiento, debiéndose mi actitud solo a la tarea específica que me había impuesto: hacer un estudio científico y descriptivo en el lugar mismo de los hechos. Esta actitud observadora y crítica demostró ser en realidad una ventaja. Me creó una relación de sincera amistad con varias personas cuyas opiniones eran muy diferentes entre sí y me permitió declarar en voz alta mis impresiones, tanto favorables como desfavorables, con cierta dosis de libertad. Esto me hubiese sido imposible caso de haberme declarado partidario de alguna de las organizaciones existentes. Tuve buen cuidado de no hacerlo nunca y creo que, como resultado, expresé mis críticas de modo más libre aún que mis simpatías. Las primeras no me comprometían, las segundas me hubiesen colocado en la dudosa

posición de partidario de una tendencia frente a otra, situación incompatible con mi trabajo en el lugar e inconsistente con mis verdaderas opiniones. No pensaba que ninguna de las partes empeñadas en la batalla lograría, de ganarla, una panacea.

Comencé mi segundo viaje comportándome de igual manera, pero los resultados fueron bien diferentes. Es cierto que la situación se había vuelto desde entonces mucho más comprometida, que el antagonismo entre tendencias, el cual había sido siempre grande, adquiriría ahora una agudeza amenazadora y cualquier crítica estaba destinada a convertirse en algo más hiriente que antes. Y sin embargo, no resultaba mucho más difícil que en agosto el conversar con los miembros de las diferentes organizaciones acerca de sus puntos débiles; pero cometí el grave error de usar de igual franqueza con los comunistas. La primera vez que planteé a varios comunistas de Barcelona mis dudas acerca de la política de su partido, provoqué varias réplicas indignadas y pronto se me dejó de responder. Era obvio que esta gente estaba convencida como nadie de que ellos sabían todo de todo y eran infalibles. El resultado fue una conversación desagradable y estéril, aunque no particularmente dañina.

La segunda vez fue peor. Tropecé con una actitud que apenas me esperaba, ya que nunca antes me la había encontrado en el curso de mis viajes por toda la España republicana: la del espía aficionado. Este comunista era un norteamericano que trabajaba en Barcelona. Desde el principio de nuestra conversación declaró que compartía mis dudas; pretendió ver de manera muy crítica la política del partido; dijo que le resultaba imposible comprenderla. ¿Podría yo explicársela? Respondí que no. No resultaba una conversación muy instructiva, pero parecía ser agradable.

Tuvo, sin embargo, una secuela inesperada. Dos o tres días después de mi llegada a Valencia, otro comunista me pidió que conversara con él. Después de unos minutos de conversación sin importancia, comenzó a explicarme lo que dijo ser el verdadero objeto de su invitación. Quería prevenirme. Yo debía tener cuidado. El hombre con quien había sostenido en Barcelona la conversación que acabo de referir, me había denunciado. Me preocupó en cierta medida este hecho desagradable, pero por un momento, también me divirtió enormemente. Después de todo, este espionaje aficionado parecía ser excepcional. Los comunistas situados en posiciones de confianza parecían ser tan perspicaces al repudiarlo como para alertar al infeliz objeto de este delito sin importancia. Pero mi placer duró poco.

El buen hombre continuó exactamente donde su predecesor de Barcelona había comenzado. También él estaba profundamente preocupado por la evolución política. Él también simpatizaba, como yo parecía simpatizar, con los trotskistas. Protesté inmediatamente ante esta insinuación de que yo fuese trotskista, lo cual era incierto. Pero él continuó, imperturbable. Se sentía feliz de encontrar, después de tanto tiempo, a un hombre inteligente al cual podría abrir su corazón. Sería demasiado peligroso

hacer esto con alguien que trabajase en el gobierno de Valencia. Me enfrié considerablemente; me sorprendía que un hombre que se sintiese rodeado de tantos peligros abriese su corazón a un extraño, del cual desconocía todo salvo el hecho de haber sido denunciado como anticomunista.

—¿Cómo es posible —pregunté—, que teniendo usted estas opiniones desempeñe actualmente un cargo importante?

—Pero nadie conoce mis opiniones —replicó.

Y mencionó el nombre de uno de los líderes del gobierno, el cual lo había colocado en su puesto actual. No dije más. Era imposible saber si este hombre era ingenuo o si de nuevo estaba actuando como espía aficionado. Pero decidí tomar el camino más seguro y tratarlo como si espicara lo cual, después de todo, era mucho más probable. Caso de ser siempre tan sincero y descuidado como fue conmigo, es posible que haya caído desde hace tiempo en una de las trampas que acechan en estos días a la gente situada en cargos críticos. Terminó mostrándome la carta de denuncia de su camarada de Barcelona. La frase clave decía: «es un tipejo que no es todo lo que debiera» o algo muy por el estilo. Me sorprendieron las peculiaridades del denunciante; no había dicho una palabra acerca de *qué* era, en su opinión, lo problemático acerca de mí; de acuerdo con su manera de expresarse, bien podía deducirse o que yo era un espía de Franco o simplemente alguien que criticaba la política comunista. Naturalmente que criticar a los comunistas no está oficialmente declarado como crimen en España y resultaba mucho más efectivo lanzar una vaga sombra sobre mi personalidad que especificar una acusación, allí donde no había ninguna que hacer. Agradecí su franqueza a mi interlocutor, pero no le permití inducirme a ser igualmente franco. Durante varias semanas no tuve noticias de este asunto en particular. Surgieron sin embargo otros problemas.

Apenas me había instalado en mi cuarto del hotel en Valencia (unos pocos días antes de la conversación que acabo de relatar y quizás una hora después de mi llegada al hotel) cuando dos miembros de la policía secreta se presentaron y desaparecieron con mi pasaporte. Nunca en agosto se había seguido tal práctica, mi tampoco en enero, en Barcelona. Pero a pesar de todo, parecía en sí completamente comprensible y defendible. Pronto supe, sin embargo, que el departamento que se había apoderado de mi pasaporte no era ni siquiera una institución oficial. Se llamaba «Información de la Seguridad general», pero había sido formalmente disuelto por esta misma «Seguridad general». A pesar de todo, seguía activa. Tuve que ir al día siguiente a sus oficinas (plaza Tetuán, 15) para poder recoger mi pasaporte. No me lo entregaron inmediatamente y me sometieron en cambio a un interrogatorio acerca de mi pasado político, centrándolo alrededor de la pregunta de si había sido o no trotskista alguna vez. No había llegado todavía la denuncia de Barcelona, lo cual me hace suponer que muchas otras personas estén sujetas a interrogatorios similares. Cuando demostré

para su satisfacción no haber sido nunca trotskista, se dejaron de interesar en mi pasado y me devolvieron el pasaporte al día siguiente. El número 15 de la plaza Tetuán era dirigido por comunistas extranjeros. Pude oír más tarde amargas quejas acerca de sus actos; arrestaban y mantenían en prisión durante largo tiempo, sin la investigación debida y fusilando a veces al hombre equivocado (ya que este cuerpo de policía no oficial tenía el poder de ejecutar). En cuanto pude observar, la enemistad entre ellos y la policía ordinaria era patente en las relaciones personales de los dos cuerpos.

Debe explicarse, para hacer comprensible la actitud de la policía comunista, que el trotskismo es la obsesión de los comunistas españoles. En cuanto al trotskismo real, el que toma cuerpo en una sección del POUM, no merece, definitivamente, la atención que se le brinda, ya que es un elemento decididamente menor dentro de la vida política española. Si de las verdaderas fuerzas trotskistas se tratara, lo mejor que los comunistas podrían hacer, sin duda, era no hablar de ellos, ya que nadie más prestaría atención a este grupo pequeño e innatamente sectario. Pero los comunistas tienen que tomar en cuenta no solo la situación española, sino también los puntos de vista oficiales rusos sobre trotskismo. Y este es solo uno de los aspectos del problema del trotskismo, artificialmente hinchado en España por los comunistas. La atmósfera peculiar que prevalece en España actualmente acerca del trotskismo ha sido creada, no por la importancia de los trotskistas mismos y ni siquiera por el reflejo de los acontecimientos rusos en España; deriva del hecho de que los comunistas han contraído la costumbre de denunciar como trotskista a todo aquel que está en desacuerdo con ellos acerca de cualquier cosa; ya que dentro de la mentalidad comunista, todo desacuerdo en cuestiones políticas es un crimen mayor y cada criminal político es un trotskista. Y trotskista, en el vocabulario comunista, es sinónimo de hombre que merece ser asesinado. Pero como sucede a menudo en tales casos, la gente se ve atrapada por su propia propaganda demagógica. Los comunistas, al menos en España, están acostumbrándose a creer que la gente que ellos han decidido llamar trotskistas, con el único fin de insultarlos, son trotskistas en el sentido de que cooperan con el partido político trotskista. Y en este aspecto los comunistas españoles no se diferencian en nada de los nazis alemanes. Los nazis llaman «comunista» a todo aquel que está en desacuerdo con su régimen político y terminan por creer de verdad que todos sus adversarios *son* comunistas; lo mismo sucede con la propaganda comunista dirigida contra los trotskistas. Es una atmósfera de sospecha y denuncia, cuya repelencia es difícil hacer comprender a aquellos que no la han vivido. Así que, en mi caso, no me cabe duda de que todos los comunistas que se dedicaron a hacerme la vida imposible en España, estaban genuinamente convencidos de que yo *era* realmente trotskista. Las conjeturas que los llevaron a esta conclusión eran de dos tipos: primero, yo había criticado duramente el tipo de tiranía burocrática hacia la cual los comunistas llevan a España y que han impuesto a Rusia, como otros la han logrado imponer a Alemania e Italia. Segundo, entre mis muchos amigos y

conocidos, tenía algunos que eran trotskistas. ¿Qué otra cosa puede ser sino trotskista un hombre que se opone al estado totalitario y que habla a los trotskistas? Traté repetidas veces, de manera indirecta, de hacer comprender a varios comunistas que estaban equivocados, que después de todo yo había publicado muchas cosas y estas demostraban que yo era todo menos trotskista; que ni siquiera tomaba en serio a los trotskistas. En vano. Criticaba el totalitarismo burocrático y por lo tanto era trotskista. Hablaba con trotskistas, por lo tanto era trotskista. El hecho de que unos cuantos países bastante importantes del mundo no vivan bajo las órdenes de una dictadura burocrática sin por esto ser trotskistas, es algo que se ha ido fuera del alcance mental del comunista ordinario.

Afortunadamente, el 15, plaza Tetuán no conocía mi actitud crítica hacia las dictaduras burocráticas ni tampoco sabía de mi relación con trotskistas en Barcelona. Si hubiese caído en sus manos acusado de trotskista, las cosas hubiesen sido para mí probablemente más desagradables de lo que pronto iban a serlo. Ya que los comunistas no conocen la misericordia en cuanto a pretendidos trotskistas se refiere y es imposible demostrar la falsedad de los cargos a no ser que se apruebe hasta el último detalle de toda la política comunista. A pesar de la ignorancia de 15, plaza Tetuán en cuanto a mis objetables opiniones políticas, me vería envuelto en más problemas con ellos.

Pocos días después de mi vuelta de Málaga, me encontraba en un pequeño café, charlando con una colega de nuestro grupo en Málaga, cuando dos agentes de esta institución nos conminaron a que los siguiéramos. Llamaron en el camino a dos milicianos, los cuales nos siguieron de cerca, probablemente con revólveres en sus bolsillos. Tuve un momento la inadvertencia de meter la mano en un bolsillo para sacar mi pañuelo. Uno de los agentes me conminó histéricamente a que mostrara de inmediato lo que tenía en la mano y se sintió visiblemente decepcionado cuando vio que lo había asustado un pañuelo. Me ordenó severamente no volver a meter las manos en los bolsillos. Al llegar al 15, plaza Tetuán, se nos registró a ambos con el fin de descubrir si llevábamos armas. Era obvio que se nos veía como a criminales peligrosos. Se me llamó después de alguna demora, y se me llevó a mí solo ante un comité cuyo carácter no comprendí. No era un tribunal, pero podía ser un jurado. Había por lo menos diez personas sentadas en el cuarto, algunos de ellos civiles, pero la mayoría de uniforme, tanto policías como militares. No tenía la menor idea de lo que todo esto podía querer decir. Se me ofreció un asiento y después de varias preguntas introductorias, se me interrogó acerca de mis anteriores visitas a Cataluña. Les dije que había estado allí por primera vez en 1928, habiendo hecho entonces una corta visita de pocos días, sin tener entonces en Barcelona contactos personales de ningún tipo. Se me preguntó en tono amenazante cómo era posible entonces que supiese catalán y hubiese estado en contacto con el Partido Radical de Alejandro Lerroux. No pude sino replicar que desconocía el catalán más allá de la posibilidad de

leerlo un poco y que jamás en mi vida me había entrevistado con un miembro del Partido Radical. En ese momento, un joven me reprendió cortantemente: yo mentía, ya que estaba demostrado que sabía catalán. La situación se volvió a la vez cómica y desagradable. Su firme convicción de que habían atrapado a un pájaro peligroso contrastaba divertidamente con mi completa ignorancia de adónde ellos querían llegar; pero la situación podía volverse bastante delicada. Repetí tres o cuatro veces, con bastante firmeza, que no sabía catalán, que era seguramente difícil demostrar este hecho, pero que ellos estaban sin duda confundidos en cuanto a mi identidad. En ese momento dijeron que los agentes que nos habían detenido nos habían oído hablando en catalán. Me molestó bastante este absurdo; en realidad, habíamos estado hablando en alemán. Se me envió al fin a otro cuarto y la dama fue sometida a un interrogatorio similar. Según me contó más tarde, le fue bastante difícil convencerlos de que ella no era mi mujer en ninguno de los posibles sentidos de este término y de que no había contactos entre nosotros, más allá de un conocimiento comenzado en Málaga. Habían investigado cuidadosamente las cartas que ella llevaba consigo y se nos volvió a llamar después de transcurridos unos quince minutos, declarándonos libres a ambos y explicándonos, en medio de múltiples excusas, que se había tratado solamente de un error de identidad. Nunca supe con quién se me había confundido. Pero dije al jefe del extraño tribunal, con la mayor cortesía que pude, que sus espías debían, o bien conocer la diferencia entre el catalán y el alemán, o si no, ser más cuidadosos en sus denuncias. Nos separamos en paz y amistad.

Hubo en esta historia otra divertida coincidencia. En el mismo momento en que nos arrestaron, estábamos conversando acerca del destino de otro individuo arrestado por 15, plaza Tetuán, un socialista alemán acabado de llegar y encarcelado inmediatamente después, puesto que algo dudoso (según 15, plaza Tetuán) había en sus documentos. Era bien conocido de todos los refugiados alemanes, no existía la menor duda en cuanto a su genuino fervor hacia la causa republicana y el arresto fue una estupidez, aún más desagradable porque tuvo que permanecer en la cárcel durante toda una noche, en lugar de ser interrogado y puesto en libertad inmediatamente. Hablábamos acerca de los pasos que debían darse a fin de acelerar lo más posible la inevitable liberación del hombre, cuando nos arrestaron. Lo vi al día siguiente; no mencionó su pequeño incidente.

En cuanto a mí se refería, habían quedado arreglados los asuntos relacionados con 15, plaza Tetuán; continué oyendo de vez en cuando referencias a problemas creados por este lugar a otras personas, todos genuinos partidarios de la causa republicana, algunos de ellos miembros activos de toda la vida del movimiento socialista, aunque se trataba generalmente de personas de cuya ortodoxia comunista se dudaba y con razón. Pero yo me sentía ahora bastante seguro, sin motivos para ello como hechos posteriores demostraron, y esperando una exitosa continuación de mi trabajo. Los problemas surgieron, sin embargo, esta vez por otro camino.

De nuevo me detuvieron una tarde agentes secretos, esta vez pertenecientes al departamento de extranjeros de la «Seguridad general».

—Usted no está detenido —me dijeron—, solo queremos que nos dé algunas explicaciones.

Las cosas no parecían al principio especialmente desagradables. Eran hombres del viejo cuerpo de policía y menos histéricos, como consecuencia, que los aficionados de 15, plaza Tetuán. Esperé que me pusiesen en libertad después de varias preguntas acerca de no sabía qué. Pero tuve en cambio que esperar durante horas, después que se me despojó de todos mis documentos, incluyendo el pasaporte. Mientras tanto, sonó en la ciudad la alarma aérea. Si el edificio era tocado, seguramente todos huirían y mis documentos estarían perdidos. Pero no sobrevino después ningún ataque aéreo. Pasadas tres horas de espera (paciencia, paciencia; es el consejo español en estas situaciones) se me llevó a otro departamento. Eran ahora las nueve y todos los oficiales estaban yéndose. Comprendí que tendría que quedarme toda la noche y cuando protesté ante este tratamiento, se me contestó que mi caso estaba en manos del director de la Seguridad y no podría ser resuelto antes del día siguiente. Era evidente que algo serio había sucedido. Se me condujo a la cárcel. No pensé entonces que hubiese razón para culpar de sus peculiaridades a la gente del actual gobierno. Pensé que se trataba de la cárcel del viejo régimen. Pude ver sin embargo a la mañana siguiente que gran parte del edificio estaba todavía en construcción y supe que había sido comenzada después del traslado del gobierno a Valencia. Se me introdujo en una celda de unos ocho pies de largo por cuatro de ancho, con un solo banco, lo suficientemente largo como para que tres personas cupiesen sentadas en él; era horriblemente húmeda y fría. Cuando entré, estaba ya ocupada por otras dos personas y durante las horas que siguieron otras dos se unieron a nosotros; no había siquiera espacio para sentarse. Y todas las demás celdas estaban más repletas todavía que la nuestra. No había colchón, ni manta de ningún tipo y la dirección no daba comida de ninguna clase. Pronto pude saber que esto era más una ventaja que un inconveniente para los prisioneros. Aquellos que llevaban algún dinero consigo en el momento de su arresto (de ninguna manera la mayoría) podían comprar comida a una mujer que pasaba haciendo la ronda de las celdas. Lo hice, pero era tan repugnante que no la pude tragar. Pedí a los milicianos de guardia una manta. No fue culpa de ellos el no poderla conseguir. Trataron muy bondadosamente de traerme una y finalmente la encontraron. Pero en este momento, intervino un oficial de *asalto*.

—¿Qué? —le oí decir desde mi celda—. ¿Van a ser capaces de darle mantas a esta gente? ¡Para los heridos, sí; para ellos, no!

Y no me la dieron. Era característico que este oficial de policía del viejo régimen fuese la única persona en la cárcel que intentaba hacer la vida desagradable a los

prisioneros, identificándose completamente con las fuerzas que habían llevado a cabo el arresto; los milicianos de guardia, en cambio, ayudaban en todo lo que les era posible a estos pretendidos fascistas los cuales, y ellos lo sabían muy bien, no eran en su mayoría fascistas sino gente que simplemente, por una u otra razón, habían tenido la mala suerte de atraerse el desagrado de la Seguridad.

Uno de los hombres de mi celda era bastante reacio en cuanto a brindar información acerca de su identidad, pero parecía ser comerciante. Otro era un miliciano que había peleado en el Guadarrama y declaraba no saber de qué se le acusaba. (En realidad, la mayor parte de los prisioneros ignoraba completamente, al igual que yo, las razones de su arresto y se demostró más tarde que aquellos que creían saberlo estaban equivocados). A estos dos prisioneros se les llamó para un interrogatorio alrededor de la medianoche y no volvieron. No creo que la Seguridad ejecute a un hombre tarde en la noche y después de un solo interrogatorio; por otra parte, los autos que se dirigían a la Cárcel modelo salían de la Seguridad solo a las seis y a las siete de la tarde. Así que espero que hayan sido dejados en libertad después de un corto interrogatorio aunque otros prisioneros, cuando se les contó esto por la mañana, fueron menos optimistas. El tercer hombre de la celda era un obrero no calificado, un tipo campesino, el único de nosotros a quien no importaban las condiciones de la prisión, ya que se dejó caer en tierra y comenzó a roncar casi inmediatamente. Había tenido algún problema relacionado con sus documentos sindicales y había sido detenido en su casa; se le llamó para interrogarlo poco después que a los dos primeros, volvió después de un momento y dijo que le habían asegurado confirmar sus afirmaciones y caso de ser estas ciertas, dejarlo en libertad por la mañana. El cuarto hombre de la celda era un anarquista activo de nacionalidad extranjera, relacionado cercanamente a uno de los nombres más famosos del movimiento progresista español. Había podido, por casualidad, dar un vistazo a su orden de arresto y había leído allí las palabras: «a la disposición de la brigada internacional». La brigada internacional tiene reputación de rápida en las ejecuciones y él creía saber de qué se le acusaba. Estaba editando un pequeño periódico anarquista con la intención de distribuirlo entre los comunistas, principalmente entre los miembros de la brigadas internacionales. Estaba enormemente preocupado y cuanto más me contaba, más podía yo comprender su ansiedad. Pero todo fue un error. Se le llamó por la mañana a un interrogatorio y volvió de él solo para decirme que había sido puesto en libertad y que su arresto había sido un caso de confusión de identidades.

Por la mañana los milicianos me demostraron su bondad. Muchos de ellos, y especialmente los sargentos, eran viejos miembros del movimiento sindical; a diferencia de *asaltos* y guardias civiles, deben de haber estado en prisión y tratan a los detenidos lo mejor que pueden. Las celdas eran abiertas con cualquier pretexto y se permitía a los detenidos pasar al patio durante todo el día, bajo un agradable sol.

Todos los prisioneros permanecían allí, de pie o sentados, conversando entre ellos y con los centinelas; estos y los prisioneros se trataban mutuamente de «camarada» y ni siquiera se rechazaba el discutir cuestiones políticas. Solo durante el cambio de guardia, cuando los oficiales estaban presentes, se nos apresuraba de vuelta a las celdas, para soltarnos de nuevo inmediatamente después. Y todo esto lo hacían los centinelas sin que les aportase la menor ventaja. Nadie trataba de ofrecerles dinero y rechazaban hasta los cigarrillos que en España, más que en cualquier otro lugar, son ofrecidos y aceptados como cuestión de simple cortesía. Ya estuviesen solos o ante los ojos de sus oficiales, rehusaban aceptar cualquier cosa que tuviese aspecto de soborno. Era lamentable no poder sino darles las gracias por su amistad. No puedo hacer una generalización a partir de una experiencia personal única, pero amigos que sufrieron otras detenciones me dijeron que la vigilancia a los prisioneros era a veces más rigurosa, pero el comportamiento invariablemente correcto. Por lo menos en esta prisión en particular, la idea misma de la tortura (de la cual una cierta sección de la prensa no deja de hablar) parecía absurda. En estas condiciones, era fácil darse una idea de los demás prisioneros. Ninguno de ellos era «burgués» o aristócrata. Uno o dos eran pequeños comerciantes. La mayoría pertenecía evidentemente a las capas más bajas de la clase media y a la clase trabajadora. Había en el piso bajo tres celdas además de la mía. Los detenidos eran difíciles de ubicar, pero a juzgar por sus ropas, eran pobres. Entre ellos estaba una vieja acompañada por una mujer más joven, esta última ciega y medio paralítica. En la otra celda estaban amontonadas dos familias completas, tres generaciones juntas. Parecían estar un poco mejor e intentaban verlo todo con ojos divertidos. En la última celda había ocho hombres, todos ellos evidentemente trabajadores no calificados de origen campesino. Hubiera sido inútil preguntar a esta gente las razones de su encarcelamiento. La mayoría de ellos no la hubiese sabido y todos hubiesen fingido no saberla. Supe que, por regla general, nadie permanecía en esta prisión durante más de tres días; si para entonces uno no había sido dejado en libertad, era transferido entonces a una cárcel ordinaria. Pero algunos de los prisioneros llevaban allí ya cuarenta y ocho horas sin que se les hubiera sometido a un solo interrogatorio.

La bondad de los centinelas se sumaba a la pereza de los altos oficiales y hacía muy fácil los preparativos de la autodefensa. La desorganización completaba el cuadro. Como no se daba alimento, era imposible rehusar a los prisioneros el derecho de informar del arresto a sus familias con el fin de que se les trajese comida. Esta era controlada, pero se permitía a los parientes traerla directamente a los prisioneros. Resultaba así muy fácil enviar noticias fuera de la prisión. A las siete de la mañana llegó la mujer del obrero que ocupaba mi misma celda. Estaba deshecha en lágrimas y pensaba encontrar muerto a su esposo cuando volviese; lo abrazó apasionadamente. La consolé diciéndole que su esposo sería probablemente puesto en libertad en unas horas (como sucedió) y le pedí entonces que informara de mi arresto a algunos de mis amigos. Que me trajesen una manta y mi abrigo. Anoté mi mensaje en un pedazo de

papel y este fue leído y aprobado por el sargento. Pronto me llegó la manta y todos mis amigos supieron que había sido detenido y el lugar de mi detención. Me sentí satisfecho, pues sabía que ellos me ayudarían de manera eficiente.

Les dije que fueran al lugar donde vivía y destruyeran inmediatamente la parte de mi manuscrito redactada en Valencia, la cual estaba allí. La existencia de este manuscrito, el cual caería en manos de la policía tan pronto como esta fuese a registrar mi habitación, me preocupaba seriamente. No conocía todavía las acusaciones que pesaban sobre mí (no sabía, por lo tanto, que los cargos se referían precisamente al contenido de este manuscrito) pero me parecía seguro que permanecería en la cárcel por un desagradable espacio de tiempo si este texto caía en manos de la policía. Día tras día había pensado en sacarlo de la habitación; pero no quería trasladarlo en pequeñas secciones y decidí conservarlo hasta completar un buen fragmento. Esto ocurrió el mismo día de mi arresto, cuando ya tenía decidido trasladarlo a la mañana siguiente. A pesar de preocuparme este asunto, no llegaba sin embargo a alterarme profundamente. Ya para entonces conocía demasiado bien a los españoles. Tenía más o menos confianza en que no actuaran a tiempo. Si me hubiesen llevado esa misma tarde ante el jefe del departamento, la situación podría haber sido delicada. Pero no lo hicieron y fue así como no conocieron mi dirección hasta tarde en la noche. No sabían que me había mudado de casa después de regresar de Málaga y me habían buscado en vano en mi antigua residencia, hasta encontrarme solo por casualidad en la calle, cerca de este hotel, y arrestarme. Así que no pudieron registrar mi cuarto inmediatamente después del arresto; o más bien, podrían haberlo hecho si inmediatamente después de detenerme hubiesen averiguado mi dirección. No lo hicieron, sin embargo, hasta las nueve de la noche. Y yo sabía que ya para entonces el peor peligro había pasado. Ya que a esa hora, el jefe del departamento se había ido a su casa y yo sabía perfectamente que ningún oficial español intenta enfrentarse a un problema si encuentra alguna manera de evitarlo. El jefe del departamento no volvería hasta las diez de la mañana o, en el peor de los casos, a las nueve. No tendría (estaba absolutamente seguro de esto) la menor prisa en emprender las tareas pendientes del día anterior (así sucedió, ya que se me llamó para el interrogatorio a las cuatro de la tarde). Y a las ocho de la mañana, uno de mis amigos sabía ya lo que tenía que hacer; lo habría resuelto todo media hora más tarde. Las cosas salieron en realidad mejor de lo que yo había esperado. Ordené que se destruyera el manuscrito, pero mi amigo decidió que sería una lástima perder o dañar seriamente el fruto de mi viaje, destruyendo aquella parte del manuscrito redactada bajo la reciente impresión de los hechos sucedidos en el lugar. Decidió, bajo su responsabilidad, esconderlo en lugar seguro. Fue una hazaña que requirió valor considerable. Si las cosas marchaban mal, la orden de registro podía haber sido entregada, la casa podía estar vigilada y el portador del manuscrito hubiese sido detenido al entrar o salir de ella. Esto hubiese sido para él todavía más desastroso que para mí. A la luz de informaciones posteriores, cuando supe que la raíz de todo el problema lo constituía el manuscrito,

comprendí que el peligro había sido mayor de lo creído en el momento en que este fue trasladado. Pero en realidad y por extraño que parezca, la policía no tomó tal medida y el documento fue llevado sin incidentes a lugar seguro. La labor policiaca en la España republicana no es, evidentemente, muy eficiente.

Pocas horas después, supe que el manuscrito estaba en lugar seguro; supe también que varios amigos habían mostrado interés en mi caso. Todo iba bien hasta ese momento. Cuando finalmente se me llevó esa tarde al interrogatorio (un escolta armado sentado detrás de mí, tres oficiales de las fuerzas de policía prerrevolucionarias enfrente) supe que había sido mi secretaria inglesa quien me había denunciado. Era ella la única persona que había visto el manuscrito, una joven comunista que había conocido sin embargo mi actitud crítica hacia su partido antes de aceptar el trabajo y había sido informada de que este debía ser de naturaleza confidencial. Vi el protocolo escrito de su denuncia. Describía todo el manuscrito como un material altamente peligroso, sin omitir el hecho de que la parte de él relativa a mi primer viaje estaba ya en Inglaterra. Se hacía comprender a la Seguridad de Valencia que parte importante de este peligroso material ya no estaba disponible para su destrucción, pero que a cambio de esto tenían por lo menos en sus manos al malvado que lo había escrito. Pero lo que ella podía referir de la sección del manuscrito que yo le había dictado (había dejado de trabajar con ella desde hacía semanas) parecía extraño que pudiera servir de base a una acusación seria. Uno de los temas que mencionaba no había sido planteado jamás en el manuscrito; el segundo era una apreciación acerca del lema «todas las armas al frente» y su papel en la lucha entre los partidos, el cual ella había comprendido mal. Quedaba una acusación: yo había descrito en detalle la presión política que los rusos habían ejercido sobre España a cambio de la ayuda brindada. Si mencionar este hecho era criminal, entonces yo era culpable. Parecía evidente que la gente de Seguridad lo veía como un crimen. Se mostraron uno a otro el protocolo de denuncia con rostro en el que se daban importancia y oí al hombre que dirigía la investigación decir a sus compañeros, con un serio movimiento de cabeza:

—Es mucho.

Pero no importaba si era mucho o poco. Tenían que enfrentarse al hecho de su imposibilidad de probar lo que fuese, a no ser que yo deseara confesarlo libremente. Les hice comprender esto, de modo cortés pero claro; el manuscrito no era ya posible obtenerlo, les dije. Les dije también que había sido destruido y comprendieron perfectamente que esto era solo una manera diplomática de hacerles comprender que estaba bien escondido. Podrían haberme guardado en prisión unos cuantos días, pero les era difícil hacerlo indefinidamente sin la menor prueba. Después de todo, yo estaba escribiendo el libro en cuestión para una firma británica. Decidieron no insistir. Desde el momento en que les mencioné la desaparición del manuscrito, el

interrogatorio perdió su seriedad. Supe después de unos minutos que se había convertido en un asunto puramente formal. Si me sentía todavía algo preocupado era porque no tenía deseos de pasar una segunda noche en mi desagradable cárcel. Un amigo británico, a quien expreso aquí mi profunda gratitud, se presentó como garantía de mi buen comportamiento y se me puso en libertad inmediatamente.

Casos como el mío no eran en modo alguno excepcionales. En los pocos días que permanecí después en Valencia, tuve una divertida experiencia que ilustra claramente lo común que era en esta época un accidente como este. Conté la historia de mi arresto a un grupo de seis personas de diversas nacionalidades, algunos de ellos periodistas extranjeros que trabajaban para los intereses republicanos y otros, empleados directos de los servicios del gobierno. Solo dos de ellos no habían estado nunca en la cárcel durante su estancia en España y de estos dos, uno esperaba ser detenido en cualquier momento por una cuestión que no tenía nada que ver con sentimientos antirrepublicanos. Empezaron inmediatamente a conversar acerca de muchas otras personas, arrestadas a partir de las más simples acusaciones, uno de ellos por lo menos líder del movimiento obrero y bien conocido en su propio país. Tomaron el asunto a broma, pero sentí la profunda decepción que yacía tras sus sonrisas. En cuanto a mí, se hacía ya evidente que los comunistas harían todo lo que les fuese posible por impedir la continuación de mis trabajos en España. Lo único que me quedaba por hacer era irme; todos mis amigos insistían en que había tenido suerte esta vez y no debía tentar al azar de nuevo. Fue así como reservé un camarote en un barco británico de carga que se dirigía rumbo a Séte, en Francia. Inmediatamente antes de subir a bordo descubrí que el barco había atrasado su partida y a causa de esto, me vería obligado a permanecer en el puerto tres días por lo menos. No me agradó esto entonces, pero al final demostró ser una suerte; tuve más de una experiencia interesante durante mi estancia a bordo. Pero antes de relatarlas, quiero añadir unas cuantas conclusiones generales acerca del régimen policiaco, exponiéndolas tal y como se me fueron ocurriendo en el momento de mi partida.

Cuando vine a España en agosto, no tenía intenciones de hacer del terrorismo un tema especial de mi investigación. Dos días de estancia en Barcelona me convencieron de lo completamente incorrecto de mis intenciones, desde el punto de vista de la investigación de los hechos en sí mismos. Todos hablaban de terrorismo, sobre todo del terrorismo anarquista; algunos lo exaltaban, otros lo despreciaban. Los diferentes grupos sociales se situaban dentro del movimiento y escogían sus partidos a partir de sus puntos de vista sobre el terrorismo. Supe más tarde que este, tanto en la ciudad como en las aldeas, era con mucho la palanca más importante de la revolución social. Las ejecuciones precedían a las expropiaciones y el temor a las ejecuciones doblegaba a los pocos ricos que quedaban, sometiéndolos al régimen revolucionario. La insinuación de que los anarquistas catalanes debían su preponderancia exclusivamente a sus métodos terroristas, era errónea; se hubiesen ganado la fidelidad

de la gran mayoría de la clase obrera sin necesidad de recurrir al terrorismo. Pero la otra afirmación, la de que solo el terrorismo les hizo posible dar los primeros pasos en dirección de la revolución social, era en cambio cierta. El terrorismo anarquista de los primeros días fue solo la forma más inmisericorde de ese terrorismo que todas las organizaciones de la clase obrera practicaron contra los enemigos del régimen en toda España. Este terrorismo inicial, las matanzas y las ejecuciones en masa perpetradas por los grupos políticos, libres del imperio de la ley y de tribunales organizados, han desaparecido desde entonces, completa o casi completamente. La conclusión obvia parece ser que la fase terrorista de la revolución española ha terminado. Me inclino a pensar, sin embargo, que esta conclusión es incorrecta.

Depende, desde luego, de la definición que se dé a la palabra «terrorismo». Si se quiere decir ejecuciones sin juicio, entonces el terrorismo está desapareciendo rápidamente de España. Si por «terrorismo» se entiende ejecuciones en masa, oponiendo esta actitud a la de considerar separadamente los casos individuales, tampoco entonces puede decirse que haya terrorismo. Aquel que piense solo en términos de legalidad y moral, que se interese exclusivamente en el mantenimiento, por una parte, del orden legal y por otra en la cantidad de sufrimiento humano, no hará más preguntas. Pero tanto para el sociólogo como para el político, ni el punto de vista legal ni el moral, por importantes que estos sean, pueden ser suficientes como para agotar su interés. Más allá de la simple pregunta de si hay o no «terrorismo» en un país y un momento en particular, este debe realizar un estudio de la transformación del régimen policiaco y sus implicaciones sociales y políticas. Una comparación entre la represión de los enemigos del régimen, tal como se la llevaba a cabo en agosto y tal como se la lleva a cabo en febrero, arroja luz sobre todo este problema.

El terrorismo revolucionario de julio, agosto y septiembre en España era aquel que se denomina «terrorismo de masas»; la palabra lleva en sí el doble significado de terrorismo ejercido por las masas mismas y no por una fuerza organizada de policía, y también, terrorismo que alcanza a un número considerable de víctimas, una «masa» de víctimas. Tiene gran similitud con las matanzas de París en septiembre de 1792 y las del año 1918 en Rusia. Recordemos a París en 1792 y comparémoslo a Barcelona en 1936. En París, los voluntarios mataban a los prisioneros antes de irse al frente; lo mismo hacían en Barcelona. Perpetraban las matanzas en un momento de extremo peligro para la causa de la revolución, en el momento en que el enemigo se acercaba a París y convencidos de que estas eran el mejor medio de evitar un alzamiento contrarrevolucionario en las ciudades mientras ellos estaban lejos en el frente. Lo mismo sucedía en Barcelona. La matanza se emprendía sin orden ni ley, con extrema crueldad y falta de misericordia, pero excluyendo torturas más refinadas, tan características a ciertos regímenes policiacos. El terrorismo de París en 1792, exactamente igual al de Barcelona en 1936, no estaba de ninguna manera organizado

por un cuerpo especialmente creado a este propósito ni, ya que mencionamos el hecho, por ningún tipo de organización. Es cierto que los partidos políticos lo respaldaron siempre: en 1792, Danton y su grupo, en la Rusia de 1918, los bolcheviques y en Barcelona, los anarquistas. Pero no lo llevaban adelante las organizaciones de los partidos, sino las masas mismas en acción. A partir de esto, podemos sentirnos inclinados a concluir que no tenía objetivos, que golpeaba al azar. ¿Cómo sería posible que masas indescriptibles supiesen contra quién descargar sus golpes? Pero esto no es completamente cierto. Las masas golpean solamente, no tanto a las personas que han perpetrado o tratan de perpetrar *actos* definidos contra el régimen, sino a aquellos que, por su nivel de vida, se supone que sean los enemigos naturales del régimen que ellas defienden. Tanto en Rusia como en España o Francia, los aristócratas fueron asesinados por ser aristócratas, los sacerdotes por ser sacerdotes y en Rusia o en España, los burgueses por burgueses; en todos estos casos, además, entraban aquellos individuos cuya pertenencia a organizaciones intrínsecamente enemigas del régimen era conocida. La culpa, en estos estallidos de terrorismo popular, no era establecida a partir de actos criminales sino de opiniones desplegadas públicamente y de ciertos modos de vida en general. Es cierto que se cometieron gran número de errores, aun teniendo en cuenta los fines del propio movimiento terrorista. Pero en general, no resultaba difícil golpear precisamente a aquellos contra los que se apuntaba. En estricto contraste con un régimen policiaco ordinario, el terrorismo de masas alcanza mejor sus objetivos mientras más descentralizado esté. Es más fácil que la gente de una localidad conozca la actitud política y la posición social de quienes los rodean, de lo que pueda hacerlo cualquier organización central improvisada.

La crueldad de los asesinatos, la salvaje emoción de los asesinos ante la destrucción de sus enemigos, la irregularidad del procedimiento, la ejecución de personas inocentes de todo delito, han hecho del terrorismo de masas un tema horripilante, no solo para aquellos que lo han vivido, sino todavía más para las generaciones posteriores. Pero precisamente a causa de sus características, es difícil que el terrorismo de masas se convierta en un motivo eficaz de enemistad dentro del propio campo revolucionario.

No fueron los *septembriseurs* sino el tribunal revolucionario quien envió a los girondinos y a tantos otros revolucionarios franceses a la guillotina. No fueron los marinos de Kronstadt ni los aldeanos, sino la GPU quien ha exterminado a comunistas y socialistas disidentes. Estas persecuciones han sido organizadas por una maquinaria política centralizada, puesta a la disposición de un pequeño círculo de dirigentes. Toda revolución parece sufrir en su curso esta transformación del terrorismo de masas en terrorismo policiaco. Esta transformación fue frenada en Francia por la caída de Robespierre, no sin haber realizado antes considerables progresos. Se hizo totalmente fuerte en Rusia en los años que siguieron a la guerra

civil. En España, donde los procesos propiamente revolucionarios han sido tan rápidamente reemplazados por algo completamente diferente, se han dado grandes zancadas en esta dirección en los pocos meses transcurridos desde el inicio de la guerra civil.

¿Cuáles son las características de esta segunda forma de terrorismo, si se la compara con la primera? A cada momento surgen las diferencias. En lugar de ser las masas revolucionarias mismas, son las fuerzas de policía las que actúan como agentes del nuevo terrorismo. La base de las fuerzas de policía revolucionarias ha surgido a veces de las filas revolucionarias; en otros casos y especialmente en la España actual, esta es simplemente la vieja fuerza de policía, purgada en cuanto ha sido posible de elementos abiertamente contrarrevolucionarios y reemplazados estos por elementos escogidos de entre los partidos gubernamentales. Pero en España por lo menos, el grueso del nuevo personal es idéntico al grueso del antiguo y también es idéntica su actitud; están, simplemente, sirviendo al nuevo gobierno legal. Es reintroducida, por lo tanto, la noción de culpa. Los procedimientos no son ya los mismos de antes, sino más bien una fórmula de emergencia que incluye el derecho de la policía a ejecutar sin juicio; pero dejando aparte varias excepciones, ni la policía ni las fuerzas irregulares policiacas, como las de 15, plaza Tetuán, ejecutarán hasta estar convencidas, no solo de que el acusado estaba en desacuerdo con el gobierno, sino de que ha cometido algún acto en su contra; algo que justifique la ejecución, por vagamente que puedan definirse los límites de la responsabilidad del acusado. Es por esto que hay un número tremendo de arrestos pero la cantidad de ejecuciones, aunque sea todavía considerable, no guarda proporción con aquel. A causa de la creciente crisis, las fuerzas de policía han enloquecido y arrestado gente al azar, por las más tontas razones o por error. Pero después de todo, las ejecuciones no ocurren de manera tan irresponsable. Existe en cuanto a esto una enorme mejora, debida principalmente a las influencias comunista y republicana; las personas que sobrevivieron al terrorismo de masas de los primeros días, aprecian particularmente este cambio.

Pero el asunto tiene otros aspectos. Las masas habían cesado de ejercer el terrorismo y este había dejado de dirigirse contra clases definidas. Fue así como la represión se convirtió en un instrumento del grupo dirigente, utilizable contra todos los disidentes. La represión no era limitada a los trotskistas. Supe un día que un amigo personal a quien había conocido durante muchos años y de cuyas convicciones genuinamente socialistas no cabía la menor duda, estando sin duda muy lejos de ser trotskista, se encontraba en serio peligro simplemente por haber sido en el pasado (!) comunista disidente. El anarquista con quien compartí mi celda estaba muerto de miedo porque había editado una octavilla de propaganda con el fin de distribuirla entre los comunistas; no creo que sus ideas acerca de lo que pudiera sucederle estuviesen en lo más mínimo injustificadas, aunque en este caso concreto se hubiese

demostrado su error. Conocí un día a un hombre que había adoptado simplemente una actitud crítica ante ciertos aspectos técnicos del funcionamiento de las brigadas internacionales y en cuanto pude juzgar, tenía razón en sus críticas, las cuales estaban provocadas evidentemente por su profunda simpatía hacia la causa republicana; tuvo que recurrir a todo tipo de expedientes a fin de escapar a la persecución y poder salir de España. En general, los comisarios políticos de las brigadas internacionales tienen la costumbre de suponer que todo hombre que abandone la brigada con el fin de ir a trabajar utilizando sus capacidades en otra rama de actividades (no situada bajo control directamente comunista) es un desertor y lo tratan de manera consecuente.

Ya la policía actúa como una GPU cuya principal labor es cazar disidentes. El hombre que temblaba a cada momento ante la idea de verse detenido, juzgado y probablemente ejecutado, era en agosto el aristócrata, el sacerdote, el industrial, el rico comerciante, el campesino acomodado. Hoy, además de los agentes que funcionan directamente pagados por Franco, es el hombre que está en desacuerdo con la política comunista, por pequeño que sea el tema de discusión. Era, en agosto, el que a causa de su posición social resultaba adversario de las clases bajas. Y en febrero, aquel que a través de sus opiniones era, no ya un adversario, sino simplemente un crítico de la política oficial del Partido Comunista.

Deben investigarse otras comparaciones históricas capaces de arrojar luz sobre el problema. El régimen que impone el conformismo político en Rusia, Italia, Alemania y finalmente en la España «republicana», es a menudo relacionado con la Inquisición; con muy poco fundamento. La Iglesia católica de la Edad Media declaraba como «dogma» solo unas cuantas de sus muchas enseñanzas y perseguía como «herejía» cualquier negación de estos dogmas. La herejía era algo bien y estrechamente definido. Las doctrinas no completamente ortodoxas que no caían dentro del campo de la herejía, podían ser enseñadas y escritas. Toda la historia del catolicismo medieval está llena de discusiones teológicas de la mayor y más profunda implicación, la mayoría de ellas discutidas y batalladas sin intervención de la Inquisición; está llena de tendencias opuestas al ascetismo de la Iglesia, tanto en la vida como en el arte. El católico medieval era libre de vivir y pensar como quisiera, excepción hecha de algunas cuestiones. La intención del Estado totalitario es, por el contrario, la de imponer completa unidad de vida y pensamiento en todo aquello que se refiera al Estado y hacer de todo asunto una cuestión de Estado. El terrorismo de masas, muy alejado de la Inquisición católica en este como en muchos otros aspectos, se acerca más a él, en este caso, que el régimen totalitario. También las masas desean aterrorizar, en primer lugar, a la totalidad de los enemigos decididos y activos del régimen; les preocupan menos las diferencias dentro del campo revolucionario. Los periodos revolucionarios en que reina el terrorismo de masas han sido, de manera lógica, épocas de grandes discusiones y libertad de pensamiento, dentro de los límites de la lucha contra el *ancien régime*. Pero cada vez que la policía totalitaria hace su

aparición, todo tipo de individualismo, de esfuerzo intelectual, artístico o, de manera general, creativo, es seguro que será ahogado. Naturalmente que debemos sentirnos aliviados al ver disminuir el número de víctimas (tanto Mussolini como Hitler se han jactado del pequeño número de víctimas provocado por sus revoluciones) y las clases objeto del terrorismo de masas deben estar particularmente agradecidas. Pero la civilización está destinada a perecer, no simplemente a causa de la existencia de *ciertas* restricciones en la expresión de la libertad de pensamiento, para las cuales puede haber amplia justificación, sino por la completa sumisión del pensamiento a las órdenes de una oficina central de partido.

Además, en una guerra civil como la española, ninguna organización, por eficiente que pudiese ser en otras circunstancias (y la Seguridad española no es ni siquiera eficiente), puede efectuar su labor sin el apoyo libre del pueblo. Y queda por verse si los métodos policiacos aplicados por la Seguridad no demostrarán ser, en último término, una seria desventaja para los republicanos españoles, ya que estrangulan el entusiasmo popular, el cual solo puede desenvolverse en medio de una atmósfera de libertad; si no para todos, al menos para esos diversos matices de opinión que prevalecen dentro del campo de los adversarios de Franco.

AL DEJAR ESPAÑA

Nuestro barco permaneció durante el fin de semana fuera del puerto, en zona neutral. Era el día en que entraba en vigor la prohibición de voluntarios y todos esperaban que los insurgentes lo festejaran con un bombardeo. Como no lo hicieron, el barco volvió a puerto el lunes, esperando que hubiese pasado el peligro. Pero a las dos y media de la mañana, me despertó el estruendo de cinco bombas dejadas caer casi a la vez y la violenta sacudida de las ventanas de mi camarote. Corrí afuera y vi que no se trataba de un bombardeo naval más, sino de un ataque aéreo, el primero sufrido por Valencia. Los preparativos llevados a cabo podrían ser calificados de cualquier cosa, menos de brillantes. No poseían faros buscadores, solo fuegos artificiales luminosos. Tres baterías antiaéreas intentaban defender el puerto, pero no lograban impedir la acción del único avión de bombardeo, que continuaba su curso imperturbable, sin la protección de aviones de reconocimiento, buscando su objetivo. Enormes llamas se alzaron de un edificio del puerto, a unos 500 o 600 pies de nuestro barco. Había sido tocado por una bomba incendiaria. El avión enemigo se alejó y saqué mi reloj. Las brigadas de incendios tardaron veintidós minutos en llegar. La señal de que el bombardeo había terminado fue dada casi cuando ellos llegaban al incendio; apenas había dejado de sonar cuando el avión enemigo volvió (¿o se trataba de otro?). Fuera como fuese, se repitió la misma escena de incapaz defensa antiaérea y operaciones de bombardeo emprendidas sin estorbo. Esta vez las bombas cayeron al

agua, más lejos de nuestro barco y supusimos que el ataque había fracasado completamente en sus objetivos. Esto era así, sin duda, pero por un margen mucho más pequeño de lo que creímos al principio. Supimos por la mañana que su blanco había sido un petrolero y que había errado el tiro por solo unos metros. De haber tenido éxito, el puerto entero estaría en llamas. Las baterías antiaéreas habían sin embargo alcanzado al *Royal Oak*, el barco de guerra británico más grande situado en zona neutral y habían herido a cuatro oficiales, incluyendo el capitán, y a un marinero.

Volví a la cama y estaba profundamente dormido cuando a las siete y cuarto me despertaron de nuevo los estallidos de las bombas. Era ahora pleno día, el bombardero enemigo era claramente visible, de nuevo volaba sin protección, de nuevo llegó sin demasiada velocidad y dejó caer sus bombas donde quiso, sobre un lugar bastante alejado de los que nos encontrábamos en el distrito del puerto. Fue un acto de la mayor osadía. ¡Y se repitió media hora después! Esta vez, además de las baterías antiaéreas, los cañones de dos destructores anclados en puerto participaron en el rechazo del ataque. El sonido combinado de la artillería antiaérea, de los cañones del destructor, los cuales emitían notas atronadoramente graves y de las explosiones hinchadas de las bombas que caían, creó un infierno. Pero el avión se alejó después de haber descargado todas sus bombas.

Por la mañana, la tragedia fue seguida de una sátira. Los trabajadores del puerto vinieron a bordo de los barcos a las diez y media en lugar de a las nueve de la mañana ya que, lógicamente, temían una repetición de los bombardeos. Pero menospreciaban a los neutrales los cuales, en su opinión, habían mostrado poco valor al trasladar por la noche algunos de sus barcos y sacarlos fuera de la zona de peligro. ¡Como si fuera asunto de los espectadores el dejarse bombardear, por el simple hecho de mostrarse «valientes»! Hablé con un trabajador del transporte, un anarquista que había peleado ya desde hacía tiempo, mucho antes de Teruel. Su juicio acerca de los extranjeros fue aún más drástico. Relacionó la alegada cobardía de los neutrales al caso de un comandante alemán ejecutado por traición en el frente de Teruel y terminó la conversación con la amistosa afirmación:

—Cuando termine la guerra, sacaremos a patadas a todos estos extranjeros...

Esta frase resultaba casi increíble en boca de un anarquista activo. Hubiese sido realmente inconcebible durante el mes de agosto. Pero como expresión de xenofobia, estaba lejos de estar aislada. Un español muy culto, en cuya compañía vi a la brigada alemana de refugiados en Murcia, afirmó más tarde:

—No me gustan estos alemanes —y cuando le pregunté por qué, replicó—: Porque hoy están con nosotros y mañana estarán con

Franco.

Esta réplica era tan insensata, en medio de las circunstancias, que me indignó de veras. Reprimí mi cólera, pero no pude evitar el pensar que todas las ofensivas insurgentes eran exitosas hasta que se llamaba a una de las brigadas internacionales al sector amenazado.

Esta maldición a los extranjeros fue casi lo último que pude oír en lengua española. No fue lo último que vi de la guerra civil española. Me llevé en el mar una impresión de la eficacia del bloqueo insurgente. Habíamos salido del puerto desde hacía poco más de dos horas cuando fuimos avistados por un barco de guerra, grande y moderno, el *Baleares* o el *Canarias*. Cambió su curso con el fin de seguirnos, llegó a nuestro lado en poco tiempo, dirigió hacia nosotros sus enormes faros, vio que éramos ingleses y no nos detuvo formalmente pero se alineó junto a nuestro barco y cubriéndonos con sus cañones pequeños preguntó de donde veníamos, a dónde íbamos, qué carga llevábamos y demás. Luego se volvió. La noche antes, un vapor español que hacía la travesía Alicante-Bilbao, llevando a bordo mucha carga y pasajeros, fue detenido y custodiado hasta Melilla. Me horrorizó la idea de lo que debe haber sucedido a algunos de sus pasajeros. Era evidente que el puerto de Valencia estaba tan bien custodiado que resultaría difícil salir a cualquier barco que no tuviese el permiso de la flota insurgente. Si se permitía bastante comercio, era porque los insurgentes temían faltar al respeto a algunas banderas extranjeras, principalmente la británica, las escandinavas y la holandesa. Pero este respeto era relativo, como pronto pude comprender. A la tarde siguiente fuimos detenidos en nuestro camino por un avión insurgente que primero voló muy bajo por encima de nosotros, procedimiento no objetable en sí, pero que demostraba cómo se nos vigilaba cuidadosamente. Se volvió de pronto y comenzó a describir círculos sobre nuestras cabezas, colocándose en posición inclinada, como si se preparara para bombardearnos. En el último momento, volvió a la posición horizontal y voló muy cerca de nuestra popa. Era difícil no comprender la amenaza.

Vi esa noche, por primera vez en muchas semanas, algo desacostumbrado: dos luces costeras, allí donde durante mucho tiempo habían estado apagadas todas las luces, incluidas las de los faros. Una era el faro de Port Bou, indicando la entrada a aguas españolas, la otra el faro del puerto francés de Port Vendres. Abandonamos el territorio español y la guerra. Las luces me produjeron una gran emoción. Lamenté tener que dejar España. Como muchos otros extranjeros, me sentía mágicamente atraído hacia su lucha. No contaba ya el desenlace político, sino el país mismo, la gente que, aparte unos cuantos políticos, había aprendido a amar profundamente, como tantos otros lo han aprendido, casi todos aquellos que los han contemplado durante estos trágicos meses. Ya este país se había convertido en tumba para más de un amigo. ¿Qué sería de los otros? ¿Los volvería a ver alguna vez y si esto era

posible, en qué circunstancias? Tendría que contemplar ahora los acontecimientos desde lejos. Sería más exasperante todavía que verlos de cerca. Mi corazón se encogió. Pero a la mañana siguiente, 25 de febrero, en Sète, el rostro de las gentes reflejaba la paz, como si nunca antes ni en ese momento tuviese lugar, unas pocas millas más al sur, una terrible guerra civil.

La batalla de Guadalajara

¿Hasta qué punto las impresiones que recogí durante mi segundo viaje han sido confirmadas o contradichas por acontecimientos posteriores? ¿Qué nuevas tendencias han aparecido dentro de la revolución española, desde las catástrofes combinadas de Málaga y el ala sur del frente de Madrid? No puedo discutir estas cuestiones basándome en observaciones hechas en el lugar. Solo puedo someter aquí las conclusiones a que he intentado llegar, utilizando para ello fuentes que, creo, son de confianza. Algunos de los hechos que deben ser tomados en consideración son evidentes en la medida en que han sido reportados por la prensa; pero puesto que mis experiencias me hacen algo escéptico, y convencido como estoy de que dadas las reglas de censura que prevalecen en ambos campos y las actuales condiciones de tensión internacional, los informes de prensa son mucho menos dignos de confianza de lo que podría esperarse, tuve cuidado en no aceptar ni un solo hecho a partir únicamente de la confianza en los periódicos^[9].

Dos hechos son obvios: los insurgentes han permitido a los republicanos reunir tropas al oeste de Almería, a tiempo para detener el avance fascista del sur, después de la caída de Málaga; igualmente, la ofensiva del ala sur del frente de Madrid, que después de la penetración en el Jarama había comenzado con tan buenos auspicios para Franco, ha sido detenida en una de sus primeras etapas. Así que las ofensivas comenzadas en febrero no han conducido a éxitos definitivos. Segundo, el desembarco de febrero en Sagunto, que se suponía cortase a Valencia de Barcelona y provocase así el decisivo final de la guerra, no ha tenido lugar. Los informes acerca de los preparativos para esta ofensiva desde las islas eran demasiado claros como para dejar lugar a dudas; si esta no ha tenido lugar, esto se debe, seguramente, a un cambio en la estrategia de Franco.

Es difícil comprender por qué los insurgentes han abandonado por el momento sus planes originales de desembarco. Las defensas costeras eran infinitamente más débiles que cualquier otra zona de las posiciones del gobierno, por la simple razón de que ninguna de las tropas capaces era destinada a esta tarea, ya que los frentes de batalla decisivos no podían pasarse sin ellas, enviándolas a un frente cuya existencia era solo potencial. Antes de que cualquiera de las brigadas internacionales pudiese ser lanzada a una batalla en la costa, pasarían como mínimo entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas; este retraso se traduciría en una considerable ventaja para los insurgentes. El punto que intentaban atacar era además mucho más sensible que cualquier otra región del campo gubernamental.

No veo explicación militar para el cambio de planes del campo franquista. Pero quizás la haya política. El desembarco en Sagunto debía venir de Mallorca. Muy

pocas tropas españolas están estacionadas allí. Ninguna podía ser llevada fácilmente a esta isla para servir de refuerzo. Los contingentes de Málaga, Córdoba y Madrid estaban envueltos en duras batallas. Se suponía que los de Teruel participasen en el desembarco con un ataque secundario lanzado desde el oeste. Solo el frente de Zaragoza hubiese sido capaz de disponer de tropas, pero allí las dificultades de transporte eran considerables. Así que el desembarco se convertiría en un asunto exclusivamente italiano. Lanzado desde Mallorca, demostraría al mundo que las islas se habían vuelto italianas en todo el sentido de la palabra. Pero tanto Inglaterra como Francia tienen mayores intereses estratégicos en Mallorca que en el resto de España. El desembarco desde allí podría implicar complicaciones internacionales de carácter muy serio.

Hasta este momento, la intervención de las grandes potencias fascistas había permanecido en una etapa de experimentos vacilantes. Los preparativos de Mallorca fueron uno de estos experimentos. Pero la violenta reacción, tanto inglesa como francesa, contra el primer intento serio de ocupación alemana del Marruecos español, en enero, había demostrado la imposibilidad para Mussolini de avanzar demasiado lejos en esta dirección. Los preparativos de Mallorca eran retrasados, objetivo no solo fácil de lograr en todo asunto español, sino provocable de manera automática a no ser que la tendencia natural del carácter nacional español fuese dominada por una presión muy fuerte.

No pretendo conocer hechos definitivos que respalden esta interpretación. Solo que me parece la más probable. Otro hecho, sin embargo, es innegable. A finales de febrero, después del estancamiento en Motril y en la carretera Madrid-Valencia, la ayuda extranjera se convirtió para Franco en una urgente necesidad. Fue brindada no en Sagunto, sino en Guadalajara, en el ángulo norte del frente de Madrid. Para poder comprender la importancia de este nuevo intento, deben comprenderse todas las implicaciones de la brecha que existe entre las ideas prevalecientes hoy en día acerca de la intervención extranjera en España y la realidad. La opinión pública creía que miles de alemanes e italianos estaban peleando en las trincheras. En realidad, solo unidades especiales tales como la aviación, la artillería antiaérea, la artillería de campaña y los tanques, habían cooperado hasta entonces con el campo franquista. Existía la sospecha, quizás justificada, de que millares de italianos y probablemente de alemanes, estaban acuartelados tras las líneas del frente, esperando la posible orden de participar en la lucha. Desde comienzos de enero, cada éxito de los insurgentes ha sido atribuido a las tropas alemanas o italianas. Pero en cada caso, ya fuese la primera ofensiva contra Málaga, el ataque al Escorial o la catástrofe del Jarama, los republicanos habían contraatacado, no sin éxito. Estos contraataques habían traído consigo invariablemente la captura de prisioneros españoles, pero ni un solo prisionero alemán o italiano había sido llevado a los cuarteles republicanos; solamente la segunda ofensiva decisiva contra Málaga no había sido seguida por un

contraataque y era así el único caso en que la teoría de la participación activa de unidades de infantería alemanas e italianas podía no ser negada. Pero tampoco podía ser afirmada. De modo general parece cierto, aunque quizás sea difícil de demostrar, que hubo poca intervención de importancia por parte de las unidades de infantería antes del mes de marzo. Unas pocas unidades italianas y alemanas habían sido llevadas ocasionalmente al frente con el fin de participar en el ataque durante uno o dos días, pero se las retiraba tan pronto como comenzaban a tomar parte activa. Tal comportamiento es incomprensible desde el punto de vista militar, pero no deben olvidarse las divergencias de opinión que dividen a los militares y los partidos fascistas, tanto en Alemania como en Italia, en cuanto a lo aconsejado de la intervención en España; que existe además desconfianza y rivalidad entre alemanes e italianos; y por último que los Estados Mayores de Franco, como buenos españoles nacionalistas, se disgustan profundamente ante la intervención de un extranjero. (La situación dentro del campo republicano es algo diferente. Están las brigadas internacionales, pero no hay voluntarios rusos. Las brigadas corresponden a la Legión extranjera del campo franquista).

Pero Guadalajara fue algo diferente; esta vez, la participación de la infantería italiana fue completa. Como consecuencia, los prisioneros italianos pudieron ser vistos, no solo en los despachos de prensa sino también en las calles de Madrid, lo cual es algo muy diferente. Estaban allí en número considerable, debido a lo extenso de la derrota de las unidades italianas. Si el éxito republicano hubiese sido en menor escala, como aquellos de Motril, el Escorial o Arganda, el número de prisioneros hubiese sido menor pero estos hubiesen existido de todos modos. Pero si en estos otros casos no se hicieron prisioneros extranjeros, fue porque participaron muy pocas tropas extranjeras.

Dos hechos, por lo tanto, emergen de los engañosos y contradictorios informes: por primera vez, tropas italianas han combatido de manera seria en España y han sido derrotadas inmediatamente, de manera más decisiva de lo que jamás lo haya sido cualquier sección española o mora de las tropas de Franco. Es importante comprender el verdadero alcance de este acontecimiento.

Para comenzar, ¿qué unidades eran? De acuerdo con informaciones de confianza, las cuales no concuerdan del todo con los informes oficiales españoles, no se trataba ni de unidades regulares del ejército ni de milicia fascista, al menos en cuanto se refiere a la mayoría de ellos. Esta afirmación, como el escepticismo que puede observarse aquí en todo lo que concierna la intervención extranjera en España, choca sin duda con las declaraciones formales y enfáticas del *signor* Mussolini, que ha destacado una y otra vez la gloria de las armas italianas en España. Pero el *signor* Mussolini tiene reputación de hábil propagandista. Ya que muchos italianos, tanto pilotos como oficiales de tanque y otros, participaban realmente en la guerra civil y las unidades italianas de infantería estaban acuarteladas en las retaguardias

franquistas, no había motivos para negar el hecho de la intervención. Tímidos *démentis* hubiesen provocado solo la inmediata demostración de la verdadera situación. ¿Por qué, entonces, si el hecho era innegable, no utilizarlo para hacer la mayor propaganda posible? Esta propaganda tenía pocas posibilidades de ser desmentida. El campo de Franco debe tragarse la atribución de éxitos españoles a los italianos y hacerlo con una sonrisa; no pueden aventurarse a discutir públicamente con Mussolini. Nadie diría que no a las afirmaciones italianas. Todos atribuirían los éxitos de Franco a Mussolini. Y este, creyendo firmemente en el éxito final de Franco, vio como el mundo le atribuía este, aun antes de haber sido obtenido. Pero, como le gustaba decir a Lenin, «no debes glorificarte en la victoria antes de que termine la batalla».

Había, repito, unidades de infantería italianas en el frente de Guadalajara, pero pocas de ellas pertenecían al ejército o la milicia. Parece que la gran mayoría de los italianos de Guadalajara eran voluntarios que se habían alistado para ir a Abisinia y que, incluso en el momento de embarcarse, ignoraban que su destino era España. Pero no eran voluntarios de la guerra de Abisinia; eran, según se me dijo, reclutas del ejército de trabajo abisinio, de reciente formación, o sea, unidades similares a las conocidas en Alemania con el nombre de «servicio de trabajo voluntario». En una palabra, aunque todos o la mayoría de estos hombres hubieran cumplido su servicio militar, no componían de ninguna manera unidades del ejército regular, sino que habían sido organizadas como tales solo con vistas a su utilización en España. La mayoría de ellos había desembarcado en Cádiz durante los últimos días de la campaña de Málaga, pero no había participado en la conquista de Málaga. La gran mayoría de ellos venía del sur de Italia y era de origen campesino, como podía lógicamente esperarse en este caso. No era, por lo tanto, una formación de élite. (Por cierto: toda la información que brindo aquí proviene de los documentos tomados a los prisioneros. Uno de los rasgos más sorprendentes de la batalla de Guadalajara fue que, por primera vez, los republicanos rompieron con su costumbre de matar a los prisioneros. Las ventajas políticas de este correcto comportamiento se hicieron aparentes de modo inmediato).

Naturalmente que las indicaciones acerca de la fuerza real de los contingentes italianos varían enormemente. Las fuentes oficiales valencianas, en el esfuerzo natural de dar al éxito republicano la mayor importancia posible, hablan de cinco o seis «divisiones» italianas. Sería poco inteligente aceptar tales informaciones *à la lettre*. Las impresiones de un observador cuidadoso me resultan más convincentes. De acuerdo a este, dos divisiones participaron en la batalla, mientras una tercera permaneció en la reserva y se vio envuelta en la catástrofe final. Estas llamadas divisiones son muy pequeñas y comprenden algo así como 3000 hombres cada una. Ambas alas estaban protegidas, cada una por una división española. Por lo tanto, del lado fascista, nueve mil italianos y seis mil españoles. Al principio de la batalla todo

el sector atacado estaba defendido por una brigada republicana de unos dos a tres mil hombres. El reconocimiento, como de costumbre, era pésimo. El ataque vino por sorpresa, con fuerzas de infantería infinitamente superiores, bien apoyadas por artillería y tanques. Las líneas del gobierno, naturalmente, se quebraron inmediatamente.

Después de sus éxitos iniciales, los italianos perdieron todo control sobre sí mismos. Borrachos con la gloria de sus fáciles victorias en Etiopía, vieron el éxito final ya en sus manos. Habían decidido llegar a Madrid en cuatro días y así lo comunicaron a sus tropas. Abandonaron toda precaución y avanzaron sin una suficiente protección en los flancos. Esperar a estos les hubiese obligado a frenar el avance ya que, después de todo, sus efectivos eran débiles, no en comparación con los primeros contingentes republicanos que se encontraban en el lugar, sino con la extensión geográfica del frente de batalla: un frente de veinte millas, que crecía cada hora a medida que se adentraban en territorio enemigo. Agruparon además sus refuerzos en las carreteras principales y llevaron a sus oficiales muy cerca de la línea del frente que avanzaba. De acuerdo a todas las reglas de guerra razonables, era una locura. Pero ya que Franco no había sido nunca capaz de sacar mucho fruto a sus éxitos, ellos enseñarían a los españoles cómo hacer seguir un éxito inicial de la destrucción del enemigo.

En doce horas, cinco brigadas republicanas fueron llevadas al punto amenazado. El Estado Mayor de Madrid sabía demasiado bien que esto era asunto de vida o muerte para la causa antifascista. Otro éxito de los italianos y el Madrid republicano estaba perdido. Entre las cinco brigadas, se encontraban dos internacionales, compuestas en su mayoría de alemanes e italianos, las mejores unidades de todo el ejército español, cuyos nombres eran, respectivamente, Thaelmann y Garibaldi. Estas dos unidades son muy superiores al nivel medio militar hasta de los voluntarios extranjeros. Están compuestas por refugiados la mayoría de los cuales, después de haber ido como voluntarios a España, no pueden ni siquiera volver a su refugio inicial y no les queda otro remedio que vivir o morir en España. Una compañía de ametralladoras compuesta por refugiados alemanes, fue llevada a la batalla inmediatamente, con insuficiente respaldo y con el único fin de retardar el avance italiano hasta que llegasen mayores refuerzos; fue barrida casi completamente sin que sus líneas vacilaran, cumpliendo así eficazmente su tarea. Una de las tres brigadas españolas estaba compuesta por vascos, cuyas capacidades militares son muy superiores a las del español medio; las otras dos eran brigadas de élite del Quinto Regimiento (comunista). Como de costumbre, los voluntarios extranjeros llevaron el peso de la batalla. Los alemanes debían lavar la ignominia de su retirada sin lucha ante las fuerzas de Hitler. Los italianos se encontraron con la inconcebible felicidad de poder enfrentarse a tropas fascistas, después de diez años de exilio, con las armas en la mano y derrotarlas. El hecho, políticamente tan lamentable, de que a pesar de

las innumerables declaraciones las unidades políticas de los distintos partidos continúen existiendo, mostró todo su valor militar. Las dos brigadas del Quinto Regimiento, casi exclusivamente comunista o, de todos modos, bajo mando exclusivamente comunista, mostraron el valor de una moral basada no solo en la disciplina militar, sino en las convicciones políticas comunes. Con este éxito, los comunistas refutaron sus propios lemas referentes a la disolución de las brigadas políticas.

Los italianos fueron primero retardados en su avance, luego detenidos en el frente, atacados después por su flanco izquierdo y perturbados considerablemente por este ataque lateral. Pero la batalla se decidió finalmente por la intervención de la aviación rusa: 120 aviones, entre bombarderos y aviones de reconocimiento, atacaron no tanto las líneas como la retaguardia, bombardeando las concentraciones de tropas en las carreteras, los mandos, la artillería (todos ellos, como se ha dicho, muy poco preparados para este acontecimiento). La superioridad de los aviones de reconocimiento rusos sobre los italianos ha quedado bien establecida durante todos estos meses de guerra, aunque no sea tan evidente su superioridad sobre los alemanes. Pero hasta Guadalajara, la superioridad de los bombarderos italianos, tanto en velocidad como en exactitud de tiro, había sido generalmente aceptada. Es probable que Guadalajara no brinde suficiente material como para que este juicio se invierta. Pero la batalla aérea de Guadalajara, la más grande que haya tenido lugar hasta ahora en España, ha demostrado al menos, o así parece, que son los aviones de reconocimiento y no los de bombardeo los que constituyen el factor decisivo. Un número considerable de estos últimos logrará alcanzar su objetivo, siempre que se encuentre bien protegido por los aviones de reconocimiento. En el caso de Guadalajara, el efecto sobre el enemigo fue desastroso. Después de dos horas de bombardeo, el frente quedó roto sin remedio, sin que se hiciera un nuevo esfuerzo por oponer mayor resistencia. Fue entonces cuando se hizo aparente el poco valor de la experiencia abisinia. En Abisinia, los italianos no habían tenido que sufrir la experiencia de verse bombardeados. Huyeron ante las bombas, exactamente igual que las primeras milicias rojas habían huido en España durante los meses de agosto y septiembre y en circunstancias similares. Entonces y solo entonces, el ataque sobre los flancos mostró todas sus implicaciones. Las unidades italianas, en su huida, fueron atacadas individualmente por unidades del gobierno que las tenían a su merced, ya que no existía ninguna resistencia organizada. Todos los informes están de acuerdo en que el bombardeo fue decisivo y que después de este no había recuperación posible; que las unidades del gobierno recuperaron el terreno perdido el primer día sin encontrar prácticamente resistencia y solo se detuvieron al llegar a su antiguo frente, a causa de lo escaso del material humano.

No cabe duda de que Guadalajara ha cambiado el aspecto de la guerra y que, después de este hecho, nuevos problemas surgirán. Vale la pena discutir todas sus

implicaciones. Sería, desde luego, poco correcto, suponer que los italianos siempre correrán como lo hicieron en Guadalajara. Muchos de los elementos de esta derrota son solo ocasionales. Los italianos se comportaron como si no existiese un adversario serio. Una experiencia de este tipo será suficiente como para enseñarles lo contrario y hacerles actuar de acuerdo a esto. Sus tropas eran malas; su conducta no brinda indicaciones dignas de confianza en cuanto a la posible conducta futura de unidades del ejército regular o de la milicia fascista. Queda de todos modos el hecho de que el número de unidades italianas que sus mandos creían suficientes (después de la experiencia abisinia) para la tarea, ha sido destrozado y perseguido por todo el campo por fuerzas menores en número (las brigadas republicanas cuentan con unos 2000 hombres como promedio). Más importante, hubo verdaderas deserciones, en número nada insignificante, desde los primeros momentos del combate. Unos 1000 prisioneros han sido hechos hasta ahora (si merecen confianza las fuentes de información que relatan este último punto) y la mayoría de ellos parece ansiosa de explicar que se ha rendido por decisión propia. Dada la reputación que ambos lados tienen de fusilar a los prisioneros, tales declaraciones no pueden ser juzgadas como muy sinceras. Pero parece ser un hecho bien establecido el que grupos enteros se rindieron a la primera oportunidad, tan pronto como las filas del gobierno permanecieron firmes. Explicaron que se sentían furiosos por haber sido enviados a la muerte en España, en lugar de ser llevados a trabajar en Abisinia; habían sufrido mucho por el frío de las mesetas españolas y habían decidido finalmente atravesar las líneas (cantando el *Bandiera Rossa* de acuerdo a una fuente de información) en grupos. Algunos de estos desertores habían sido miembros de organizaciones socialistas antes del advenimiento del fascismo, pero esto no se aplicaba a la mayoría de ellos. Si se toman estos hechos en consideración, podemos llegar a pensar que quizás la sorpresa de Guadalajara indique menos el valor militar del ejército italiano, tal como lo ha reorganizado el fascismo, que el estado de ánimo de las masas, por lo menos en el sur de Italia. El valor propagandístico de la conquista de Abisinia parece no haber sido tan grande, después de todo, como lo han creído la mayoría de los observadores.

No discutiremos aquí las implicaciones que de estos hechos se desprenden en cuanto al desarrollo futuro de los acontecimientos en Italia. Tampoco trataremos las posibles consecuencias internacionales. Mussolini no puede aceptar la derrota sin reaccionar con algo más que palabras agresivas. El único aspecto que discutiremos será la inevitable reacción provocada por Guadalajara dentro del campo franquista.

Hemos discutido en detalle, en páginas precedentes, las debilidades intrínsecas al campo gubernamental, en todos sus aspectos. Hasta ahora, Franco ha sobrevivido gracias a los errores, incluso estupideces, de sus enemigos. Tuvo éxito en Toledo y ha logrado llegar a las afueras de Madrid porque ni republicanos ni socialistas han sido capaces de organizar un ejército. Tan pronto como tuvo que enfrentarse a algo que

recordase remotamente una resistencia organizada, como sucedió en Madrid el 8 de noviembre, tuvo que detenerse. Liquidó Málaga, donde nada había sido preparado para la defensa. Pero cada vez que ha encontrado una resistencia furiosa, su avance ha sido detenido. Franco tiene poco empuje por sí solo; el movimiento que lo respalda tiene, evidentemente, un limitado poder ofensivo. Ha logrado muchos éxitos porque unos pocos batallones, dirigidos de manera indiferente pero organizados a la manera de las tropas regulares, eran suficientes como para asegurar dichos éxitos. ¿Sería suficiente para detenerlo el organizar unas cuantas brigadas de nivel similar del lado republicano? Si esto es así, la tarea está ya lograda. Como tantas veces se ha predicho, el tiempo trabajará en favor de los republicanos. Tienen una sola cosa asegurada y esta es una ilimitada reserva de material humano. Franco no la tiene. El primer hecho notable es que no se ha atrevido a movilizar su retaguardia. Ha decidido intentarlo ahora; las dos divisiones españolas franquistas de Guadalajara estaban compuestas en su mayoría por nuevos reclutas. Cuentan con todavía más desertores que los italianos, ya que casi todos son obreros o trabajadores agrícolas y odian al régimen de Franco. Caso de permanecer inactivo, Franco amenaza seriamente su propia existencia. Sus fuerzas, faltas de refuerzos, deben declinar. Las de sus adversarios deben aumentar. Necesita más ayuda material del extranjero de la que ha recibido hasta ahora. Parece que en este momento el pesimismo campea en la zona fascista, exactamente igual a como sucedía en la zona izquierdista durante el mes de febrero.

Pero debemos tener cuidado y no sacar conclusiones apresuradas. La defensa es infinitamente más fácil que la ofensiva. Si bien el campo gubernamental ha adquirido capacidad defensiva, le falta aún poder ofensivo. Y la política seguida en estos últimos meses les ha hecho muy difícil poder lanzar una ofensiva exitosa. Es la política lo que determinará eventualmente el curso de la guerra, como sucede con toda revolución. ¿Cuáles son las tendencias políticas dentro del campo republicano?

Las últimas semanas, en cuanto nos es posible observar desde fuera, se han caracterizado por la ruptura del avance del Partido Comunista. Dos eventos extraordinarios simbolizan esta cierta recomposición del equilibrio político: la desaparición del general Kleber y la retirada del embajador ruso, Rosenberg.

La desaparición de Kleber, verdadero comandante en jefe del frente de Madrid, el cual no es de nacionalidad rusa, sino un extranjero que ha servido a los rusos durante muchos años, data de fines de enero. De un día a otro, no solo tuvo que abandonar el mando sino también desaparecer, escondiéndose durante muchas semanas, temeroso de la venganza de sus viejos subordinados. No es cierto, como ha informado ampliamente la prensa internacional, que haya sido capturado por los rebeldes en Málaga. Pude verlo (aunque no tuve ocasión de hablarle) en la época en que se decía que había sido capturado por los insurgentes, pero la realidad es que estaba escondido en el campo republicano. El hecho de haberse tenido que esconder es, por sí solo,

altamente significativo. El frente de Madrid era uno en el que los republicanos habían sido capaces de rechazar serios ataques del enemigo. Lo habían hecho bajo el mando del general Kleber y no cabe duda de que la mayoría de los triunfos militares republicanos en el frente de Madrid, entre los meses de noviembre y enero, deben serle acreditados al menos en cuanto se refiere a la organización del Estado Mayor. La organización militar fue llevada a cabo principalmente por otros comunistas del Quinto Regimiento, como «Carlos Contreras» (tampoco español) y Líster. Lo que siguió es característico, no tanto de la guerra civil española en particular, como de la política española en general.

Los éxitos de Kleber provocaron enormes celos contra él. Un nudo de intrigas, las cuales está lejos de mi capacidad desenredar, surgieron en el seno de la Junta de Defensa de Madrid. Parece que Kleber, oficial a quien caracteriza su estrecha mentalidad militar, carecía de eficacia para estas maniobras políticas basadas en celos personales, de las cuales son tan amigos todos los políticos españoles. Hasta sus amigos admiten que demostró carecer de capacidades tácticas. Durante mucho tiempo, todo el conflicto pareció ser puramente personal y muchas personas se inclinaban a pensar que los argumentos políticos esgrimidos por sus oponentes eran simples pretextos para lograr una venganza personal. Solo a la luz de acontecimientos posteriores, particularmente aquellos relacionados con la retirada de Rosenberg, la crisis centrada alrededor del general Kleber demuestra ser un giro decisivo en la evolución de la política española.

La crisis de Kleber estaba basada en dos hechos principales. Uno de ellos era de la mayor importancia militar: Kleber quería que los republicanos pasaran inmediatamente a la ofensiva, mientras sus adversarios estaban convencidos de que las fuerzas republicanas no estaban todavía preparadas para ello. Cosa extraña y sin embargo característica, no fue la decisión sobre este punto de capital importancia lo que provocó la culminación de la crisis. Fue una cuestión de propaganda. La gloria del general Kleber había sido transmitida por radio a todo el mundo, junto con la gloria de las brigadas internacionales. Tanto el general Miaja, nominalmente comandante en jefe y cabeza de la Junta de Defensa, como la milicia española, eran dejados en un segundo plano por esta propaganda. Esto provocó que la furia de Miaja se abatiera sobre Kleber. No hay duda sin embargo de que los hechos, aunque los hayan anunciado Kleber y sus amigos, eran esencialmente verdaderos; su propaganda estaba justificada desde el punto de vista de la veracidad; y esto es sin duda más de lo que puede decirse acerca de la mayoría de las campañas de propaganda. La realidad es que no fue Miaja sino Kleber, y no la milicia española sino las brigadas internacionales, quienes salvaron y siguen salvando Madrid. Pero esa no era la cuestión. Miaja quería que se le diera publicidad a él y a sus colegas españoles. Y sin embargo, la exasperación de Miaja no habría tenido por sí sola mucho peso. Fue utilizada por los partidos políticos, principalmente por los anarquistas. Estos vieron

enseguida una oportunidad de detener el avance comunista y vengarse de los golpes sufridos en Cataluña, de las matanzas de Valencia, de Tarancón, de la *huerta*, del frente de Teruel y tantas otras. Sería un mal golpe también para Madrid, pero eso no importaba. Los anarquistas se pusieron resueltamente del lado de Miaja y en contra de Kleber y de las brigadas internacionales. Llevaron a la discusión personal una nota definitivamente política. Alegaron que Kleber podía utilizar su popularidad un día para dar un *coup d'état* comunista, con el respaldo de las brigadas internacionales. Y es difícil creer que sus ansiedades careciesen de justificación. Durante la segunda mitad de enero y aun durante la primera mitad de febrero, las cosas *derivaban* claramente hacia el *coup d'état* comunista (llamado oficialmente crisis gubernamental) y sin duda Kleber y las brigadas internacionales hubiesen tomado parte en él. Nunca esa contradicción trágica que desde la intervención rusa late tras la revolución española tuvo carácter tan abierto y sorprendente: permitir que Kleber y las brigadas internacionales continuasen haciendo lo que querían, significaba la defensa exitosa de Madrid y no solo eso, sino incluso un serio esfuerzo por contrapesar la balanza y comenzar la ofensiva; pero también quería decir, con certeza casi matemática, un *coup d'état* dirigido no solo contra los anarquistas, sino contra el movimiento sindical en general, con todas las consecuencias de largo alcance que de ello se desprendieran. Los anarquistas se decidieron en este dilema sin muchas vacilaciones. Y esto no tiene nada de sorprendente.

Pero otra cosa sí fue realmente sorprendente. En este caso el apoyo de los anarquistas fue bien recibido, no solo por Miaja quien, después de todo, defendía sus propios intereses, sino por sus encarnizados adversarios, los socialistas y los republicanos. Todos los partidos constituyeron de pronto un frente único contra Kleber y los comunistas. Caballero, utilizando todas las fuerzas políticas que le quedaban, respaldó a Miaja con todas sus fuerzas. Igual parece que hicieron los líderes republicanos. El problema de Kleber se unió al esfuerzo de reorganizar el gobierno. Y aquellos que, en cuanto al problema del gobierno se refería, clamaban con más fuerza por una vuelta a la derecha, pedían a la vez la retirada del hombre que, con sus batallones, era la más poderosa fuerza que respaldaba este giro a la derecha. Era intolerable, decían, que se mostrase a España y al mundo una situación que hacía pensar que los españoles estaban siendo, simplemente, salvados por los extranjeros. Era intolerable que estos extranjeros tuviesen más poder de mando que los españoles. El poder de decisión debía ser devuelto a un poder puramente español y la gloria del éxito debía ir a los españoles. Los celos personales y el nacionalismo fueron más fuertes que el odio a los anarquistas, que el deseo de poner fin a la revolución social y aun que el deseo puro y simple de ganar la guerra.

El asunto fue resuelto, solo en parte, de modo formal. En un sentido militar, las brigadas internacionales eran libres de actuar como quisieran; si decidían marchar sobre Valencia, tomarla e imponer un gobierno decidido por ellas, podían hacerlo.

Pero las cosas no estaban maduras, ni mucho menos, para emprender esta acción. Este podía ser el curso a tomar por un general victorioso después de ganar la guerra, pero no en medio de una campaña indecisa. Un *coup d'état* de los comunistas, no con el apoyo sino en contra de los socialistas y los republicanos, significaría el fin y el éxito total de Franco. No lo intentaron. Prefirieron abandonar a Kleber y entregarlo a la venganza de sus enemigos personales, de la cual escapó no sin dificultad. Fue un gran golpe para ellos. Los anarquistas habían alcanzado su objetivo inmediato.

Si se me ha informado correctamente, todos dicen en España que después de la caída de Málaga y todavía bajo la impresión de la derrota, las cosas cambiaron profundamente y un reagrupamiento general de fuerzas tuvo lugar. Creo que existe este reagrupamiento de fuerzas, pero tiene poco que ver con la caída de Málaga cuyos efectos, como he descrito más arriba, fueron sorprendentemente pequeños. El cambio comenzó en realidad desde la crisis en el alto mando de Madrid, como consecuencia del cual se organizó una *junta de defensa* completamente española. Faltaba fuerza a los comunistas para llevar adelante los pretendidos cambios dentro del gobierno y abandonaron esta idea, no unos pocos días después, sino unos pocos días antes de la caída de Málaga. Se planteó, en consecuencia, el problema de la situación de los rusos en general. Fracasaron las negociaciones de ayuda e influencia rusa siguiendo los viejos principios y este fracaso provocó la retirada de Rosenberg. El periodo en que los rusos eran capaces de obtener mucho dinero y muchas concesiones políticas a cambio de una ayuda limitada, había terminado. Los comunistas siguen siendo un partido muy influyente; pero por el momento, no son el más importante.

Los resultados de este cambio de posiciones se hacen sentir en muchas formas. Los socialistas se sienten de nuevo más fuertes; tienen pocas fuerzas propias pero siguen dirigiendo la maquinaria de la UGT. Durante la última crisis, actuaron como una fuerza con política propia y han recobrado una cierta confianza en sí mismos. Los comunistas, por su parte, han tenido que embridar su animosidad contra el POUM. Los anarquistas suponían que el aplastamiento del POUM era solo una manera de preparar el camino para el ataque final contra ellos. Les disgusta el POUM y le descargaron muchos golpes en los primeros meses. Pero desde que la influencia rusa y comunista se hizo preponderante, han comenzado a proteger al POUM, para así protegerse a sí mismos. Ahora los comunistas han detenido sus despiadados ataques contra el POUM y dicen estar haciéndolo en aras de un mejor entendimiento con los anarquistas. Basándose en todo esto, se ha logrado una especie de armisticio entre comunistas y anarquistas. No es que hayan dejado de odiarse o no intenten ambos prepararse para un ajuste final de cuentas. Pero han renunciado por el momento, al menos en parte, a utilizar la violencia como medio de desequilibrar las fuerzas. Los dos han reconocido que la guerra contra Franco debe preceder a la guerra civil dentro del campo antifascista. Es en este sentido en el que puede decirse que la catástrofe de Málaga haya surtido efecto. Sin ella, la crisis del estado mayor madrileño y la crisis

gubernamental pudieron haber tenido consecuencias diferentes. Sigue siendo válida la ley que domina todas las revoluciones modernas: la derrota lleva a las revoluciones a la izquierda, los éxitos a la derecha. Esta vez, Málaga ha impedido a los comunistas proseguir sus esfuerzos hacia un *coup d'état* contra los elementos izquierdistas del campo antifascista español.

Los efectos aparentes del éxito de Guadalajara parecen ser hasta ahora benéficos para el campo de Valencia. El gobierno, completamente paralizado por intrigas y por los preparativos para una guerra civil dentro del campo antifascista, marcha de nuevo. La crisis del carbón y la crisis de gasolina han sido mitigadas por medidas administrativas adecuadas. Los trenes marchan ahora de manera regular (a mediados de febrero todo periodista que viajaba en tren de Port Bou a Valencia llegaba narrando sus percances; hoy, los trenes de Barcelona a Valencia tardan de nuevo ocho horas y no más) y las operaciones militares de Guadalajara no fueron obstaculizadas por la escasez de gasolina. Parece haber mejorado inclusive el abastecimiento, especialmente en Barcelona, gracias al allanamiento de las diferencias políticas. El gobierno catalán está comprando comida al extranjero.

El Estado Mayor militar ha sufrido cambios turbulentos. Inmediatamente después de la caída de Kleber, no había nada previsto en el alto mando de Madrid. Esta fue una de las razones del desastre del Jarama, en el ala sur del frente de Madrid. Pero surgió después la reorganización. Después de la caída de Málaga, el general Asensio fue retirado de su puesto de jefe del Estado Mayor en el Ministerio de la Guerra, en Valencia. En Madrid, se obligó a los comunistas a poner a sus consejeros técnicos extranjeros a la disposición de un alto mando exclusivamente español. *En fin de compte*, fueron así convencidos de aportar a la lucha sus habilidades técnicas específicas, sin asegurarse a cambio el completo dominio político. Se tomaron medidas con vistas a la unificación de los Estados Mayores español y catalán. Así como el Jarama corresponde al estado transicional de caos que siguió a la caída de Kleber, Guadalajara corresponde a la reorganización del Estado Mayor. En el momento de la penetración de las divisiones italianas, vio confiado el poder de tomar todas las medidas necesarias para enfrentarse a la emergencia, incluyendo el traslado de tropas de otros sectores. Fue entonces quizás cuando existió por primera vez un alto mando realmente unificado ya que, en ese momento, nadie temía el éxito. Y naturalmente, el éxito se produjo.

Conclusiones

El alzamiento de Franco es calificado casi siempre de revuelta fascista; esta costumbre deriva parcialmente del hecho de que Franco mismo se ha identificado con el fascismo internacional. Estudiando esto con actitud científica, el término podría ser aceptado siempre que toda dictadura fuese calificada de «fascista» y el término fascismo fuese usado simplemente en el sentido de «régimen no democrático». Pero no es conveniente hacer esto, ya que bloquea la comprensión de las dictaduras concretas de nuestra época, estudiadas de manera individual, las cuales se diferencian unas de otras ampliamente en muchos aspectos. El fascismo, representado clásicamente por los regímenes alemán e italiano, quiere decir algo bien definido. Quiere decir, antes que nada, un dictador reconocido como «líder»; quiere decir en segundo lugar, un sistema de partido único; quiere decir en tercer lugar, el «Estado totalitario», en el sentido de que el régimen dicta no solamente en materia de política propiamente dicha, sino en todos los aspectos de la vida pública y privada; quiere decir en cuarto lugar, que ninguna fuerza independiente del partido central es tolerada en cualquier sector que sea; quiere decir además que el partido, utilizando como medios tanto la convicción como la violencia, intenta lograr el consentimiento unificado de la nación y triunfa, en gran medida, en este esfuerzo. Quiere decir finalmente que el poder totalitario es utilizado con el fin de lograr un más alto nivel de coordinación y eficacia en todas las ramas de la vida pública; el fascismo es el más poderoso agente político de «modernización» que conocemos.

Casi ninguno de estos rasgos encuentra aplicación en el régimen franquista. Franco mismo, su líder, no debe su papel de dirigente a un ascendiente real sobre enemigos y competidores, desarrollado lentamente y conquistado con solidez, sino a la casualidad de que los otros pretendientes al mando supremo, Calvo Sotelo, Sanjurjo, Goded, José Antonio Primo de Rivera, están muertos. Comencemos por decir que esta diferencia no tiene poca importancia. Sus implicaciones las enfatiza el hecho de que Franco no posee, como tampoco lo poseyó antes Primo de Rivera, un partido «totalitario» que respalde sus objetivos. Los dos partidos principales del campo franquista, Falange y los carlistas (los primeros mucho más importantes que los segundos), están ambos muy lejos de ser partidos de Franco. Los carlistas, que buscan la restauración de una monarquía absoluta legítima, se enfrentan tanto a la Falange como a Franco, ninguno de los cuales es monárquico. Además de ellos existe también, aunque su fuerza es muy pequeña, Renovación Española, el partido de Alfonso XIII en el exilio. Un sector del movimiento de Franco es, por lo tanto, no fascista, sino monárquico. Y esta divergencia de puntos de vista alrededor de un problema importante, divergencia que sacude al campo franquista no en menor medida de lo que la controversia anarquismo-comunismo sacude al campo

republicano, excluye, por el momento, toda idea de sistema de partido único. Peor aún, existe un desacuerdo notoriamente profundo entre Franco y Falange, el partido fascista propiamente dicho. La prensa de Falange evita siempre cuidadosamente llamar a Franco el «jefe» o el «líder», o algo que se parezca; lo llaman simplemente «el generalísimo», el comandante en jefe, significando con esto que aceptan su dictadura temporal solo como medida de guerra. Reclaman para sí la dirección política; tratan, no sin éxito, de establecer un partido integrado por elementos de todas las clases y tienen gran cuidado de agrupar elementos obreros bajo sus estandartes, reprochando indirectamente a Franco el no representar un movimiento popular de resurrección nacional (lo que ellos intentan ser), sino ser simplemente el líder de la camarilla militar lo cual, después de todo, es la verdad. No puede haber entonces verdadero fascismo en el campo franquista porque el partido fascista está en contra del general líder que, a su vez, no tiene a sus órdenes ningún partido político. Todo esto no ha cambiado en lo más mínimo después de la superficial unificación de carlistas y falangistas, lograda recientemente por Franco. Estos dos grupos han estado luchando uno contra otro todo el tiempo, con no menos furia de la que anarquistas y comunistas han hecho gala en su lucha en el campo opuesto. Ninguno de ellos ha renunciado a sus principios políticos y sus Estados Mayores continúan organizados dentro del partido unificado tal y como estaban constituidos en los dos partidos antes de la unificación, cada uno con sus seguidores. Es la pobre imitación lograda por un dictador militar de ese sistema fascista unipartido logrado en otros países. Pocas diferencias hay mayores que las que separan a una dictadura exclusivamente militar y apolítica de la dictadura fascista basada en un movimiento ampliamente popular. El régimen de Franco representa lo primero, no lo segundo. Ya España ha sido testigo del fracaso de Primo cuando este no pudo, como deseaba, crear un gran movimiento político que respaldase su dictadura militar. Como consecuencia, el régimen franquista posee poco apoyo popular, residiendo ahí su principal debilidad y haciendo a la vez de él algo completamente diferente del fascismo genuino. Durante meses y meses, Franco no se atrevió a movilizar su retaguardia. Lo hizo finalmente, movido por la presión que creaba la aguda escasez de material humano, con el resultado de que los reclutas desertaron *en masse*, a la primera oportunidad, en la batalla de Guadalajara. Aparte Navarra (que es carlista), parte de Galicia (que es más o menos alfonsista) y Mallorca (que es el territorio privado del rey del tabaco, Juan March), Franco no tiene respaldo popular. Finalmente, el régimen franquista es cualquier cosa menos modernizante. Un régimen a quien respaldan principalmente la Iglesia española y el Ejército, no puede serlo. A pesar de los esfuerzos por demostrar lo contrario, el régimen de Franco no es sino la repetición, con métodos más violentos, del régimen de Gil Robles, el cual a su vez fue una repetición del régimen de Cánovas, del arreglo de la restauración, la cual fracasó tan miserablemente a finales del siglo XIX. La derecha española comprende que la vieja pandilla no servirá, que algo nuevo tiene que ser introducido e intentan *imitar* al fascismo, ya que es este la

forma moderna de la reacción. Pero lo primero que haría el fascismo genuino, sería someter tanto a la Iglesia como al Ejército al partido totalitario (como ha hecho en Alemania e Italia) y barrer todos los modos de vida tan caros a las viejas clases superiores españolas, tradicionalistas y precapitalistas. En una palabra, para hacerse genuinamente fascista el régimen de Franco tendría primero que destruirse a sí mismo. Tal como es ahora, resulta simplemente una dictadura militar reaccionaria, igual a otras docenas que España ha visto, con la diferencia de estar respaldada por poderes extranjeros. Todo el curso de la guerra civil ha demostrado que sin este respaldo, por limitado que sea, Franco ya no existiría. La debilidad básica de la revuelta es en sí una indicación de que el fenómeno es profundamente diferente a los movimientos supuestamente paralelos de sus aliados alemanes e italianos, cada uno de los cuales surgió sobre la base de un sentimiento de masas muy fuerte y profundamente enraizado.

Todo partido, gobierno o movimiento español se ha visto atrapado entre la presión de las circunstancias que llevan a su país hacia la europeización y la resistencia profundamente enraizada del pueblo a esta. Pero de todas las clases españolas, las viejas clases altas son las últimas capaces de europeizarse a sí mismas y a su país. Franco ha fracasado en su intento de ser otra cosa que el exponente de estas viejas clases altas, incapaces de modernizar e igualmente incapaces de unirse a las masas populares. La experiencia de 1707 y de 1808 se ha repetido en 1936; el pueblo español se alzó contra sus clases altas y estas demostraron ser impotentes sin el pueblo. Esto es hasta ahora el principal resultado político de nueve meses de guerra civil.

Si solo de esto se tratase, las cosas se arreglarían pronto, Franco sería derrotado y las masas, después de algunas conmociones, volverían a hundirse en su apatía sin que nada hubiese cambiado; pero hay que contar también con los extranjeros. Es probable que la revolución española hubiese fracasado en su intento de lograr la democracia o el socialismo o lo que fuese y habría seguramente fallado también en su intento de reorganizar al país, si los extranjeros no hubiesen intervenido, forzando al pueblo a adoptar medidas radicales. La historia de la guerra civil española, en cuanto al campo republicano se refiere, es la historia de la resistencia espontánea de las masas en contra de dos cosas: por una parte en contra del alzamiento del clero y del ejército, por otra, en contra de la necesidad de liquidar esta revuelta con métodos modernos de guerra y organización. Las masas querían luchar y lucharon heroicamente, pero querían que esto fuese una lucha llevada adelante a la vieja manera de 1707 y 1808, un alzamiento de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, contra la amenaza de la tiranía. Esto no podía ser.

Para comprenderlo plenamente debemos recordar que las revoluciones, en general, no son movidas tanto por ideales como por necesidades. Esto se aplica a la francesa, a la rusa y a tantas otras revoluciones, en un grado mucho más alto de lo

que se comprende generalmente. Los bolcheviques, por ejemplo, lograron sus objetivos no tanto porque unos cuantos miles de intelectuales y trabajadores fueron convencidos del programa político bolchevique y lo difundieron, hasta cierto punto, entre algunas capas limitadas del escaso proletariado urbano ruso; los bolcheviques triunfaron porque el desastre de la nación en guerra llevó a primer plano la cuestión de la paz inmediata y solo ellos estaban preparados para llevar esto adelante. Tampoco en España el dominio del proletariado sobrevino a causa de la existencia de una capa limitada de anarquistas y una capa todavía mucho más limitada de trotskistas que soñaban con ello (los comunistas ya habían dejado de soñar), sino porque cuando el ejército entero se alzó en rebeldía, solo los trabajadores eran capaces de defender a la gran mayoría del pueblo en contra del Ejército, la Iglesia y los grandes terratenientes. Cada paso de la revolución no ha sido provocado por el éxito de algún tipo de propaganda o por la difusión de cierto tipo de convicciones abstractas, sino por las urgentes necesidades del momento. Son en general las derrotas las que llevan a una revolución hacia la izquierda y no, como generalmente se cree, los éxitos. Son las derrotas las que claman por medidas extremas de defensa y las que traen al poder a los sectores más avanzados del movimiento, ya que solamente estos están preparados y son capaces de aplicar medidas extremas. Fue así como los independientes vencieron a los presbiterianos en la revolución inglesa, como resultado de las victorias del rey sobre el parlamento. Fue así como los jacobinos liquidaron a los girondinos en París, como resultado de las abrumadoras victorias de los austriacos y los prusianos en marzo de 1793. Fue así como los bolcheviques hicieron su entrada en Rusia cuando esta derivaba hacia un estado de total desintegración. Fue así como los comités revolucionarios tomaron en sus manos el poder, en España, el día en que la República se derrumbó a causa del golpe que Franco le había descargado. Se suponía que los métodos más avanzados trajesen consigo una mayor cantidad de poder de lucha que las medidas más blandas aplicadas previamente. Y con los corazones llenos de amargura, las secciones más moderadas, republicanos, catalanistas, socialistas del ala derecha, cooperaron en la organización de este poder revolucionario que amenazaba su propia existencia, ya que de otro modo Franco entraría en escena y los destruiría inmediatamente. Este renuente pero real apoyo de los elementos moderados a las medidas revolucionarias extremas, en los momentos de desastre y gran éxito de la contrarrevolución, resultan rasgo común a todas las crisis revolucionarias. Sin él, una minoría avanzada nunca podría dominar. Como consecuencia, una vez pasado el peligro los elementos moderados intentan siempre, y generalmente lo logran, deshacerse de los sectores más avanzados, cuya ayuda necesitaban para poder mantener a raya los esfuerzos de contrarrevolución abierta.

Esto fue la raíz del cambio político de la democracia parlamentaria al «doble régimen» del 19 de julio. A partir de este día quedaron, por una parte, el viejo gobierno legal de Madrid y Barcelona, en el cual no participaban ni socialistas ni

anarquistas y que tenía en sus manos muy poco poder real; y por otra parte los comités. Al principio, los éxitos de este sistema fueron espléndidos. En casi todas las grandes ciudades españolas la insurrección fue derrotada. Pero entonces, de modo sorprendente, sobrevino el estancamiento. El hecho posee una doble explicación. Por un lado, después de una o dos semanas, los insurgentes habían conseguido armas de fabricación moderna y las fuerzas populares de la milicia fueron evidentemente incapaces de enfrentarse a los ataques aéreos y a los bombardeos de artillería; por otro lado, esta misma milicia, que había peleado heroicamente organizada a la vieja manera de las guerrillas y luchando en su propia calle, ciudad o aldea, fracasó en el intento de adaptarse a la batalla a campo abierto, organizada en unidades de tipo moderno. Los mismos hombres que habían realizado hazañas heroicas en las calles de Madrid, se convirtieron en cobardes en los campos de batalla de Talavera y Santa Eulalia. En otras palabras, era imposible dar el paso de la tradicional guerra de guerrillas nacional a la guerra moderna. El efecto de la formación de unidades fue que los milicianos perdieron la oportunidad de emplear sus instintos guerrilleros, sin llegar por eso a adquirir las habilidades del soldado moderno.

Durante dos meses, por lo tanto, la revolución española marchó adelante engañándose a sí misma. Era obvio que por lo menos una de las dos palancas del «doble régimen» resultaba defectuosa: el gobierno legal. Los catalanistas no eran tan malos pero los republicanos madrileños, en estas primeras semanas decisivas, se convirtieron en verdaderos gigantes de inactividad. Liquidémoslo entonces, acabemos con el doble régimen y organicemos un gobierno de los partidos revolucionarios, unido en su espíritu y su acción a las masas revolucionarias: tal era la intención. Fue así como Giral fue reemplazado por Caballero y más tarde los anarquistas se acercaron al gobierno. El efecto, para sorpresa de todos, fue nulo. El nuevo gobierno, a pesar de que el radicalismo de sus convicciones políticas no estaba en duda, fracasó en todos los aspectos. Fue incapaz de reorganizar; Toledo resultó una derrota tan miserable como la de Talavera. Y tampoco fue capaz de embarcarse en una política social revolucionaria.

En realidad, las ciudades no necesitaban un impulso revolucionario más vigoroso. En los principales centros industriales, con la parcial excepción de Bilbao, había tenido lugar una amplia expropiación de propiedad industrial, en parte como resultado de los ideales socialistas, pero más frecuentemente a causa de que los dueños de fábricas o bien habían huido o habían sido asesinados. Los trabajadores tenían en sus manos muchas más fábricas de las que ellos mismos o el gobierno pudiesen administrar. Además, el esfuerzo de completa socialización era probable que provocase un conflicto entre España y los grandes poderes democráticos. Pero en los pueblos, las cosas sucedían de manera diferente. Aquí la revolución había avanzado realmente de manera muy lenta. En algunas provincias, como La Mancha, los campesinos y trabajadores agrícolas habían expropiado espontáneamente las

fincas, pero en la mayor parte del país la revolución agraria había sido, en principio, llevada simplemente a las aldeas por la milicia. Si el gobierno deseaba un gran alzamiento popular, una verdadera guerra del pueblo, el cual era el único medio seguro de derrotar a Franco, no debía jugar con la industria «socialista» en las ciudades, sino hacer todos sus esfuerzos por crear un amplio movimiento campesino y sumergir a Franco bajo las oleadas de aldeas en rebelión. Para lograr esto, debía dar a los campesinos cosas tangibles, la tierra en primer lugar. Gran parte del diario que precede muestra cómo esta tarea no se logró. Caballero y su equipo no habían pensado nunca en los problemas técnicos y políticos de una revolución. Después de un largo pasado completamente reformista, se habían convertido, al llegar a la vejez, en revolucionarios por desencanto. Los comunistas, actuando a las órdenes de Moscú, habían abandonado toda idea, no solo de revolución proletaria, sino también de revolución campesina que siguiera el ejemplo de la revolución francesa. Los trotskistas repetían fórmulas sin sentido, tales como «asamblea constituyente», sacadas de los libros de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Los anarquistas especulaban con la creación de un reino de los cielos que adoptase la forma de la abolición del dinero y la completa colectivización de cada pueblo. En una palabra, todos los sectores se habían preparado para detener un ataque armado con las armas en la mano. Esto fue lo que causó tremenda impresión a la izquierda europea que, en otros países, había fracasado ignominiosamente en el cumplimiento de esta tarea, relativamente simple. Pero ningún partido era capaz de organizar la resistencia, ni siquiera contra la pequeña dosis de intervención extranjera con que se vieron obligados a enfrentarse, y ninguno tenía ideas constructivas en cuanto a política se refiere. El creativo poder político demostrado tanto por la revolución francesa como por la rusa, estaba notoriamente ausente en España. Así como en el ala derecha toda sección del movimiento franquista rehusó o fue incapaz de crear algo verdaderamente nuevo, igualmente sucedió en el ala izquierda con todas las secciones del movimiento obrero, desde los comunistas hasta los anarquistas.

Y fue a causa de esto que el gobierno de Largo Caballero fue un completo fracaso político y administrativo y los insurgentes, ayudados menos por su propio valor que por los aviones italianos y los cañones alemanes, llegaron el 7 de noviembre a las puertas de Madrid. Parecía llegado el momento cumbre de la República española. En ese momento, la política extranjera rusa dio un giro total. No la habían complacido en un principio los conflictos españoles y rehusó durante meses todo tipo de ayuda, para amargo desencanto de los españoles. Ahora Moscú comprendía al fin que, a pesar de haber intentado permanecer fuera del conflicto, una derrota de la izquierda en Madrid sería tan dañina para Moscú como lo había sido la derrota de Addis-Abeba para la Liga de las Naciones. Moscú ofreció su ayuda y esta fue aceptada ansiosamente.

El hecho de la intervención extranjera no es en sí mismo peculiar a la guerra civil española. La revolución francesa tuvo que luchar contra enemigos infinitamente

superiores (o por lo menos, estos enemigos lanzaron a la batalla contra Francia fuerzas infinitamente superiores) que la española. Después de todo, el grado de ayuda brindado a Franco por los Estados fascistas fue limitado; pero era demasiado para España. Había sido demasiado en un principio, a causa de la inexperiencia de la milicia popular y del gobierno revolucionario. Pero los meses transcurridos entre julio y noviembre mostraron que el campo gubernamental se adaptaba muy poco, si es que se adaptaba algo, a la guerra moderna y a las necesidades militares modernas en general. Los anarquistas, siendo como eran los más genuinos representantes de la resistencia española a la europeización dentro del campo obrero, eran todavía menos adaptables. Pero es incorrecto decir que esta inadaptabilidad se debía sobre todo a los principios anarquistas. La realidad es que los anarquistas se mantuvieron firmes en sus ideales de una milicia guerrillera, control obrero de las fábricas y gobierno de comités locales más o menos independientes. Pero los demás partidos, tanto republicanos como socialistas, los cuales proclamaban ideales pedidos prestados a Europa, eran tan inadaptables como los anarquistas. Cada sector del movimiento echaba al otro la culpa del fracaso y la realidad era que todos eran igualmente culpables del fracaso generalizado.

Una vez llegado el mes de noviembre era ya evidente que nada de esto daría resultado y que la República se desmoronaría en las próximas semanas a no ser que los extranjeros viniesen en su ayuda. Vinieron los especialistas rusos y los voluntarios de la Komintern y trajeron con ellos ayuda eficiente. Salvaron Madrid; lograron, al menos por el momento, cambiar el equilibrio de fuerzas. Pero al mismo tiempo, introdujeron un cambio profundo dentro de las tendencias del movimiento.

Y a esto siguió un fenómeno significativo. Toda revolución previa, tanto en Gran Bretaña, como en Francia o Rusia, había comenzado su avance dirigida por los grupos más moderados, continuando hacia grupos más avanzados y logrando en este proceso cada vez más eficacia. También la revolución española había comenzado por seguir este curso. Había pasado de formas moderadas a formas más violentas, del mando republicano al mando de los comités revolucionarios y al gabinete de Largo Caballero. Pero el giro a la izquierda no había producido los resultados esperados. Y ahora, con la entrada de los comunistas en escena, un grupo mucho menos avanzado agarró el timón. Y, cosa sorprendente, este cambio provocó que la revolución española ganara en eficacia. Era obvio que dos factores habían cooperado en el logro de este resultado. Uno era el evidente fracaso de la izquierda radical, representada por todos sus sectores. Los socialistas de izquierda, los anarquistas y los trotskistas demostraron, a la luz de los hechos, no ser ni jacobinos ni bolcheviques. Se mostraron incapaces de crear una férrea dictadura revolucionaria del tipo francés o ruso. Así como Franco había imitado solamente las formas superficiales del fascismo, igualmente los grupos avanzados de izquierda habían solo imitado la tradición revolucionaria de otros países, sin ser realmente capaces de seguir el modelo que

ellos mismos se habían establecido. Había por lo menos un sector en cada campo que rehusaba abiertamente aceptar modelos extranjeros, los carlistas en el de Franco, los anarquistas en el republicano. Las otras secciones demostraron ser incapaces de adaptar sus modelos oficiales a las condiciones del momento. El movimiento obrero español y la izquierda española en general habían sido capaces de *luchar*, pero no eran capaces de organizar una lucha *eficaz*. Era tan poco eficiente y tan poco adaptada a las necesidades de la guerra moderna como la que Franco emprendía en el campo opuesto. España, representada por todos sus sectores y partidos enemigos, demostró ser básicamente diferente a Europa y no solo no tener deseos, sino también ser incapaz de copiar ejemplos europeos.

Este era un aspecto de la derrota de la izquierda, no por Franco, sino por los aviones, tanques y artillería italiana y alemana; a pesar de que esta ayuda era tan limitada que un movimiento un poco mejor organizado la hubiese vencido fácilmente. No fueron tampoco, naturalmente, los comunistas españoles quienes vencieron las dificultades. Fueron los especialistas rusos, los consejeros técnicos extranjeros y las brigadas internacionales. Hasta ahora el gobierno había escapado a la destrucción gracias a los comunistas, no porque fuesen comunistas sino porque eran extranjeros, mejor entrenados y más eficientes. Pero este hecho tiene quizás otro aspecto, en el cual el comunismo como tal es de gran importancia. Después de todo, ya otras revoluciones han tenido que luchar contra adversarios inferiores. Los Ironsides de Cromwell eran una tropa más eficiente que la caballería del príncipe Rupert y las «columnas» de la revolución francesa fueron superiores a la «línea» prusiana. Se necesitaba una cierta cantidad de tiempo para hacer evolucionar esta superioridad intrínseca, pero nunca las fuerzas estuvieron tan mal balanceadas, nunca tan a favor de la contrarrevolución, como en el caso de España. Si la revolución española se hubiese enfrentado solo a Franco, es probable que hubiese desarrollado en la lucha contra él un tipo de superioridad como la desarrollada por los revolucionarios de Francia y Gran Bretaña. Pero aquí la revolución tropezó, no con sus propios adversarios reaccionarios, sino con los más fuertes poderes militares del mundo a pesar de que estos estuviesen representados por fuerzas de tercera y en muy pequeña cantidad. ¿Podría un país reaccionario como España adaptarse con la suficiente rapidez a tal prueba? Naturalmente que no. Es cierto que podría haberse hecho más, infinitamente más de lo que se hizo y esto hubiese provocado grandes diferencias. No habría aliviado al gobierno de la necesidad de solicitar la ayuda extranjera, pero hubiese reducido la urgencia de esta necesidad y hubiese puesto al gobierno en posición de negociar en lugar de colocarlo a la merced del extranjero. Y sin embargo, la llegada de este era inevitable. Y tenía que ser un extranjero con una organización ya lista, capaz de enfrentarse a alemanes e italianos. Esta organización ya preparada podían brindarla solamente el estado burocrático ruso y su Internacional Comunista. En una palabra, para poder luchar, no frente a la contrarrevolución en su propio país, sino contra el fascismo internacional, la revolución española tenía que

apelar a una fuerza ya dispuesta y bien organizada; a una fuerza que no estuviese en estado de revolución; a una fuerza no revolucionaria.

En este tremendo contraste con revoluciones previas se refleja un hecho. Antes de estos últimos años, la contrarrevolución dependía habitualmente del apoyo de los poderes reaccionarios, los cuales eran técnica e intelectualmente inferiores a las fuerzas de la revolución. Esto ha cambiado con el advenimiento del fascismo. Ahora, toda revolución tiene muchas posibilidades de enfrentarse al ataque de la maquinaria más moderna, más eficaz y más despiadada que haya existido nunca. Esto quiere decir que la edad de las revoluciones libres de desarrollarse de acuerdo con sus propias leyes ha terminado.

Tal como se presentaban las cosas, tal como tenían que ser, ya que el fracaso de la izquierda española coincidía con la intervención fascista, la España republicana estaba a merced de la fuerza que brindase ayuda. Los comunistas podían dictar y dictaron de la manera descrita en capítulos precedentes. Ya que se trataba de una fuerza con un pasado revolucionario y no con un presente revolucionario la que había venido en ayuda de los españoles. Los comunistas pusieron fin a la actividad social revolucionaria y defendieron su punto de vista: esto no debía ser una revolución, sino simplemente la defensa del gobierno legal.

Esta política tiene varios aspectos y estos deben ser presentados distinguiéndolos claramente entre sí, si quiere comprenderse la compleja evolución que siguió. Antes que nada, no debemos olvidar que la política comunista en España no era dictada por las necesidades de la lucha española, sino por los intereses del poder extranjero que intervenía, Rusia, el cual tomó en cuenta las situaciones y necesidades españolas solo en la medida en que esto era necesario para ganar la guerra. Sería una grosera exageración decir que el curso de la revolución española ha sido completamente frenado por la intervención rusa, pero es cierto que ha sido deformado y desviado, exactamente como el curso de la contrarrevolución española ha sido, no frenado, sino deformado por la intervención ítalo-alemana en el campo franquista. Los elementos naturales de los problemas españoles se reflejan solo indirectamente en la política actual de los comunistas españoles (cuyos líderes, durante el periodo decisivo, no fueron españoles sino extranjeros: Antonov-Ovseenko, Rosenberg, Kleber, «Carlos», André Marty, etc.). Las necesidades españolas han sido rotas y pasan a través del prisma y de los intereses rusos. Este hecho en sí mismo no es un reproche. Sería irracional pedir a un aliado que se interesase primero por nuestros intereses antes que por los suyos propios. Las particularidades de la situación surgen solo gracias al hecho de que Rusia tiene en todos los países un partido que actúa bajo sus órdenes y que pretende ser un partido del proletariado nacional, actuando en realidad completamente a las órdenes del gobierno de Moscú. Es cierto que Moscú proclama una identidad predestinada y metafísica de intereses de todo el proletariado con los

intereses de su gobierno, pero esta afirmación no puede seguir siendo tomada en serio.

La tendencia de los acontecimientos españoles fue entonces desviada por la intervención de un poder cuya ayuda había sido solicitada a causa de sus altos niveles técnicos, tanto en materia militar como administrativa. A cambio de esta ayuda, este poder reclamó y obtuvo (además del pago en efectivo por las armas y otras comodidades que vendía) una influencia decisiva en la política del gobierno español. La incapacidad de los españoles de ambos campos de luchar con eficacia, la falta de habilidad inherente a su carácter general y debida en parte a su profundamente enraizado rechazo a aplicar métodos modernos, ha llevado en ambos campos a hacer girar los acontecimientos en la dirección indicada por fuerzas extranjeras más modernas. La vieja tragedia de España, a la cual se hace presión desde fuera, pero que rechaza modernizarse, adoptó esta forma particular dadas las circunstancias de la guerra civil.

¿Cuáles fueron los resultados dentro del campo del gobierno? Si analizamos separadamente los cambios introducidos por los comunistas, las opiniones variarán probablemente en gran medida en cuanto a su valor. Me parece que gran número de estas medidas eran razonables e inevitables. Los oficiales rusos y los voluntarios comunistas extranjeros no rusos trajeron consigo los éxitos militares; estos éxitos no fueron muy espléndidos, sin duda, pero sí suficientes como para salvar a la República. Los comunistas reclamaban además y obtuvieron en parte la transformación de la vieja milicia y su conversión en algo parecido a un ejército moderno; de nuevo creo que tenían razón. Exigieron también la creación de un poder administrativo central, en contra de la égida caótica de los comités locales; es evidente que esto era una necesidad de la guerra. Se oponían a la colectivización de las parcelas de los campesinos (era sabiduría adquirida tardíamente, comprada al alto precio del desastre de la colectivización agraria en Rusia), lo cual después de todo era inteligente. Frenaron la total socialización de la industria, que era peligrosa desde más de un punto de vista. En todos estos aspectos, los comunistas fueron los ejecutores de la inevitable necesidad del momento: la de concentrar todas las fuerzas sobre los objetivos esenciales de la hora. Al efectuar todas estas medidas, repitieron exactamente lo que otras revoluciones habían hecho ya antes que ellos. Cada una de las grandes revoluciones ha comenzado con una relajación de la autoridad central y, en medio de la lucha por su supervivencia, ha terminado por aumentar enormemente esta autoridad central. El Parlamento Largo rompió la administración centralizada de los Estuardos, pero después de unos años de guerra civil tuvo que tolerar la dictadura militar de los generales de Cromwell. La revolución francesa comenzó introduciendo una autonomía de largo alcance en las administraciones local y departamental que, durante los años de guerra civil e internacional, se redujo y tuvo que doblarse ante la centralización férrea del régimen de Robespierre. La revolución rusa comenzó con

el caótico poder de los soviets y terminó bajo la brutal dictadura del Partido Comunista centralizado. La centralización y la disciplina son elementos de la vida moderna y se hacen más necesarios que nunca en momentos de crisis aguda. La debilidad básica de los anarquistas consiste en no comprender esto; hubiese sido necesario que venciesen esta debilidad si querían tomar el mando. Pero si hubiesen sido capaces de vencerla, hubiesen dejado de ser los anarquistas españoles, representantes específicos del rechazo de las masas a adaptarse al centralismo y la disciplina. El cambio que va desde la dirección de los comités al predominio del Partido Comunista corresponde exactamente al cambio habido durante la revolución francesa entre girondinos y jacobinos, durante la revolución rusa de los Soviets a la dictadura del partido. En este sentido, la tendencia del Partido Comunista fue dictada por las necesidades del momento y el rasgo particular de este acontecimiento fue solamente que no había existido fuerza nacional en España capaz de efectuar el inevitable cambio, siendo el extranjero quien tuvo que proveerlos, no solo de oficiales y armas, sino también de una nueva política.

Pero estos cambios no agotan la influencia de la política comunista en España. Los comunistas no solo objetaron a la socialización absoluta; rechazaron casi todas las formas de socialización. No solo se negaban a la colectivización de las parcelas de los campesinos; se opusieron con éxito a cualquier política definida de distribución de grandes propiedades agrícolas. No solo se oponían, y correctamente, a las infantiles ideas de abolición local del dinero; se oponían también al control estatal de mercados, aun de aquellos tan fáciles de controlar como el de la naranja. No solo trataban de organizar una policía funcional, sino mostraban clara preferencia por las fuerzas de policía del viejo régimen, tan odiadas de las masas. No solo rompieron el poder de los comités; desconfiaban de todo tipo de movimiento de masas que fuese espontáneo e «incontrolable». Actuaban, en una palabra, no con el fin de convertir el entusiasmo caótico en entusiasmo disciplinado, sino con el fin de sustituir la disciplina militar y la acción administrativa a la acción de las masas, para liquidar estas más tarde y por completo. Antes de la intervención rusa, los comunistas decían: «esta no es una revolución proletaria, es una revolución burguesa». La descripción olía a escolasticismo libresco, posiblemente válido en un análisis sociológico *a posteriori*, pero inútil en la práctica política. Pero tan pronto como los rusos intervinieron, el lema se convirtió en: «esto no es de ningún modo una revolución, es simplemente la defensa del gobierno legal». Esto llevaba implícita la renuncia expresa a todo apoyo a las fuerzas de la revolución.

Esta política tuvo el resultado que era de esperar. Iba dirigida contra los intereses y las demandas de las masas. No se prometía claramente al campesino más tierra, pero a veces se le expropiaba. ¿Cómo podría esperarse que reaccionara? El obrero no lograba ni socialización ni más altos salarios. Pero tenía que pagar en cambio precios más elevados. ¿Cómo podría esperarse que reaccionara? Las amas de casa no veían

más dinero entre sus manos, pero los mercados carecían de control y no había tampoco un sistema de tarjetas de racionamiento. Los precios subían y la comida escaseaba. ¿Cómo podría esperarse que reaccionaran? Es cierto que Franco, y en general, las fuerzas del viejo régimen, son tan odiadas que ninguna de estas gentes retirará su lealtad al gobierno. Pero le retiran su apoyo activo. No se ofrece resistencia al reclutamiento; pero hay muy pocos voluntarios. No hay muchos alzamientos campesinos; pero hay una obvia falta de interés en el movimiento de parte de los pueblos. Tienen lugar algunos motines de pan, no muchos; pero hay un sentimiento de inseguridad en los hogares y las mujeres dicen en las colas:

—¿Por qué sufrimos? ¿Qué tiene todo esto que ver con nosotras?

O cosas por el estilo.

Y este desequilibrio debe ser contrapesado. Lo que se pierde en respaldo popular, debe ser compensado con la creación de nuevas fuerzas progubernamentales. El viejo servicio civil, la vieja policía, ciertos elementos del viejo ejército, grandes grupos de tenderos, comerciantes, ricos campesinos, intelectuales, comienzan a tomar un interés más activo que antes en el gobierno, mientras el campesino pobre y el trabajador industrial se ven alejados de él. Los respalda un gobierno de tendencias totalitarias. Si tuviesen que llevar el peso de la batalla, fracasarían aún más desdichadamente que los comités y la milicia de julio. Pues mientras estas fuerzas de julio tenían todos los defectos, pero a la vez todas las virtudes, del pueblo español: el entusiasmo y la capacidad de sacrificio junto con la tradicional incapacidad de librar una guerra moderna, estos grupos de reciente formación no son más capaces, pero sí menos entusiastas y sacrificados. Viven, políticamente, bajo la protección de los extranjeros.

Un famoso paralelo histórico puede ilustrar el significado de todo esto. La primera mitad del programa de los comunistas en España fue puesta en marcha durante la revolución francesa por los jacobinos, por Robespierre. Introdujeron el férreo régimen del centralismo revolucionario. Liquidaron los absurdos entusiastas, tales como la abolición del dinero y la expropiación de los acomodados. Pero rompieron a la vez con la política vacilante y doble de sus predecesores y dieron a los campesinos la tierra de los aristócratas. El soldado campesino les dio a cambio de esto la victoria en los campos de batalla de Bélgica. La revolución estaba salvada. Los más fuertes elementos del campo estaban satisfechos. El campesino había conseguido lo que quería. No era ya necesaria la dictadura revolucionaria. Las clases que habían sido parcialmente perseguidas y molestadas por esta dictadura se unieron y la derribaron. Esto sucedía en el mes de Termidor, en 1794. Comenzó entonces el régimen de los que habían llevado adelante Termidor, el régimen de los termidoristas. Abolieron lo que el régimen revolucionario había instituido solo temporalmente: la dictadura férrea, los tribunales de emergencia y sus temibles poderes, la censura de prensa, la intervención en las opiniones políticas del individuo. Abolieron también las

medidas de emergencia tomadas a favor de las clases que habían apoyado la revolución: el control de mercados, las medidas de expropiación (con excepción de la principal, las tierras de la aristocracia y de la Iglesia). Volvieron a los principios liberales, tanto dentro de la vida política como de la económica. Y naturalmente, lograron el apoyo de aquellas clases que no habían apoyado a los jacobinos, clases que no habían participado en la lucha revolucionaria pero que estaban dispuestas a compartir sus frutos. Y triunfaron en cierta medida, ya que el peligro del nuevo orden había pasado.

Los comunistas combinan hoy en España tanto la centralización revolucionaria de Robespierre como la política termidorista de sus sucesores. Organizan una dictadura, pero esta no se coloca a favor de las clases revolucionarias. Tal política no hubiese podido durar más de quince días si la España republicana tuviese que vivir gracias al apoyo entusiasta del pueblo; puede durar y sin duda continuará durando, porque el pueblo español ha fracasado en el empeño de llevar adelante una revolución eficaz. Los trotskistas, que tan amargamente se quejan de estos resultados, deben culparse a sí mismos de él. Merecen en realidad más reproches que cualquier otro grupo. Han sido incapaces, en su mecánica repetición de fórmulas sacadas de los libros sobre el marxismo y la revolución rusa, de crear un movimiento de masas. Los anarquistas y los socialistas lograron por lo menos triunfar en esta tarea. Pero probablemente en este caso, como en tantos otros, sea superficial culpar a grupos o líderes individuales. Si los trotskistas españoles no hubiesen sido marxistas dogmáticos de inspiración extranjera, hubiesen estado más cerca de las realidades españolas. Pero esto equivaldría entonces a decir que hubiesen sido exactamente iguales a estos socialistas o anarquistas que han fracasado de manera tan evidente. Desde cualquier aspecto a partir del cual se planteen los problemas de la revolución española, desde cualquier punto que sirva de partida para iniciar la discusión, el resultado final es siempre que las cosas podrían haber sido diferentes, con tal de que España no hubiese sido España. Si los españoles hubiesen sido capaces de crear un movimiento revolucionario lo suficientemente fuerte como para derrotar a una contrarrevolución armada con armas europeas, entonces la ayuda rusa hubiese sido superflua, las cosas hubiesen evolucionado de manera diferente, los socialistas y los anarquistas se hubiesen fundido gradualmente hasta constituir un solo partido revolucionario, respaldado por el entusiasmo espontáneo, tanto de obreros como de campesinos; hubiesen ganado la guerra y creado un nuevo orden de cosas, menos dictatorial, más humano y más progresista que el actual régimen ruso. Pero todo eso es utópico. En realidad, la fuerza que impulsaba la rebelión de las masas contra Franco no era el deseo específico de crear una forma de moderno orden de cosas siguiendo esquemas europeos, ya fuesen estos liberales, democrático-republicanos o socialistas. Como en 1707 y en 1808, se alzaron simplemente para rechazar un ataque.

La diferencia era que en 1707 y en 1808 este ataque vino de fuera, sumado a una cierta cooperación interna de las clases altas; mientras que en 1936 surgió desde dentro, unido a una muy fuerte cooperación exterior. Pero en cada caso, esto fue sentido como un intento de «tiranía»; la lucha contra ella era una lucha por la «libertad»; y la demanda que yacía en el fondo de la resistencia era siempre la misma: la de que se permitiera a cada cual vivir su vida.

Este impulso (el más profundo) del movimiento, no está expresado en palabras, ya que los periódicos son redactados por editores europeizados y el movimiento es incapaz de articular sus más profundos impulsos, mostrándolos solo con sus actos. Se demostró en 1808, cuando los campesinos ganaron su guerra de guerrillas, pero los oficiales fueron incapaces de ayudar a Wellington. Se demostró en julio de 1936, cuando las masas triunfaron en las calles de Barcelona y Madrid, pero rehusaron aprender una palabra acerca de los métodos de la guerra moderna a campo abierto. Se demostró después de noviembre de 1936, cuando la aparición de las brigadas internacionales no creó ningún verdadero movimiento de emulación, de concurrencia contra la eficacia del extranjero. El español no es un europeo moderno. El extranjero es más eficiente; trae consigo nuevos métodos y estos hacen mucha falta. Así que el extranjero es tolerado aunque se le rechace de corazón. Pero el español no tiene la reacción instintiva del yanqui, el británico, el alemán y que Stalin está ahora tratando de introducir en el ruso: la de hacerlo igual o mejor que el extranjero, de manera que pueda librarse de él más pronto. Nada por el estilo.

Cuentan las brigadas internacionales con algunos voluntarios que pelearon en la gran guerra, pero este no es el caso de la mayoría; por otra parte, la milicia española tiene ya sobre sus espaldas el peso de meses de guerra y los voluntarios llevan solo cuatro o cinco meses luchando dentro de las condiciones particulares españolas. Y sin embargo, nadie discute la superioridad de las brigadas internacionales (con excepción de ciertas unidades asturianas o vascas) y la única razón concebible es que los españoles no tienen el menor deseo de adquirir la igualdad. Lo mismo se aplica a la industria de guerra. La llegada de técnicos especialistas extranjeros por una parte y el amplio aprovisionamiento de material extranjero de guerra por otra, están ambos lejos de haber provocado un ansioso empuje por mejorar la industria española de armamentos. Esta progresa muy lentamente y se enfrenta a serios reveses. Los españoles parecen sentir, hasta cierto punto, que ya que hay material de guerra extranjero las cosas pueden continuar así. ¡Compárese esto con los enormes saltos dados por los armamentos franceses durante los dos años de dictadura revolucionaria, con ayuda de los mejores físicos y químicos de la época! El español no quiere europeizarse; por el contrario, ahora que los instintos de acción independiente han sido frustrados y se le ha impuesto una disciplina, se retira de los trabajos que por el momento son más importantes. Estos extranjeros, después de todo, son inevitables; ¡que hagan entonces ellos el trabajo y no nos molesten! Tal sentimiento no se expresa

de manera directa (el español sería demasiado orgulloso como para admitir que el extranjero es capaz de hacer algo mejor que él), pero el rechazo a los extranjeros venidos a ayudar se expresa de manera abierta, como puede verse en páginas previas del diario. Esto no significa nacionalismo en un sentido europeo. Nuestro recalentado nacionalismo es algo específicamente moderno, del siglo xx, y tiene como base el deseo de ser más poderosos, económica y políticamente, que nuestros vecinos. Este deseo es inconcebible en el español. Su nacionalismo no se expresa en el deseo de vencer a los demás, sino simplemente en el de ser dejado en paz. Esto encontró patética expresión en la crisis Kleber-Rosenberg. ¡La República era puesta en peligro por esta crisis, pero no importa! Hasta los líderes políticos fueron arrastrados en la órbita del sentimiento popular. Primero deshacerse del mando extranjero.

Se pueden sacar ciertas conclusiones. No tienen que ver con el resultado final de la batalla entre Franco y la República. Esta lucha se ha convertido de tal manera en un asunto no español, dependiente de fuerzas extranjeras, imposibles de ser medidas a partir de un análisis de tendencias de los problemas españoles, que la predicción es imposible. En el campo de batalla de la España central, la Komintern y el Fascinern están librando hoy su primera batalla militar; el curso de la historia a envuelto en esta a los españoles, pero utilizándolos solamente como auxiliares. Pero es casi seguro que, como resultado de estos primeros meses, España no será ni genuinamente fascista ni genuinamente comunista (no en el sentido del comunismo leninista de 1917, lo cual no hay ni que decirlo, sino del comunismo de 1937). Desde luego que tampoco se convertirá en una «república democrática y parlamentaria», como la que los comunistas dicen estar construyendo. Si los comunistas lograsen sus objetivos y destruyesen a la derecha y a los trotskistas, mezclándose con republicanos y socialistas, solo los anarquistas quedarían en el campo. Estos, sin embargo, son antiparlamentarios por principio. Sería una república democrática con un solo partido. Rusia, como todos saben, es desde la última constitución una república democrática con un solo partido; es una extraña forma de democracia. Pero el resultado de la crisis de Kleber es que tal desenlace es ahora poco probable. Para resumir: sea cual fuere el resultado de la lucha armada, España no surgirá de ella como un país genuinamente europeizado, sea en el sentido fascista, sea en el liberal democrático o comunista. Seguirá siendo lo que era, un país cuya evolución ha sido detenida a finales del siglo xvii, un país que ha demostrado desde entonces un nivel enorme de resistencia ante la intrusión extranjera, pero ninguna capacidad de rejuvenecimiento. Puede que surja a fin de cuentas un régimen que pretenda ser liberal-democrático o fascista; será en realidad muy diferente a lo que estos nombres designan en Europa.

Tampoco ninguna de las facciones específicamente españolas, como carlistas o anarquistas, tiene posibilidades de triunfar. El carlismo es más o menos un problema local navarro. Los anarquistas son un movimiento utópico semirreligioso; ha

fracasado en sus tareas y estaba destinado a fracasar desde un principio. Tiene un extraordinario poder de lucha pero, por definición, ningún poder organizativo. Ha tenido que renunciar a todos sus ideales; la lucha contra la disciplina, contra la política, contra la existencia de un Estado y de un gobierno; ha tenido que contribuir con ministros al gabinete, introducir la disciplina y el mando de oficiales dentro de sus propias unidades. El anarquismo está hoy profundamente perturbado y desmoralizado. No es lo mismo para un movimiento estar en contacto con los elementos del *lumpemproletariat* de los días de la revuelta que seguir en contacto con ellos cuando llega el momento de participar en el gobierno. Aquí también surge una fuente de desintegración. Debemos llegar a la conclusión de que tampoco los anarquistas tienen probabilidades de triunfar.

¿Cuál será el resultado final? Es imposible decirlo. Quizás no sea demasiado temerario aludir a un aspecto de la situación. Antes del movimiento revolucionario de 1930-1931, el poder real estaba en manos de los generales. Si España es incapaz o no quiere alejarse de su forma actual de existencia, si la revolución debe fracasar, entonces sería solamente natural que el régimen, al final de la crisis, sea igual al del comienzo: un gobierno del ejército. No tiene por qué ser el ejército de Franco. Se está creando un ejército republicano. Y si algo puede decirse acerca de la actual situación política española es que un general republicano triunfador tendría muchas posibilidades de vencer. Los líderes políticos han tenido ya razones para temer el prestigio de Kleber, pero este era un extranjero y era así muy difícil que triunfase, además de que, ciertamente, no quería ganarse la lealtad política del país. Y ningún general español del lado republicano ha logrado hasta ahora el menor éxito como resultado de sus propios planes. Queda por ver si un general victorioso surgirá en el campo de la izquierda. Si no, el ejército como tal tendrá probablemente una influencia muy fuerte, con tal de que los republicanos triunfen. Si Franco gana, el resultado será una dictadura militar, sea cual fuere la descripción oficial dada con fines propagandísticos. La conclusión más probable es que, finalmente, la Komintern y el Fascintern se habrán dado una importante batalla en España, pero para los españoles las cosas seguirán siendo esencialmente lo que eran, con la diferencia de que la intrusión extranjera será entonces mucho mayor que antes y servirá, no de modelo, sino de fuerza desintegradora de la civilización española.

Esta civilización no ha sido discutida en este libro, el cual se dedica exclusivamente a los problemas de la guerra civil española. Y sin embargo, al final de nuestra investigación, vale la pena decir aunque sea una palabra de esta concepción española de la vida, tan impermeable a influencias europeas. El europeo, que instintivamente aprecia solamente el «progreso», el cambio, se horripila ante el estancamiento de la vida española, a causa de lo que él califica de ineficacia española. Esta ineficacia, que da la clave al presente rumbo de las circunstancias, debía merecer amplia consideración en estas páginas. Pero si el lector se siente

inclinado a sacar como conclusión de todo esto que España es un «país maldito», está confundido. El hecho cierto es que casi todos los observadores extranjeros, ya sea que estén observando los acontecimientos del lado izquierdista como del derechista, han sentido una atracción casi mágica. Muchos especialistas y asesores técnicos extranjeros han abandonado su trabajo, llenos de furia y desesperación, decidiendo «dejar a estos malditos españoles que se les arreglen solos» y no han podido sin embargo alejarse de ellos; la gente con una fe política atribuye esto casi siempre a la enorme importancia que tiene la guerra española para el futuro de la humanidad. Importante como la guerra civil española es sin duda, sigo creyendo que esta es a veces exagerada; pero no es este el problema esencial. La profunda atracción de España consiste, en mi opinión, no tanto en su importancia, como en su carácter nacional. La vida allí no es todavía eficiente; esto quiere decir que aún no ha sido mecanizada; que la belleza sigue siendo para el español más importante que los usos prácticos; el sentimiento, más importante que la acción; el honor, a menudo más importante que el éxito; el amor y la amistad, más importantes que el propio trabajo. En una palabra, es el atractivo de una civilización más cercana a nosotros mismos, relacionada cercanamente con el pasado histórico de Europa, pero que no ha participado todavía en los desarrollos recientes tendientes a la mecanización, la adoración de la cantidad y el aspecto utilitario de las cosas. En este atractivo ejercido por España sobre tantos extranjeros (y el autor de este libro se sitúa enfáticamente entre aquellos que se han sentido profundamente atraídos) está implícita la concesión, a menudo inconsciente, es cierto, de que después de todo algo parece marchar mal dentro de nuestra propia civilización europea y el español «atrasado», estancado e ineficaz puede muy bien competir, en el campo de los valores humanos, con el europeo eficiente, práctico y progresista. El uno parece destinado a perdurar, incommovible, más allá de los cataclismos del mundo que lo rodea y sobrevivir a los usurpadores nacionales y los conquistadores extranjeros; el otro, progresista, quizás avance hacia su propia destrucción.



FRANZ BORKENAU (Viena, Austria, 1900 - Zurich, Suiza, 1957). Estudiante en la Universidad de Leipzig, sus principales centros de interés fueron el marxismo y el psicoanálisis. En 1921, se afilia al Partido comunista de Alemania (KPD) y actúa como agente del Komintern. En 1924, una vez obtenido su diploma, se instala en Berlín. En 1929, abandona el Partido comunista y el Komintern, asqueado por las formas de actuar de los comunistas. A pesar de esa ruptura, Borkenau sigue comprometido con la izquierda y trabaja en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort. Se interesa principalmente en la relación entre el capitalismo y las ideologías. En 1933, Borkenau abandona Alemania cuando Hitler llega al poder al tener orígenes judíos. Vive de forma sucesiva en Viena, París y Panamá.

En septiembre y octubre de 1936, Franz Borkenau visita España y observa los efectos de la Guerra civil en Madrid, Barcelona y Valencia. Durante su estancia, su desilusión con el comunismo aumenta ante la actitud represiva de los agentes del NKVD (la policía política soviética) y del Partido comunista de España (PCE) hacia los anarquistas y el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). En enero de 1937, en el curso de un segundo viaje por España, Borkenau expresa sus críticas sobre el comportamiento de los agentes soviéticos. Es denunciado como discípulo de Leon Trotsky. Borkenau es arrestado y torturado por miembros del PCE antes de ser liberado. Esta experiencia le inspira su libro más célebre, *El reñidero español* (Spanish Cockpit), diario de las vivencias de su viaje por España.

Durante la Segunda guerra mundial, Borkenau vive en Londres y escribe para la revista *Horizon*.

En 1947, Borkenau vuelve a Alemania y es profesor en la Universidad de Marburgo. En 1950, asiste a la conferencia en Berlín junto a otros intelectuales anticomunistas como Hugh Trevor-Roper, Ignazio Silone, Raymond Aron, Arthur Koestler, Sidney Hook y Melvin J. Lasky que conduce a la fundación del Congreso por la libertad y la cultura. Borkenau fue muy activo en dicha asociación y se convirtió en diana de los ataques de intelectuales marxistas como Isaac Deutscher.

En los años 1950, Borkenau destaca como experto del comunismo y de la Unión Soviética. Usando los métodos de la kremlinología, confronta las declaraciones oficiales soviéticas con el sitio que ocupan los dirigentes en los eventos organizados por el Kremlin para determinar quien estaba bien o mal visto de Stalin en ese momento.

Borkenau también entró en una confrontación intelectual con los trabajos de Arnold Toynbee y Oswald Spengler acerca de la cuestión del ritmo y causas del declive de las civilizaciones. Su último ensayo sobre esa cuestión fue publicado de forma póstuma por su amigo Richard Löwenthal.

Franz Borkenau falleció en Zúrich de forma repentina en 1957, víctima de un infarto cardíaco.

Notas

[1] Véase nota [4]. NDE. <<

[2] En el periodo de la experiencia española del autor. NDE. <<

[3] Guardia de Asalto, NDE. <<

[4] Versión que circulaba ampliamente en la zona gubernamental. En realidad, Maurín permaneció en prisión en zona franquista. Hoy reside en Estados Unidos. NDE. <<

[5] 1937. NDE. <<

[6] De vuelta en Londres, pude oír amargas quejas acerca de la mala administración de la industria textil y la destrucción de su maquinaria. Una vez más pude comprobar la justeza de abstenerse de generalizaciones apresuradas. Nota del Autor. <<

[7] El general divisionario de Valencia era Martínez Monje, Mantenemos el error del autor, que quizá confundió el nombre del general divisionario de Valencia con el de Emilio Mola, con quien Martínez Barrio mantuvo conversaciones encaminadas a llegar a un acuerdo entre el gobierno de la República y los militares sublevados. NDE. <<

[8] Prisionera de guerra en Córdoba, murió a consecuencia de sus heridas. <<

[9] Sobre este capítulo, y especialmente sobre la crisis de Kleber, recomendamos la lectura del libro *El asedio de Madrid* de R. G. Coloday, Ruedo ibérico, París, 1970, NDE. <<

Franz Borkenau

El reñidero español

Prólogo de Gerald Brenan

